REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

INSPECCIÓN NACIONAL DE I. PRIMARIA.—DIRECCIÓN GENERAL DE I. PRIMARIA



El Centenario de la Batalla de Las Piedras

1811-1911

Homenaje popular á la memoria del Precursor

"El único demócrata de las Provincias Unidas del Río de la Plata, es el bravo y caballeresco republicano General Artigas".

PALABRAS DE ADAMS EN EL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA.—1818.

"Su país le ha decretado estatuas y se las erigirá como al portaestandarte de una causa que abrió nuevos horizontes políticos en el continente americano del Sud".

FRANCISCO BAUZÁ, «Historia de la Dominación Española en el Uruguay».

"Ante su estatua ecuestre, los cuerpos del ejército nacional presentarán las armas, el pueblo inclinara la cabeza y los niños cantaran el himno de la patria..... Gloria Victis".

CARLOS M. RAMÍREZ, «Artigas».

MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño

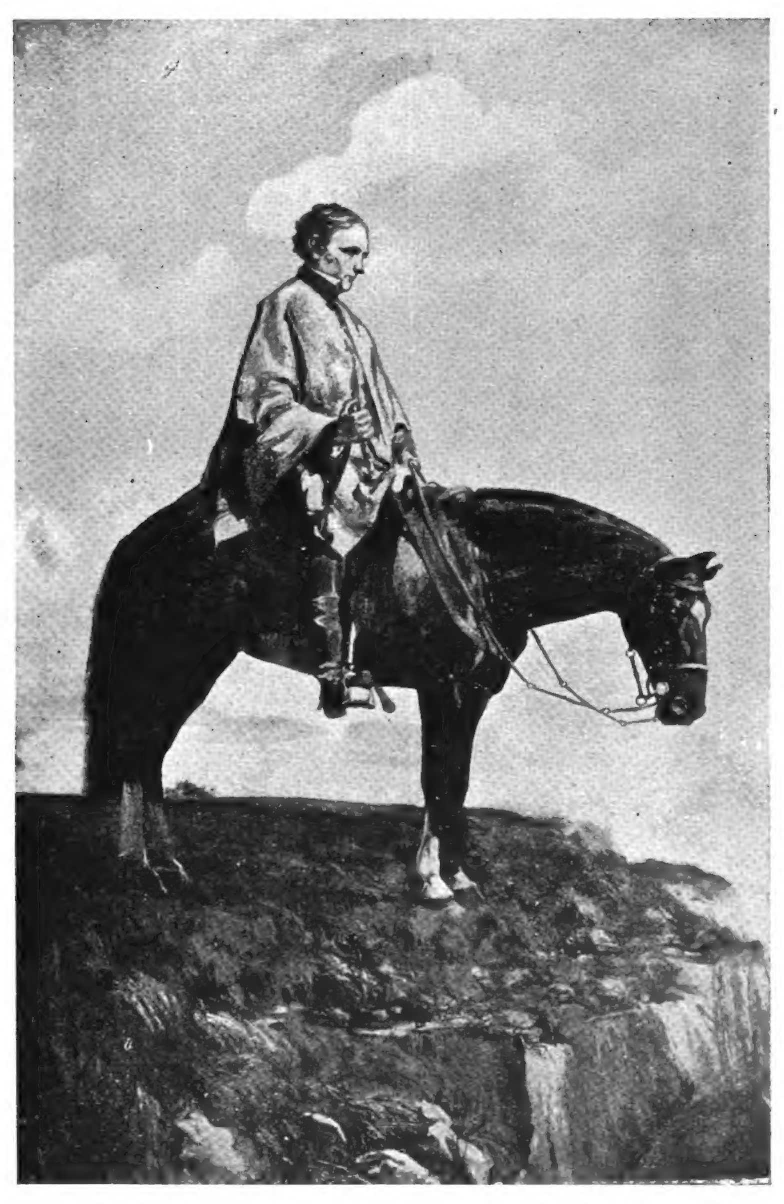
105 - CALLE SAN JOSÉ - 105

1912

EL CENTENARIO

DE LA

BATALLA DE LAS PIEDRAS



El General José Artigas en el Hervidero, sobre las barrancas del río Uruguay, contemplando á lo lejos las Provincias del litoral argentino que le reconocían como su PROTECTOR **y formaban bajo su mando la** LIGA FEDERAL.

Copia del cuadro del pintor Carlos M.ª Herrera, adquirido por el Gobierno y que se exhibió la noche de la última velada del Centenario en el escenario del Teatro Solís.

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

INSPECCIÓN NACIONAL DE I. PRIMARIA—DIRECCIÓN GENERAL DE I. PRIMARIA.



EL CENTENARIO

DE LA

BATALLA DE LAS PIEDRAS

EL HOMENAJE DEL PUEBLO ORIENTAL



MONTEVIDEO.

Imp. y Encuadernación "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño

23 — CALLE 18 DE JULIO — 23.

1912

EL CENTENARIO
DE LA
BATALLA DE LAS PIEDRAS

Recuerdos de otros tiempos

ARTIGAS

I

Hacíamos la vida de los primeros años universitarios, dóciles á todos los entusiasmos, apasionados, vehementes, llenos de ideales aún confusos, pero enérgicos y atrayentes.

La historia patria no tenía todavía sus contornos definidos en el cuadro apenas esbozado de nuestra organización primaria; sólo vivía la tradición oral, casi siempre apasionada, con acentuadas tonalidades partidistas, y que, según el criterio de cada cual, hacía de cada hombre ya un arcángel ya un demonio.

En esas épocas tumultuosas, nadie hablaba de Artigas sino para execrarlo; pesaba sobre él una leyenda odiosa; su nombre pronunciado con desdeñoso desprecio, evocaba sin quererlo un lamento lejano, algo así como el concierto de gemidos y quejas que las brisas campesinas nos traían del lejano campamento de Purificación.

Era la eterna protesta contra el crimen, la encarnación simbólica de la barbarie criolla, ignorante, brutal y sanguinaria.

El nombre de Artigas entrañaba una vergüenza nacional; todos nos sentíamos culpables en cierta parte de sus maldades, y nos creíamos salpicados por la sangre inocente que él derramó.

Un día, todos los estudiantes nos quedamos sorprendidos ante una noticia estupenda: Pepe Busto daba una conferencia en el Club Universitario en favor de Artigas!

Se necesitaba contar con el cariño y la popularidad que gozaba nuestro malogrado compañero, para desafiar así la cólera popular. Los estudiantes mayores, ante aquella audacia, se encogieron de hombros, creyendo que aquello sólo podía considerarse como una extravagancia para conquistar una celebridad cualquiera; los contemporáneos del conferenciante lo compadecimos sinceramente, porque lo queríamos, y veíamos en aquel arranque inaudito un extravío juvenil.

Es evidente que estábamos en un período embrionario; la pasión ardiente era nuestra guía, se combatía sin descanso. Las luchas recientes habían dejado un germen latente de agresividad instintiva, y sólo conocíamos la historia patria por una tradición inconscientemente falsa, generada por una ofuscación propia de aquel momento histórico.

No teníamos aún siquiera la Cátedra de Historia Nacional, y faltaba en la generalidad de nuestros elementos intelectuales dirigentes, esa serenidad de juicio indispensable, para avanzar con seguro paso, en la senda de las investigaciones históricas.

Dentro de ese ambiente, Pepe Busto carecía de los elementos para iniciar una cruzada reivindicadora, fuera cual fuere su talento; su tentativa, cuyos elementos ha borrado el tiempo en su marcha destructora, fué acaso una intuición genial, una visión profética, pero en la realidad fué sin duda, una manifestación esporádica que provocó sorpresas, reproches y condenaciones y que no tuvo consecuencias tangibles inmediatas en nuestro mundo intelectual, cayendo rápidamente en el olvido.

Pasaron muchos años después, años de gestaciones dolorosísimas, de inmenso desconsuelo, de perspectivas sombrías ó melancólicas, en que los cerebros más equilibrados dudaron del porvenir en el combate caótico de cada día, en que el afianzamiento de un principio, una conquista institucional, un progreso cualquiera, reclamaba una serie de esfuerzos que se desarrollaban en la sombra, como las semillas arrojadas al surco de la tierra virgen que tienen que vencer múltiples resistencias que oponen los senos recónditos á la vida vencedora, que explota al fin en troncos enhiestos, follajes exuberantes, flores perfumadas, frutos azucarados y nuevas simientes generadoras de nuevos seres.

Entretanto, la vida común inicial de los pueblos del Plata se

bifurcaba cada vez más, y en el desarrollo paralelo de sus actividades institucionales, cada uno esbozaba los rasgos de su fisonomía propia, como una necesidad ineludible de su independencia, que había que acentuar, para recibir la consagración histórica de su emancipación política.

En esa evolución nueva de sus actividades intelectuales, las discusiones sobre sus hombres y sus luchas, se agriaron con frecuencia hasta el paroxismo, dejando á la pasión tumultuosa la solución de los problemas que sólo correspondían á la razón serena y á la filosofía de la historia.

Esas discusiones al través del Plata, tuvieron en ocasiones extraordinaria violencia, y como es lógico y humano, se llegó en ellas al falseamiento de los hechos fundamentales, á la desnaturalización de la conducta de las personalidades más eminentes; pero esto se explica sin esfuerzo, teniendo presente que esas controversias tenían la intensidad y el calor de las disensiones de familia, en que al romperse los vínculos que los unen, cada parte extrema la nota de sus agravios, para atenuar ó justificar su delincuencia en el ataque á la unidad del hogar que se vulnera.

La víctima expiatoria de esta cruzada fué principalmente Artigas, pues él representaba la resistencia indomable á todas las oligarquías, á todas las tendencias aristocráticas, á todos los reatos de la libertad primaria, soberana de las llanuras bravías, en cuyos espacios sin horizontes limitados, el pensamiento acaso tenía las rudezas nativas del ambiente agreste y selvático; pero en cambio era puro como el aire transparente, luminoso como el sol, amplio y poderoso como los vendavales que pasaban.

Y contra esa víctima primera de una villana calumnia inicial, creada y robustecida por un grupo de ambiciosos encadenados al vértigo de las grandezas, y también por la inconsciencia que engendraba en aquellos tiempos la ignorancia absoluta de las grandes leyes sociológicas entonces desconocidas, se han ido acumulando año tras año, los ataques sistemados de eminentes historiadores argentinos, arrastrados acaso por la irresistible corriente de las tradiciones patricias en cuya empresa pusieron unos el prestigio de su nombre y su talento y la magia de su estilo; otros, el peso incontrastable de su honradez cívica, de su entereza ciudadana y de su popularidad legítima y consagrada, que en su acción conjunta parecían empeñados en confirmar más allá de la tumba, la proscripción ultraterrena del que pasó los últimos años de su vida entre las perspectivas melancólicas de otra proscripción amarga y sombría.

Y ¡qué extraño es que esa prédica continuada haya dejado su antiartiguista sedimento en la intelectualidad argentina que no podía dudar de esas voces condenatorias emanadas de personalidades por muchos conceptos descollantes, si en nuestro propio suelo, la leyenda sanguinaria de Artigas ha reinado soberana hasta ayer, y ha lacerado en silencio nuestro patriotismo, negándole nuestro culto y rehuyendo la controversia reivindicatoria!

¡Cómo extrañar el reproche y la condenación de sus contrarios, si el propio hogar le negaba el agua y el fuego de la amplia y noble hospitalidad patriarcal!

II

Un día, sin embargo, la controversia ardiente se planteó de nuevo inesperadamente.

Un artículo destinado á la vida fugaz de esa prensa vertiginosa, un artículo escrito por una pluma apasionada y enceguecida por las viejas tradiciones contra Artigas, provocó repentinamente una réplica ardiente y vibrante de Carlos María Ramírez, que conmovió en un minuto al pueblo entero, y sintetizó en un momento dado el alma nacional.

La acción reivindicadora del proscripto condenado y maldito, necesitaba de aquel atleta para subir de nuevo al escenario de la historia, y someterlo otra vez al juicio severo de la posteridad.

Carlos M. Ramírez poseía el cerebro de periodista más armoniosamente equilibrado que he conocido. Poseía un caudal inagotable de erudito verdadero, una amplitud soberana de pensamiento, una lógica invulnerable para la controversia, una dicción de una elegancia suprema y una palabra ardorosa y convincente que atraía, encantaba y convencía ó vencía, trituraba y fulminaba sin apelación á sus contendores.

En el coronamiento de una vida de estudioso y de luchador, había conquistado una autoridad indiscutible y única, y su voz alzándose de pronto con toda la robustez de su talento gigante, llegó á todas partes del país, hasta las fronteras lejanas, como un eco vibrante y generoso, que se levantaba pidiendo un fallo justiciero para el vencido y errante patriota, y un gajo de laurel para el proscripto de las selvas guaraníticas.

La polémica de Ramírez en un principio y su libro después, tuvieron una inmensa resonancia en toda la República, ante todo,

porque la indiscutida autoridad de su palabra arrastraba en pos de su causa á todos aquellos que habían sufrido en silencio el peso abrumador de la leyenda antiartiguista; después porque aquel toque vigoroso en favor del héroe olvidado y calumniado, despertó el amor de los estudios históricos en torno de aquella ilustre personalidad implacablemente perseguida.

Si se dice con razón que Artigas fué el precursor de nuestra nacionalidad, es necesario proclamarlo y repetirlo: que Ramírez fué el verdadero precursor de la personalidad de nuestro héroe, pues hay en su defensa, no sólo un noble afán de justicia histórica tanto tiempo desconocida ó vilipendiada, sino una cruzada piadosa para dar al último sueño de aquellos tristes despojos el rayo de gloria que disipará la sombra que los envolvió en el silencio y el olvido, y la oración colectiva del pueblo que más tarde iría á rendir su homenaje en la tumba victoriosa del vencido.

Abierta aquella ruta luminosa siguieron después por ella en apretada falange todos los representantes de la intelectualidad nacional buscando con empeño y compilando unos los documentos desagraviantes, comentando los otros bajo sus diversas fases, y tratando de esclarecer los puntos oscuros y controvertidos, á fin de dejar al héroe en medio de una atmósfera transparente iluminada por una luz meridiana.

Ha sido ésta la obra casi de tres décadas, pues si bien en ese tiempo aparecieron las obras de Maeso, meritoria en su copiosa documentación, la concienzuda y monumental de Bauzá, las de Fregeiro y don Isidoro De-María, y la serie de trabajos meritísimos que constituyen ya una colección bibliográfica de subido valor, es lo cierto que el coronamiento de esa cruzada puede condensarse en dos obras últimamente aparecidas casi simultáneamente: "José Artigas", del doctor Eduardo Acevedo, y "La Epopeya de Artigas", del doctor Juan Zorrilla de San Martín.

Es la primera, como la califica su propio autor, un alegato histórico en el cual quien escribe esas páginas, intenta eliminarse sinceramente, para dejar la palabra á los hechos comprobados con lujo suntuario de documentación, y en cuya lectura, aún para los más empedernidos adversarios, el convencimiento se impone primero, para ceder el paso á la más amplia y completa rehabilitación.

Esa obra está escrita con un plan indudablemente preestablecido para consagrar la reivindicación absoluta, pues se han enumerado minuciosamente todos los ataques formulados, todas las leyendas

hostiles ó calumniosas, más ó menos populares, para destruirlas una á una, después de desmenuzarlas en todas formas, en todos sus aspectos, en todas sus manifestaciones, sin dejar un intersticio donde la crítica pueda señalar un lado débil ó vulnerable.

La obra del doctor Acevedo, sin dejar de ser un trabajo histórico de importancia excepcional, es asimismo un trabajo jurídico en cuanto trata la rehabilitación de Artigas con el amor con que se estudia una cuestión profesional enmarañada, cuyo éxito no quiere confiarse solamente á la interpretación racional de los principios jurídicos que reglan el caso, sino que se busca asegurar el fallo favorable por un cúmulo abrumador de hechos superabundantemente comprobados, de esos que afianzan y fundamentan una certidumbre indiscutible en el juez que debe fallar la controversia sostenida.

Tengo la firme, la inalterable convicción que el mayor enemigo, el más grande de los detractores de Artigas, si lee esa obra con ánimo sereno y conciencia sincera, abatirá para siempre sus prejuicios y deplorará sus ataques al ilustre vencido de la emancipación sudamericana.

De esa lectura, sin embargo, fluye una observación, observación que tiene, sin duda, razones que la explican y atenúan.

El ataque metódico y sistemático y la frecuente deslealtad é insinceridad que caracteriza las obras á que me refería al principio, ha provocado en el doctor Acevedo un deseo humano de devolver golpe por golpe, deseando así contribuir más eficazmente á su obra reivindicadora.

Es acaso esta una forma de la ley de las compensaciones que se cumple, el péndulo que oscila entre la agresión y la defensa violentas; pero es muy difícil en esas controversias ardorosas, impedir que quien halla la verdad largo tiempo oculta y velada, más que por la ignorancia positiva de los hechos, por sugestiones de intereses ó pasiones inconfesables, no proclame esa verdad con entusiasmo delirante devolviendo á los detractores conscientemente injustos, todo el raudal de su encono y sus agresividades.

El segundo libro es "La Epopeya de Artigas" del doctor Zorrilla de San Martín.

¿Lo conocéis, verdad?

No me interesa en su obra la documentación que ofrece el autor, pues no me resuelvo á agobiar á nuestro poeta querido, con la carga de una erudición que marchitaría su fantasía eternamente juvenil.

No; la obra de Zorrilla me interesa, como la obra del poeta armo-

nioso, que canta en los montes que verdean las márgenes de nuestros ríos, las leyendas melancólicas de las razas muertas que se quejan en los palmares, sangran en los ceibos y lloran en los sauces rumorosos; me interesa en la nota pindárica que evoca las epopeyas patricias, comentando la heroica leyenda emancipadora; me seduce en su culto ardoroso del arte, señalando á la juventud con su palabra y con su ejemplo, ese divino consorcio de la estrofa y de la línea, de la armonía y del pincel que da á la patria los rasgos soberanos de una suprema cultura.

En Zorrilla lo que me atrae, es el poeta que canta la estrofa inmortal de la cruzada emancipadora y corona con laureles inmarchitables la frente de los héroes; que si habla, pone en su palabra siempre vibrante, una armonía ardorosa, sincera y entusiasta que conmueve y arrastra á las multitudes á la comunión generosa de los altos ideales; que es verbo y poesía, que es amor y es entusiasmo, que es afecto hondo y sentido abierto á todas las expansiones que la patria sugiere, que es antes y ahora y después, siempre perdurablemente sentimiento noble, generoso, fulgurante, que se traduce en un raudal perpetuo de músicas, de perfumes y de cantos.

Realizada la obra reivindicadora con el esfuerzo combinado de tantos ciudadanos eminentes, el proceso histórico con toda su preciosa é irrefutable documentación estaba terminado y pronto á pronunciarse el fallo triunfador; pero si ante la mirada de la ciencia todo se había hecho, todo se había acumulado para la solución sincera y amplia de un antiguo litigio siempre latente, siempre en suspenso, en cambio, faltaba á esa obra la suprema caricia de la santa poesía, que da vida al mármol y al bronce, que engrandece la acción humana y que volando sobre las pasiones de un minuto, es la única capaz de condensar en su acción deslumbradora, el alma de cada pueblo, el alma de cada patria que alienta á la lucha, cuando la defensa propia le impone el sacrificio; que llora y la consuela en sus dolores con el himno de las dulces esperanzas, que canta y perpetúa sus triunfos que inmortaliza en sus estrofas, y tomando en sus alas á los héroes que caen en la contienda ya mueran entre las nubes polvorientas de la derrota, ya entre los hurras delirantes de la victoria, los lleva al través de las edades, reverdeciendo perpetuamente sus laureles, engrandeciendo sus nombres y sus acciones, y poetizando su último sueño, atrayendo sobre sus tumbas con sus cantos el holocausto de las generaciones nuevas que realizan y consagran la apoteosis de los héroes.

Esa ha debido ser y ha sido la noble misión de Zorrilla de San Martín, el poeta nacional por excelencia, el cantor inspirado, cuya lira parece tener por misión especial mantener el culto bendito de nuestros lares patrios, y el fuego sagrado del alma nacional.

III

El Centenario de la batalla de Las Piedras ha sido el coronamiento de esa obra lenta, paciente y patriótica; pero ha sido también para todos, una elocuente manifestación cuyas enseñanzas son incalculables.

El pueblo entero ha respondido espontáneamente á esa santa evocación del patriotismo. No ha necesitado en esta ocasión el acicate de la iniciativa oficial, para pronunciarse, y esa explosión del culto á los grandes héroes, lo ha superado todo, obstáculos materiales, egoísmos, indiferencias nocivas y resistencias malsanas.

El honor de la iniciativa y el calor de la acción desarrollada corresponden íntegramente á nuestra juventud intelectual.

¡Bendita sea!

Nada ha resistido á su entusiasmo cálido y activo, nada ha podido contrarrestar su influencia, y he visto hasta los más viejos servidores de la patria, los que ostentan sobre sus cabezas venerables la nieve de muchos inviernos, con los ojos húmedos, alta la frente altiva, abierta el alma á las grandes emociones, como si hubieran sentido fundirse el hielo de los años y su corazón palpitara de nuevo, con el ritmo acelerado de la primera juventud.

Y es que había llegado la hora precisa de la rehabilitación. Terminado el proceso histórico realizado por el erudito y el investigador, faltaba la nota caldeada del pueblo, que es siempre pasión, sentimiento exaltado que arrastra y que subyuga, cuando lo impulsa hacia adelante el culto de los grandes ideales.

Sí; faltaba esa nota y ella superó cuanto podía preverse, pues, aunque no era sólo una manifestación común la que se esperaba, la que exigían las circunstancias, fué un desagravio solemne al ilustre perseguido, fué una estruendosa manifestación de amor al patricio desconocido por ese mismo pueblo, fué un fallo magnífico, conmovedor, de esos que sólo sabe, que sólo puede pronunciar el pueblo, cuando une, estrecha y multiplica sus filas, que ondulan como las olas del mar y que como éstas, tienen sus tormentas terribles y justicieras para los grandes crímenes que juzga, pero tienen asimismo

los himnos grandiosos, las magníficas é inolvidables apoteosis, para las grandes virtudes y los supremos sacrificios.

La consagración fué espontánea y unánime en todo el territorio de la República, desde una á otra frontera, en la mansión señorial y en la humilde vivienda, en la ciudad y en el campo; allí donde había un ciudadano flameaba una bandera, y vibraban las notas del himno patrio, y hasta aquellos que han llegado desde otros climas á alzar entre nosotros su propio hogar, se asociaron á nuestro júbilo, hicieron flamear también sus banderas entrelazadas con las nuestras y mezclaron sus voces á nuestras voces para entonar la canción nacional.

En un momento dado, todos los corazones sintieron análoga emoción, todos los cerebros un mismo pensamiento, todas las voluntades un solo propósito, y esa emoción y ese pensamiento y ese propósito, fué sólo Artigas; no el Artigas que ganaba batallas, esbozaba la organización futura de un gran pueblo y sembraba en el surco que abría con su acción las simientes generosas de las grandes conquistas del porvenir, sino el Artigas desconocido y vilipendiado hasta ayer, el Artigas perseguido y proscripto, el Artigas de alto é insuperable patriotismo que huía la discordia intestina, el Artigas bueno y grande, en su sencillez patriarcal, el que en el ostracismo y la misérrima posición de sus últimos años, no formulaba una queja, ni abrigaba una amargura, como si en la noche apocalíptica de la proscripción, su mirada profunda rasgara las nubes del futuro, para contemplar su obra realizada en la canción generosa de los pueblos redimidos.

Y ese movimiento hondamente popular, estrechaba y unía todas las creencias políticas y religiosas, todas las ideas más opuestas, las aspiraciones más contradictorias, las personas de más distinta posición social, como si en un momento dado un soplo sobrehumano hubiera abatido en un minuto, todas las barreras, todos los obstáculos que separan á los habitantes de un mismo pueblo, en la vida compleja de la sociedad y del gobierno.

Y es esa precisamente la nota extraordinaria, la nota elocuente de esa inmensa transformación de nuestros hábitos normales, ese paréntesis consolador en nuestra agitada vida política, ese hálito irresistible de confraternidad que un momento juntó todas las manos, unió todos los corazones y atrajo todos los cerebros, en un inmenso deseo de paz, en un abrazo de concordia sincera, en una infinita aspiración de tolerancia suprema, de amor fecundo, de santas y creadoras idealidades.

El festejo solemne, la conmemoración popular, ha pasado ya como una ráfaga de luz, de perfume y armonía; pero queda en la atmósfera un destello fulgurante que no se apaga, átomo de flores en el aire, vibraciones simpáticas en el viento. El recuerdo está aún allí, y ese recuerdo es una bandera incomparable.

Artigas es la imagen inmaculada de la patria que á nadie lastima y á todos congrega; Artigas es el símbolo batallador y entusiasta de una emancipación hacia la libertad y hacia el derecho. Artigas es el emblema invariable del más puro desinterés y del sacrificio más abnegado. Es, pues, una gloria y un ejemplo; una gloria que exhibir con legítimo orgullo, y un ejemplo que imitar y que oponer á las ambiciones avasalladoras.

Ese prócer, pues, tiene derecho á la inmortalidad. Su vida se gastó en la lucha perenne, en el sacrificio continuado; su reputación se depuró en el martirio y la proscripción, alcanzando la gloria solamente cuando el laurel rumoroso ó las multitudes conmovidas tenían apenas una tumba donde deponer sus ofrendas; pero esa gloria será más duradera que el bronce, porque su nombre se ha burilado paso á paso en la conciencia popular y hoy vive en ella y vivirá mañana y siempre, eternamente, con una duración indefinida, como la del mismo pueblo que tanto amó y á quien encarna como un símbolo más noble y más perfecto.

Esto basta para su obra, pues, hoy sabemos ya que cuando la pasión nos ciegue y la lucha fatal nos atraiga de nuevo, su nombre repetido con inmenso cariño y con sobrehumano respeto, brindará siempre una enseña generosa, signo supremo de paz y de concordia cívica, y que bajo su égida sagrada, el patriotismo sincero no será un mito, ni la abnegación una falsía, ni el entusiasmo alto y creador por los grandes ideales de la humanidad, un antifaz de la ambición.

IV

La contienda ardorosa sobre Artigas, está terminada; la disertación apasionada y calumniosa, está vencida; esos recuerdos de una lucha intensa quedan apenas como rastros de otros tiempos en que los preludios de la organización política embrionaria de dos naciones, su vida íntima y su vida externa, reflejaban fatalmente las pequeñas pasiones lugareñas en el ataque ó la defensa de las personalidades eminentes.

Ciego será el que no vea el inmenso camino recorrido; la pasión brutal y dominadora cede su puesto á la investigación histórica serena, y el espíritu encarrilado en más amplias rutas de este y del otro lado del Plata, buscan solidariamente la solución de los grandes problemas sociales que plantea ante nuestros ojos la agitada vida moderna.

En vano sería pretender detener en su marcha á la humanidad en su perpetuo avance, la faz de hoy en su eterna evolución, será fatalmente la consecuencia de la de ayer y la precursora de la de mañana; pero no habrá esfuerzo individual ó colectivo aunque el movimiento inicial nazca del cerebro de un genio, que detenga el desarrollo de esas fases ó invierta esa evolución regida por leyes inmutables.

En el terreno científico, el exponente más elocuente de la cultura alcanzada por un pueblo, es la suprema serenidad con que se investigan las verdades de esa ciencia y se controvierten los métodos para descubrirla y proclamarla, al amparo de un mutuo respeto invariable en que se discuten las ideas, pero nunca los hombres.

Esclarecida hoy la personalidad de Artigas, iluminada su actuación, comprobados sus propósitos y sus ideales, no es posible volver á los viejos ataques; el calumniado de ayer, figura desde ahora entre los próceres eminentes, y el análisis respetuoso de su personalidad, está impuesto ante todo por la verdad histórica ampliamente comprobada y documentada, y después, por la cultura alcanzada por nuestras nacionalidades, en una centuria de agitaciones violentas, pero excepcionalmente fecundas.

Lo que ese desagravio de ayer se popularice y extienda, lo que esa verdad comprobada se difunda, tengo la profunda convicción que los mismos sucesores de aquellos escritores que atacaron implacablemente á Artigas sin adivinar que esos ataques eran la consecuencia de una tenebrosa intriga maquiavélicamente combinada en favor de un propósito político, serán los primeros en iniciar una reacción hacia las soluciones leales y sinceras, que les permitan honrar al héroe como una personalidad de su propia raza, de su propio origen y de su propio hogar, como de este lado del Plata, hemos saludado y compartido con entusiasmo sincero y espontánea efusión las gloriosas personalidades argentinas.

Hay para que así suceda, algo aún más grande que el hogar, el origen y la raza comunes, y es la solidaridad fatalmente, científicamente impuesta por la comunión de unos mismos ideales democrá-

ticos, que fijan la mutua responsabilidad de su propaganda, de su ennoblecimiento y de su triunfo.

El perfeccionamiento institucional de la América entera debe ser y será una bandera de confraternidad estimulante, que impulse á cada pueblo en la marcha siempre ascensional de su cultura indefinida y de su honradez internacional, para oponer así, á las combinaciones destinadas á disfrazar las ambiciones inconfesables de la clásica política internacional, la política sana, leal y verdadera; al maquiavelismo mercantil que sacrifica al interés propio, la moral y el derecho, la resistencia serena y fuerte y la actitud hidalga y caballeresca.

Puede y debe ser esta la originalidad de América; pero puede y debe ser también la palabra de orden en las evoluciones ulteriores de su destino, para asentar en bases indestructibles, una unión que le fija la comunidad excepcional de su historia.

La emancipación primera de América en todos sus pueblos, fuera cual fuere su jefe del momento á la fecha en que recibió su consagración definitiva, es un hecho común á todas sus naciones; común el enemigo ó la fuerza á quien combatía, común el ideal que la impulsaba, como fueron comunes sus antecesores.

Comunidad de origen, de desarrollo, de peligros, de aspiraciones y de triunfos, son elementos invalorables para levantar los cimientos de su solidaridad futura, dentro de la cual velando cada una por su vida y sus intereses propios, en su fuero interno de nación independiente, marchan, sin embargo, de acuerdo en los grandes propósitos y en los grandes intereses colectivos hacia la victoria final de la cultura americana.

La consagración de la personalidad eminente de Artigas, tiene para nosotros una múltiple significación: da á nuestra vida de nación libre en sus relaciones con las otras naciones, un antecedente histórico de inestimable valía, porque su personalidad entraña un glorioso abolengo nacional; da á las manifestaciones complejas de nuestra vida popular un emblema inmaculado que congrega armónicamente en torno suyo, todas las creencias, todas las opiniones, todas las aspiraciones que engrandecen y dignifican la acción popular, y da por último á la comunidad de las naciones americanas, en el congreso supremo de su más alta soberanía histórica, un representante digno de esa Asamblea ideal, que no cede en un ápice á los más eminentes,

ni en valor, ni en ciencia política, ni en abnegación, ni en virtudes republicanas; pero que se levanta sobre ellos por el nimbo luminoso de su corona de proscripto, en que eternamente alienta la leyenda generosa de su desinterés jamás desmentido, y de su grandeza de alma impecable y sobrehumana.

ABEL J. PÉREZ.

El Centenario de Las Piedras

Su conmemoración patriótica

La conmemoración del Centenario de la batalla de Las Piedras, celebrado por decreto oficial el 18 de Mayo de 1911, dió oportunidad á la manifestación de una verdadera y tocante apoteosis nacional á los héroes de la emancipación lo mismo que á la fecha gloriosa. Además de la Comisión Central del Centenario, designada por el Poder Ejecutivo y á quien estuvo encomendada la dirección general de la solemnización, por todas partes de la capital y campaña se formaron comités especiales, sobresaliendo entre todos por su actuación un Comité de Maestros y el Comité de la Juventud, organizado con una gran amplitud y al que correspondió una dilatada y meritoria acción en todo el tiempo que duraron los homenajes. Conviene hacer resaltar como un hecho á la par auspicioso y significativo, que á la glorificación concurrieron, sin distinciones de partido ni de sectas, no sólo todos los hijos del Uruguay sino también, y muy particularmente, los extranjeros. Por manera que el historiador futuro al reseñar los diversos actos con que se solemnizó la gran fecha tendrá que hacer constar como uno de sus caracteres más peculiares y salientes, la unanimidad y espontaneidad universales del homenaje. Estos dos insustituíbles elementos, que no es posible artificialmente crear, no llegaron á faltar en ningún momento; y es éste, sin duda, el más digno galardón que las actuales generaciones puedan tributar á sus primeros Héroes.

La prensa de aquellos días está nutrida con el relato diario de aquellos acontecimientos; pero se ha creído conveniente agrupar siquiera sea en un somero resumen, la serie más completa de los actos que formaron el homenaje, procurando reunir, en lo posible, todo



El gran arco triunfal, obra de los señores Cantú y Lerena

Este arco se erigió en el aranque de la carretera que conduce del pueblo de Las Piedras al campo donde se alza el monumento secular.

En el centro y al fondo se divisa confusamente el obelisco de piedra.

cuanto la palabra humana enunció ó proclamó en aquellos solemnes momentos, que es quizá de entre todas las fiestas y ofrendas votivas lo único destinado á vivir más allá de los personales recuerdos.

Conferencia del doctor Zorrilla de San Martín [1]

Jueves 27 de Abril de 1911

Aparte de los trabajos encaminados á la glorificación material y militar, con casi un mes de anticipación se creyó oportuno agitar el

---

(1) Es justo dejar expresa constancia de la saliente figuración del doctor Zorrilla de San Martín, en todos los actos del Centenario conmemorado. Dictadas las leyes y decretos que ordenaban la celebración de aquel glorioso aniversario, faltaba que la palabra humana despertase, por la evocación de los grandes recuerdos, el sentimiento y el entusiasmo populares.

Esa hermosa misión correspondió, entre otros, preferentemente al doctor Zorrilla de San Martín, quien pronunció la primera y la última conferencias, siempre elocuente, sincero é inspirado; él dió su palabra sin limitación, cada vez que le fué reclamada, y sin imponer plazos ni condiciones Bien es verdad que no necesitaba para ello preparación, y que no le era difícil satisfacer su propio anhelo y el de sus compatriotas. El doctor Zorrilla de San Martín acababa de escribir el libro que le había sido encomendado por el Gobierno para que sirviera de canon á los artistas que aspiren á ejecutar el Monumento que se erigirá á Artigas en Montevideo; su espíritu, lleno de las ideas, de las verdades, de los recuerdos, de las nobles pasiones que animan esa su *Epopeya de Artigas*, conservaba la vibración inicial que la había inspirado, y el verbo que sacude multitudes brotaba de su boca, como el agua de la fuente, con solo abrirla. Su palabra fué, pues, la más copiosa de las fiestas del *Centenario de Las Piedras;* pronunció la primera, que fué la despertadora del sentimiento nacional, en la conferencia que, invitado por el magisterio, dió en el Ateneo de Montevideo el 27 de abril; el 25 de Mayo, en la inauguración del Monumento conmemorativo erigido en el mismo campo en que se libró la batalla de Las Piedras, pronunció en representación de la Comisión Oficial del Centenario, de que formaba parte, el discurso que clausuró aquel acto; en la manifestación organizada por la Juventud de Montevideo, fué encargado por ésta de dirigir al pueblo la palabra, y lo hizo en la *Plaza Cagancha* ante una multitud que lo aclamaba En la gran velada social que el Comité de la Juventud organizó en el Teatro Solís con motivo de la proclamación del resultado del Concurso literario abierto por ella, el discurso en honor de los vencedores estaba encargado á un distinguido orador; éste se inhabilitó la víspera del acto, y la juventud organizadora recurrió, una vez más, al doctor Zorrilla de San Martín. Era el único que en esas condiciones, de la noche á la mañana, podía salvar la situación. El doctor Zorrilla la salvó, pronunciando un resonante discurso en aquel acto social que por su naturaleza y la de la concurrencia que lo formaba, tenía exigencias de fondo y forma muy difíciles de satisfacer, sin una esmerada preparación.

Además de eso, el doctor Zorrilla habló en distintas ocasiones con motivo del Centenario: dió una elocuente lección de historia patria al profesorado y alumnos del Seminario de Montevideo; tomó parte en el acto de apoteosis realizado en el Club Solís de Las Piedras; habló varias veces, desde su domicilio particular, al pueblo que lo acompañaba á él después de sus conferencias; prodigó, según se ha dicho, como un fuerte obrero del pensamiento, su palabra y su concurso, sin limitación ni condiciones, siempre y cuando le fueron reclamados, para honrar y hacer conocer, sentir y amar las tradiciones de la Patria.

ambiente patriótico, divulgando desde la tribuna los acontecimientos más culminantes de la época rememorada. La Asociación de Maestros "José Pedro Varela", que había iniciado con alguna anticipación conferencias pedagógicas sobre los más diversos temas, creyó oportuno solicitar del doctor Juan Zorrilla de San Martín su concurso hablando sobre Artigas. A él correspondió, pues, el mérito de haber puesto, el primero, en vibración el sentimiento patriótico del pueblo de Montevideo, iniciando gallardamente la serie de conferencias que había de tener tan amplio desarrollo como resultados tan eficaces. La conferencia se verificó en el *Ateneo de Montevideo.* Esta no fué otra cosa que una lucida improvisación, razón por la cual sólo nos es posible ofrecer el siguiente resumen publicado en uno de los diarios al día siguiente de la conferencia:

"Desde que vimos anunciada esta segunda conferencia pedagógica, que correría de cuenta del ilustre autor de "Tabaré", nos preguntamos, por repetidas veces, cuál sería el alcance ó la faz pedagógica para que á tal acto pudiese ajustársele tal calificativo. Y no es que pensáramos como pensaba el propio conferenciante, y así lo dejó ver al iniciar su admirable trabajo de anoche, que él no es pedagogo y por ello no podía abordar una conferencia ajustándola á exigencias estrictamente pedagógicas. Nosotros ni siquiera llegamos á pensar en la cuestión así considerada. Al relacionar el nombre de Artigas y el del orador, estuvo lejos de ocurrírsenos el pensar que el doctor Zorrilla de San Martín pudiese abordar el tema explicando cómo debería ser tratada la personalidad del ilustre patricio; pero sí, creíamos, que el autor de la monografía del prócer, el autor de "Artigas" iría á la tribuna del Ateneo para hacer pasar ante nosotros, en la cinta cinematográfica admirable de sus dotes oratorias, metódica, clara y precisamente, aunque sumariamente, á la manera de una de esas nubes enrojecidas por el sol de los ocasos primaverales, una visión de gloria, su visión del gran patricio, algo así como un hermoso cuento de hadas que viniera á embelesar nuestros oídos, nuestro espíritu extasiado... algo así como el relato de una leyenda, como la revelación de un héroe de leyenda, incapaz de ser comprendido ó mejor: comprendido pero temido que, aunque parezca paradógico y forzada la figura, es lo cierto: de Artigas no podría decirse que no fué comprendido, harto se le comprendía.... ¡pero es que era demasiado astro, demasiado estrella para que lo admitiesen en aquella constelación compuesta por Pueyrredón, por Alvear, por Rivadavia, por Moreno, por Saavedra... arriesgaban ser absorbidos por el pri-

mer caudillo del Río de la Plata... sus planes monarquistas peligraban ante aquel blandengue que, visionario tal vez, redactaba en 1813 las célebres instrucciones según las cuales se pedía para estos territorios—aún colonias—nada menos que la independencia absoluta, nada menos que el régimen republicano para las bisoñas colonias del Plata y, finalmente, nada menos que el régimen republicano federal, á semejanza de aquella otra confederación del norte que vislumbrara y fundara el más grande de los americanos: Jorge Washington.

Y eso fué á decir desde la tribuna del Ateneo nuestro alto poeta. No hablemos del Artigas guerrero, dijo, que guerreros los hay á montones; hablemos de Artigas estadista, hablemos de Artigas político, de Artigas hombre, humano, bueno, sentimental; é hizo la apología en la faz desconocida, ó casi, del demócrata, del republicano, del vidente que viera en las colonias platenses cuerpo, vida y energías para transformarse de gobernadas en gobernantes, de dependientes en independientes, de esclavas en libres. Empezó, desde luego, la conferencia, arrancando, aunque sin abundar en prolijos comentarios, de la invasión de España por el ejército napoleónico. Y como de una fuente surge transparente y contínua la vena de agua, de labios del doctor Zorrilla de San Martín se desborda metódico, preciso, claro, el proceso inicial de la independencia de las colonias españolas en este lado del continente descubierto por Colón, hablando, ya de la formación de la Junta de Buenos Aires á semejanza de la de España, ya del Cabildo de Montevideo, ahora de los hombres que actuaban en la Argentina, en peregrina mendicidad por las cortes europeas solicitando la merced de un príncipe para establecer la monarquía rioplatense, y más tarde de la clarovidencia de Artigas poniéndose en abierta rebeldía con los directores de aquel movimiento monárquico, hasta que trata someramente del sitio de Montevideo para llegar á 1813 en que el caudillo oriental envía sus famosas instrucciones que, como es notorio, fueron á producir el caos en aquella convención de delegados de las provincias unidas, y con cuyo programa estaban en contradicción los delegados artiguistas, quienes, lejos de ir á decir: somos un cuerpo muerto, fueron á avisar, á dar noticias, de que existía vitalidad suficiente para no necesitar de la tutoría ó la cadena de ningún monarca. Estudia, entonces, con palabra desapasionada, desprejuiciada, el proceso á que diera lugar el rechazo de aquellos delegados y aquellas instrucciones, llegando luego á uno de los períodos más hermosos y culminantes de nuestra historia en que, pactada la paz por los de

Buenos Aires, que le es impuesta á Artigas, éste se ve obligado á levantar el sitio, afrontando con firmeza el período de sufrimientos que se impone el pueblo oriental acompañando á su caudillo hasta el campamento del Ayuí en aquella peregrinación homérica que la historia de nuestro pueblo registra en una de sus páginas bajo el título de "El éxodo del Pueblo Oriental". El orador se muestra en este pasaje sencillamente grande al evocar el dolor de aquel pueblo que todo lo había abandonado: hogares, bienestar, vivienda, todo en persecución del ideal perseguido por el gran calumniado, y que luego se veía obligado á deponer las armas y entregado á merced dèl enemigo, á quien había combatido con ejemplar valor, con admirable tenacidad, con inimitable unidad de miras. Trae de nuevo, luego, el orador, con su palabra fácil y sus giros elegantes, á los desterrados de Ayuí, y nos los presenta ya en escena luchando en el campo de batalla y en el campo de la política oriental-argentina, llegando por fin á aquel período corto aunque no menos memorable en que, luego de batir Artigas al gobierno de Buenos Aires y dar con él en el suelo, le es entregado Montevideo.

Estudia, el doctor Zorrilla de San Martín, á esta altura de los hechos iniciales de la lucha por la independencia, el desinterés de Artigas, sosteniendo que de ninguna manera quería éste convertirse en señor único y dominante de su pueblo, sino que, todo lo contrario, insinuaba á los de Montevideo que se acostumbraran, que aprendiesen á proceder sin su consejo y sin su influencia. Al detenerse por muy breve tiempo en aquella actualidad, refiere que consultado el general para dar un empleo á alguien que, se le decía, "es la persona competente para el puesto, pero no es adicto á V. S.", Artigas contestó con nobleza admirable, "que si la persona que se citaba era quien mejor podía desempeñar el cargo, debía dársele de inmediato, sin tener en cuenta para nada si era ó no adicta á su persona"!... Refiere también, que habiéndose desarrollado una epidemia variolosa en Entre Ríos, "El Protector de los Pueblos Libres", desde el Hervidero mandaba pedir vacuna, con el encargo especial de que se le enviara "fresca y lo mejor acondicionada"; como hace referencia también á aquel entusiasta acogimiento que presta á la proposición de Larrañaga para fundar la primera biblioteca nacional en el aniversario de la independencia, dando en ese día aquel santo y seña que nos enorgullece y enorgullecerá siempre: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes".

Más tarde, apesadumbrado el orador, tiene que referirse á la inva-

sión portuguesa del año 16, con la cual, dice, debía empezar la puesta del sol para Artigas, de aquel sol de la libertad que había hecho brillar sobre las colinas de la patria y que, ¡ay! los enemigos que él creía terminados, se debatían en la oscuridad de la política, para hacer desvanecer y para aplastar su gloria y su prestigio. Brotan torrencialmente las palabras de labios del conferenciante para describir lo grande, lo enorme, lo esforzado y lo desigual de aquella lucha, hasta que, vencido el venerable patricio por las huestes de Lecor primero y traicionado luego por Ramírez, en connivencia con el gobierno argentino, y derrotado finalmente en Entre Ríos, se retira del escenario político para asilarse en el Paraguay, donde estuvo muriendo durante 30 años, según el hermoso decir del orador.

Poco más habló el doctor Zorrilla de San Martín para dar por terminada su conferencia, que duró más de una hora y media, durante la cual las salvas de aplausos entusiastas y delirantes interrumpían la catarata de su oratoria, y al final de este triunfo, el autor de la "Leyenda Patria" fué aclamado por la enorme concurrencia que llenaba materialmente el gran salón de actos públicos. Pero el entusiasmo que supo despertar "el poeta nacional" al hablarnos como lo hizo de nuestro Artigas, de ese Artigas que él dijo: "no hay más que uno solo, y ese es oriental", no podía tener por límite el Ateneo: Los hombres que habían concurrido á la conferencia quisieron acompañar al orador y, organizados en manifestación, en medio de vítores y aplausos, acompañáronle hasta su domicilio, donde, solicitado para que hablase nuevamente, aprovechó para arengar á la juventud convocándola para el 18 de Mayo, en los campos de "Las Piedras".

PRIMERA CONFERENCIA PATRIÓTICA

Lunes 8 de Mayo de 1911

Constatado el éxito extraordinario de la conferencia anterior dada por el doctor Zorrilla de San Martín, el Comité de la Juventud y la Directiva Central de la Federación de Estudiantes, se pusieron de inmediato en actividad para la organización de una serie de conferencias de aquella índole. Fué ésta la primera de ellas, planteada por la Federación de Estudiantes, tomando parte en ella los señores bachilleres Francisco Alberto Schinca, Presidente de aquella institución, y Washington Beltrán y doctor Dardo Regules. El local escogido fué, como en las anteriores, el Ateneo de Montevideo.

DISCURSO DEL BACHILLER FRANCISCO ALBERTO SCHINCA

Señores:

No ha podido faltar una voz juvenil en la conmemoración jubilosa del Centenario. La Federación de los Estudiantes ha deseado con vehemencia que no dejase de sonar en la rememoración glorificadora, la nota del entusiasmo y del fervor. Esta es, brevemente caracterizada, la significación de este homenaje. Quien llega aquí, ante estos altares levantados para el culto de la República y para la adoración de la Historia, es la juventud estudiosa, en cuyas venas irrumpen con ímpetu las savias de la vida, y en cuyo corazón una voz que parece que viene de lo alto, canta perpetuamente los salmos del combate y de la esperanza!

Señores: Esta noche hay que hablar de Las Piedras y hay que hablar de Artigas. Yo siento que la misma honda emoción que vibra ahora en mis labios, oprime vuestras almas unánimes y suscita en vosotros, turbando la quietud armoniosa de vuestros espíritus, la misma agitación religiosa y sagrada que desordena los movimientos de nuestro corazón cuando ondulan en el aire de primavera las notas cálidas del himno, ó cuando tremola sobre el mástil altivo, protectora y simbólica, la enseña indeclinable de la patria.

¡Qué difícil es hablar de Artigas cuando no discurrimos sobre él cara al cielo y cuando no poseemos para enaltecerlo ni la lengua de los oradores eximios ni la arrebatadora energía de los tribunos populares! Decía Martí, aludiendo á un gran capitán de América, en una de aquellas oraciones inolvidables en que hacía prodigios verbales su magna y fulgurante elocuencia, decía Martí refiriéndose á un soldado glorioso, que para hablar de él era necesario hacerlo desde una montaña que oficiase de tribuna, ó entre relámpagos y rayos, ó con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada á los pies! Algo de eso puede decirse también de nuestro Artigas; sólo que para hablar de él no será necesario salirse de la patria en busca de eminentes montañas. En el terruño está, señores, la tribuna digna de cantarlo! Yo pienso que si alguien lo intentase una vez, en estos días gloriosos y evocadores que se avecinan, no podría hacerlo sino desde lo alto de aquella meseta dominadora en la que situó en una época de aciagas derrotas su campamento vigilante, para avizorar desde allí el movimiento de los ejércitos enemigos, y convertirse desde entonces en el Palladium inaccesible

de la Libertad, en donde ha de ir á refugiar el pueblo su alma gemebunda, en las horas dolorosas de las invasiones depredadoras y de las conquistas injustas!

Yo he encontrado tres enormes símbolos naturales para encarar los espíritus de los grandes libertadores de América. San Martín es la montaña; Bolívar es la catarata; Artigas es la selva. El corcel de guerra del primero galopa todavía sobre la cordillera y retumba de cumbre en cumbre como un himno de lucha; el alma de Bolívar tiene la formidable grandeza del Tequendama, frente á la cual exulta en cánticos; el espíritu primitivo y fuerte de Artigas tiene una figuración adecuada en aquella selva paraguaya con la que mantuvo el gran caudillo coloquios tan hondos bajo la noche del desastre y del destierro. Y acaso en toda la larga historia de América no hay nada más impresionante, no hay nada más imponente que la actitud hierática de San Martín sobre las cúspides nevadas y eternas; que el éxtasis de Bolívar frente al salto de agua que estalla en iris infinitos bajo la luz del sol; que el silencioso diálogo de Artigas con la soledad y con el bosque, en el ocaso de una vida llena de estruendos!

Los tres símbolos y las tres personificaciones se asemejan por su amplitud, pero hay diferencias notables entre aquellas vidas militantes y entre aquellas figuras heroicas. San Martín y Bolívar destellan en la historia con las aureolas mágicas del triunfo; entraron los dos, con el mismo paso vencedor, en el capitolio de la gloria; Artigas muere solo, y muere vencido. Notad, sin embargo, cómo la diferencia entre los destinos de los héroes es tan sólo aparente: el genio argentino tiene su pedestal en una roca abrupta del Ande; el genio venezolano resplandece sobre cinco repúblicas que él ha contribuído á fundar y constituir; pero nuestro Artigas debe vivir con vida más intensa en la historia de nuestro continente, en la crónica de nuestras instituciones, en la conciencia democrática de América. Mucho antes de abatirse su espada, ya había impuesto su idealidad. Las muchedumbres tumultuarias y enérgicas que lo seguían seducidas por su prestigio, advirtieron muy bien cómo revolaba entre sus labios el Evangelio de la República; y mientras él desfallecía de nostalgia y de angustia en el Paraguay, el Código del año XIII, el magnífico Código lleno de anticipaciones y de profecías, triunfaba por modo definitivo al consumarse la obra de consolidación de las nacientes nacionalidades.

Señores: Sin la supremacía de un espíritu superior en la civiliza-

ción de una época y de un pueblo, aún valdría mucho este centenario, aún brillaría mucho esta fecha; pero yo creo que lo que la hace imperiosa é ineludible es el haberla consagrado como obligatoria, no tanto la importancia material de la batalla de Las Piedras, como el triunfo artiguista, como el triunfo personal del caudillo, que aseguraba para después el influjo transformador de su doctrina constitucional, tan eminentemente avanzada. Arranca de Las Piedras su prestigio, y ese prestigio es el que lo autorizó á dictar luego, á los diputados de la Provincia y á los pueblos todos de la colonia, sus célebres Instrucciones del año 13. El estadista crece y se agiganta en el estrépito de la batalla, en el fragor de los entreveros. Mientras guiaba á la victoria las raudas cargas de su caballería, Artigas meditaba en el porvenir. Se sale de las normas de su tiempo, se adelanta á toda una civilización, ensueña y se anticipa. Su designio es más vasto que el de los revolucionarios de Buenos Aires. Por eso Sarratea lo acosa con sus enconos, y pretende arrastrarlo en las redes sutiles de sus insidiosas diplomacias, y Posadas lo pone fuera de la ley. Poco importa la odiosidad de Sarratea, que cae combatido por una conspiración, y las persecuciones de Posadas, que entrega, casi por la fuerza, la dirección de la cosa pública y el destino incierto del pueblo, á las juveniles impaciencias de Alvear. Sarratea desaparece en las oscilaciones del motín y Posadas revoca su decreto condenatorio, mientras la influencia de Artigas se perpetúa, aunque latente aún en las concisas fórmulas de sus instrucciones, en el alma amaneciente de la democracia.

La historia ha constatado ese hecho, y sobre los apasionamientos de Coroleu y sobre las detracciones de López, prima ahora el nuevo concepto vindicador. El primero calificaba de bandolero al caudillo homérico del éxodo. Olvidaba el historiador español, como lo olvidaba también el historiador argentino, que detrás de aquel bandolero sublime marchaba, por los caminos de la epopeya, todo un pueblo. Olvidaba el acierto estratégico de Las Piedras, la magnanimidad subyugante, la clarovidencia política revelada en el Congreso de Abril, la fiereza de las convicciones federativas, el peregrinaje hacia el Ayuí, el protectorado sobre los pueblos, la resistencia desesperada á la invasión portuguesa, la elocuente divisa del precursor, que colocaba sobre todos los cultos el supremo culto á la libertad, y aquel melancólico amortiguarse en la ausencia, sobre la extraña tierra, en el hogar indiferente, circundado de pobres y de infortunios, bajo la misericordia del sol ó las caricias luminosas de las estrellas!

Pero digámoslo muy alto: este nuevo concepto de nuestro Artigas, antes que de las reacciones á veces caprichosas de la crítica, ha nacido en nuestro propio corazón colectivo, en nuestra propia alma común, abierta á todas las justicias. ¿Quién sino el pueblo es el primer rehabilitador de esta gloria sin mancha, de este prestigio sin ocaso? Mientras el historiador permanece encerrado en su gabinete, absorto en sus estudios y en sus documentos, es el espíritu vertiginoso del pueblo el que toma y agita las amplias banderas, se lanza á las calles, entona el himno estremecedor, se detiene ante las estatuas insignes, ó evoca los manes eternos! Pues bien: el pueblo ha hecho la gloria de Artigas, y ha puesto en torno de las sienes dormidas, sobre los albos cabellos del abuelo, la aureola de la inmortalidad. El pueblo hará también la gloria de Las Piedras, porque es necesario probar que aquella acción de guerra no es una victoria aislada y sin valor, sino el comienzo de una odisea de heroicidad y sacrificio. Y así como sobre el nombre sonoro de Austerlitz, dondequiera que se pronuncie, se abren las alas de bronce del águila de Napoleón, sobre la evocación de Las Piedras flota el recuerdo del blandengue inmortal, entre el desfile épico de los escuadrones!

¡Oh, Prócer, oh soldado! nosotros hemos querido rendirte este homenaje porque la juventud, que siempre está de pie escudriñando los cuatro horizontes de la vida, te ha visto pasar una vez más sobre las gramillas de nuestros campos, bajo las estrellas de nuestro empíreo; te ha visto pasar una vez más envuelto en la bruma de tus sueños, que es una bruma en que se incuban soles; te ha visto pasar una vez más al frente de las legiones de la patria; te ha visto pasar una vez más entre el clamor de los pueblos redimidos por tí; te ha visto pasar una vez más bajo la triste noche del éxodo; te ha visto pasar una vez más en los resonantes endecasílabos de Zorrilla, en la briosa oda de Roxlo, en las iliádicas páginas de Ramírez; y ha querido que fuera para tí el más reverencioso de los recuerdos, el más sentido de los homenajes, el más espontáneo de los tributos; y, vuelta hacia tu inmenso espíritu, ha deshojado las rosas de sus lirismos, ha enarbolado tu nombre como una insignia frente á todas las indiferencias letales, y ha labrado para tí sus más pujantes rimas, sus más valientes cantos, sus más hímnicas prosas. Que tu espíritu, ¡oh Prócer, oh soldado! siga cerniéndose, en un inaccesible vuelo, sobre las procelosas agitaciones y sobre las patrióticas tristezas; é infúndenos tu fe, tu ciega fe, tu fe removedora de montañas, para que tus manes purísimos presidan desde la inmortalidad los destinos de este pueblo

y le señalen los caminos futuros, ya cuando conduzcan á la diadema de luz de la apoteosis, ya cuando lleven á la diadema de espinas del martirio!

He dicho.

DISCURSO DEL BACHILLER WÁSHINGTON BELTRÁN

Señores:

Aún resuenan en esta tribuna los ecos de la palabra sugestiva y cálida de Zorrilla de San Martín, anunciando con acento de cantor de la inmortal Leyenda, que dentro de breves días, va á sonar la hora augusta del 18 de Mayo. La Federación de los Estudiantes, cuyos prestigios intelectuales tienen renombre bien saneado, nos confía la misión de hablar á los corazones del épico día en que brazos orientales salvaron la causa de la libertad en el Río de la Plata, pronta á morir entre las vacilaciones desconcertantes del patriciado de Mayo y los reveses amargos que el esclarecido Belgrano sufriera en el Paraguay.

Señores: Hay en boga, en libros de filósofos amables, en armoniosos versos de Guyau, teoría según la cual las nuevas generaciones, ciegos los ojos al pasado, sordas á los rumores que vienen del ayer, sólo deben marchar en peregrinaje del dogma revelado, mirando hacia la aurora que azula el porvenir. Y así, se nos cuenta como mancebo animoso emprendió cierta vez, entre las tinieblas de opaca noche, ascensión por empinada cuesta de una montaña. Sangrando por heridas que abrieran zarzales implacables, y guijarros y espinas, en medio de la ladera, lo sorprendió la luz del nuevo día. Miró hacia abajo, y un lago, negro como la borrasca, como el misterio impenetrable, lo llamaba con vértigo de abismo. Pálido y desfalleciente, próximo á sucumbir por la atracción, pudo en último aliento mirar hacia la altura. El picacho se vestía de rosa, herida la nieve por el sol naciente, y en el cielo, á lo lejos, aparecían encendidas nubes superpuestas como cimitarras de bronce enrojecidas. Sin mirar al abismo, símbolo del pasado para el filósofo—poeta, el joven, con los ojos elevados en lo alto, emblema del mañana, llegó á la cumbre, donde hablaba con voz de ensueño, la esperanza.

El símil es inexacto, y la idea si llegara á triunfar, engendraría consecuencias deplorables. Para marchar al porvenir, necesitamos la voz del pasado, la luz del ayer, no apartar los ojos sino clavar mi-

rada escrutadora en los tiempos que fueron; robustecemos nervio, templamos corazón, alzamos el alma y formamos conciencia de nuestra grandeza, viviendo en los días de épocas muertas por el tiempo, pero vivas con persistencia inmortal por su gloria; sentimos en esa compenetración, que sangre de héroes, de patriarcas y de mártires gestó la patria nuestra; que hubo aquí, baluarte en corazones artiguistas, donde la raza encontró broquel de hierro, amenazada de perder su pureza en híbrida confusión, cuando el Congreso de Tucumán, fluctuante como barco desarbolado con que el Océano juega en sus horas de borrasca, desbordó sobre nativas campiñas la invasión portuguesa; que allá, cuando Moreno y Pueyrredón, y Belgrano y San Martín, las esperanzas en derrota, herida el alma por congoja amarga, oscurecida la visión por las tinieblas del caos, soñaban con la testa de coronado príncipe y con la realeza de la casa de Braganza, hubo un varón fuerte, patriarca de un pueblo, que salvó la democracia en el sur del Continente, oponiendo á la Monarquía la República, igualadora de los derechos del ciudadano, en armonía con la dignidad de la conciencia humana!

Una teoría estética—la de Platón—afirma que, al contemplar lo bello, nos hacemos mejores y hasta logramos embellecernos por dentro. Lo mismo ocurre en esta convivencia con los grandes hombres del pasado, en este persistente vivir de glorias que no mueren nunca. Cuando siento un desfallecimiento moral, un contraste en la vida, una ilusión que cae, una esperanza que se deshoja, leo los hombres de Plutarco, pido fuerzas al Carácter y al Deber de Smyles. A la individualidad aislada, la página de un libro, oportuno pensamiento, pueden servirle de báculo para apoyarse, á fin de no caer, en las horas amargas de la desesperanza. Las patrias necesitan sostén más robusto, consuelo más hondo. Pueblo fuerte, generación gallarda predilecta del triunfo, son aquellos que pueden en momentos de dolor ó de gloria, de esplendor ó de desastre, en la luz y en el ocaso, tornar los ojos hacia atrás y encontrar recuerdos y grandezas, que ora, hablan de sacrificios por la libertad, en éxodo de homéridas, donde marcha una patria entera en peregrinaje, ancianos de luenga barba y blanca cabellera, mujeres con el alma formada de ternura y el corazón de amor, niños que despiertan á la vida como el rosado beso de una aurora que nace: ora, abandonan su lenguaje dulce, para hablar recio con voz de bronce, vibrante como badajo que toca á somatén, recordando que se nació para ser autónomo, señor de sus destinos, libre de yugo extraño, venciendo al británico en la

Reconquista, al español en Las Piedras, al argentino en Guayabos, al portugués en Santa María, al lusitano en Sarandí. ¡Patria que rompe con sangre de héroes cadenas y grillos para gritar al mundo: el pueblo de Artigas no puede ser jamás esclavo!

Es esa luz, en que relampaguea fulgurante el ayer, la que anima en estos instantes, la tierra nuestra. A la aproximación de la hora del primer centenario de la épica brega, todo cobra vida, movimiento y acción. Mirad señores... Es la noche anterior á la gran batalla. Las tinieblas caen sobre el campamento patriota; ni siquiera brilla la luz de mortecino fogón; no hay risas, ni charlas en voz alta, ni vibra la guitarra, ni cuentos de almas en pena. Convertidos en ovillo, el duro suelo por lecho, por almohada el brazo, la lanza ó la escopeta en el otro, el trabuco al cinto, así duermen los cruzados con sueño de esperanza. Un sonámbulo, quizá un fantasma, tal vez un poseído recorre toda la noche el campamento, desgarrando con su mirar fascinador, la sombra impenetrable. Camina quedamente, como si alado fuera su paso, mas si un paisano avizor lo descubre, frase cariñosa le prodiga con ternura de padre. Y el poseído, de ojos azules, fuerte el mentón, augusto el rostro, alto y erguido, severo con su uniforme de jefe de Blandengues, continúa la marcha como patriarca que vigila el sueño de su pueblo.

Llega por fin la aurora del día 18. El sol brilla en lo alto, es apacible el día, tranquila la brisa, el firmamento muy azul. Empero yo escucho rumor de tempestad... Posadas abandona soberbia posición estratégica que ocupa en lo alto de la loma, atraído por hábil escaramuza del bravo capitán Antonio Pérez. Todo el ejército criollo, obedeciendo á la voz de Artigas, avanza en carga general. Los infantes se mueven como arietes de bronce. Acuchillan, muerden, hieren, matan, vivan á la patria nueva, aclaman al caudillo inmortal, avasallan á los realistas con empuje semejante al alud despeñado del picacho al abismo.

Allá, en el extremo izquierdo del ejército de Posadas, entona la epopeya su canción de gloria. Yo veo bien el cuadro, tengo la certidumbre que mi visión patriótica confiesa la verdad. Un grupo de criollos, adelantados de sus compañeros, han llegado junto á la boca del cañón español. Se oyen gritos, imprecaciones, blasfemias, rugidos de furor, cuchillos que chispean al chocar con el sable, la voz del trabuco, el resonar del mosquete, que trágicos dialogan con la muerte. De pronto, de entre las filas patriotas, un paisano, apocalíptico en su corcel de guerra, se arroja sobre el grupo que combate. Su



Una de las varias manifestaciones del 18 de Mayo.

La presidida por el doctor Zorrilla de San Martín y los miembros del Comité de la Juventud, y que se disolvió en la Plaza de la Libertad.

La columna cívica dando vuelta por el ángulo sudeste de la Plaza Independencia.

cuerpo y el caballo forman una sola entidad; descalzo, lleva enorme nazarena que se clava nerviosa sangrando los ijares del animal; el chiripá, de lienzo listado, mal prendido, deja ver músculos que se distienden como cuerdas de acero; la camisa, abierta y remangada, descubre pecho de bronce y nervudos brazos; una vincha que rodea la frente atada á la parte posterior de la cabeza, contiene las guedejas de vigorosa cabellera que desborda en juguetones rizos. El paisano revolea un lazo, que después de describir trayectoria en el espacio, con el silbo del aire que se mueve, cae sobre el cañón y lo aprisiona con su trenzado cuero. El caballo, azuzado por el jinete, clava sus cascos en la tierra, respira con resoplido de titán, salta frenético aquí y allá, pisa cuerpos, destroza cráneos, y en esfuerzo de cíclope se mueve arrastrando el cañón. El mosquete adversario ha enmudecido en ese lugar. Ahí, ya nadie viva al Rey; sólo se oye, altivo, persistente, dominante como voz sin desmayo, un ¡viva Artigas! que repiten al unísono las bocas.

La victoria estaba consumada ¡primer aliento serio que recibió la Junta de Mayo, abatida por el desastre de Belgrano, primer ariete fuerte que socavó el poder de Elío, primera exigencia magna, signada con sangre oriental, hecha á la faz de la tierra por un pueblo que aspira á ser libre, primera brillazón de luz civilizada que canjeó prisioneros y curó heridas al adversario caído, primera comunión del alma gaucha con la gran religión del patriotismo!

Hace poco, leyendo á Diderot, encontré que el filósofo, dirigiéndose á las religiones demasiado exclusivistas, les dice con imperioso acento: "Ampliad vuestro Dios". La historia, tratando de Artigas, formula á la América entera, esta exigencia perentoria: Ampliad el escenario del apóstol-caudillo, del Patriarca-Mártir! Error grave encerrar su figura entre los límites de la tierra nuestra ó de pueblo alguno, como grave error sería, querer dar patria á la democracia y fronteras á la república, sin recordar que el sentimiento igualitario tiene su origen en imprescindible derecho que proclama la humanidad entera. En los últimos tiempos la justicia histórica ha comenzado á hacerse alrededor de Artigas, en la propia República Argentina, donde han comprendido que no podían atacar su esclarecida figura sin renegar de principios que fundamentan la vida más esencial del pueblo hermano. Voy á relataros un hecho que confirma el aserto. Cuando fuí nombrado para representar á los estudiantes de la Facultad de Derecho en el Congreso de Buenos Aires, dije inmediatamente para mis adentros: en el primer discurso que pronuncie

en tierra argentina, hablaré de Artigas. Y bien señores: cumplí el compromiso contraído con mi conciencia. En el banquete del Jockey Club, saludaba en nombre del Uruguay, á las diversas delegaciones de los países: á los hermanos de Chile, la estrella del Pacífico, que ha dejado de ser solitaria para brillar en el concierto de la luminosa constelación de nuestro Continente; los de Estados Unidos, la patria de Washington, el mejor de todos los hombres, y de Lincoln, el más humanitario de todos los mártires después de Jesús; los del Perú, descendientes del antiguo Tavantinsuyo, de Manco Capac y de Mama Oello, que adoraron al Sol, porque en sus ensueños de grandeza futura, prefirieron amar, antes que al Cristo que muere en el madero, á un astro que no muere nunca; y luego dije... y perdonad, señores, si mi voz se anuda en la garganta, si mi cuerpo tiembla, si hay hondos estremecimientos en mi corazón... Advierto aquí, frente á mí, á los delegados del Paraguay, y evocado por ellos, surge á mi memoria la figura del Libertador de mi patria, de Artigas, con sus ojos azules clavados en el horizonte, alta la frente como si de ella fuera á brotar un mundo, aguileña la nariz, bajo el copudo ombú de la fecunda tierra, de Artigas, que entre sacrificios y dolores, entonando la canción del infortunio, cinceló á golpes de sable, en plena carne viva, el tipo robusto de nuestra democracia.

Grande fué mi emoción, señores; el nombre de Artigas que acababa de pronunciar era aplaudido entusiasta por manos de argentinos, y hasta uno de ellos, en justiciero discurso lo proclamó prohombre de la emancipación americana. Al día siguiente, le referíamos el hecho á nuestro insigne don Gonzalo Ramírez. Recuerdo bien con qué infinita alegría recibió la noticia el esclarecido maestro, cómo se animó ardiente su voz, cómo miraron entusiastas los ojos negros y profundos de don Gonzalo. En mis conversaciones—nos dijo—con hombres de pensamiento de la Argentina he podido observar que hoy ya no piensan respecto á Artigas con Mitre y con Vicente López: hay una gran reacción en el sentido de tributarle amplia justicia. Y no podía ser de otro modo: pensad que cuando Artigas, herido por la defección, busca asilo en el Paraguay, solo con su grandeza en el desastre, en el año del destierro, sus ideas triunfan por sus propios detractores y enemigos, en la Convención del Pilar, y que la misma República Argentina adoptaba en 1853 los principios que cuarenta años antes, proclamaba el gran caudillo en sus famosas instrucciones de 1813. Día llegará, señores, acaso en no lejano tiempo, en que veamos escrito el nombre de Artigas en la misma pirámide de Mayo, en el medio

de Buenos Aires, junto á Moreno, á San Martín y á Belgrano, pues no le cede ni un átomo en pensamiento á Moreno, ni un átomo á la bravura militar de San Martín, ni un átomo al santo patriotismo de Belgrano!

Señores: pronto va á sonar la hora anunciadora del gran advenimiento. Las almas orientales en masa, deben asistir en magno peregrinaje al histórico escenario. Pero asistamos no sólo para aplaudir la epopeya, para cantar la victoria, las bravuras de una raza legendaria que nació entre batallas y entre batallas ha vivido. Vayamos á Las Piedras, y en el tributo que hagamos al pasado, formemos decisión de hacernos mejores, á fin de que los hombres sean más buenos, menos crudos los odios, la raza más pujante, más firme el carácter, la voluntad más tesonera, el alma siempre joven, alentada por ideales de verdad y de justicia.

Yo creo, rindiendo homenaje á la franca sinceridad que ha de ser norte de toda mi vida de tribuno, que en estos instantes solemnes no sólo debe halagarse al patriotismo, sino también señalar defectos, para que el pueblo, en el supremo recogimiento de los días de gloria, los corrija y se perfeccione. Somos una raza de admirable valor físico con desprecio inaudito de la vida, pero en la cual se nota sensible ausencia de valor moral. Cuarenta mil hombres, abandonan fácilmente los hogares, envueltos en lágrimas de madres, en ternuras de hermanas, en súplicas desconcertantes de prometidas, y en duelo cruento miran sin pestañar á la muerte que cabalga en la grupa de su corcel de guerra. No se observa, en cambio, correlación análoga con el valor moral, el supremo valor de decir siempre la verdad, de adoptar actitudes francas y decididas, sin temer al epitafio que tanto horror inspiraba á Corina de Beocia: "Sólo en la aurora, sólo en el ocaso, sólo aquí también!".

Somos á la vez un pueblo de inteligencia admirable, pero que tampoco guarda relación con la voluntad necesaria. En el estudio de ciencias y artes, en el comercio, en la industria, en todas las manifestaciones de la raza, observo este defecto general: nos dedicamos á las cuestiones, con revoloteo de mariposa fugaz que vuela de flor en flor por entre los arbustos de un jardín. Es necesario cavar más hondo, trabajar con más ahinco. Poco importa que el asunto sea un detalle: los detalles tienen también profundidades de abismo. En vez de dedicar voluntad en manifestaciones múltiples y esterilizantes, debemos darle orientación firme y decisiva. Templemos sobre todo el carácter, sin el cual los hombres son muertos en vida, y cultivemos,

junto á la firmeza de convicciones y á la voluntad de hierro, el sentimiento, á fin de que haya en los corazones una inmensa piedad por todos los infortunios humanos, hacia los más tristes de los vencidos en la lucha por la existencia; por el anciano, que desciende entre desgarros de esperanza y marchitas ilusiones desgajadas; por la mujer, que simboliza siempre un mundo, por el hecho de poder ser madre; por el niño, arrojado á la calle á ganarse la vida, en el tremendo combate del sustento diario, sin fijarnos que desfibramos la raza, conspiramos contra el hogar, matamos el futuro, al permitir que la conciencia nueva se contamine con todos los extravíos que vienen del arroyo!

Y por encima de todo, señores, en la hora augusta de nuestro primer centenario, formulemos los orientales desde el fondo de las almas, como supremo homenaje tributado á la memoria de Artigas, solemne compromiso de sostener la paz, que significa el destierro de los llantos de la madre, el triunfo del arado sobre el mauser; la voz estridente del vapor ahogando el eco desgarrador del moribundo, el alma apacible sobre la rabia del combatiente, un grito de esperanza en vez de la eterna maldición de los guerreros, la escuela abierta para siempre al niño, las cunas meciéndose al eco de las armonías benditas, la sombra de los odios que se esfuman ante la visión gigantesca del porvenir que avanza, el juramento eterno por la eterna grandeza de la tierra uruguaya!

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR DARÍO REGULES

Señoras, Señores:

Tengo que agradeceros muy especialmente la forma amable con que me recibís en la tribuna. Y la acepto como un estímulo, ya que fuera ingenuo imaginarla como un homenaje. Pero como con ello queréis indicar benevolencia, acompañadme á descargar la responsabilidad de mi discurso, dándole á estas palabras el tono de una cordial conversación. Yo quisiera borrar de vuestro espíritu, por un momento, las muy notables impresiones de Schinca y Beltrán. Imaginaos fuera de este ambiente de luz y de armonía. Aceptad la idea de que estáis en un hogar común, lleno de íntimas expansiones, y que mientras fuera, el tiempo ha hecho sonar la hora de la consagración y del recuerdo, nos-

otros, sentados al rededor de una larga mesa de familia, hacemos un rato de reciprocidades patrióticas; que la conversación ha rodado al acaso, ha llegado casualmente hasta mí; y sin variar la tonalidad del ambiente, me he puesto á contaros algo de nuestra hora culminal; de las inquietudes y de los esfuerzos; de la aurora vacilante que iluminó nuestra primer leyenda; del viejo abuelo patriarcal y revolucionario, con su figura de hierro y su relieve de astro; de la mañana inaugural de Las Piedras, que publicó nuestra primer aspiración de sol; de las largas noches del sitio, donde la tertulia campesina comentaba con ingenuidad heroica las rebeldías soñadoras de la raza; de las penosas jornadas del éxodo; de la tarde triste de Tacuarembó; y por fin, de la hora postrera, cuando vimos al Jefe de los Orientales partir para el destierro, hundirse en la larga noche y perderse para siempre en el silencio, como un emperador santificado y solitario, bajo la piadosa misericordia de las estrellas!

Dejadme que dedique una palabra á la propiciación de este homenaje, ya que ha sido la juventud del país, la que ha aceptado la responsabilidad del primer esfuerzo. No podía ser de otra manera, y no ha hecho con ello sino ceder tributo al lote de quijotismo soñador y desinteresado que lleva en sus ansias. Es la juventud de las horas de gesta y de consagración; la de las fiebres románticas y los ensueños cyranescos; la que en brazos de la vida pródiga, va llevando en las almas los gérmenes de las fecundaciones gloriosas y el secreto de las leyendas futuras; la que siembra, soñando en el milagro de las nuevas rosas, para compensar la amargura de las puestas de sol; la que abandonando la atracción de las verdades concluídas bendice el horizonte que le cierra el camino, entregándole la insinuación apasionada de sus misterios, para construir tras su inmortalidad piadosa, el país de nuestras hadas amigas; la patria de nuestras primaveras fantásticas; el jardín abandonado de nuestra Cosette musical y misteriosa!... Y la que hoy, llamada por la rememoración histórica, ha hecho silencio á las solicitaciones de la lucha diaria, ha puesto el espíritu por encima del choque de las pasiones de cada hora; y se ha vinculado para la glorificación común, pensando y con razón, que si es respetable el empeño dedicado al ideal político de cada uno, en las divisiones necesarias de nuestra vida pública, es dignificar esos mismos ideales por la doble virtud de la tolerancia y del patriotismo, entregarnos todos á la efusión de los abrazos cordiales, y ganar juntos la batalla, para la historia, para la fraternidad y para la civilización fecunda!....

Y la batalla termina, señores, á cien años de distancia. Artigas ha ne-

cesitado un siglo para purificarse definitivamente en la crítica nacional.

La situación especial de su actitud en el siglo pasado, su altivez casi romántica, la guerra jurada que le dedicó la política lautarina, no han sido, señores, sino la consecuencia directa de necesidades sociológicas, sin cargos amargos para nadie, en los fallos posteriores de la historia. No era posible que identificara el pensamiento artiguista y el directorial: aunque armónicas en sus últimas finalidades, dos revoluciones distintas se realizaron en las dos márgenes del Plata.

La revolución porteña, meritísima como esfuerzo emancipador, fué un sacudimiento de *élite*, que arrastró á las figuras salientes de la época, pero que no despertó los fervores populares, ni siquiera á una semiconciencia del pensamiento libertador. La revolución artiguista, en cambio, caracterizó uno de los levantamientos más espontáneos de la epopeya americana. Pisa el Jefe de los Orientales la Calera de las Huérfanas, y el territorio arde en patriótica conflagración; surgen de todas partes pequeñas patrullas; se producen mil sublevaciones á un tiempo; y es aquello un despertar milagroso... las poblaciones campesinas, arrastradas por ignorados instintos de epopeya, brotan de todos los extremos, como llamadas por una solicitación imperiosa: la conciencia de una individualidad nacional se ha difundido casi sin saberse; y el rancho desierto y el fogón apagado, al culminar la cuchilla, parece que entregan al viento que pasa las confidencias de una amargura que se va y las seguridades de una aurora que se acerca!...

Había, pues, dos planos de apreciación. Dos lógicas opuestas triunfaban en las dos márgenes del Plata.

Los estadistas porteños, aislados en su esfuerzo, sin el estímulo popular que crea confianzas y consolida propósitos, no pudieron creer en la eficacia de la idea democrática, y la política tuvo que vacilar necesariamente, falta de los fervores de la multitud, entre el gobierno personal y la licitación de un trono. Pero Artigas, que sentía el calor de la vida popular, en el sacrificio de sus multitudes campesinas; que recogió las lamentaciones irremediables del Ayuí, como una promesa de confianza heroica; que encontró á su lado, al país entero en todas las horas de su accidentada carrera patricia: Artigas, repito, tuvo que creer en el pueblo, interpretar en la fórmula el sentir imperioso de la multitud, orientar en el esfuerzo y en el pensamiento el instinto pujante de sus masas campesinas, y constituirse, para la causa popular, en el primer patriarca, el primer apóstol y el primer mártir!

Fuera de ese título definitivo para el elogio de la posteridad, exhibe una hora de honda y conmovedora elocuencia. La superioridad de Artigas no es el producto de un minuto feliz, ó el aprovechamiento de una circunstancia favorable. Figura culminal por derecho propio, no renunció un minuto á las exigencias de su actitud eminente, y en el éxito ó en la derrota, dirigiendo los pueblos ó cavando la tierra, héroe ó mártir, siempre salvó la tranquilidad de la línea normal, para señalar en el trazado vigoroso de su gesto, el signo severo de su superioridad y de su grandeza.

No encontramos en Artigas un minuto de desentono inferior. Fué grande en todas las horas, con grandeza serena, sin sacrificar el rumbo de sus visiones finales, al éxito ocasional del aplauso, ó á la solicitación generosa del renombre. Su última hora es la síntesis más alta de selección y de integridad espiritual. Realizada su obra, sino en el éxito definitivo, por lo menos en la divulgación de su ideal democrático, no violentó un punto la tranquilidad de estos países, á la supervivencia de su prestigio personal. Superior á las pequeñas pasiones que halagan las almas relativas, bajó serenamente á la obscuridad y al anónimo, y si el bronce inmortaliza ya al Artigas que dirigió los pueblos en la hora cenital, algún día habrá que consagrar en la figura perdurable, la suprema armonía espiritul del Artigas de la última leyenda, que cava la tierra, distribuye generosamente las mieses, y no cuenta nunca á sus hermanos de infortunios, su luminosa procedencia de Protector de los Pueblos!

Más grande que el Artigas que dirige á los pueblos, antes de cavar la tierra, es, sin duda, el Artigas que cava la tierra después de haber sido el director de los pueblos. Hay en esa resignación aliento de vencedor; en ese silencio voluntario tanta deliberación victoriosa, tanto dominio espiritul, que nada puede sobrepasar esa definitiva purificación de la voluntad en su mayor independencia reflexiva. Está ahí la síntesis más alta del éxito: Los verdaderos vencedores, no son los que vencen á los demás: los verdaderos, los únicos son los que se vencen á sí mismos!

Señores:

Ha sonado la hora de la consagración centenaria. Que estos días de fraternidad nos hermanen en el pasado, en la historia, en el porvenir y en la gloria. Vayamos á las calles á cantar el himno en signo de homenaje. Vamos á cantarlo poniendo en alto el espíritu,

para que cuando el gran abuelo se remueva en su tumba reclamado por el estrépito de la consagración, y aplique el oído para escuchar la ronda que pasa, sienta como que el canto nacional, al pronunciarse en su honor, es altivo, cómo un himno de gloria, pero también patriótico como una plegaria de fraternidad!

SEGUNDA CONFERENCIA PATRIÓTICA

Domingo 14 de Mayo de 1911

La segunda conferencia patriótica, organizada también por el Comité de la Juventud, se realizó, como las anteriores, en el Ateneo en la fecha arriba indicada. Tomaron parte en ella los señores bachiller Miguel A. Páez Formoso, doctor Héctor Miranda y escribano José P. Turena.

He aquí los discursos de los dos primeros oradores:

DISCURSO DEL BACHILLER MIGUEL A. PAEZ FORMOSO

Señores:

Esta fiesta trae las vibraciones que agitan en el momento al pueblo uruguayo; resuena el pasado en que el heroísmo encendió el espíritu de la raza y flota aquí también el alma de una patria nueva en que hay paz para los odios civiles, un rayo de sol en el surco abierto, justicia al trabajo que descubre la fecundidad de la vida y libertad al pensamiento que vuela más allá de la muerte...

Una campanada del reloj que cuenta los siglos, anuncia una Primavera: parece que las ideas de escepticismo caídas en el alma de la vieja patria no enfrían corazones: la juventud ilumina ideales en los que empiezan á ser hombres, renueva recuerdos, en los que no tienen tiempo de vivir porque han dado el esfuerzo á los años, el amor á las otras generaciones y la esperanza á nosotros que traemos savia con que renovarla y pasión intensa para que no muera con nosotros mismos!...

Esa hora augusta de la jornada milenaria trae también evocaciones: primero sueño, caos, tumulto... es un pueblo que llora en la angustia de no ser libre, la suprema angustia de los pueblos... es después una

realidad... Los hombres han dejado de ser niños, se agigantan, rompen sus cadenas... ya tienen un jefe... el pueblo es soberano porque tiene voluntad, que es la virtud de los genios, como la razón es la virtud de la suprema fuerza.

No es esta sino la epopeya que hoy recordamos: el pueblo oriental, Artigas, Las Piedras, todo un poema de heroísmo que calmó la urgente ansiedad democrática de Mayo; el primer triunfo con el destino de la conquista que nos descubrió, en el milagro de Cristóbal Colón; que nos reveló á la lanza y al escudo y que á través de un siglo nos acerca á la vieja Iberia como si el amplio abrazo de la civilización no se rompiera por las reacciones del pasado; como si los enemigos de ayer se hubieran reconciliado á la primera sangre del duelo y ya no fueran adversarios por la patria sino amigos eternos por la raza!

Yo no creo que mi palabra pueda reflejar en el eco de las agitaciones patrióticas una nueva armonía; desde esta misma tribuna otros han cantado himnos: aquí mismo se ha llenado un vacío reviviendo los héroes; se ha hecho claridad en la sombra de las tumbas donde hay muchas verdades ocultas y enigmas que esclarecen los años.

Al glorificar toda la obra de Artigas, al dar al pueblo uruguayo la concepción del pasado, al ver la muchedumbre cómo escucha la palabra que le habla de la patria, me parece que está hecha la historia y que vamos dando vida á lo que ya no existe sino entre el polvo del tiempo y en las cenizas que reclaman el calor de las aras ó el reposo del templo.

No existiría la historia si la figura de los grandes hombres idos adoptara la quietud lapidaria del bronce; la epopeya no sería enseñanza si los abuelos y las madres que dicen la canción de la cuna no endulzaran los llantos del hogar con los ritmos del poeta y si los niños que aman á los héroes borraran sus hazañas de los libros de cuentos...

Alguien ha dicho que la historia es una resurrección. Esto es cierto porque los episodios para perdurar exigen no sólo el cincel, el verso y la pluma, es preciso que el pueblo tenga un alma que recuerde, miradas que evoquen, un corazón que sienta y una razón que juzgue...

Señores: Es ahora entonces que resuena mejor la Leyenda Patria: es también como Carlos María Ramírez, Zorrilla de San Martín y Eduardo Acevedo, han hecho que nuestros prohombres de la independencia triunfen del olvido sobre esa montaña que vamos haciendo en la memoria con los años: ya no está desierto el templo, hay un altar para los mártires de una religión, la más humana de todas las religiones, que se llama democracia, y un evangelio supremo, que se llama el derecho!

Todo ha cambiado de ayer á hoy. Sentíamos modestia de hacer americana la gloria de Artigas, nos parecía que el sol de Mayo había salido por encima de los Andes para dar un destello á la triunfal espada de San Martín, que en la bandera de Bolívar se sintió aletear la libertad. Hoy sentimos orgullo de Artigas porque él rompió las cadenas del pueblo oprimido, orgullo de que haya escrito con la espada del Protector de los Libres la divisa augusta de los pueblos que tienen patria, orgullo de que haya muerto en el destierro porque el destierro parece ser la cumbre donde mueren los héroes!

Ya no es solamente el blandengue, el vencedor de Las Piedras, el político, el pensador que se duerme soñando en la gran armonía americana, ese ideal de los andantes caballeros de nuestro siglo que libran batallas con los mojones de las fronteras, armonía que es el vuelo de los pensamientos continentales que ascienden sobre la altura de las nacionalidades y confunden el egoísmo, en libertad, igualdad, fraternidad!

Ya está hecha, señores, la justicia de Artigas. Todas aquellas mentiras de los historiadores enemigos, fueron mentiras convencionales...

Todos admiramos al luchador que libra las increíbles batallas de la vieja Banda Oriental, descubrimos al hombre que ha sembrado ideas en la huella del paso guerrero, ideas que hoy se reivindican después de la adversidad, en la ley de las democracias americanas, verdad que triunfa, porque la verdad es como la fe que no muere en el martirio!

Los historiadores vengativos, ya no existen. Los héroes viven!... Así es, señores, la justicia de la humanidad: desaparece como una roca, bajo la ola de las altas mareas populares, pero vuelve á surgir cuando el mar está en calma y cuando la razón brilla como un faro, descubriendo al instinto que es el Sísifo peregrino que no sube á la montaña de las grandes personalidades!...

América aclama á nuestro Artigas. Ha bastado un siglo para popularizar un nombre, pero el nombre de Artigas perdurará para nosotros más que todos los de la historia, porque es el primero, como el de Washington, en el corazón de su pueblo, porque es un símbolo, es el carácter de una raza invencible porque tiene el brazo del trabajador y del guerrero, invencible del tiempo porque le sobra juventud, invencible de la civilización porque tiene libertad é inteligencia que son los atributos de las generaciones predestinadas.

Señores:

No he subido á esta tribuna para hacer historia; vengo de esos obreros jóvenes que están formando la fraternidad de nuestros conciuda-

danos y traigo muchas emociones recogidas en el pueblo que en este momento no tiene partidos y que pasea su entusiasmo escoltando la bandera nacional.

Han pasado cien años. El mismo pueblo que formara las legiones de Las Piedras, el que fuera en el Exodo el cortejo de la libertad emigrante quiere volver hacia el héroe... No le busquemos en la quietud del Panteón Nacional, no vayamos á sorprenderlo en la tierra de Guaraní, donde hay un árbol que le da sombra cariñosa y que es para nosotros el Paraguay con los brazos abiertos...; vayamos á Las Piedras, donde el héroe pasea su gallarda figura de triunfador; donde se siente el ¡quién vive! de los campamentos, todo el rumor de la gran batalla donde se esculpió á golpes de lanza esa pirámides de Mayo, que está mirando al Sol meridiano como la América libre mira al porvenir.

Allá está Artigas, allá está la Patria, la Patria que nace en el milagro del coraje gaucho, en la libertad de los campos de batalla y en el beso de sol sobre las cuchillas donde hay pájaros que cantan y flores que perfuman...

Hay breves momentos para la hora del 18 de Mayo. Yo quiero que nadie falte en la peregrinación de la justicia póstuma; yo quiero que también en Las Piedras como hace un siglo estemos unidos; juremos un homenaje á la concordia, un recuerdo para los caídos por la libertad, desde los capitanes hasta los soldados de la última fila; juremos hacer la paz con nosotros mismos, porque el odio es la peor de las tiranías del corazón y es preciso que el corazón triunfe porque hace amar á los hombres, ese amor que es la virtud de los pueblos y la esperanza de la civilización!

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR HECTOR MIRANDA

Señores:

La apoteosis oficial, en su ritualismo un tanto seco y en su modalidad forzosamente inexpresiva, no llenaría el objeto de la conmemoración centenaria, si no estuviera acompañada por este simpático movimiento hacia entusiasmos conscientes, que levanten el alma y hagan sensible el corazón.

Nada se habría adelantado en la tarea de vigorizar nuestro yo colectivo, si todo quedara reducido al vistoso desfile de los regimientos, al explotar de festivas bombas, y á la simple pompa exterior de esta clase de solemnidades.

Todo se resolvería en una especie de fetichismo político, en una neomitología de dioses hombres, llevados fanáticamente de la tumba á la estatua, de la realidad muerta á la ficción de la vida, en un afán infecundo y macabro.

Eran necesarias estas tribunas populares, estas cátedras libres, estas pláticas amables en ambiente sereno y cordial, que hicieran comprensivo el significado del homenaje, que buscaran más el convencimiento que el aplauso; la superior devoción de las almas que el cálido chocar de las manos; que explicaran el misterio de esas prestigiosas figuras de antaño, resonantes de hierro y de gloria, cabalgando en los tiempos pretéritos entre fragores de epopeya y estruendos de olifantas, en la ascensión de las victorias y en el tropel de las derrotas.

Nada más bello, nada más ennoblecedor y fructificante, que este glosario de héroes, que este desfile de bronces redivivos, que esta evocación al pasado, al pasado magnífico de los buenos y de los fuertes,—en que hay rumor de gestas imposibles, vuelos de gerifaltes y jadear de leones.

Llegar hasta las filas abiertas del pueblo, para enseñar á Artigas, para abrir ante todos el corazón de Artigas, palpitante de amores ideales y de ensueños románticos,—es intensificar la moral por el ejemplo, es dar un modelo vivo de virtud inflexible, es loar la estética de la acción y la belleza del pensamiento.

Porque Artigas es el hombre completo, el tipo clásico del héroe, afirmativo y dinámico, lleno de realidades y de ideologías, gestor de pueblos, padre del futuro, uno y único en la vida y la muerte, el más grande del templo, el más grande y el más imperativo, águila doble siempre creciente en el avance de los tiempos y en el rodar nervioso de las generaciones.

El concepto de Artigas, precursor y fundador,—fundador de la Patria y precursor de la independencia absoluta,—héroe provincial, nacional y continental, el de vistas más claras y visiones más altas,—se hace cada día más nítido, más comprensivo, más real, al mismo tiempo más grande y más bello.

Hay una enorme distancia del Artigas de los primeros cronistas y las primeras consagraciones, el Artigas temerario y guerrillero, indómito en su leonera matinal, simple blandengue patrio, de melena al viento en el recio entrevero,—con el Artigas del presente, estadista y patriarca, soñador y hombre, en que el cerebro que piensa priva sobre la mano que batalla, y en que el sable de Las Piedras cede su puesto á la pluma de las Instrucciones.

Hay una diferencia esencial entre ese primer concepto nebuloso é intuitivo, y la admiración ponderada y consciente de la hora que corre, —como hay un notable paso desde la masa documental inconexa de Justo Maeso al ordenamiento seriado de Eduardo Acevedo, desde la improvisación vivaz y resonante de Carlos Ramírez á la apología razonada y épica de Zorrilla de San Martín, libro terminal, monumento que habla, historia viva, más perenne que mármoles y bronces, poblado de hombres que andan, de jaguares que aúllan, y de muchedumbres que palpitan.

El día que la América intelectual, que el mundo intelectual, conozca al Artigas verdadero,—no al Artigas de la leyenda enemiga,—al Artigas del año XV y del año XX, vencedor y vencido, jefe de los pueblos y padre de los pobres, el del apogeo y el del exilio, el que fundó la biblioteca como Moreno, la patria como Bolívar y la federación y la república como Wáshington, sentirá el deslumbramiento de lo inesperado, comprenderá al patriarca, amará su memoria y su nombre estará presente en libros y granitos, en fiestas cordiales, en centenarios y en apoteosis.

Se ha escrito mucho acerca de Artigas, pero no se ha escrito demasiado. Hay aún muchos temas inexplotados, muchos aspectos vírgenes, muchos puntos que piden la interpretación y la glosa.

El análisis emotivo, por ejemplo, está por hacerse. Hay también algo que decir del Artigas intelectual. Y hasta el hombre de acción ha quedado á veces en la sombra. El debió, como César y como Bonaparte, escribir sus campañas. ¿No sabía acaso, que le aguardaba la Historia?

Sí, y cada uno de sus actos más mínimos parece hecho mirando á la posteridad. En todos se diría que está presente esa visión ulterior de las generaciones por venir. No hay un paso en falso, no hay un tiempo cambiado en esa armonía superior de su espíritu y de su brazo.

Baste un hecho. Ser magnánimo en público, es decir, en las cosas demasiado notorias y demasiado visibles, es corriente y es fácil en los hombres de Estado. Aún siendo un monstruo puede hacerse un gesto humano y combinar una linda frase efectista, de aspecto piadoso y manso.

Pero ya no es tan fácil, para los hombres—solicitados por emociones muy grandes y combatidos por pasiones crueles,—ser condescendientes y benévolos en el detalle que ha de permanecer ignorado, y que sólo se conoce por raras casualidades; ser exquisito en las cosas pequeñas cuando atañen á los enemigos; tener para el contrario vencido, manos paternales y guantes de terciopelo.

Pues bien; Artigas los tuvo. Y es por eso que yo admiro sobre todo en este corazón lacerado y sangrante, esas delicadezas que alguien creyera nimias, y que son, empero, esenciales.

Así en el episodio tantas veces mentado de la devolución de los enemigos prisioneros á raíz del golpe de Fontezuelas, yo siento más intensamente que la frase altiva con que el caudillo los remitió de nuevo á Buenos Aires, yo siento más intensamente, digo, todos los detalles de su entrevista con los jefes engrillados, la piedad, la benevolencia de su acogida, el recuerdo triste, húmedo de lágrimas, para los amigos que desertaron sus banderas, la condescendencia para con sus enemigos sinceros, y hasta la exquisitez que nos narra uno de ellos y que tiene "dulzor de miel" que dijera Darío: Artigas se nos acercó,—dice uno de los cautivos,—y dió solícitamente su brazo como apoyo al coronel Balbastro,—otro enemigo prisionero,—que era anciano y enfermo".

Ved, señores, á ese caudillo omnipotente, rodeado de ejércitos, dueño de los destinos platenses en ese instante culminal,—flechado de odios y de calumnias, de mentiras y de traiciones,—vedlo, señores, descender á ese detalle piadoso y dar su fuerte brazo protector, al viejo veterano enemigo y vencido.

Yo cambiaría, señores, ese suave episodio, emocional y paternal, por cien batallas humeantes de pólvora y cuajadas de muerte.

Allí está el hombre íntegro, el hombre dueño de sí mismo, dominador moral, amo de sus pasiones, en toda la serenidad de su alma y en toda la pureza de su corazón.

Vale más, señores, esa rosa humilde y legendaria, que cien laureles triunfales.

Y ahora, señores, ya que es de práctica terminar con una evocación literaria estas conversaciones tribunicias,—no he de buscar el choque auroral de Las Piedras, la plena tarde de Guayabos, el ocaso de Tacuarembó, ó la noche sangrienta de Cambay,—no he de buscar la elegía del Exodo, el yámbico de la Meseta ó la égloga del destierro final.

El recuerdo que quiero exhumar ahora, es sencillo y modesto. Hay en él, empero, algo alado y fantástico. Parece que corre en los aires el hálito de lo inverosímil. Sin embargo, es rigurosamente verdadero. Cáceres lo cuenta en sus memorias.

Es el día de la última derrota, el último minuto de la vida política de Artigas. Zumban presagios de muerte en torno del caudillo. Acaba de quebrar la última lanza y de agotar el último cartucho. Un pelotón de hombres semidesnudos es su ejército, y su enseña es un girón de bandera.



Frente al edificio del Ateneo

Desde un balcón, el doctor Abel J. Pérez, orador designado, dirige la palabra á la multitud, el día de la gran manifestación organizada por aquel centro, momentos antes de ponerse en marcha la procesión cívica.

Va pensativo y nostálgico, bajo su pesada quimera desgarrante.

La tierra y los hombres y el inescrutable destino, le fueron adversos.

Lo envuelve la soledad y lo aniquila la derrota. Ante él están sólo la muerte ó el exilio.

Y es entonces, señores, que surgen de la noche, como brotados de la tierra ó del bosque, grupos humanos, desnudos y cobrizos, con flechas primitivas y lanzas cimbrantes, hombres, mujeres y niños, en abigarrado conjunto.

Llegan hasta el caudillo pensativo y nostálgico, de pupila ensimismada y profética, estos pobres indios sin hogar y sin patria, lo rodean, lo aclaman, le besan la mano, le ofrecen sus brazos y sus flechas, le piden la bendición, y, finalmente, lo siguen en caravana sonámbula, á través de los pantanos y de los bosques...

Yo evoco, señores, al recuerdo del héroe, ese bloc primitivo de indios desnudos y sangrientos. Yo evoco esa última guardia noble del patriarca en derrota, con sus virtudes y sus dardos, con sus ojos fanáticos y sus biceps de bronce, escuadrón de vencidos, caravana de humildes, rebaño de mártires, pueblo incontaminado, que cree en el profeta y se hunde con él para siempre, en la noche y la sombra.

TERCERA CONFERENCIA PATRIÓTICA

Lunes 15 de Mayo de 1911

Esta tercera conferencia se realizó con una solemnidad especial, efectuándose en el Teatro Urquiza. El tiempo importuno, pues llovió el día entero, y el paro general de tranvías perjudicó en algo la fiesta; pero sin quitarle un ápice de brillo intelectual ni del alto significado patriótico de la misma. A la asistencia habitual de las otras asambleas, se agregó la concurrencia de gran número de familias.

Hubiera tocado abrir el acto al doctor Carlos M. Prando, Presidente del Comité y designado hacía tiempo para aquel objeto, pero un luto próximo é inesperado impidió su asistencia. Debió suplirle el doctor Dardo Regules improvisando unas palabras de apertura. En seguida pronunciaron sus discursos los señores Daniel Martínez Vigil é Ismael Cortinas.

DISCURSO DEL SEÑOR DANIEL MARTÍNEZ VIGIL

Señoras y señores:

Dos fuerzas, una, gloriosamente representativa del pasado, y, otra, de un modo propicio representativa del porvenir; la fuerza que emana, como de un foco poderoso, del nombre de Artigas, y la fuerza que brota, como de dos fuentes ubérrimas, del corazón y del cerebro de la juventud, conspiran al éxito de estos festivales patrióticos, preludios, por así decirlo, de las manifestaciones jubilosas que las actuales generaciones tributarán, en el próximo centenario, al prócer que es, por prioridad en el orden del tiempo, por jerarquía histórica, por evaluación de merecimientos y por alteza de servicios, algo así como el Abraham de nuestra familia política y en el patriarcado de nuestras grandezas ciudadanas.

Porque los títulos de Artigas, con ser muchos y muy valiosos á la consideración y gratitud de sus compatriotas, estriban precisamente en ser cabeza de una nación, punto de partida de la historia de su tierra, arranque y entronque de una descendencia heroica, varón cimentador de una patria y de una raza, primer ascendiente en la genealogía de los libertadores ríoplatenses, aliado fiel del dios moderno de los hombres libres que se llama el derecho, y, al modo también del patriarca fundador de las tribus hebreas, padre excelso y padre de una muchedumbre excelsa.

Y ahí lo tenéis enhiesto y firme sobre su pedestal de gloria: con las salpicaduras de barro que sus detractores le han arrojado al rostro y que apenas si han llegado á macular la blancura del zócalo de la estatua; nimbada la cabeza con la aureola que la inmortalidad coloca en las sienes de sus elegidos; resuelto y altivo, con la resolución y la altivez con que siempre defendió los fueros de su provincia contra todas las pretensiones erigidas en derecho y contra todos los usurpadores con apariencias de soberanos: ahí lo tenéis tal como se presenta ante la posteridad el patriota celebérrimo que, en la tarde del 18 de Mayo de 1811, recogía del adversario español su espada de coronel; abatía los infantes y marinos que, con Castaños, en Bailén, habían derrotado materialmente á Napoleón, y que, con Gravina, en Trafalgar, habían vencido moralmente á Nelson, y auguraba inequívocamente que, en los dominios de la Madre Patria, había llegado la hora—retardada pero inevitable—de ponerse el Sol.

De todo hombre que, ultrapasando el límite de lo mediano, penetra

en las regiones de la celebridad, se puede sostener que existen dos personalidades: la real y la de la leyenda; la efectiva, la que es ó la que fué, y otra, adulterada si queréis por las ficciones, pero en la que las generaciones subsiguientes van transustanciando, partícula tras partícula, el alma popular. Y Artigas no podía escapar á esa especie de ley de la historia y de la vida. Hay, efectivamente, el Artigas de las biografías y de los historiógrafos, pintura exacta de la entidad viviente, y el Artigas legendario, no opuesto en el fondo al anterior, pero sí idealizado por los espejismos de la poesía y sublimado por la mano del artista colectivo que se denomina el sentimiento nacional. Y si, por acaso, quisierais conocer las diferencias accidentales que separan á ambos, no tenéis más que parar mientes en que, desde el simple punto de vista de la indumentaria, el historiador nos presentará un Artigas ataviado, casi elegante, con conatos de Petronio, luciendo sus fracs en los bailes y sus vistosos uniformes de blandengue en los quehaceres de los campamentos, mientras que en la retina del pueblo está clavada la visión de un jinete, prototipo del centauro criollo, que cruza al galope de su caballo el territorio nativo, llevando echado á la nuca el aludo sombrero y agitado por el viento de nuestros campos el poncho de las cargas y de los entreveros.

Explícase la indumentaria etiquetera en los generales del Rey-Sol—acostumbrados á las prácticas palatinas de la corte versallesa—los cuales tomaban plazas de guerra y lograban sus victorias á los sones de las violas, marcando el paso de los rigodones y bajo el fuego incendiario de los ojos de las marquesas; como explícase igualmente que algunos de los mariscales de Napoleón el Grande entrasen en pelea vestidos de rigurosa gala, porque la mirada de águila del amo no era insensible á aquella coquetería con la Gloria, equivalente, en muchos casos, al desposorio con la Muerte.

Pero si tales ó parecidos hábitos se conciben en el oficial de empaque colonial, están reñidos, en cambio, con las sencilleces republicanas del Jefe de los Orientales, quien es, en resumidas cuentas, el que nos interesa y el que llega á nuestras almas, porque en él se encarna el espíritu de las multitudes gauchas que acaudillaba, hechas á acallar con la metralla de sus interjecciones el estrépito de la fusilería en los combates, y á apagar el fuego de los cañones enemigos con el golpe del paño de sus ponchos.

Cuando en las horas tristísimas del destierro, Dante vagabundeaba con sus ensueños y con sus pesares, por las calles de Verona, los habitantes de la ciudad que servía de asilo al florentino, de alma más

candente quizá que el soplo de fuego que corre por los versos de sus tercetos inmortales, convencidos, más que por el tétrico aspecto del proscripto, por la lectura sugestionante de su magistral obra, de que para pintar tan á lo vivo las regiones infernales, había tenido necesidad de descender á ellas, decían, entre atemorizados y curiosos, cuando á su paso lo encontraban: *Eccovi l'uom ch'e stato all'Inferno.* "Ahí va el hombre que ha estado en el Infierno". Y, en rigor de verdad, si Dante no había bajado al Infierno, el infierno estaba en él: en su alma atormentada por todas las injusticias y dilacerada por todas las amarguras.

Los contemporáneos de nuestro invicto caudillo, sobre todo los que le conocieron viejo, achacoso, de rostro enjuto y surcado por profundas arrugas, de mirada escudriñadora, huraño y receloso, podían, á su vez, haber exclamado al distinguirle: "Ese es el hombre que ha estado en los infiernos". Y no se hubieran equivocado. Porque haber sufrido la serie de adversidades que comienza con los libelos de Cavia, toma cuerpo con las persecuciones á muerte de los prohombres de Buenos Aires, se acrecienta con la traición del entrerriano Ramírez y culmina con el martirio de treinta años de un destierro, no voluntario como de continuo se afirma, sino impuesto por las deslealtades de sus lugartenientes y las perfidias de sus contrarios; exponerse, á pecho descubierto, durante casi medio siglo, á los tiros convergentes del odio y de la envidia, es, en efecto, experimentar tormentos más crueles y dilacerantes que los propios suplicios infernales.

En presencia de la gigantesca talla histórica de Artigas, de la magnitud de sus hechos y de la majestad de su vida, no hay por qué recordar, en el día de su glorificación, la pequeñez de sus procaces infamadores, ni la ruindad de sus nefarios enemigos. Pero, si ha habido absoluciones y apologías para el salteador Güemes, para el bárbaro Quiroga y para el monstruoso Rosas, la verdad científica, la moral política y la equidad natural demandan de consuno que se haga justicia—cualesquiera que fuesen los yerros que se le quisiesen imputar—al visionario de genio que, confiando, como un nuevo Esquilo, su obra á la acción reparadora del tiempo, arrojó á los vientos del futuro los gérmenes de la democracia y del federalismo. Y si á pesar de las exigencias impuestas por una mejor comprensión de los hombres y de las cosas; si á pesar de los postulados provenientes de la historia y de la solidaridad del amor que, en las relaciones entre las personas como en las relaciones entre los pueblos, triunfa diariamente sobre la acción corrosiva del odio; si á pesar de todo persistiese el virus

infamatorio criminalmente inoculado por manos extranjeras sobre la memoria esclarecida del primero de nuestros conciudadanos y de uno de los más insignes repúblicos de Sud América, entonces responded á los que acusan sin motivo y vilipendian sin razón, que será vana su prédica y estériles serán sus acusaciones, mientras no logren arrancar de los anales americanos la página que contiene el decreto de rehabilitación de Artigas, suscrito por la misma mano que firmó el decreto de proscripción; mientras no tilden del escalafón de los soldados de la Revolución de Mayo, el ascenso á la coronelía del rendidor de Posadas; mientras no puedan despedazar la espada con que los cordobeses obsequiaban á su Protector inmortal, puesta por el desinterés de Leandro Gómez bajo la custodia sagrada de la Patria, y mientras vibre en los labios de la juventud de allende el río, la estrofa del himno que rememora la victoria de Las Piedras, letrero eterno que dice:

"Aquí el brazo artiguista triunfó".

He dicho.

DISCURSO DEL SEÑOR ISMAEL CORTINAS

Señores:

Recién ahora me doy cuenta de la difícil tarea que me ha encomendado el Comité de la Juventud al designarme para epilogar esta velada, y os declaro sin rubores que me siento cohibido al tratar de cumplir el compromiso que contraje con tan nobles y generosos amigos.

Mi temperamento no es propicio á las vehemencias oratorias, y aunque lo fuera estoy seguro de que no provocaría la nota vibrante capaz de renovar emociones y entusiasmos, porque aún perdura en esta sala el eco de los acentos tribunicios que han recorrido todas las gamas de la elocuencia para avivar patrióticos anhelos, en una magnífica evocación de nuestro pasado heroico. No esperéis, por lo tanto, un discurso digno de vuestra atención, y perdonad si sólo acierto á coordinar breves frases en homenaje á la grandeza de los tiempos que fueron. Señores: No os diré nada nuevo, al afirmar con Carlyle que "la sociedad está fundada sobre el culto á los héroes y que éstos constituyen la fuente de luz viviente, á cuya orilla nos complacemos".

Repito la frase, para expresar sucintamente el significado de un homenaje que ha encontrado la más franca adhesión y la más simpática resonancia en el alma del pueblo, alma que vibra y se estremece jubilosa, cuando hace desfilar en aras del recuerdo las luchas homéri-

cas de la Independencia con todo el cortejo de épicas hazañas que se registra en los anales de nuestra gloriosa epopeya emancipadora. Yo me explico el entusiasmo y el orgullo del alma nativa al conmemorar, después de un siglo, la victoria de sus esforzados libertadores.

La glorificación del centenario de la batalla de Las Piedras, consagrando el primer éxito de las huestes artiguistas sobre los escuadrones que custodiaban el regio oriflama de Fernando VII, tiene no sólo el significado de una apoteosis nacional, sino la trascendencia de una gloria americana.

Aquella espléndida victoria, lograda casi á las puertas de la histórica plaza fuerte del Virreinato, tuvo la mágica virtud de aclarar nuestro cielo y de iluminar horizontes lejanos, pues los fulgores del sol de Mayo, que después de brillar un solo día sobre los campos de Suipacha, se habían obscurecido frente al desastre de los esteros paraguayos, pudieron al fin resplandecer con salvaje hermosura y con prestigios triunfales, aquí, en nuestro Uruguay, anunciando á los pueblos de América que las montoneras gauchas habían hecho pedazos á punta de lanza los primeros eslabones de la cadena opresora, aprestándose de inmediato para apagar á ponchazos los fuegos de la conquista, frente á los muros de la vieja Ciudadela!...

Puede afirmarse, pues, que en Las Piedras se afianzó el impulso de la primer jornada emancipadora, bautizándose allí mismo con óleos de sangre el sólido pedestal que cien años después había de convertirse en monumento para perpetuar la memoria del fundador de la nacionalidad oriental.

¡Artigas! Evocar su nombre es como entonar un himno donde armonizan en íntimo consorcio el grito de guerra y la aspiración del bien; el ataque sin desmayos y la piedad sin mácula; la benignidad en el triunfo y la altivez en la derrota; el reto viril para la soberbia opresora y la sonrisa de consuelo para todos los oprimidos, huérfanos de libertad, sin enseña, sin solio y sin escudo.

No intentaré, por cierto, describir la silueta del capitán ilustre, del guerrillero audaz, del blandengue inmortal, porque no sería capaz de superar la forma magistral en que vuestros oradores han rememorado las hazañas del libertador, recordando no sólo la magnitud del astro, sino la épica grandeza y la poesía agreste que aquél iluminó, bañando con su luz los valles y las colinas donde habían de repercutir estridentes toques de carga para templar el formidable empuje de las huestes nativas, entre las que se confundían recios jinetes de vincha y chiripá, de chuza y de trabuco, con gentiles y heroicas amazonas que

como Jacinta Lunarejo, eran capaces del amor y del odio, prodigando en la paz del campamento sus caricias de china enamorada al gaucho-trova ó al criollo montaraz, y esgrimiendo la lanza en el combate para disputar á la garra conquistadora la posesión de los dones campesinos: la canción de la selva, el rumor del arroyo y el perfume de la flor silvestre, discretos confidentes de venturoso idilio, que aún aguardaban la vuelta al pago del cariño ausente, poetizando en su homenaje las tristes soledades del rancho abandonado!...

Pero, señores, es tan grande la gloria de Artigas y tan compleja su actuación en aquellas épocas de hierro, que aún apartándose del fragor de las batallas, la investigación histórica encuentra á cada paso trasuntos de su genio y la gratitud nacional motivos suficientes para otorgarle el título de gran ciudadano y de prócer eminente.

Se ha dicho de Bonaparte que algunas de sus sentencias valían tanto como la victoria de Austerlitz. Nosotros podemos decir bien alto de nuestro Artigas que cada uno de sus gestos, cada uno de sus ensueños y cada uno de sus silencios, tuvo tanta grandeza como el triunfo de Las Piedras.

Bástenos recordar, para convencernos de que fué superior á la época en que actuó, que cuando terminado el combate se apeaba de su corcel de guerra, era para elevarse más, pues siempre supo descubrirse ante las armas que se rinden, evidenciando que no impunemente se había amamantado en los pródigos pechos de la hidalguía castellana y que era capaz de conquistar un precioso timbre de honor para su raza, legándolo á la posteridad, á fin de que uno de sus descendientes más ilustres, Carlos María Ramírez, pudiera exclamar con orgullo ante la faz de América que "Artigas y los orientales dieron á la Revolución de Mayo la primera victoria campal que no se manchó con sangre de españoles indefensos".

He hablado de sus gestos, de sus ensueños y de sus silencios, convencido de que la grandeza de nuestro prócer alcanzó todos los grados del heroísmo, que no sólo consiste en desafiar la muerte, pues no son eminentemente superiores quienes no saben soñar el porvenir, sufrir con estoicismo y en circunstancias excepcionales, guarecerse en el imperio del silencio, que al decir de un insigne escritor "está más alto que las estrellas y es más profundo que los reinos de la muerte".

El más bello gesto de nuestro Artigas fué consagrado por toda una raza, puesta á prueba en las dolorosas jornadas de 1811, en aquel famoso éxodo de nuestro pueblo, que prefirió expatriarse sufriendo de impotencia y llorando de rabia en el desolado campamento del Ayuí,

antes de someterse á la tutela de la corona, confiando en que la misma Junta que decretó la tregua, habría de llamarlo para ir á golpear de nuevo los baluartes de la ciudadela y abatir la resistencia de las armas realistas.

Su más noble ensueño quedó grabado á fuego en las memorables Instrucciones del año 13 que contenían una lección de alta y clarovidente sabiduría para los orgullosos patricios de Buenos Aires, quienes despreciaron entonces su alcance genial, para incorporarlo cuarenta años después al código político de la gran patria Argentina.

Y su más trágico silencio—imponente como un abismo é insondable como una eternidad—fué el que rodeó á su vida de proscripto, cuando abandonó para siempre la tierra que le vió nacer yendo á asilarse en la selva paraguaya, solo como las águilas, inflexible en sus ensueños de grandeza y soñando hasta la hora de su muerte con una hermosa visión de gloria, que acaso todavía aún no hemos visto realizar.

Y es, señores, que el protector de los pueblos libres, el caudillo inmortal que guerreaba por la emancipación igualitaria del gaucho y del magnate, por la autonomía local, por la libertad de conciencias, por la igualdad ante el derecho, por la confederación de todas las virtudes á la sombra de todos los respetos, no podía claudicar en su empresa, aceptando como símbolo de irrisoria conquista democrática, la testa coronada que le imponían en 1815, engendro de aleaciones innocuas, sólo comparable como risueña paradoja á la del famoso papa constitucional que provocó la más irónica y amable de las sonrisas al genio independiente de Renán!...

Pero hubo tal vez otra causa más dolorosa que dilató la expatriación porque el Uruguay fué libre, los héroes de la Agraciada triunfaron en la lid, las dianas de Sarandí y Rincón saludaron á la patria nueva, y sin embargo el proscripto permaneció lejos, muy lejos, á solas con su visión de gloria, negándose á tener el consuelo de morir á la sombra de la augusta bicolor. ¡El alma del pasado y la conciencia del presente, algo deben saber del misterioso enigma!

¡Manes de los caídos en la histórica defensa de Montevideo, de los inmolados en Arroyo Grande, de los sacrificados frente á los muros de Paysandú, de los agredidos de Manantiales y Puntas de Soto, de los que vencisteis en Arbolito y Tres Arboles para ser vencidos en el Paso del Parque y en Fray Marcos, responded: ¿antes de matar y de morir, la sombra del Abuelo no turbó vuestra última congoja para deciros esa solemne acusación, que la patria grande, la de sus ensueños, no debe ser la del cintillo ni la de los torpes pugilatos fratricidas?...

Y nosotros, los que todavía estamos frente á frente, mirémonos de cerca, pongamos la mano sobre el corazón y no turbemos la majestad del silencio que aún perdura como un enigma, eterno como la gloria del héroe de Las Piedras, y trágico como el estoicismo del viejo solitario de Curupaití.

Señores:

Con verdadero orgullo debemos concurrir á descubrirnos ante el monumento que perpetúa la memoria del fundador de nuestra nacionalidad. Alguien, tal vez, recordando las hazañas del año 25, dirá que no toda la gloria de nuestra emancipación corresponde al gran Capitán de la Independencia y repetirá acaso con Buckle en un porfiado afán determinista "que no son los grandes hombres los que conscientemente hacen la historia, pues ellos resultan, como los demás, el producto fatal de fuerzas exteriores, ciegas y materiales".

Y bien; justo es reconocer que la obra de Artigas fué complementada con lujo de bravura por los que dieron en tierra con el poderío de la dominación portuguesa.

Lavalleja, juramentando á los heroicos cruzados del Arenal; Rivera, destacándose gallardo en las famosas cargas del Rincón; Oribe, irguiéndose arrogante en Ituzaingó; los viejos patricios y las más nobles damas estimulando audacias heroicas; los frailes horadando con empeño tenaz los cimientos del régimen imperialista; el gauchaje, indómito y bravío esgrimiendo la chuza y apretando con furia los ijares del corcel salvaje en los entreveros de la sangrienta carga; pensamiento y brazo, verbo y acción, impulso y golpe, aurora y rayo: todos colaboraron en la magna empresa de arrancar de cuajo el árbol sombrío del vasallaje, para construir el templo donde se oficia el dogma republicano y donde habían de consagrarse como simbólicos atributos las páginas de un código, las franjas de una enseña, las armas de un escudo y las notas de un himno!

Pero, cualquiera que sea la justicia distributiva, nadie osará negar, después de un siglo de consagración, que Artigas fué el primer exponente del impulso emancipador; el más gallardo paladín de la autonomía local y el cruzado caballeresco de la libertad en las comarcas del Uruguay y el Plata, pues si no bastaran para demostrarlo los magníficos alegatos de Ramírez, de Zorrilla y de Acevedo, el alma toda de la Patria charrúa resurgiría indomable y tendría acentos inmortales para hacer vibrar las eternas armonías de un evangelio glorificador.

En las selvas, en las colinas, en los ribazos, adquirirían forma tangible las idealidades del ensueño artiguista, porque en las rojas margaritas reverdece un símbolo de su fecundo riego y en las brisas del pago, en las que besan el rincón agreste y salmodian la oración de la tarde junto á los valles y quebradas de nuestras serranías, aún el aliento de su fe gigante se desliza como un soplo misterioso que va de rancho en rancho, recordándole á las sencillas almas campesinas, que en aquellas hondonadas solitarias se escuchó muchas veces la canción del denuedo y el himno del coraje. Y por último, señores, hasta el mismo sol de Mayo, ese viejo centinela de las glorias de América, que ha de iluminar nuestros rostros en el próximo día de la apoteosis, resplandecería con más brillo para afirmar que fué su misma luz la que besó la frente del invicto jefe y sus blandengues, aquellos peregrinos de la Libertad que desfilaron triunfantes por Las Piedras, aureolados con nimbos de victoria, y sangraron bajo el peso de la bárbara derrota frente al Tacuarembó, aquellos que extenuados, desnudos y con hambre, no exhalaron jamás una sola queja, y prosiguieron impávidos la jornada, siempre firmes, vibrando de coraje, y enseñando en su sonrisa estoica, la trágica altivez de los grandes sacrificios!...

CONFERENCIA EN LA ASOCIACIÓN RURAL

Martes 16 de Mayo de 1911

La Asociación Rural, institución formada por la agrupación de todos los propietarios rurales de la República, en un propósito de homenaje común, no quiso ser indiferente á la glorificación nacional, y acogió en sus salones la disertación del señor ingeniero Carlos A. Arocena que encaró la personalidad de Artigas de un punto de vista novedoso é interesante. En esta conferencia, que tuvo un éxito inusitado, se vió precisado también á improvisar algunas palabras el doctor Zorrilla de San Martín.

He aquí la conferencia del ingeniero Arocena:



La gran manifestación del Ateneo

ANTE LA LEGACIÓN DE LOS EE. UU. DE NORTE AMÉRICA

El Ministro norteamericano señor Edwin W. Morgan, conocedor y admirador de la Historia de Artigas, se había adherido, asistiendo como particular, á todos los actos del Homenaje del Centenario.

Artigas y la civilización de la población rural

POR EL INGENIERO CARLOS A. AROCENA

«No desmayaré hasta no ver planteada en el territorio, la fertilidad.»

«ARTIGAS. (1816).»

Señor Presidente:

Señores:

En estos días la América republicana conmemorará el centenario de la batalla de Las Piedras, como ya lo ha hecho por su independencia, en la fecha oficial del 25 de Mayo. Aquel hecho de armas, tiene en la historia el puesto más culminante, porque es el primero de importancia, que levanta el espíritu revolucionario de los pueblos, algo decaído ya, en aquel instante, por los primeros contrastes, y tiene además trascendencias múltiples, porque es el pueblo que ha actuado allí, que fija sus rumbos, y manifiesta los sentimientos de humanidad, como la expresión de sus costumbres.

Tal vez parecerá extraño que en esta casa de paz y de trabajo, donde nosotros los rurales no nos entusiasmamos por batallas, vengamos á hablar de estas glorias; pero Artigas, señores, era también un hombre de paz, y HECHO PARA LA PAZ. Si además os digo, que en aquella batalla le rodeaban, y pelearon con él los más nobles hacendados y agricultores del país, empezaréis á justificar que salgamos de nuestras habituales tareas, y estudiemos aquellos hombres, que son nuestra tradición de progreso; pues yo creo, y en eso tengo una firme persuasión, que no hay progresos que arraiguen y perduren, con la improvisación desprendida de los eslabones del pasado.

Yo he sentido, en mi vida, entre vosotros, que aquí, en el seno de las instituciones rurales, actúan las mismas tendencias progresistas de aquellos nobles hacendados y agricultores, y que en este ambiente flota y preside el espíritu de aquel "genio infernal", como le llamaran los déspotas, sus más encarnizados enemigos.

Yo pretendo, pues, demostrar esta noche, que en pocas partes estará mejor un bronce de "Artigas", como aquí, y en todas las sociedades rurales del Río de la Plata.

Pero para llegar á eso, para pasar del "genio infernal" de la le-

yenda difamante al "genio de paz" de la historia, yo tengo que mostraros las tribulaciones por que ha pasado la historia misma, y las torturas sufridas por el patriotismo de dos generaciones, en busca de la verdad.

Las tribulaciones históricas

DOS GENERACIONES EN BUSCA DE LA VERDAD

Por el año 1860 nuestra generación hacía sus primeras letras en la escuela primaria. En las nebulosidades de los recuerdos infantiles yo no podría precisar, con justeza, lo que aprendimos en aquel primer año; pero yo recuerdo perfectamente, que ya venerábamos una figura, con la que confundíamos todos los signos ó manifestaciones patrias. Era "Artigas".

Pasaron algunos años, y en otro colegio, se nos enseñaba historia y geografía, en un compendio, tan elemental como atrayente por los grabados que llenaban sus hojas. Entre los hombres célebres que en él figuraban estaba el retrato de *Washington,* y abajo decía: "El primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus conciudadanos".

Los colegiales, borroneando aquellas páginas, inscribíamos: "Artigas es el primero", y á Napoleón, y á todas las celebridades los bajábamos de sus pedestales, inscribiendo: "Artigas era más grande". "Artigas más bueno". Alguno inscribió un día, en el libro de un compañero: "Artigas era un gaucho malo". Se armaron disputas y peleas; pero no recuerdo que el maestro nos hubiera aclarado, en aquel punto, ni sé, si sabría algo de la historia de Artigas.

¿De dónde sacábamos aquella fe, en la venerable figura? Seguramente de oídas, en las conversaciones del hogar, y así debió ser; pues por aquellas épocas ¿cómo no habían de tener nuestros abuelos y nuestros padres más fresca la tradición? Estaban entonces bajo la impresión de los grandes honores decretados, y realizados, con motivo de la traslación de los restos, en 1856; de los discursos, y de las publicaciones que hiciera el mayor Leandro Gómez, quien acababa de regalar al Gobierno la espada que la provincia de Córdoba presentó á Artigas, como Protector de los pueblos libres.

Pasan los años de la niñez, y entramos en la juventud, que busca y escudriña la verdad, en cuanto le rodea y en cuanto le ha precedido, para justificar los hechos que presencia. Es la edad de la duda, que

busca la luz, para guiarse en el camino. Hay un momento de la vida, en que no caben ya los dogmas de la niñez, ni se tiene la fe por las convicciones de la edad madura. Es la edad del peligro: la razón está formada; pero necesariamente es más lógica que experimentada, en los intereses humanos.

Los prestigios de ciertas obras literarias nos atraen. Los magos de la frase y artífices de forma lógica, en el encadenamiento de los sucesos, se apoderan de las inexperimentadas inteligencias, y hacen tambalear nuestra fe en las grandes glorias de la Patria!

Sólo tenemos de Artigas, para no arrancarlo de nuestro corazón, tradiciones de heroísmo, y su biografía por el patriota don Isidoro De-María!

El "Facundo" de Sarmiento se lee, se devora, es ya un libro de prestigio mundial. En él está claro, como si fuera la evidencia misma, que en Sud América ha luchado una civilización urbana, contra una barbarie rural.

Artigas está allí, y es el gaucho bárbaro, indisciplinado y anárquico. El periodista Albístur, declaraba en *El Siglo,* que si al salir de España no hubiera leído el "Facundo", habría llegado á la América ignorante de la realidad, para juzgar de las cosas y de los hombres. No es de extrañar entonces el juicio de la Europa, sobre la población en Sud América!

Los prestigios intelectuales del autor de las historias de San Martín y Belgrano, como también del doctor López, en su historia argentina, y las ardorosas polémicas históricas entre ambos, han trabajado mucho la razón de la juventud, contra la fe de su niñez; pero los dos grandes enemigos historiadores, han concluído sus polémicas, con estas líneas de Mitre al doctor López:

"Los dos hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones por bárbaros desorganizadores, como Artigas, á quienes hemos enterrado históricamente."

Después el gran pensador argentino don B. Alberdi ha entrado en polémica histórica. Empieza por demostrarles la manera de escribir sus historias, y dice: "Hay pocos que se atreven á escribir historia de miedo á lastimar la vanidad con la verdad".

"Pero los documentos que se sienten documentos de libertad, se muestran con frecuencia indisciplinados, y tirando hacia la democracia bárbara, sacuden la autoridad del excelentísimo autor y aclaman á Artigas, á Güemes, á las provincias sometidas y humilladas en nombre de la patria, poniendo en derrota al general historiador."

"Artigas figura entre los primeros que dan el grito de libertad, y es el brazo fuerte que sustrae la Banda Oriental al poder del extranjero."

Y describiendo el origen y vida de Artigas pregunta á Mitre: "¿Dónde y cuándo se acostumbró al desorden, á la sangre y á la indisciplina?"

"Se sabe que hay dos Artigas, el de la leyenda y el de la verdad histórica."

"Los que ultrajan á Artigas no saben que lo cantan cada vez que se descubren para entonar sus himnos á las glorias de San José, la Colonia y Las Piedras, tres victorias de la independencia obtenidas por Artigas."

"Artigas despreció los galones de oro que le brindaron todos sus enemigos, los de Buenos Aires, los de Portugal y los españoles."

Es inútil deciros que la juventud de entonces, recibíamos esas verdades con tanto entusiasmo cuanto más nos los habían quitado las otras publicaciones.

Pero ¿qué pensábamos, en realidad, de esas polémicas? Por lo pronto, que no se había escrito aún la historia de la Independencia Sudamericana!

Estábamos en los tiempos de la dominación "Latorre", y la juventud de la época nos reuníamos en el Ateneo (calle Soriano).

Se trataba de la inauguración del monumento conmemorativo de nuestra independencia oriental, en la Florida.

El doctor Juan C. Gómez que predicaba la anexión, se negó al acto, dando sus razones, con un criterio histórico, que motivó en 1881 una interesante discusión en el Ateneo, entre don José Pedro Ramírez y don Pedro Bustamante, adicto éste á la tesis de don Juan C. Gómez.

"La anexión y su apóstol" se tituló la memorable conferencia del doctor José Pedro Ramírez, para la juventud de la época. A pesar de la poca documentación que entonces existía, el doctor Ramírez nos hizo ver contornos más precisos en la personalidad de Artigas y puso en claro buena parte de las causas de difamación. Debo leer algunos de sus párrafos:

"Entonces como ahora, dice, se diseñaban dos escuelas políticas en los acontecimientos del Plata: la escuela de las transacciones, de las evoluciones paulatinas, y la escuela de las soluciones definidas y valientes, de los propósitos indomables. Si en la vida ordinaria de los pueblos, es posible optar entre esas dos escuelas, no sucede lo mismo

cuando de un lado está el país y del otro la dominación extranjera. Los prohombres de Mayo pertenecían á la primera: iniciaron el movimiento á favor de Fernando VII; transcurrieron años sin que llegaran á declarar la independencia; y aun entonces y después, proyectaron combinaciones monárquicas á pretexto de falta de preparación de los pueblos..."

"Pero frente á esa escuela estaba la que Artigas sostuvo... ¿Cuál hay más grande en las tradiciones de nuestro continente?"

Artigas iba creciendo en el pensamiento de la juventud. Ya no es sólo un guerrero que glorifica las armas de América, es algo más grande!

Nos queda todavía, en un rincón del pensamiento, la leyenda de caudillo imperioso é indisciplinado, á pesar de que ya Alberdi ha preguntado á Mitre: ¿Dónde y cuándo Artigas se acostumbró á tales cosas? Tenemos tan llena la imaginación de gaucherías y barbaries, es tan voluminosa la novela, que nos es difícil desprendernos de su influencia.

También por aquellos tiempos Zorrilla de San Martín nos canta su leyenda patria. Sus notas de gloria, suenan como acordes de un himno; pero Artigas es todavía algo legendario.

En aquellos mismos tiempos algunos jóvenes, aunque pocos, frecuentábamos también la "Asociación Rural". Muchos creían entonces, más que hoy, que allí sólo se ocupaban los viejos de cosas de agricultura. Muy buenas documentaciones históricas oíamos, en conferencias ó leíamos en su Revista. *El busto de "Artigas", sobre su pedestal, tenía su lugar de preferencia en aquellos salones.* ¿Qué tiene que hacer "Artigas", en una Asociación Rural? pregunté un día á don Domingo Ordoñana. Éste, como todos, estaba influenciado por la leyenda, y me dijo: quien le podrá decir, porqué se ha puesto aquí, es don Juan Antonio.

El fundador y viejo hacendado don Juan Antonio Porrua, estaba ya muy anciano, y le fué difícil explicarnos; pero pude oir, que Artigas tenía mucho que ver con los rurales, y que siempre los había protegido. Era poca cosa; pero ya adelantábamos algo, que más tarde la documentación nos va á complementar.

Nuestro compatriota Clemente L. Fregeiro publica nuevos documentos de verdad, y pone en evidencia ciertos hechos históricos. La espontaneidad del éxodo del pueblo oriental en el levantamiento del primer

sitio de Montevideo, está demostrada, y desaparece para nosotros el gesto de *mandón*, que la difamación había impreso, en la fisonomía de Artigas.

Tengo que ser rápido, y abreviar mucho; pero no tengo más remedio que cansaros un poco y, siquiera, señalar los progresos del juicio histórico, para llegar al objeto de esta conferencia.

En el gobierno del general Santos se preparaba la solemnización fúnebre, en el aniversario de la muerte de Artigas. En el periódico *Sud América*, de Buenos Aires, aparecen artículos antiartiguistas, y eso da motivo á Carlos M. Ramírez, para escribirnos sobre Artigas una serie de artículos, que forman luego la obra, que todos conocemos. Su documentación é inteligente investigación, para la destrucción de la leyenda, nos dan ya la figura casi definitiva del gran ciudadano.

No podemos prescindir de algunas transcripciones.

Empieza por decirnos en 1884: *"He sufrido como el que más la influencia de la leyenda hostil á la memoria de Artigas, y sólo desde 1881 empecé á emanciparme de esa influencia."*

Se debe comprender, que si eso pasaba á un talento superior, como el de Carlos M. Ramírez, qué no pasaría en el pensar y sentir de la generalidad de los hombres de la época!

Pone en claro que toda la leyenda de difamación está basada en un libelo, aparecido en Buenos Aires durante el gobierno de Pueyrredón, y escrito por Feliciano Cavia, oficial del Ministerio, personaje mediocre como escritor, servil, y que nunca fué leal á principio alguno. Era considerado intrigante y de mala fe.

"Ha llegado un instante, dice Carlos M. Ramírez, en que no son temibles las discusiones sobre Artigas...; pero lleva en sí misma una aureola de luz, cuya intensidad se acrecienta á medida que las investigaciones históricas permiten apreciar los sucesos en sí mismos."

Llega á las instrucciones dadas por Artigas á los diputados orientales en 1813, y analizándolas punto por punto con la actual constitución federal argentina, concluye por decir, refiriéndose al *veneno* artiguista, que señalan los historiadores, sin especificarlo:

"El veneno de Artigas, es menester decirlo, llena las páginas de la constitución argentina, formada bajo la influencia de las provincias... Por resistir ese veneno con tenacidad, sin detenerse en medios tan culpables, como las connivencias con la invasión portuguesa, el patriciado de la revolución ensangrentó á los pueblos y retardó medio siglo la organización."

Carlos M. Ramírez, como escritor de verdad, señala lagunas, para la completa historia de Artigas, y dice: "No será posible mientras no salgan á luz todos los documentos reunidos en archivos particulares"; pero él ya ha levantado ante la intelectualidad de la época la personalidad de Artigas y, se adquiere la convicción de haber sido: *humano en medio del terrorismo; defensor de la soberanía popular, que es el primero en respetar y consultar su voluntad; propagandista de la idea republicana federal y contrario al despotismo y procederes de la oligarquía reinante,* que era monárquica.

No en balde las provincias de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba y luego la campaña y pueblo de Buenos Aires mismo le aclamaban!

Pasan algunos años, y siguen aumentando las documentaciones históricas. No sólo Artigas ha tenido su leyenda difamante, sino también todos sus subalternos, y todas las grandes figuras que en las provincias actuaron en la época, con la bandera de Artigas ó después, siguiendo su escuela republicana federal.

Comienza una nueva generación á rehabilitar á Güemes y á otros grandes caudillos. Se busca con afán la verdad. El mismo Rosas, tiene hoy borrada una parte de su leyenda! Tras de eso, se ensaya la historia del novelesco "Facundo" de Sarmiento, con documentaciones de verdad, y de tan gran verdad, que permanecieron inéditos, en el archivo del mismo original escritor á quien se los había trasmitido Alsina! Quiroga, si es un gran caudillo, deja de ser para la historia aquel Facundo, que Sarmiento sólo escribiera para atacar á Rosas; pero olvidándose de las fechas lo hace actuar cuando Rosas era el déspota en 1845, mientras que la historia demuestra que Quiroga murió diez años antes.

Quiroga no era hombre de engaños, ni sanguinario. Trabaja contra Rivadavia por la idea federal; pero lo domina la ambición y el juego. Trabaja por su personalidad; pero nada tiene del novelesco Facundo. (1)

---

(1) El conferenciante hace un aparte y, recordando á los oyentes que, en estos mismos días se conmemora en la Argentina el centenario de Sarmiento, dice: También nosotros adherimos, siendo admiradores del genial escritor; pero á cada personalidad la historia reserva el puesto de su juicio de verdad, que le corresponde, y que no siempre es el que le asignaron sus contemporáneos.

Todos esos estudios han ido haciendo la luz, y cada vez que avanzan las investigaciones, se va conociendo más el misterio que ha envuelto la historia, en leyenda general!

En 1894 el doctor Juan Carlos Blanco, en un pensamiento de colaboración en *El Siglo*, del 19 de junio, refiriéndose á los modernos conocimientos históricos, sobre la intelectualidad de Artigas dice: *"deslumbra y trastorna las bases del criterio histórico"*, y en ese mismo número el doctor Aramburú, considera que la obra lenta de la rehabilitación de Artigas podría ya juzgarse definitiva.

Ya era grande entre las grandes figuras de la independencia, y entre ella el único que sostuviera la república; pero han de aparecer otros documentos que lo complementan.

Se aproximaba el centenario de la independencia, y era necesario no pasarlo, sin levantar un monumento á Artigas. En 1907, el gobierno recuerda en un decreto lo que dijera Carlos M. Ramírez: "llegará un día en que los niños, el ejército y el pueblo se inclinarán ante la estatua del gran calumniado en la Historia de América".

Varios otros gobiernos han tenido esos mismos recuerdos, y existe también la ley de 1862 sobre un monumento á Artigas, en la plaza Cagancha; pero el último decreto á que me he referido, encomienda al doctor Zorrilla de San Martín, para que prepare una memoria sobre Artigas, y dé los datos documentarios y gráficos, que puedan necesitar los artistas, para el monumento.

Por los mismos tiempos, el doctor Eduardo Acevedo se impone la ardua tarea de hacernos una recopilación de los documentos relativos á Artigas, esparcidos en distintas obras, y no al alcance de todo el mundo. Aporta también documentos poco conocidos en el Río de la Plata, como las cartas de Mr. Robertson, que estaban en inglés, y otras extraídas del archivo del general Mitre.

Aparece en 1910 "La Epopeya de Artigas", por el doctor Zorrilla. Es mucho más que la simple memoria encomendada. Yo no tengo necesidad de recomendárosla; pero después de leerla, no digáis, como don Miguel de Unamuno: "Su Artigas, si no fué así, así debió ser", porque Zorrilla, si ha hecho un monumento literario para la inspiración de los artistas, no se aparta de la verdad.

Hemos llegado al centenario, con una voluminosa documentación, que ha costado extraerla entre los escombros de la revolución ó entre los misterios de una logia extinguida, cuyas puertas ya nadie tiene interés en guardar. Por el contrario, todas las fracciones geográfico-políticas en que se divide Sud América, se han esmerado en traer la luz y llegar á la verdad, porque sólo con ella la historia sirve de enseñanza, sólo con ella se encadena el pasado con lo porvenir y puede así fundarse un criterio para deducir "la gran lección moral", que un escritor más novelesco que historiador, señalaba á la juventud de su país.

¡Civilización contra la barbarie! es el juicio más dominante por la leyenda, y no parece muy dejado de lado. Hay prejuicios que se arraigan de manera más inconmovible que las supersticiones, en la ignorancia!

Yo encuentro todavía en obras modernas de rehabilitación, que persiste aquella influencia y, que los *tiempos duros,* las ideas y costumbres de exterminio, de *barbarie,* diremos, son aceptadas como comunes, de uno á otro extremo del continente!

Pues esos tiempos duros, esas costumbres, es precisamente lo que á estas alturas de los conocimientos de verdad, debemos explicarnos de una manera clara y precisa.

De haber tenido que luchar una civilización contra la barbarie y la incapacidad, no veríamos la razón de "un trastorno en el criterio histórico".

¿Sería entonces Artigas con todas sus bondades un loco visionario, á quien López y Mitre creyeron deber enterrar para siempre en la historia?

Hoy conocemos bien al gran ciudadano: Una inteligencia superior unida á todas las cualidades de un hombre de estado; de una fe republicana á toda prueba; de costumbres y prácticas democráticas. Agregado á todo eso una actividad y abnegación sin límite. Nunca antepuso su persona á la voluntad de los pueblos. Su espada sólo brilló ante los invasores extranjeros y contra el despotismo.

Pues bien; una personalidad tan elevada y que la verdad histórica nos lo presenta más que teórico, en estudios sociales, como inteligencia experimentada y conocedora del sentir, pensar, aptitudes y costumbres de las poblaciones rurales, más inclinado á la paz, el orden y la felicidad de los pueblos, que no á las guerras de predominios personales,

que él condena á cada rato... ¿ha podido en el hecho, dejarse llevar en brazos de la barbarie y de los pueblos incapaces é inconscientes de sus destinos, á quienes halagara con una bandera constitucional?

¿Será acaso por ambición personal?

¿No nos hace ver la documentación histórica, que Artigas ha podido, mucho antes que su compatriota Rondeau, apoderarse del gobierno en Buenos Aires, y en vez de eso, sólo pide y exige un congreso de verdad, para determinar la voluntad de los pueblos y la forma de gobierno? ¿No se le ofrecieron gobiernos y honores varios?

No! "Artigas" no era alucinado, con una tesis teórica. Los grandes hombres como "Artigas", son más el resultado de una voluntad desarrollada, en la experiencia de las cosas, que no por las teorías que sólo se manifiestan por ilustración.

Las instrucciones de 1813, como teoría, podrían ser mérito para ilustraciones como Mariano Moreno ó Larrañaga; pero no lo serían para un Washington.

Artigas tenía una clarovidencia de los hechos, y no se le escapaba ningún detalle sobre los sucesos y los hombres. Él llegó hasta decir un día, que empezaba á encontrar en aquella época más virtudes en el gaucho que no en las más altas ilustraciones. Era, sin embargo, gran amigo de fomentar la instrucción pública, y conocéis cuál fué el lema para su ejército el día de la inauguración de la Biblioteca Nacional: "Que sean los orientales tan ilustrados como valientes"; pero anteponía á todo las virtudes, y así, en oficio al Cabildo en 1815, con motivo de la fundación de otras escuelas, decía, que ante todo los jóvenes *"deben recibir un influjo favorable en su educación, para que sean virtuosos y útiles á su país"*.

Su actitud ha sido entonces el resultado de una convicción experimental; gran fe en las condiciones del pueblo y una voluntad inconmovible para servirlo. No para ser servido.

Debemos, pues, estudiar las condiciones propias de los pueblos y población rural, en la época de la emancipación, para saber si Artigas estaba equivocado.

No basta que hoy, todos los republicanos en Sud América nos inclinemos á dar la razón á Artigas, es necesario saber si la oligarquía ilustrada no veía más claro que él, en aquellos instantes.

Es lo que traigo á vuestra consideración, y lo que voy á ensayar de demostraros lo más brevemente posible; pero antes un aparte:

Señores: En la larga controversia histórica, que han seguido dos generaciones, y en el calor de esas discusiones, bien motivado por

cierto, he notado, que los historiadores de una y otra margen del Plata, se refieren, unos á historiadores argentinos y otros á orientales.

No hay que esperar tal ó cual reconocimiento histórico por los de la izquierda ó por los de la derecha!

¡Pueden los orientales enamorarse de Artigas, nosotros no tenemos necesidad de crearnos una tradición, ha dicho otro!

Yo considero que todo eso es un absurdo: Artigas sólo actúa hasta 1821, y la República Oriental se hace independiente en 1825. Artigas pertenece entonces á la independencia sudamericana y no puede ser juzgado con el criterio de nacionalidades. Separarlo de aquella historia, es no querer hacerla.

Pero Alberdi, federal y artiguista, es tan argentino como Mitre y López considerados porteños.

Eso mismo de *porteños*, es otro error histórico. Artigas nunca fué enemigo del pueblo porteño, ni éste de Artigas. La oligarquía gobernante y monárquica ó al fin unitaria, lo mismo se manifestó en una parte de la intelectualidad porteña, como también se manifestó en algunos orientales en Montevideo, y bien claro se vió eso, cuando la dominación del Portugal.

He querido salvar esa irregularidad en la discusión, porque Artigas es una personalidad sudamericana y sólo así puede discutírsele. Yo voy más lejos; pues creo, estoy convencido que el historiador moderno del Brasil no tratará á Artigas como un enemigo, porque si lo fué de Portugal y de su corona, era en defensa del territorio y de su ideal republicano; pero hoy Artigas, sería amigo de la federación, que también ha adoptado el Brasil.

En la Epopeya, del doctor Zorrilla, encuentro un párrafo lleno de verdad histórica, que condensa esas ideas en forma que expresa mucho mejor todo lo que acabo de deciros. Voy á leerlo; se dirige á los artistas:

"Es al pie de la estatua de Artigas, que está oculta en el bloque de mármol que vais á despertar, donde el pueblo oriental y el argentino deben reconocerse y amarse."

Capacidad y costumbres de los pueblos

Tenemos, pues, que fundar el criterio con el conocimiento de la civilización y costumbres de la población á principios del siglo XIX; pero eso sería muy largo y cansado si os hiciera seguir todo un trabajo, y

voy á sintetizarlo, indicando solamente lo necesario al objeto de esta conferencia.

En las ciudades, ya sabéis que no falta la instrucción, y que hay también ilustraciones superiores, tanto más divulgadas cuanto más antiguas fueron las fundaciones de aquéllas, y más participaron del contacto con las cortes de los virreyes. Buenos Aires era una de ellas; pero también Montevideo tenía sus ilustraciones influídas por las mismas doctrinas.

El régimen colonial de la España no era muy bueno; pero podemos creer que no era peor al de otras naciones y, en lo fundamental, obedecía á las ideas y prácticas dominantes en las cortes europeas. Aquí sí, viene bien aquel principio salvador *"cosas de la época"* muy empleado por los historiadores y aplicado á las figuras de su predilección.

El español venido de Europa, era arrogante y un tanto, no diré despreciativo, porque esa palabra va más allá de aquella su creencia de superioridad que tenía sobre el *criollo*. El vasallo más humilde al pisar la tierra americana, se consideraba representante de su rey. (Criollo acá quiere decir el nacido en América aun siendo descendencia directa de europeos).

También entre los *criollos* de las ciudades había su aristocracia, que Estrada dice: "estaba impregnada con los ejemplos de arrogancia en que había sido educada".

En esa aristocracia criolla, figuran en la historia la mayor parte de los hombres ilustrados de la época, y hoy podemos saber hasta cuáles eran los libros más generalizados en Sud América, para darnos cuenta del sentir y pensar de aquellas ilustraciones.

Lo más influyente en ellas ha sido, sin duda, y en lo que respecta á cuestiones sociales, la literatura monárquica, y el absolutismo de gobierno.

Algunos han podido leer algo de los derechos del hombre.

Posiblemente casi todos conocen referencias de la Revolución francesa; pero esta Revolución y su idea republicana estaba entonces desacreditada por su propio fracaso y por los principios que más habían arraigado en aquellas ilustraciones.

Conocen á Bonaparte, el *Corso*, como se le llamaba en Sud América; pero es casi seguro que no se conocía al verdadero Napoleón, porque éste venía desfigurado en el idioma español.

Si se tenían referencias de la independencia norteamericana, su Washington no sonaba como un ejemplo que los inspirara.

La idea constitucional federal, para la ilustración que más se exteriorizaba por la prensa, en 1810, era algo *inverificable;* pero si Mo-



La gran manifestación del Ateneo, al desembocar en la Plaza de la Independencia

En la columna se ve al doctor José Pedro Ramírez, Ministro del Interior doctor Pedro Manini Ríos, doctor Pablo De-María; Presidente de la Alta Corte de Justicia, doctor Julio Bastos; doctor Juan Zorrilla de San Martín, Inspector de I. Primaria, doctor Abel J. Pérez; Presidente de la Cámara de Diputados, doctor Antonio M.a Rodríguez; Magistrados, Funcionarios, Profesores, Estudiantes, y todo el pueblo nacional y extranjero. La multitud se pierde incontable en el fondo de la calle 18 de Julio, justificando excesivamente la apreciación de haber sido ésta la más grande manifestación popular de que se tenga idea en Montevideo.

reno ya atacaba esa idea, es como se sabe, que ya alguien ó algunos la han propuesto, y como esos no aparecen en las intelectualidades de la capital, hay fundadas razones para suponer que esas ideas andaban en los trabajos revolucionarios, que en la campaña oriental se preparaban en 1809.

Pero lo importante, es decir, que en aquellos tiempos las primeras intelectualidades miraban la empresa norteamericana como algo contrario al sentido común, y hasta mucho más tarde, *Rivadavia*, consideraría la república norteamericana como algo anormal; "Constitución de Cartujos" era como la llamaba Rivadavia. "Genio del mal" llamaría San Martín al delirio de la república federal.

Con esta reducidísima síntesis podemos comprender que las ideas, los caracteres y las prácticas, deberían tender á la monarquía ó el absolutismo, si esa clase se apodera del gobierno; pues esa intelectualidad era además muy poco experimentada en el conocimiento real de las poblaciones rurales.

Si el español miraba con cierto desdén al *criollo*, en las ciudades, la aristocracia criolla no veía en los hacendados y hombres de campo otra cosa que el *gaucho*.

Si la América, para España era una *cosa* de su propiedad y la manejaba como un terrateniente, para la aristocracia criolla el pueblo rural era también una *cosa*. Alsina había dicho, que el gran error de Rivadavia fué ir á Europa á recoger inspiraciones para su programa de gobierno, en vez de haber ido á estudiar las provincias y sus hombres.

Si Rivadavia, doce años después de 1810, todavía manifestaba ese desdén por la *cosa* á gobernar, se puede juzgar lo que pensarían los próceres que le precedieron.

Ya he dicho que no podemos hablar de *porteños*, de *argentinos*, ni de *orientales;* pues en todas partes existían hombres de esa escuela intelectual, y así sólo hablaremos de escuelas, de oligarquías ó camarillas, y del pueblo ó de la población rural.

¿Dónde estaba la barbarie y la incapacidad? No la podemos ver en las ciudades, y sólo hemos podido saber que la libertad y *las costumbres democráticas* no están en el alma de esa intelectualidad; pues en aquellos momentos no estaban tampoco en Europa, ni en sus libros. La librería jacobina vino mucho después. No es el momento, ni tenemos objeto de conocer su influencia.

En el pueblo de las ciudades no es posible tampoco encontrar el *barbarismo*. Los hechos que han podido señalarse son del mismo carácter que encontramos en los centros más civilizados de la Europa

en aquella época, y que hoy mismo se repiten siendo del dominio policial; pero de ninguna manera para presentarlos como incapacidad de los pueblos, para un orden social.

La independencia del gobierno de España, en la forma que hasta entonces había ejercido el régimen colonial, es unánimemente anhelada en Sud América. Tres siglos de dominación han aplastado demasiado y trastornado la vida en lo más esencial, que es el empleo de las propias actividades para el progreso de los pueblos. Es el nacimiento de un real y verdadero patriotismo, que tiene conciencia de su derecho á la vida propia.

La aristocracia criolla también anhela aquella independencia; pero la palabra *libertad*, cabe en esos momentos para ser proclamada por todos, cualesquiera sean las tendencias. De ahí lamentables confusiones en los historiadores al juzgar republicanos los que sólo han proclamado *la libertad*, cuando los sucesos y documentos nos prueban su monarquismo y su temor á las deliberaciones de los pueblos. Libertad para ellos significa salir del régimen colonial y formar nación, con corona de España ú otra cualquiera. Esa es la verdad y se debe tener presente.

Pero en la Banda Oriental desde 1808, se han notado movimientos del pueblo en que parece se pensara otra cosa: pero si han existido, sobre todo en 1809 trabajos revolucionarios, cuya repercusión tendrá más tarde su importancia, es el hecho, que la fecha oficial de la independencia es reconocida y fijada el 25 de Mayo de 1810.

Artigas mismo lo habría así reconocido, conmemorando ese aniversario en 1816, al fundar la Biblioteca de Montevideo, y también en oficio al gobierno del Paraguay el 21 de septiembre de 1812, cuando dice:

"Si el pueblo de Buenos Aires cubierto de gloria de *haber plantado la libertad, conoció en su objeto* la necesidad de trasmitirla á los pueblos por el interés mismo de conservarla en sí, su mérito puede hacer su distinción..."

¿No os decía yo hace un momento, que la palabra *libertad,* si había sido por todos proclamada, no era por todos en la misma forma, ni con igual objeto?

Artigas ha empezado á creer que los gobiernos de la capital no quieren la libertad de los pueblos.

La población rural: ¿No estará la barbarie y la incapacidad en la población rural, ya que no la encontramos en las ciudades y en forma que justifique el absolutismo reinante?

No voy á entreteneros inútilmente con teorías, de que tanto se ha abusado en estas cuestiones. ¿No se funda el mismo Lombroso en la novela sudamericana como si fueran realidades, para sentar sus principios?

Si de antiguo se dice: "Así se escribe la historia", en nuestros tiempos habrá que decir: "Así se fundan dogmas á nombre de la ciencia!"

En la tierra virgen americana, todo ha de ser extraordinario y original para el europeo, en aquellas épocas de la independencia; pero, para comprender esas originalidades y darles un exponente de verdad al describirlas, era necesario también un criterio experimentado para juzgarlas. Todo lo que no estaba en los usos, costumbres, ideas y prácticas europeas, se considera por los escritores de la época como actos de barbarie, sin mayor examen.

Matar reses vacunas, para sólo aprovechar el cuero, que era una operación ganadera perfectamente encuadrada en la economía rural de la época, por las restricciones coloniales á la industria, es señalado el hecho en muchas publicaciones europeas, como demostración del estado salvaje ó bárbaro, y eso es repetido en igual tono después por escritores americanos, sugestionados por aquéllos.

Señalo entre varios este caso, por ser de un carácter rural más típico; pero en esas descripciones novelescas, puede encontrarse como son actos de barbarie é incapacidad hasta la manera de cabalgar, viajar y vestir, etc., etc.

Pero hoy tenemos la historia contra aquellas novelas, y si os tomáis el trabajo de las comprobaciones, veréis que el cuadro de la población rural era algo muy distinto.

La vida era ruda en aquellas soledades, no era el vivir suntuoso de las ciudades. Existía el indio que daba sus malones; pero más generalmente, armados y ayudados por aventureros europeos, que comerciaban en esa forma y, en nuestro territorio oriental, guareciéndose en la frontera portuguesa, de donde salían las expediciones con objeto de apoderarse de ganados y caballadas.

Algunas veces esos robos eran favorecidos por los jefes militares del rey, ya por connivencia comercial ó por ineptitud y poco celo en favorecer los intereses de los criollos.

En todo lo que he podido comprobar, encuentro tan grandes semejanzas con lo que pasa en Norte América, en las mismas épocas!...

¿No habéis leído las varias novelas norteamericanas inspiradas en esos hechos? Mezclad esas novelas en la historia de aquel pueblo, y os figuraréis que era una población incapaz para el gobierno propio!

El ranchero norteamericano era nuestro hacendado, y el *cow-boy* nuestro *gaucho*. Los unos como los otros son víctimas de los malones y saqueos.

Yo encuentro en las familias rurales de los primitivos hacendados la base de una verdadera democracia.

Por toda la América, en ambos hemisferios, así como eran vírgenes sus selvas y llanuras, eran también vírgenes y llanas las ideas y costumbres.

En medio de la vida azarosa por los peligros que hemos señalado y la rudeza propia de los trabajos y ejercicios á caballo, la estancia del hacendado en el Río de la Plata, era el centro de familias constituídas y cristianas, llenas de virtudes y sinceridades.

El hombre de campo, tanto el propietario como el peón, eran en la generalidad hombres de verdad y sin dobleces. El que no era malhechor, y lo eran muy pocos, en aquella población rural, tenía el culto de la verdad. Una felonía, una simple intriga, era condenada, y el causante recelado ó separado de los vínculos sociales. Para adquirir prestigio en aquellas campañas, para ser lo que se llamará un *caudillo*, no bastaba la fuerza y destreza, era necesario el hombre á *carta cabal*. El hombre justo debía preceder al hombre diestro en las campañas, para ser respetado.

Las costumbres eran puritanas, y, si algo tenían de patriarcales, más tenían de democráticas. Era bastante general que los patrones y subalternos rodearan la misma mesa, y no por eso los respetos eran menores que hoy. Había cierta disciplina impuesta por la rudeza de los trabajos y la vida azarosa. Esa preparación va á servirles, en su tiempo, y á falta de ejércitos regulares, para la defensa de sus derechos, con el orden y humanidad en que se han ejercitado; pues en los relatos de ataques por malhechores se constata que los heridos eran atendidos en las mismas estancias.

Por lo general el hacendado tenía regular instrucción, si bien limitada, la aumentaba con gran experiencia de las cosas del país y conocimiento de los hombres.

No encontramos documentación alguna que nos haga ver la barbarie en aquellas poblaciones, fuera de hechos que corresponden á la persecución policial.

Con aquellas costumbres hay base suficiente para fundar una democracia de orden, que existe ya de por sí, y es así como no podemos

encontrar en esa población aquella causa de barbarie por la cual no se puede fundar aquí la república, como en Norte América. Allá las autoridades dirigentes pudieron encaminar esos pueblos al régimen nuevo, con poblaciones rurales mas diversas y complicadas.

Pero se puede todavía pensar, que aquella población rural de costumbres democráticas, sentimientos de humanidad y un culto por la justicia y la verdad, fuera incapaz de comprender el gobierno propio y darse cuenta de la manera de encaminar sus intereses á los progresos que indicara la situación de América.

———

Voy á daros algunas muestras de aquella intelectualidad experimentada, y más adelante la veremos en la aplicación de las ideas.

Se forman corporaciones de hacendados y agricultores para la protección de sus intereses y fomento de sus producciones.

Las sociedades rurales modernas del Río de la Plata, van á encontrar aquí su tradición y su fundamento, en las iniciativas de aquellos nobles y abnegados hacendados.

Debo antes deciros que el régimen colonial imponía tales restricciones al comercio, á la industria y á los cultivos, que hasta se llegó á limitar el cultivo de la viña, para no perjudicar la producción de España!

En uno de los documentos se presentan los hacendados del Río de la Plata, Montevideo y Buenos Aires al gobierno colonial. Está lleno de ideas prácticas. Demuestran al rey que se cuenta con millones de cabezas de ganado vacuno y lanar y que además hay salinas abundantes como parajes apropiados para formar la industria de salazón. Que por no serles factible aprovechar sino el cuero de los vacunos, pierde anualmente el país algunos millones en el valor de la carne de 450.000 vacunos que se matan.

Como el gobierno de España fomentara más todo lo referente á minas de oro en América, le dicen: "El oro y la plata son de necesidad; pero con todo, no debe ser preferida en los países donde hay pastos, labranza y comercio; pues se ve por experiencia que los pueblos que no tienen ganados ni trigos, son miserables aunque posean minas de oro, como tenemos ejemplo vivo en algunos de esta América".

Como el rey de España había remitido al Perú un número de polacos y alemanes, para enseñar el modo mejor de extraer metales, le dicen: "que imitando el antecedente, tenga la benignidad de remitir un número de irlandeses por ser la nación más práctica en el arte de salar carnes".

Le dan también una lección de buena política: "Con el desarrollo de la industria y el comercio, se observan mejor las leyes y se respeta el gobierno, á la par que se enriquece y se civiliza, se instruye el pueblo".

En otro documento dicen, que por las restricciones al libre comercio del trigo, muchos labradores abandonan el arado; pues ha llegado á tal abundancia el trigo, que si acá no vale nada el pan, en otras provincias y otros países, se pelean por comprarlo á altos precios. "Que haya libertad de amasijo y que sea libre el comercio del trigo y no se mire si va de una provincia á otra ó de un país á otro".

Hay muchas otras piezas, verdaderos documentos de valor, que haciéndonos comprender la situación económica rural de la época, nos hacen además conocer á fondo la intelectualidad experimentada de los elementos rurales, con una clara comprensión de lo que debe ser el gobierno de América.

Pero antes de concluir este capítulo yo quiero hablaros del glorioso "*Regimiento de Blandengues*", que es de pura tradición rural, pues tuvo su origen en una formal solicitud de los hacendados, y ellos mismos más tarde, indican cuál debe ser el jefe único y capaz, para hacer de ese cuerpo un modelo de "policía rural".

En 1795, se presentan los hacendados y hacen notar, que ya sea por la poca pericia en el manejo del caballo ó por complicidad en negocios con los malhechores, los jefes de tropas reales resultaban inofensivos.

Fué así que se creó el cuerpo de Blandengues con personal campero; pero los jefes no resultaban, y eso motiva otra solicitud, diciendo que los robos de haciendas continúan, y que es necesario nombrar jefes de partidas, de pericia y probada buena fe.

Indican al teniente de Blandengues, entonces *don José Artigas*, como el más aparente para el caso.

¿Cómo llenó su misión Artigas? lo dicen los mismos hacendados en otro documento: "Desde el principio de su comisión lo hizo con tal eficacia, celo y conducta, que haciendo prisiones de bandidos ó alejándolos del territorio, experimentamos en poco tiempo los buenos efectos á que aspirábamos, viendo sustituída en lugar de los sobresaltos, la quietud de espíritu y seguridad de nuestras haciendas".

Yo creo que ya es bastante, y podemos terminar esta parte, con la cual nos damos idea de aquella población.

¿Dónde está, pues, la barbarie, la anarquía, la incapacidad de las poblaciones en el momento de la revolución en 1810? No la vemos ni en las ciudades ni en las campañas.

La historia de verdad ha ido borrando la serie de malos gestos impresos por la leyenda difamante, en la fisonomía de Artigas; quedaba en ella la impresión de un alucinado, como conductor de la incapacidad y barbarie hacia lo *inverificable;* pero es el hecho que Sud América se ha pasado más de medio siglo sin organizarse, y acabamos de ver cuál era el estado de su civilización, para no creer que fuera ella la causa fundamental.

Causas fundamentales

Tenemos, pues, que buscar causas más fundamentales que nos expliquen: ¿Por qué en Sud América, las guerras de su independencia toman aspectos tan negativos para los progresos que anhelara el pueblo y su población rural? ¿Por qué en Norte América se establece de plano la república y en el Sud predominó el absolutismo y la anarquía?

No tenemos necesidad de insistir en que no fué debido á un estado inferior de civilización, ni tampoco á una fundamental diferenciación, por raza. Son esos argumentos muy pobres, que han podido servir á un criterio intelectual, en medio de ardorosas luchas civiles, dentro de la guerra de la independencia, y después, recogida esa difamación por historiadores no desprendidos de aquellos apasionamientos, que aceptan los argumentos desprovistos de toda verdad y realidad.

Hemos dicho ya, que hay acontecimientos que se desenvuelven por fuerzas superiores á la previsión de los hombres, que actúan en un momento dado, y es así como la historia puede ver donde no vieron aquéllos.

Si la aristocracia intelectual, diremos así, hubiera conocido más el pueblo rural de América, si hubiera penetrado en sus costumbres, conocido sus aspiraciones y sentido el alma sana y libre capaz de coadyuvar al orden de un gobierno propio, es casi seguro que la independencia sudamericana se habría conquistado sin las anarquías y luchas internas, y habría aparecido en el primer gobierno de la República el Washington que modelara con el ejemplo democrático la sucesión regular de los gobiernos.

Pero Washington también era un rural nacido en los campos de Virginia, y estaba impregnado del aire de libertad, y de las costumbres democráticas, desenvueltas en las poblaciones de pastores.

Todo eso de democracia, tiene que mirarse como el absurdo por la escuela monárquica, y si aparece en los pueblos y las campañas una idea semejante, será atacada y perseguida como insurrecta y con igual absolutismo que lo hiciera un rey con derechos á la corona. Ya tenemos una causa fundamental.

La lucha interna será, pues, inevitable en Sud América por el hecho de caer en suerte el primer gobierno, con todos sus resortes y ventajas, en manos de esa escuela de absolutismo, que si bien es minoría, podrá equilibrar sus fuerzas en el hecho, ya que no en el derecho. Donde éste no existe reina el despotismo ó gobiernan las oligarquías.

El Ateneo de Buenos Aires ha publicado hace pocos años un documento, que sería la clave de todo el misterio de la logia política, de aquellas oligarquías apoderadas del gobierno. Es atribuído á una de las más altas intelectualidades de la época, y se le denomina: "Plan de operaciones de don Mariano Moreno", quien lo habría presentado en la primer Junta de Mayo.

Es un plan de terrorismo, de engaños, intrigas y corrupción, previendo la manera de dividir para reinar sobre los pueblos, y en los cuales se fomentaría la guerra civil, si fuere necesario, y se intrigarían unos con otros los hombres de prestigios. Todo debía hacerse en forma reservada para el público, y el pueblo sólo conocer lo que conviniera á los planes de la Junta. Hay muchas otras previsiones en aquel documento.

Debe ser apócrifo; pero lo que sorprende en él, es la similitud de los sucesos, en la forma que se han desenvuelto, con las teorías y prácticas que en él se recomiendan.

Sería realmente fenomenal la previsión manifestada por un hombre, que actuó menos de un año en la época de la independencia.

Tiene que haber sido redactado con posterioridad á los sucesos; pero éstos, con el plan ó sin él, se han dirigido en la forma indicada, que es lo importante para la historia.

El historiador doctor López, decía, ue si la burguesía entraba ya en las miras y teorías de Artigas, era por odio á los porteños.

No era así; ya os he dicho, que la oligarquía no sólo era porteña, aunque el centro de su gobierno estaba en Buenos Aires. También había de aquella escuela en Montevideo, por toda América, y sus emisarios de manejos diplomáticos, por todas partes.

El general Belgrano, monárquico de fe, nada sospechoso como porteño, y bien consecuente al servicio de las miras de la oligarquía, es el que nos va á decir, en documentos que felizmente se han conservado para la verdad de la historia, cuál era la razón del avasallador prestigio que adquiría en Sud América el artiguismo.

Por el año 1818-1819 notaba Belgrano, que en las campañas ya no se recibía su ejército con el entusiasmo que lo hiciera á principios de su campaña en 1810, y dice á su gobierno: "El ejército no está en país amigo, no hay una sola demostración que me lo indique... se nos trata como á verdaderos enemigos".

Como el gobierno le instara á concluir con el artiguismo, le dice en oficio de abril 2 de 1819: "El ejército que mando no puede acabarlo, es un imposible, podrá contener de algún modo; pero ponerle fin no alcanzo, sino por un avenimiento".

Pero el 13 de junio de 1819, en otro oficio, señala ya la verdadera razón y causa de lo que está pasando, y dice:

"Estoy convencido que no es el terrorismo lo que puede cimentar el gobierno que se desea... Tampoco deben los orientales al terrorismo la gente que se les une, ni las victorias que los artiguistas han conseguido sobre las armas del orden. Aquélla se les ha aumentado, y les sigue por la indisciplina de nuestras tropas y los excesos horrorosos que han cometido, haciendo odioso hasta el nombre de patria."

Estos documentos á la vez que confirman de manera concluyente, que la barbarie no estaba en las fuerzas populares, dicen también que éstas crecían en prestigios, porque sus teorías y prácticas se adaptaban más á las propias costumbres rurales llenas de verdad y humanidad, de que os he hablado.

Creo que ya es bastante para hacernos comprender una causa fundamental y poderosa, por la cual no podían desenvolverse las cosas en Sud América con la facilidad que lo hiciera el pueblo norteamericano, y aquí también podemos agregar, que las tendencias de progreso manifestadas por las poblaciones rurales, y que se consideraban primordiales en Sud América, no eran tampoco muy apreciadas por los directores.

Lo han comprendido así los comisionados norteamericanos enviados por el gobierno de Monroe en 1818, para informar de la situación política del Río de la Plata. Esos republicanos de inteligencia experimentada, han extrañado en primer término, que acá como allá, no se preocupara el gobierno de lo rural, que debía considerarse lo esencial, en los desiertos de América, y así Mr. Bland, dice en su informe: "Se levantó una facción en Buenos Aires que más preocupada de los intereses y del progreso de su ciudad, quería establecer un gobierno centralista."

Otra causa fundamental que impide en Sud América que los pueblos y campañas unidos, para su independencia, realicen el ideal republicano, desde los primeros instantes, es que acá se tuvo además que luchar

contra las invasiones de Portugal, y en Norte América, por el contrario, consiguieron los pueblos la alianza de la Francia, para la empresa de su independencia.

¿No se ve en aquellas fatalidades reunidas, causas más poderosas que aquellas novelas con las cuales se ha pretendido fundar los motivos de una demora de más de medio siglo, para satisfacer el progreso de las poblaciones rurales y organizar el gobierno republicano?

La genuina civilización rural y los pueblos, fueron, pues, contrariados y, no sólo demorados sus progresos, sino modificadas y desquiciadas las costumbres por aquellas tres grandes fatalidades reunidas, que tendían á conquistarlos, ó mejor dicho, á subyugarlos. Pero debemos decirlo con toda verdad, que con todo eso habrían podido avanzar aquellos pueblos y aquella noble población rural, si una de las más grandes de las fatalidades, que lo era el absolutismo por educación y por escuela, de las más altas intelectualidades apoderadas del gobierno, no hubiera llegado á las connivencias con las otras extranjeras, para la destrucción y el dominio de los pueblos!

Pero, si no pudo ser por aquellas fatalidades, hemos de ver si había la materia y el molde, para realizar en Sud América los anhelos manifestados por las poblaciones rurales.

¿Existe el hombre capaz de comprender y practicar en aquel momento la alta misión del gobierno republicano, progresista, y ser además ejemplo y abnegación, para hacer escuela y establecer en el gobierno las costumbres democráticas?

Veremos como Artigas era la representación más alta de aquellas poblaciones rurales, y por qué el bronce del gran ciudadano, debe estar, como estaba, en los salones de la Asociación Rural, como un símbolo de sus aspiraciones.

«Artigas»

Hoy se puede hacer la completa biografía de Artigas. Yo lo he seguido en las documentaciones desde su nacimiento, sin mayores claros hasta que termina para la historia; pero voy á ser breve y tratar de no cansaros, diciendo lo más esencial.

Su abuelo, don Juan Antonio Artigas, es un español llegado al Río de la Plata en 1716, habiendo hecho su carrera militar en la guerra de sucesión, que agitó 12 años á la España. Aquí ha continuado la carrera militar y figura en varios episodios históricos en el tiempo del coloniaje, como ser el reconocimiento de la plaza de Montevideo, cuando su puerto fué ocupado por los portugueses. Asiste también á la toma de la Colonia y ha ejercido cargos militares en las fronteras.

Radicado en Montevideo, y siendo de sus primeros fundadores, ejerció el cargo de alcalde en el Cabildo.

Pobló también con ganados una estancia en los campos de Casupá.

Entre sus hijos se distingue en la historia, Martín José, quien por ser *criollo,* es decir, nacido en América, no podía, por las restricciones del coloniaje, ascender á un grado más alto que el de capitán. Desde 1758-1796 es distinguido Martín José, en distintos cargos civiles, continuando también los trabajos rurales, en la propiedad paterna del Casupá. De su matrimonio con doña Francisca Antonia Arnal, ha tenido varios hijos, y entre ellos José, el que será en la historia "Artigas".

"Artigas" nació en Montevideo el 19 de junio de 1764, en la calle más principal entonces, y que después se denominaría de Washington, sin saber si fué casual la nomenclatura ó por establecerse un paralelo histórico.

Artigas ha recibido en el Convento de San Francisco toda la instrucción requerida en aquellas épocas, que no por ser limitada, en relación á la moderna, dejaba de ser sólida y suficiente, para formar hombres completos.

Para los primeros años de juventud de un *criollo,* aun para los que, como Artigas, gozaban de la primer posición social, debía ser poco halagador aquel recinto de plaza fuerte, y con pocos horizontes para los nacidos en el aire libre del nuevo mundo, y así, aunque de tradición militar por abolengos de familia, ha debido atraerlo la vida del campo, que estaba ahí no más, después de los portones, que se cerraban al oscurecer, aprisionando la población, dentro de muros.

Ha ido, pues, á los campos del Casupá y á ejercitarse en la industria pastoril, con sus demás hermanos. Se ha distinguido allí en los ejercicios del caballo y en las rudas tareas con los ganados, así como en los peligros que de continuo amenazaban la vida y la propiedad, en los desiertos. Ha adquirido allí todo el sentir y costumbres puritanas de la población rural, que ya brevemente hemos reseñado. Ha conocido las aspiraciones de progreso de los hacendados y agricultores, y sentido sus necesidades más apremiantes para poder desenvolverse, en seguridad y orden. Ha comprendido también al indio, y sabe de sus bondades, para hacerlos útiles y conducirlos con humanidad.

Así Artigas se había distinguido ya entre la sana población rural, reconcentrando la mayor suma de las cualidades morales que caracterizaban aquellas costumbres, completadas con su inteligencia y excep-

cionales aptitudes, para adquirir los prestigios de lo qu' se llamará un *caudillo*. Ya sabéis lo que se precisa para serlo en aquel germen de civilización; un hombre á *carta cabal!* La palabra empeñada valdrá más que un contrato; la verdad será un culto; la intriga, la difamación, la celada ó traición, armas indignas que merecerán el desprecio social, como la ejecución del hombre indefenso, causará repulsión; pues sólo se admite ante la ley, y ésta ha de ser *pareja,* en la igualdad de los hombres.

Hasta los 33 años "Artigas" ha alternado su vida entre las tareas del campo y la ciudad, donde era atraído por asuntos comerciales, en la venta de frutos de las estancias, y por las reuniones sociales á que era muy afecto en su juventud. Vestía siempre con esmero, y era en su trato afable y correcto. Si en la campaña adquirió prestigios, también los adquirió en la sociedad montevideana.

Pero "Artigas", ya sea por las necesidades que ha podido observar en las campañas, y á las que desea servir, ó ya por indicación de hacendados influyentes, se resuelve á entrar en la carrera militar.

El 10 de marzo de 1797 ingresa en el cuerpo de Blandengues, como soldado.

Ya os he dicho que ese cuerpo, es de pura y gloriosa tradición rural, y se ha formado por exigencias de los hacendados en 1795.

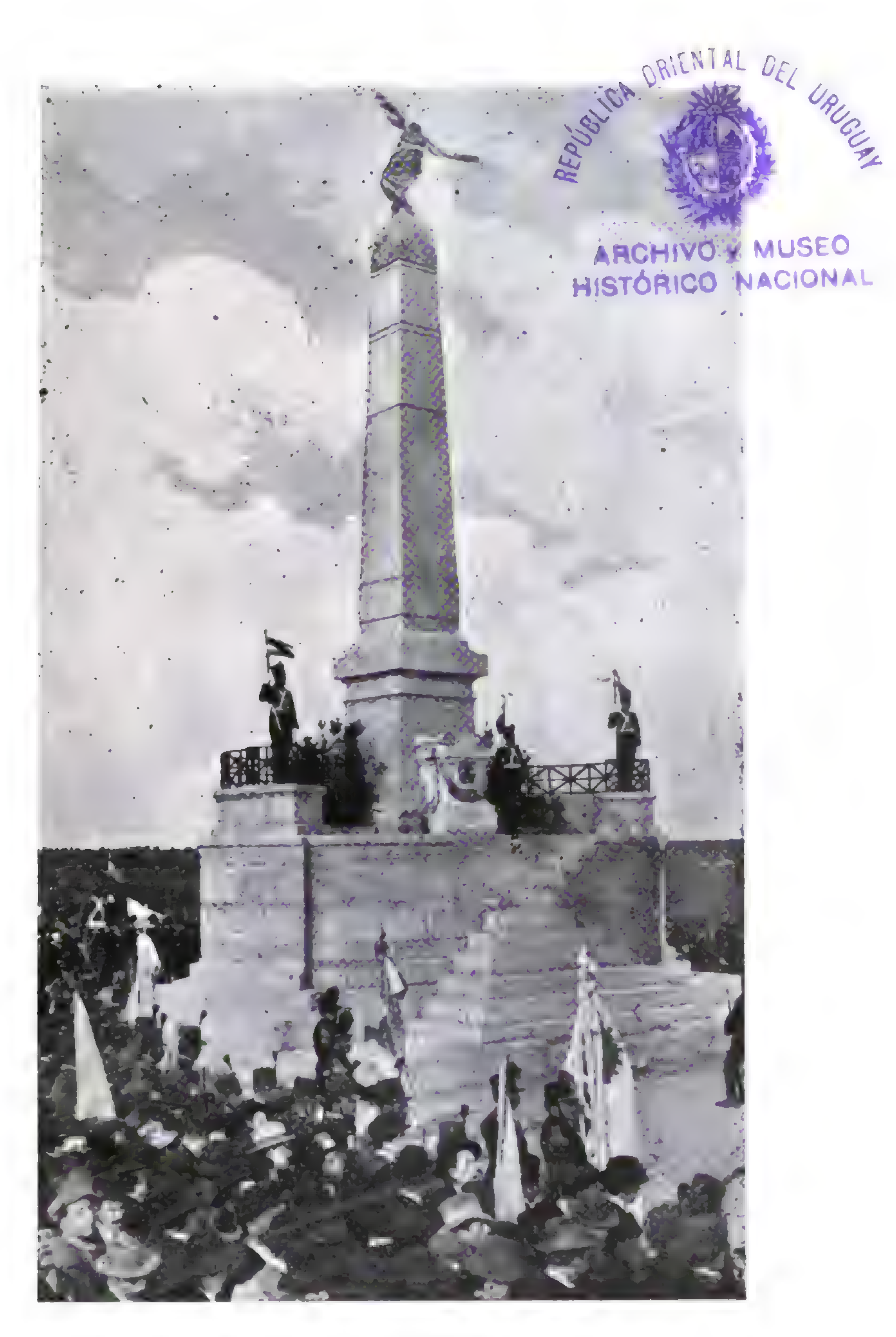
Artigas ha demostrado condiciones excepcionales; pues ya á los pocos meses de soldado, se le confía capitanear el 27 de octubre de 1797 un regimiento de milicias de Montevideo, y vuelve después con el grado de ayudante mayor al Regimiento de Blandengues el 2 de marzo de 1798. Para un *criollo*, con las restricciones del coloniaje, es algo extraordinario su rápida elevación.

Sabéis también que los mismos hacendados, descontentos con la ineficacia de los jefes reales, han indicado á Artigas, como el militar más aparente por su pericia y probada buena fe, para capitanear la policía rural.

Desde el 3 de octubre de 1798 al 3 de mayo de 1799, Artigas al mando de Blandengues, tenía la dirección de partidas descubridoras, y después regresó al campamento general del mismo cuerpo, que se encontraba en Maldonado.

En enero de 1800, el comandante Sobremonte le da instrucciones para recorrer los pueblos de Soriano, Víboras y Santo Domingo, para perseguir partidas de malhechores contrabandistas, que robando ganados los pasaban á la frontera portuguesa.

Si antes de ejercer esos servicios tenía prestigios en la campaña, ya os he leído esta noche los documentos de los hacendados, en que de-



El gran obelisco rememorador sobre el mismo lugar de la batalla, inaugurado solemnemente el 25 de Mayo de 1911, todo de piedra, y coronado por el genio de la Victoria, irguiéndose alado en su vuelo de bronce.

En redor del monumento, se apiñan las masas de público y parte de las tropas formadas, mientras sobre el basamento granítico montan la guardia, plantados de pie, varios *Blandengues de Artigas*.

muestran más que agradecimiento, el alto concepto que tenían de la personalidad de Artigas. En menos de dos años las campañas quedaron en una tranquilidad de espíritu como nunca la vieron!

Todos los documentos nos prueban la humanidad y corrección con que siempre procedió, no sólo en aquellas campañas, sino también en los comienzos de su carrera. Nunca, ni en esa época, ni en su más gloriosa de las guerras de la independencias, "Artigas" ha de ultimar ni á un malhechor, ni al enemigo indefenso.

Esa fama tiene, y los bandidos mismos conocen su rectitud y su humanidad. Un gran bandido, *Chaves,* que tenía su centro de operaciones contrabandistas del otro lado de la frontera portuguesa, adonde conducía los robos, que comerciaba con otros aventureros, era el terror de las poblaciones rurales, no sólo por su fama de invencible y malévolo, sino también por los considerables saqueos que efectuaba, capitaneando fuertes partidas de bandidos armados.

En una de sus expediciones han llegado hasta Soriano, y van arreando una gruesa tropa de ganados y caballadas robadas. Van con la tranquilidad de quien no teme el ataque de vecindarios indefensos, y confiados en la falta de pericia de los jefes reales en la táctica de los desiertos.

En su marcha son alcanzados por "Artigas" al frente de un grupo de sus Blandengues; pero el robo es de consideración, y los bandidos son muchos y bien armados con corvas hojas y trabucos. Reconocen que los que tienen al frente son peritos en las campañas, diestros en el caballo, y más hábiles que ellos en comprender y dirigir los ganados, pues ya con rapidez les han envuelto la caballada y desviado la dirección de la puntera del ganado! Pero el botín es rico, y la suerte vale la pena empeñarla!

Los bandidos han conseguido hacer bajas en los heroicos Blandengues, que pronto son reemplazados por los que habían envuelto en rodeo los ganados recuperados, que ahora, abandonados, se dirigen en confuso tropel á sus querencias. En un instante más los malévolos van á ser envueltos; pero huyen dispersados y se internan en los montes.

Artigas entonces, fracciona su partida en pequeños grupos, que distribuye en diversas direcciones y él también, se interna en el monte al frente de uno de ellos. Ha llegado á la mayor espesura del bosque y entrado, en una pequeña abra de mayor elevación del terreno. No

es posible seguir más adelante de á caballo, lo impide el bejucal, entre los tupidos árboles. Un murmullo de rompientes de agua en el arroyo que serpentea á pocos pasos, aumentado por el balido de los ganados y el relinchar de la yeguada, en libertad, que desde la barrancosa altura se les ve hacia el otro lado del arroyo, subiendo la cuchilla con apresuramiento, ondulan con intensidad los aires, produciendo notas agrestes de tan infinita belleza, como ensordecedoras en aquellos instantes; pues no dejan escuchar el más leve roce de indiscretas ramazones; pero el volido de una torcaz espantada, denuncia á los ojos experimentados un ser viviente, entre las intrincadas lianas, y Artigas ha clavado sus ojos en un punto de la espesura. Allí está!

Chaves ha salido de su escondrijo y ha largado sus armas, levantando los brazos en señal de desarme. El gran bribón descubierto, ha reconocido que es Artigas quien está á su frente, y sabe que éste no ultima al indefenso!

Chaves fué preso, conducido á Montevideo y su causa seguida en el Juzgado que actuaba como escribano don M. S. Cavia, un pariente de quien más tarde escribirá sobre esos hechos el famoso libelo de difamación...

No nos detendremos, pues, y nunca más en esos detalles, que tanto abundan en la leyenda, y que la documentación ha probado á la evidencia la invariable magnanimidad de Artigas en toda su historia y, además, ya sabemos que sin esas cualidades, no habría adquirido los prestigios dentro de los principios y costumbres de las sanas poblaciones rurales de la época.

Yo he querido solamente presentaros un pasaje de aquel modelo de policía rural, que fué base de las grandes glorias del capitán de Blandengues, y es todavía un soñar, en las aspiraciones rurales.

Sigamos la vida de Artigas, y cómo se desenvuelve, en un ambiente, en que todo concurre á formar las ideas más genuinas y adaptables al progreso rural en Sud América.

Don Félix de Azara, sabio naturalista, en vista de las continuas invasiones de portugueses por la frontera, y á fin de garantir el territorio de las Misiones, propone al marqués de Avilés fundar varios pueblos colonizando aquellas regiones con familias llegadas de España. Azara fué nombrado jefe de la expedición y, para colaborar en la empresa, el virrey pone á sus órdenes, entre otros jefes, al ayudante de Blandengues, José Artigas, quien posee las cualidades que se requieren, asi

lo dice el oficio del virrey. Azara ha confiado á Artigas la repartición de tierras para las nuevas colonias, y éste las ha planeado, haciéndolas mensurar por el piloto de la real armada "Coruela", mientras él se ccupa de desalojar los portugueses de la frontera. Una vez entregado su lote á cada poblador, pasó los antecedentes para que Azara expidiera los títulos.

Algunos historiadores fundan, en las relaciones con Azara, las ideas, que Artigas demostrará más tarde por la colonización y progresos. Conviniendo, en que las relaciones con un sabio naturalista han de haber contribuído en mucho á la adquisición de conocimientos, debemos hacer notar que en la población rural, donde más se desenvolvía la personalidad de Artigas, se manifestaban ya ideas avanzadas en progresos rurales, como lo hemos visto por los documentos de los hacendados y agricultores. Artigas debía estar en conocimiento de aquellas ideas y aspiraciones, y haber manifestado ante Azara su intelectualidad ya experimentada, para ser elegido como colaborador eficaz en el desenvolvimiento de su plan colonizador.

Después de la misión colonizadora, y producido el rompimiento con Portugal, pasó Artigas con el coronel M. de la Quintana á la costa del arroyo Santa María y poco más tarde el coronel Lecocq le confía la dirección de la ruta y la conservación de la artillería.

El 24 de octubre de 1803, se presenta Artigas solicitando su retiro al rey; pero le es denegado á pesar de las certificaciones facultativas, que le aconsejan descanso. Es de creer que ya se le consideraba indispensable en aquellas circunstancias.

Vuelve Artigas con sus Blandengues al servicio policial de las campañas, y al mes poco más, deja otra vez aquéllas en tranquilidad y asegurados los intereses de los hacendados, prendiendo malhechores y ahuyentando grupos de más de cien hombres, que invadían por las fronteras.

Pero Artigas siente la necesidad de descanso ó proyecta ya formar un hogar; pues el 20 de marzo de 1805, desde Tacuarembó Chico repite su solicitud de retiro. Tenía entonces 41 años.

Su padre, ya anciano, le llamaba para que atendiera los intereses de familia, como consta en su testamento nombrando á su hijo José, albacea de la testamentaría; pero un año antes, en 1805, cuando Artigas ha pedido su retiro al rey, debió hacerlo para contraer matrimonio con

la señorita Rosalía Villagrán, según consta en el Juzgado de lo Civil de primer turno, el formal consentimiento. (Agosto 13 de 1805).

Pero el descanso no es para los hombres como Artigas, y en 1806 el gobernador Ruiz Huidobro lo ha nombrado oficial del Resguardo. Ahí también los documentos nos lo presentan con su alta é invariable conciencia, en el cumplimiento de sus deberes.

En el mismo año los ingleses se han apoderado de la capital Buenos Aires, y Liniers, capitán de navío, ha preparado tropas en Montevideo para la reconquista. El regimiento de Blandengues anda en esos momentos por la campaña, y Artigas no pudiendo ir con el cuerpo á que pertenece, se presenta al gobernador para que le sea permitido ser uno de la expedición. Huidobro le da una comisión especial para Liniers, quien lo destinó al ejército, que se hallaba ya cerca de Buenos Aires, y con el que pasó á atacar por el Retiro.

Entregada la plaza, regresa Artigas por orden de Liniers con un pliego para Huidobro. El bote en que venía naufragó, pudiendo llegar á la costa y cumplir su delicada misión.

También en enero de 1807, concurre con el Regimiento de Blandengues contra la invasión inglesa primero, en Maldonado, y luego también en el Buceo (Montevideo). Se puede leer en el parte del comandante Arellano al describir aquellas acciones, cómo menciona el bizarro comportamiento del mayor don José Artigas.

Artigas continúa después en otros servicios activos por la campaña. En esos momentos es ya el hombre que aquellas poblaciones miran como la personificación más completa de sus sentimientos y aspiraciones; pero también se debe saber, que sus prestigios no son menores en la ciudad y en la corte misma, por su corrección y buena fe en el cumplimiento de sus deberes, ya administrativos, ya militares.

El pueblo oriental, desde 1808, ha manifestado su conciencia de soberanía, en medio del vasallaje.

El doctor Pérez Castellanos escribe al obispo de Buenos Aires á fines de 1808: "Montevideo fué la primera ciudad que despertó el valor dormido de los americanos".

En 1809, se inician trabajos en las campañas, con fines de independencia por varios orientales, entre los que figuran los Artigas, Joaquín Suárez y otros.

Los hacendados y agricultores de Montevideo ya se han comunicado

también con los de la otra banda; pero la historia no sabe aún cuáles fueron las condiciones ó planes desenvueltos, y posiblemente no lo sabrá, dado el carácter reservado y propio de esas iniciaciones.

1810-1813

La Junta de Mayo ha sustituído en la capital al gobierno delegado de la España; pero lo hace á nombre del rey Fernando, y como fiel guardián de sus reales derechos; pero habla también al pueblo de libertades. Se diría que la preside una escuela de engaño, para afirmar su propio poder contra el pueblo y contra el rey, ó bien, que han sido empujados por sucesos, que sienten desenvolverse y que anhelan dirigir con otros principios.

Pocos meses después "Artigas" abandona su puesto militar realista, y cruza el río á fin de acordar con la Junta los medios para mejor utilizar el levantamiento de la campaña oriental, ya preparado por él.

Rondeau se ha presentado también á la Junta; pero si es un militar de escuela europea no es Artigas, ni tiene prestigios en el pueblo, y se pone simplemente al servicio del ejército de la Junta.

Artigas, con su prestigio ha preparado todo el movimiento insurreccional de las campañas. Ha convocado él mismo á todos los caracterizados hacendados, y todos se han ofrecido con sus personas y bienes para contribuir á la causa justa de la emancipación.

No van los rurales con ideas turbulentas y anárquicas, van con anhelos de progreso, que entienden desenvolver mejor en Sud América, con libertades económicas y con costumbres democráticas, que no con las restricciones coloniales y absolutismo de gobierno.

El 28 de febrero de 1811, tiene lugar la reunión de algunos patriotas, en el arroyo *Asencio,* y de ahí el hecho histórico recordado por *Grito de Asencio,* que debía ser la primer manifestación combinada con "Artigas", quien después de salir de Buenos Aires ha ido á completar su obra, en la campaña de Entre Ríos, y pasar el Uruguay el 7 de abril de 1811, por la *Calera de las Huérfanas.*

Ya los patriotas han tomado á Mercedes.

En Paysandú, en Maldonado, donde ya figura don Juan Antonio Lavalleja, y en Casupá y Santa Lucía los hermanos de Artigas y don Joaquín Suárez. En otros puntos Oribe, Rivera, Otorgués...

Todas estas fuerzas ciudadanas buscan su jefe, que es Artigas; pero

ya han obtenido los triunfos en el Colla y San José, á donde Artigas ha dirigido á su hermano Manuel, que obtiene la victoria.

En la capital, en la otra banda el espíritu está decaído por los contrastes del ejército de Belgrano, en el Paraguay.

La *Gaceta* de Buenos Aires, órgano de la Junta, trata de levantar los ánimos en aquellos días, y noticia el levantamiento de la campaña oriental, y aclama los primeros triunfos; pero prejuzga acciones de terror, que no han tenido lugar, ni van á realizarse. "Es tal, dice, el entusiasmo que han tomado por la buena causa... que si por desgracia caen en sus manos, sin más formalidad los pasan por las armas."

Llega Rondeau á la Banda Oriental; pero éste no viene como el elemento popular, sino con el contingente militar de la Junta de gobierno.

Para Artigas ¿qué importa quién manda, aunque sea injusta la designación de general en jefe? Él va á dar ahora, para la independencia de América el primer triunfo de trascendencia en la *batalla de Las Piedras*, contra los ejércitos regulares del realismo, y va á hacer más, va á demostrar ante el mundo y legarnos para la historia el verdadero carácter *que distinguía á la gente americana, de generosidad y humanidad!* Son sus palabras en el parte á la Junta, el 20 de mayo de 1811, y lo son también los hechos. Después de la batalla, se atienden los heridos y se remiten ó se canjean los prisioneros, y el mismo "Artigas" á caballo, rodeado por los nobles hacendados, agricultores y notables patriotas, se descubre ante el coronel Posadas, jefe de los vencidos, al entregar éste su espada! Yo lo admiro más así, que en sus grandes triunfos guerreros.

Todo eso representa para América la batalla de Las Piedras, y Artigas, que habéis visto lo que ha sido hasta ahora, va á seguir siendo en toda su vida ejemplo viviente de la verdadera democracia que representaba.

Él no busca el exterminio de los hombres, para matar sus ideas. Esas ideas, esos sentimientos, esa verdadera práctica de la libertad no se ha adquirido en la literatura europea de la época, que era la negación de esas prácticas. Son ideas nacidas en las costumbres rurales, y que se han desarrollado en el nuevo mundo, son genuinas desde Norte América á Sud América!

Esos triunfos han levantado el espíritu de los sudamericanos, y todos los pueblos sienten indecibles entusiasmos. Comparando anteriores acciones de terror, sienten que es ahí, en ese modelo, donde está la representación fiel de sus tendencias!

Pero la oligarquía apoderada del gobierno, que en esos mismos momentos gestiona en Río Janeiro por intermedio de su enviado Sarratea á la princesa Carlota, para presidir el gobierno con corona, si tiene que manifestar por su *Gaceta* el entusiasmo del triunfo popular, está apresurando los manejos diplomáticos, que dan por resultado el abandono del sitio de Montevideo y la entrega en manos de Elío del territorio oriental!

¿Para qué entonces tanta sangre derramada y tanto heroísmo?

Artigas considera seguro el triunfo definitivo con la rendición de la plaza de Montevideo después de la batalla de Las Piedras é insta á Rondeau, para que apresure su marcha, ó por lo menos le envíe un refuerzo de 500 hombres y artillería. Llega Rondeau al Cerrito, donde estaba Artigas; pero aquél tiene ya instrucciones de la Junta y rechaza la idea del asalto.

Viene la orden del levantamiento del sitio y el retiro de los ejércitos del territorio oriental. Todo se ha hecho en secreto y sin la intervención de los pueblos; pero aquel que rodea á Artigas, no quiere volver de nuevo al vasallaje, prefiriendo seguir con su jefe á cualquier parte, donde haya un territorio libre. Se produce el *éxodo* con toda espontaneidad, y conoceréis ya sus detalles, que no tiene objeto repetirlos esta noche. Os será fácil llenar los claros que iré dejando entre los acontecimientos, recurriendo á la abundante documentación que hoy poseemos.

El pueblo oriental se ha ido á establecer, pues, en campamento, sobre la costa del Ayuí, en Entre Ríos.

Artigas ha de haber meditado mucho en esa situación angustiosa y habrá dirigido su pensamiento á la anarquía ya reinante en los gobiernos de la capital. Desde la Junta de Mayo en solo un año se han cambiado gobiernos y todos, en forma de motín. Allá no se vislumbra más que ambiciones de mando, y sólo una idea parece ser vínculo de unión de las camarillas en que se han dividido, es la resultante de su escuela intelectual de gobierno; la prescindencia del pueblo, aun para lo más importante de sus destinos.

No nos dice la historia si Artigas conoce ya las tendencias del gobierno y sus secretos diplomáticos; pero no hay duda que nota una gran indiferencia por los grandes intereses de los pueblos.

Artigas se ha dirigido á la Junta del Paraguay en 7 de diciembre de 1811, y refiriéndose al éxodo del pueblo oriental, dice: "Ellos lo han resuelto y yo veo que van á verificarlo. Yo trabajaré gustoso en propender á la realización de sus grandes votos."

¿Quiénes eran ellos? Todos los más nobles hacendados y agricultores con sus familias, y también muchas de Montevideo; pero no van con él los que acá también pertenecen á la escuela monárquica y que en tal forma aparecerán después.

La emigración de todo un pueblo ha alarmado á los directores de gobierno, y ya tratan de eliminar aquel prestigio, que incomoda.

En 1812, Sarratea ha ido como enviado del gobierno al campamento del Ayuí. ¿Con cuál fin?

Abreviaremos detalles leyendo un párrafo del oficio de Artigas á la Junta del Paraguay, el 21 de septiembre de 1812:

"Los orientales pudieron esperar ser derrotados por sus enemigos... pero nunca pudieron figurarse hallar su desgracia en el seno mismo de sus hermanos... Se llevaron el cuerpo de Blandengues de mi mando y marchan á sitiar (segundo sitio) á Montevideo, no admitiendo los brazos orientales... de más de cuatro mil hombres cubiertos del mérito mayor."

También se ha dirigido al gobierno de Buenos Aires, en 9 de octubre de 1812: "Mis pretensiones, Excelentísimo señor, fueron siempre sólo extensivas al restablecimiento de la libertad de los pueblos. Todo estuvo siempre en mis manos; pero el interés de América era el mío... pero á la cabeza de los orientales por el voto expreso de su voluntad sólo aspiré á preservar su honor."

Comenzaban ya las grandes intrigas contra el Jefe de los Orientales, y Sarratea, que marchaba al segundo sitio de Montevideo, no era el menos indicado para dirigirlas.

Hay un momento en que todo parece marchar de acuerdo, y Artigas otra vez en territorio oriental y desde su campamento del Yí, en diciembre de 1812, contestando á Sarratea, dice:

"Al fin todos confiesan ahora, que la constancia del pueblo oriental sobre las márgenes del Uruguay, garantieron los proyectos de la América libre... y eso que se propalaron noticias lo más degradantes, tratándosenos de insurgentes."

Conoceréis también por la historia toda la serie de intrigas y maquinaciones, desenvueltas durante las operaciones del segundo sitio.

Sabéis también que los españoles, dentro de la plaza de Montevideo, en conocimiento de la persecución que se hacía á Artigas, han hecho llegar á él un oficio de Vigodet, ofreciéndole amistad, grados y facultad de formar cuerpos y oficiales, ofreciéndole también los auxilios que precisara. Artigas no contestó esa nota y se limitó á escribir lo siguiente, en su margen: "Sirve para la vindicación del Jefe de los

Orientales, que despreció las ofertas en las circunstancias más apuradas." 10 de febrero de 1813.

Artigas ha llegado á saber que el gobierno de Buenos Aires le ha declarado traidor, y conoce también las intrigas de Sarratea y planes de carácter más grave...

El 3 de febrero de 1813, se dirige á Sarratea, diciendo: "Me he visto perseguido; pero mi sentimiento jamás se vió humillado."—"La libertad de América forma mi sistema y plantearla mi único anhelo".—"Tal vez V. E. en mis apuros y con mis recursos ya se habría prostituído."—"Un lance funesto podrá arrancarme á la vida, pero no envilecerme."

No olvidéis estas últimas palabras; pues las va á cumplir al pie de la letra. En la muy voluminosa correspondencia de Artigas, cuya lectura os recomiendo, no he encontrado un solo principio por él proclamado, ni una palabra que no aparezca cumplida en los hechos. "En medio de los mayores apuros no me prostituiré jamás", lo dijo también en medio de las corrupciones que presenciaba.

Él ya va conociendo la escuela contraria á la voluntad de los pueblos y ha dicho también: *"El pueblo de Buenos Aires, es y será siempre nuestro hermano; pero nunca su gobierno actual."*

Ya no es posible dudar de la lucha entre esas dos tendencias. Ni Artigas ni los pueblos pueden ya mirar con fe los procedimientos de los hombres de la oligarquía.

"Todo depende ahora de nosotros mismos", ha dicho en una de sus notas.

Pero el gobierno de la oligarquía—es mejor llamarlo así,—creyó poder satisfacer las aspiraciones de los pueblos con un engaño de Congreso.

Rondeau al frente del sitio ha recibido instrucciones y avisa á Artigas que ha dispuesto la reunión de jefes del ejército, para el acto eleccionario de diputados; pero Artigas se opone á elegir un Congreso con la tropa de línea.

Salvada la dificultad, se reunen los diputados el 4 de abril de 1813 y Artigas al recibirlos les dice:

"Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana".—"Vulneraría enormemente vuestros derechos sagrados, si pasase á resolver por mí una materia sólo reservada á vosotros."

"Estamos aún bajo la fe de los hombres, y no aparecen las seguridades del contrato."

Reunidos los diputados orientales, sancionaron las condiciones de una confederación. Esa acta está firmada por todos los diputados y autenticada por Artigas.

1813-1815

Vamos á entrar á un gobierno rural!

Se organiza también por los diputados un gobierno provincial, y se nombra al *ciudadano* Artigas gobernador y presidente del cuerpo municipal.

Dejemos de lado lo del congreso nacional; pues ya sabéis, que con las bases de república y federación, que llevaban los diputados, son éstos rechazados.

Si por allá no hay gobierno del pueblo, en la Banda Oriental se tiene ya uno de carácter provincial, y es el primero en Sud América que ha definido la absoluta independencia de toda corona, y que ha proclamado la república federal.

La alta intelectualidad de la escuela del absolutismo ha mirado eso como cosa fuera de todo orden.

En oficio-contestación al gobierno de Buenos Aires, dice Artigas: "¿pero hasta cuándo? no nos es desconocido su fin y que por consiguiente habremos de impedirlo, habremos de contrarrestarlo" y refiriéndose al pueblo, agrega: "Es un delirio formar el proyecto de subyugarlo."

Pero ¿qué es lo primero que hace ese gobierno de rurales? ¿Cómo entendía su misión en los desiertos americanos?

Los primeros pasos del gobierno de Artigas son para el fomento y protección de la ganadería y agricultura.

Entre aquellos artiguistas figuraba un venerable anciano, cuyo retrato tenemos en la Rural, y cuya dedicación á la agricultura era conocida. Él había hecho ya en su granja, experiencias de cultivos y escribía sus notas.

El 3 de junio de 1813, el gobierno le pide redactar una memoria de los datos de sus experiencias, para publicarlas y *que sirvan al fomento de la agricultura y sea utilizado por los agricultores del país,* así lo dicen en nota al venerable Pérez Castellanos.

¿No es este el mismo principio de lo que en nuestra época llamamos Estaciones experimentales?

¿No es cierto que este era el principio que requería la América de entonces, para fundar sus gobiernos?

Pues esas intenciones serán contrariadas!...

A finales de 1813, Rondeau recibe nuevas instrucciones para convocar otro Congreso á lo militar, y lo efectúa amenazando á los electores con el levantamiento del sitio: pero Artigas ha protestado, y poniendo toda la intriga en claro en su nota á Rondeau, que es muy extensa, dice el 9 de enero de 1814:

"La fuerza no es hecha en manera alguna para estas investigaciones. ¿Cuáles serían las consecuencias, si la empeñásemos recíprocamente?"

"El caso es que V. E. me expresó que iba á preguntar la voluntad general y esto no es, sino tratar de fijarla, persuadiendo á los pueblos á que se determinen á tal ó cual solución."

El segundo sitio de Montevideo continúa, sin dejar por eso el gobierno provincial de pensar en los progresos, en el orden y economía del país.

Rondeau continuaba como jefe de las fuerzas sitiadoras, y Artigas, que también está con las fuerzas ciudadanas, nunca ha hecho cuestión de jerarquía ni la hará en las operaciones militares. Sólo se opondrá al subyugamiento de los pueblos.

El Congreso de Maciel, presidido por Rondeau, ha quedado sin efecto por su origen é ilegalidad de su resolución: pues el sometimiento incondicional de los pueblos á la oligarquía gobernante, era diametralmente opuesto á las bases del gobierno provincial constituído. Rondeau ha mostrado en aquel acto muy poca consecuencia, con su propio juramento que prestó á las resoluciones del primer Congreso oriental del 4 de abril de 1813, reconociendo además el gobierno provincial.

Artigas, el 10 de enero de 1814, ha dicho á Rondeau en un oficio refiriéndose á la amenaza de levantar el segundo sitio:

"Si sobre todas estas circunstancias el supremo gobierno puede dictar una providencia para levantar el sitio, nada habrá bastante á justificarla."

Sin embargo, el 20 de enero, á los diez días, es el mismo Artigas que se retira del sitio con su regimiento de Blandengues, y demás fuerzas ciudadanas, incluso la división de Otorgués.

¿Ha visto Artigas algo más claro, en medio de los complots é intrigas que se activaban en aquellos instantes, para que él realice lo que acababa de considerar injustificable?

¡Cuán grandes han sido las tribulaciones históricas en ese hecho, aún para sus más entusiastas rehabilitadores!

Pero hoy sabemos que Artigas consideraba inminente la rendición de la plaza. En Buenos Aires se preparaba la expedición de una es-

cuadrilla al mando del almirante Brown, y otro ejército por tierra, con el que vendrá Alvear, como general en jefe del sitio. Se nota ahora por parte de la oligarquía, un interés inmenso por apoderarse de la plaza de Montevideo, y veremos que ese interés no era otro, sino sofocar la idea republicana y someter á los pueblos.

Artigas ha debido reflexionar en todo eso, y ha tenido sobrados motivos, en todos los detalles de los sucesos que se desarrollaban, para desvanecer todo resto de duda sobre aquellas intenciones. No siendo necesarias sus fuerzas para la rendición de la plaza, su concurso y el del pueblo será sólo, en beneficio del absolutismo y en perjuicio de la libertad de América!

Si ya se hace necesario combatir contra la oligarquía, no hay que entrar en la guerra civil, que se provoca ante la plaza sitiada y que va á rendirse; es mejor retirarse, dejar á los pueblos que decidan y den gloria á los fuertes ejércitos que acuden al sitio, si acaso les traen sus libertades y si no, todo dependerá ahora de ellos mismos.

Queda Rondeau al frente de la plaza, que está ya dominada. Con la escuadrilla de Brown es suficiente para el completo triunfo, que en todo caso pertenece á Rondeau. ¿A qué viene entonces Alvear, sobrino del director Posadas, con un fuerte ejército? ¿A recoger los laureles, ó se teme que Rondeau no cumpla la consigna contra los pueblos, una vez posesionado de la plaza? ¿ó acaso, si es bastante para tomar la plaza fuerte, no lo es para la persecución que se proyecta?

La plaza de Montevideo ha capitulado cuando llega Alvear; pero éste invoca pretextos para tomarla á discreción.

Pero los engaños no se limitaron á eso. Las fuerzas ciudadanas dominan las campañas, y Alvear ha comenzado antes de entrar á la plaza por hacer creer á Otorgués, que su objeto es entregar la ciudad á los orientales, y ha pedido el nombramiento de comisionados para arreglar las condiciones de la entrega.

Otorgués ha quedado acampado en Las Piedras. Alvear ha salido de Montevideo y, se dirige al campamento de Otorgués simulando que va con sólo una escolta; pero dejando fuerzas combinadas para atacar á la primera señal. Otorgués que ha creído, envía los diputados, y sus fuerzas son atacadas y perseguidas en el mismo momento!

La dominación de Alvear en Montevideo fué desastrosa.

Hace nombrar un cabildo, dando él mismo la lista de cabildantes, y en la que no se ha olvidado de anotar hasta quién será el portero!

Las confiscaciones y despojos estaban á la orden del día. Podéis leer todos esos detalles en los documentos de la época.

Alvear continúa llevando la guerra á la campaña oriental.

Se quiere aterrorizar á los pueblos y afirmar el absolutismo en el gobierno, que resultaba peor que las simples restricciones de libertad en el coloniaje.

En aquellos momentos ha venido también el coronel Dorrego, para cooperar á las órdenes de Alvear contra las poblaciones rurales, que es necesario aniquilar á toda costa, con el terror y con actos de la peor de las barbaries, de las que afectan lo más sagrado del hogar, que no tenemos voluntad ni objeto de describir esos detalles esta noche; pero debemos señalarlos á objeto del criterio histórico. Esos hombres de la escuela del absolutismo, van á llegar al gobierno de la capital, figurando entre las fuerzas *del orden* y la honesta población rural, señalada en la literatura universal, como la barbarie y la incapacidad!

Por dos años se ha sostenido una guerra desoladora en la campaña oriental, entre los ejércitos de la oligarquía y el pueblo, que ha tenido el gran delito de declarar la independencia de toda corona, y proclamar los principios de república federal!

Alvear no sólo ha engañado con celadas á nobles y valerosos subalternos de Artigas, como Otorgués; ha tratado de hacerlo también con el jefe. Ha entrado en negociaciones con Artigas, en momentos que los ejércitos se debilitaban al empuje de las fuerzas ciudadanas, y como prueba de que la ciudad de Montevideo se entregaría á los orientales, simula un embarque de tropas por el puerto de Montevideo con destino á Buenos Aires, así se lo hace creer; pero las dirige á la Colonia, para operar en combinación con las fuerzas de Dorrego, que son rechazadas.

Por fin viene la batalla de Guayabos, y el ejército de la oligarquía marcha á su disolución.

El general Soler, á cargo de las fuerzas de Montevideo así lo dice á don Nicolás Herrera, delegado entonces del supremo gobierno.

El 20 de febrero de 1815, con grandes apresuramientos y desórdenes, se efectúa el embarque de todo el material de guerra, y no pudiendo embarcar toda la pólvora se trata de echarla al agua, y se produce entonces la recordada explosión de "Las Bóvedas", causando la muerte de varias personas.

Las fuerzas de Otorgués están ya sobre los muros de Montevideo, con la bandera tricolor de Artigas.

1815-1817

Va á empezar ahora otra vez el gobierno de los rurales, de aquellos bárbaros, como se les llama en la novela histórica.

Aquel cabildo, elegido ó nombrado con las formas eleccionarias de la escuela que Alvear ha representado, no creyó que debía continuar, y resuelve enviar una nota á Otorgués entregándole las riendas del Estado; pero ¿qué contesta ese otro bárbaro desorganizador?, 25 de febrero de 1815: "Mis armas no han tenido otro objeto que sostener la voluntad general de los pueblos... Me parece conveniente que el Excmo. Ayuntamiento continúe hasta que, en oportunidad, los pueblos, en quienes reside la soberanía, dispongan y elijan lo más adaptable con sus intereses, seguro que las providencias de V. E. serán por mis armas auxiliadas."

Antes de un mes, el 22 de marzo de 1815, se convoca á elecciones. "En ninguna ocasión mejor que esta los pueblos deben usar de la libertad que tanto hemos defendido."

Entre los documentos que se conservan para la historia, y nos dan una viva impresión de las costumbres y del carácter de aquellos actos eleccionarios, hay uno, que extraigo de los apuntes biográficos de Pérez Castellanos, por el doctor Daniel García Acevedo, y que no puedo menos de leer entre rurales:

"El Miguelete quiere hablar". ¿Queréis oirle? Amados habitantes de mis riberas; desde que en ellas pisó el ejército de Buenos Aires, se marchitó su hermosura, porque sin cesar talaron sus sauzales y alamedas que las adornaban, saquearon las mieses y las frutas que os enriquecían... Agradecimiento eterno! Prez inmortal á nuestros libertadores y al "Ilustre Genio" que los acaudilla y dirige sus pasos!"

Pues esos hombres que hablaban así, y que procedían así, eran los artiguistas, eran los hacendados y agricultores de aquellas épocas. No eran, pues, los desorganizadores.

Entra á funcionar de nuevo el gobierno rural. Artigas, cuya actividad y genio se manifiesta por todos lados, ha hecho mucho desde que lo dejamos. Ya no es sólo el pueblo oriental que pide sus servicios, son muchas provincias que lo llaman ahora *"Protector de los pueblos libres"*; él nunca se ha dado el título, ni ninguno de los muchos que le brindaron; *para él "los títulos son los fantasmas de los pueblos!"*



La solemne inauguración del monumento

La concurrencia oficial subida sobre el obelisco, desde donde se pronunciaron los discursos. En su torno la multitud descubierta y la formación militar presentando armas y banderas, indican que las bandas nacionales tocan el Himno de la Patria. A poco trecho, la artillería atruena el bajo con sus disparos rítmicos.

Él tiene que establecerse en un punto céntrico y sin renunciar la gobernación de la Banda Oriental, funda en el Hervidero el campamento general. Él ha previsto también la invasión portuguesa y ha formulado su plan.

Es allí, en el Hervidero, en aquella espaciosa sala, que es sólo un gran rancho de construcción provisoria, y en cuyo techo aparecen como *plafond,* las tijeras rústicas, las empleas de la totora que lo cubren y el *quinche* que las afirma, donde más se le puede estudiar y admirar, en la grandeza de su pensamiento, en la constante y abnegada labor en bien de la felicidad de América y de su pueblo! Penetrad en esa sala de aspecto tan modesto, donde sólo hay un par de mesas sencillas, ocupadas por dos secretarios, siendo uno de ellos Monterroso, del Convento de San Francisco. Unas pocas sillas de esterilla, no alcanzan á media docena, unos baúles de archivos y balijas militares, completan el mueblaje. En el piso se notan multitud de sobres con sellos de todas las provincias, y en las mesas cantidad de oficios. Siempre hay en aquella sala varios jefes y oficiales que vienen por órdenes ó están de servicio. Si queréis, podemos también, sin dañar la verdad, hacer aparecer al fiel moreno *Ansina,* su asistente, que anda con el tradicional *mate.* A cada rato, llegan y salen chasques con mensajes para todas las provincias hasta la falda de los Andes, algunas distantes 300 leguas de aquel centro de operaciones. Afuera de la gran sala, en los palenques, podéis ver los caballos sudorosos de los que han llegado, y los varios de relevo y frescos, que siempre se tienen á la espera de los correos que han de volver á salir. En el medio de la sala y al costado de uno de los secretarios, está de pie el gran protector de los pueblos libres, magnánimo, afable, bondadoso, trasmitiendo con su pensamiento, esplendor y grandeza á la modesta estancia! Tiene ahora 51 años. Su estatura es regular, facciones finas, nariz algo aguileña, color blanco, pelo castaño oscuro y algunas canas, constituyen el físico, como lo describe un viajero, que lo vió en aquellos instantes. Está leyendo un pliego, cuyo sobre acaba de abrir, y dictando la contestación. Casi siempre dicta su correspondencia y á veces escribe de su puño y letra.

Era un hombre extraordinario, dice un extranjero que lo visitó, y pienso, agrega, que si hubieran pesado sobre sus hombros los negocios del mundo entero, habría procedido con la misma aparente calma que me hacía recordar el proverbio "Vamos despacio que estoy de prisa". Conversaba con los que iban á consultarle, al mismo tiempo que dictaba despachando sucesivamente todos los asuntos.

En aquella espaciosa sala, y en aquellos momentos de despacho,

no siempre usaba botas, sino zapatos, media blanca, pantalón, su chaquetilla de Blandengue, y á veces, en los días crudos de invierno, conservaba su poncho.

Lo que más sorprendió á otro de los viajeros que lo visitó, y eso, por el errado juicio que se le había informado, fué, dice, sus modales de un caballero y de un hombre realmente bien educado. Su conversación tiene atractivos y habla pausadamente. No es fácil sorprenderlo con razonamientos; pues en pocas palabras él reduce la dificultad, notándosele gran experiencia, previsión y un tino extraordinario.

¿Pero creéis acaso, que sólo se ocupa de actos de guerra, en defensa de la voluntad de los pueblos ó en defensa del territorio por invasiones extranjeras? Os he dicho que Artigas era hecho para la paz.

Apenas establecido el nuevo gobierno, Artigas se dirige al cabildo de Montevideo, en agosto de 1815, y le dice: "Sería convenientísimo que V. S. publicase un bando y lo transcribiera á todos los pueblos de la Provincia, para que los hacendados poblasen y ordenasen sus estancias sujetando las haciendas á rodeo, marcando y poniendo todo en orden para obviar la confusión que se experimenta después de una revuelta general."

El mismo Artigas ha redactado un reglamento provisorio, que es aceptado por el cabildo. *Es el origen de nuestra legislación rural.* Se establece en él la marca, como signo de propiedad.

Se dispone la organización de partidas, para ejercer la policía rural. Se proyecta la división de tierras en Guadalupe ¿por qué? lo dice Artigas: *"la importación al país con relación á la exportación está ahora en relación de tres á uno, y es necesario volver á la normalidad".* Sigue el reglamento: "Si hubiera que expropiar alguna estancia en la zona fijada, el hacendado recibirá el justo precio que paguen los que quieran comprar las fracciones de chacras."

He ahí una manera de comprender la justicia, entre el derecho de propiedad y el de pública utilidad, que no parece comprenderse mejor después de un siglo!

Se nombra una "Junta especial de Agricultura", encargada de aquel reglamento y de fomentar los progresos rurales. Suprimo para abreviar gran parte de aquel reglamento.

No eran pocos los proyectos que esa Junta anhelaba emprender, y como todo le consultaban á Artigas, quien tiene más de intelectualidad experimentada que teórica, les dice en una nota: "De acuerdo con los elevados propósitos; pero emprenderlo todo y en estos momentos será no abarcar nada."

También los hacendados tuvieron en 1815 su Junta, creada por iniciativa del cabildo, y en ella han figurado nobles y esforzados subalternos de Artigas, que más tarde serán influyentes en los destinos del país.

Pero Artigas á pesar de su actividad no podía estar en todo, y ya se ha dirigido al cabildo varias veces mostrándole el deslinde de poderes, y en una nota le dice:

"La manera de entablar el comercio, la economía en todos los ramos de la administración pública, el entable de las relaciones extranjeras y otro varios negocios, forman el objeto de su misión"; y en otra le dice:

"Mis esfuerzos y los del delegado no bastan: es preciso que V. S., encargado del gobierno inmediato de la Provincia, se desvele igualmente."—*"Hay que constituir en las alturas ejemplos de virtud."*—*"Los primeros en la representación de la confianza de un pueblo, deben ser los ejemplares donde aprendan las virtudes los demás ciudadanos"*

Señores: Estas palabras nada dirían, si no las viéramos cumplidas en los hechos de toda la vida de este hombre extraordinario, lleno de abnegaciones, que ha conducido todas sus acciones, para legar ejemplos y costumbres de gobiernos democráticos.

Cuando Artigas vislumbraba una era de paz y felicidad en la libertad de los pueblos, su pensamiento y su atención se dirigía á lo más esencial, para el gobierno en Sud América, que era la aspiración de las poblaciones rurales.

Artigas creyó que 1816 iba á ser el año feliz, y ha vuelto á manifestar en sus ocios sus anhelos de progreso, en medio de las múltiples operaciones militares. ¡Hasta en el mismo campamento de Purificación quiere garantir el porvenir de aquellos robustos brazos!

Ha pedido al cabildo se le remitan arados, útiles de labranza y semillas.

No descuida la instrucción, y pide le manden varias docenas de cartillas y papel, para una escuela primaria.

Por lo mismo, dice: *"No he perdonado fatigas, ni desmayaré en las que deban prodigarse hasta no ver planteada en el territorio,* LA FERTILIDAD, *que es de esperar y la miro como una consecuencia de nuestros afanes."*

¿No veis ahora en esa espada que brilla, el genio de la paz?

Artigas no era muy amigo de fomentar la empleomanía en la juventud. Un joven ha solicitado un empleo y ha buscado sus influencias para el Protector. Éste le escribe el 24 de mayo de 1816: "Yo soy de-

parecer aproveche usted la oportunidad de los terrenos que se están repartiendo en la provincia, y dedicándose á su cultivo hallaría en él su porvenir y el de su familia."

El cabildo de Montevideo, consideraba que don Pedro Elizondo sería el ciudadano más indicado para la administración de fondos públicos: pero era de la escuela contraria y considerado desafecto á la política de Artigas. El cabildo ha consultado el punto, y Artigas contesta el 3 de agosto de 1815: "Hallando V. S. todas las cualidades precisas en el ciudadano P. Elizondo, es indiferente la adhesión á mi persona... Es tiempo de probar la honradez, y que los americanos florezcan en virtudes."

Con los principios de Artigas, se puede formar un volumen de enseñanzas que no alcanzaríamos á leer esta noche; pero quiero para terminar, mostraros cómo entendía Artigas la soberanía y dignidad nacional, á pesar de tener ya al frente tanto enemigo formidable de la república. Se trataba de gestiones entabladas por el comandante de la escuadra inglesa, sobre comercio inglés, que dicho sea en verdad, "Artigas" siempre miró con grandes simpatías. En oficio al cabildo con ese motivo, le dice:

"En cuyo concepto prevengo á V. S. no se rebaje un ápice de su representación... jamás deben imponernos, sino al contrario, someterse á las leyes territoriales."

Aquí debería concluir mi conferencia, que no ha tenido otro objeto sino demostrar que en aquel principio de civilización rural, dentro de aquellas ideas y costumbres democráticas, y con aquel genio, que era su más alta representación, había base suficiente y sobrada para constituir una república, y desenvolver los progresos rurales al igual que lo hicieran los norteamericanos.

Pero si nosotros hemos concluído en 1816, "Artigas" no concluye hasta 1821, para la historia.

1817 1820

¿Qué ha sucedido después?

¡Una verdadera epopeya!

Estáis enterados de la connivencia de la camarilla gobernante, con la corona de Portugal. ¡No son los porteños los que andaban en eso! ¡Eso es una falsedad histórica! Ningún pueblo de Sud América estaba enterado de las intrigas y de las diplomacias, que se tramitaban en el misterio de una logia.

Aquella connivencia con el Portugal, además de aportar grandes ejércitos para ocupar el territorio y perseguir el artiguismo, aportaba una serie de combinaciones y de intrigas, contra todos los pueblos provinciales y sus caudillos.

Os he dicho que también en Montevideo existían personajes de aquella escuela exótica del absolutismo, y sabéis también, cómo han ido á recibir en las puertas de Montevideo en enero de 1817, al representante de la corona de Portugal, y cooperar á su sostenimiento.

Sabéis también, cómo han usado de la intriga y la diplomacia, para tentar la fidelidad de muy nobles y esforzados subalternos de Artigas, sin los cuales éste, y después de resistencias extraordinarias, de batallas legendarias, ha debido atravesar el Uruguay, para encontrarse con la más grande de las perfidias.

López y Ramírez, el entrerriano, con la bandera de Artigas, con un mensaje de éste, exigiendo la formación de un congreso libre, para dar la forma constitucional de gobierno que exigían los pueblos, habían llegado ya triunfantes á la plaza de Mayo en 1820; pero la víbora ha introducido su veneno en aquel bravo como crédulo de Ramírez.

Tres habilidosos en aquellos manejos, entre los que estaba aquel Sarratea, han extendido la red para apoderarse del gobierno, y Ramírez ha caído en aquélla, sin darse cuenta, que él será después la primera víctima!

El tratado del Pilar se termina dando á Ramírez dineros, tropas, armas y hasta una escuadrilla, para terminar con Artigas.

Ningún momento más oportuno ahora, que pasará confiado el Uruguay, y seguro del triunfo de la voluntad de los pueblos!

Pero Artigas, desde su nuevo campamento en Corrientes, ha seguido todos los incidentes de aquellas negociaciones. ¿Cómo no había de estar enterado de todo, si todos acudían á él, y era el alma de todo aquel movimiento de los pueblos? La historia de todos esos sucesos está hoy sin secretos, y demuestra toda la grandeza de Artigas.

Él no va, pues, á ser sorprendido, y si va á pelear todavía y resistir á Ramírez, es porque todavía varias provincias lo solicitan, y hay todavía un resto de solidaridad; pero él no será el vencido, porque él no ha fundado las glorias de América en las glorias militares de la guerra civil. La guerra para él ha sido de necesidad contra el extranjero y el despotismo, la guerra que lleva por consecuencia la vida y *la fertilidad;* pero no la que mata la voluntad de los pueblos!

Artigas, que acababa de ver en su provincia oriental, cómo la intriga y la engañosa habilidad prostituía sus subalternos y nobles cau-

dillos, ha visto claro la obra realizada por la escuela del absolutismo, cuando es atacado por Ramírez, y ha preparado su retirada, resuelto á terminar y expatriarse.

¿Qué va á hacer allá, en el ostracismo? Él ha visto su obra terminada; la república y la federación serán proclamadas; pero ha comprendido también que la escuela del absolutismo ha hecho gran avance y conseguido la anarquía, la desconfianza y la división entre los pueblos y sus caudillos. Él no debe *empeñarla recíprocamente,* no es un caudillo de ambiciones vulgares. "Un lance funesto podrá arrancarme á la vida; pero no envilecerme". Así lo había dicho y así lo cumplirá.

... mira todo eso con horror, tal vez con infinita tristeza; pero sabe que "Artigas" ha terminado, y se va á trabajar la tierra en el silencio del Paraguay!

Final

¿Qué queda de esas dos escuelas?

Desde la Junta de Mayo hasta Rivadavia, se han sucedido gobiernos sin cuento; todos sin base popular, sin otro pensamiento que no fuera conseguir una corona, contra la voluntad de todos los pueblos, y más tarde, en la imposibilidad de conseguirla ante la protesta de los pueblos, incluso el porteño, que ya conocen el secreto, transan con la forma unitaria, que tampoco realizan con base popular.

Eliminado "Artigas", que era la representación más alta de la genuina civilización rural, única figura de abnegación en la fe republicana, que aparece en la época de la independencia, la escuela del absolutismo, que ha usado del engaño y del terror, que ha enseñado á gobernar sin el pueblo, que ha establecido esa práctica y fundado esa costumbre, ha preparado y hecho posible el gobierno de Rosas!...

Aquellos inteligentes diplomáticos, aquella escuela exótica en Sud América era, pues, la equivocada.

Cuando aquella intelectualidad sufra el ostracismo, van á empezar á comprender el ideal de los pueblos, y ahora van á llamarlos. Todos van á ser entonces de la escuela artiguista; pero cuando vuelvan á tomar el gobierno, ya no encontrarán aquellas costumbres, aquella florescencia de la genuina civilización rural, que se encamina á la verdad democrática. El desorden, el terror, la continua intranquilidad, han labrado hondo, han cansado á los hombres, que no son de hierro. No todos han jurado no envilecerse y no vender el patrimonio al vil precio de la necesidad.

Señores: El difamador Cavia, comenzaba su libelo, preparado para influir en el ánimo de los comisionados del gobierno de Monroe, con esta pregunta: *¿Quién es ese hombre turbulento que hace tiempo está fijando la atención del orbe pensador?*

Pues en el mismo año de 1818, en la plenitud de la obra de Artigas, tuvieron lugar en el Congreso norteamericano varias sesiones dedicadas á discutir la situación del Río de la Plata, y en ellas se da la respuesta al difamador, apareciendo triunfante la figura de Artigas, como un hermano de Washington, en Sud América.

Entre aquellos hombres de intelectualidad experimentada, que comprendieron la nueva vida en América y sus verdaderos destinos, estaba Mr. Adams, quien dijo: *"El único demócrata de las provincias unidas del Río de la Plata, es el bravo y caballeresco republicano General. Artigas."*

Algunos historiadores modernos inspirados en aquel juicio de verdad y otras manifestaciones, comparan á "Washington" con "Artigas".

No se puede desconocer la hermandad en las ideas, sentimientos y respetos insospechables de los dos á la voluntad de los pueblos, así como sus anhelos por fijar las costumbres democráticas; pero Artigas, si ha demostrado en los momentos de paz y en el gobierno provincial, que pudo ser el Washington en el gobierno sudamericano y que debió serlo, para legar en las costumbres y prácticas de gobierno la fe y confianza en la soberanía popular que *Washington legara á su país*, no pudo serlo por las fatalidades que se reunieron en Sud América.

Artigas, por aquellas mismas razones ha tenido que ser y ha sido, más múltiple en las manifestaciones de su genio, y su obra perdura en el alma de los pueblos!

¿Qué modelo mejor y más grande puede extraerse de la historia de Sud América, que sirva de enseñanzas, y pueda ser símbolo de virtudes y prácticas republicanas?

He dicho. (1)

(1) LOS 33 Y LA INDEPENDENCIA ORIENTAL

Algunos amigos oyentes, me hicieron notar un vacío en la conferencia, no figurando Artigas en la nacionalidad uruguaya. No fué por abreviar ni por olvido, que dejamos de tratar este capítulo.

Nuestra conferencia no ha tenido por objeto hacer la historia detallada y completa de la época de la emancipación, ni tratar de los sucesos que se desenvolvieron después de la actuación de Artigas. El objeto ha sido destruir el prejuicio sobre la civilización rural de la

CONFERENCIA EN LAS PIEDRAS

16 de Mayo de 1911

En el propio pueblo de Las Piedras, lugar de la batalla que se conmemoraba y donde se erigió el monumento, también se creyó oportuno preparar el ambiente para el día de la inauguración. Un Comité local, constituído con el exclusivo objeto de cooperar al ma-

---

época, que habría fundado un criterio histórico, con apariencia de verdad, por la desorganización y anarquía que se veía en tiempos posteriores y, que sólo eran consecuencias de la tenaz persecución y contrariedad, llevadas á aquellas poblaciones rurales, de la originaria civilización con sus apropiadas costumbres de verdad democrática.

También tuvimos por objeto hacer conocer algo el «genio de paz» del gran ciudadano, dentro de aquel medio; pues era ya indiscutible en la guerra y en el corazón de los pueblos libres.

Pero el Artigas, como fundador, precursor ó creador de la nacionalidad oriental, no lo hemos tratado, porque la independencia uruguaya no pertenece á Artigas viviente, en el escenario. Es la obra indiscutible de su escuela y de su espíritu, que perdura, á pesar de todas las divisiones que sobrevinieron.

La libertad de América era su sistema, á base de la libertad provincial. La integridad del territorio y el patrimonio de los orientales, lo más sagrado y por lo que más se sacrificó, en salvaguardia también de las libertades de las demás provincias amenazadas.

Los Treinta y Tres orientales en 1825, con Lavalleja, Oribe y también Rivera, que todos fueron esforzados subalternos del gran ciudadano, traen de nuevo la bandera tricolor de Artigas é independizan la patria, porque el pueblo que proclamó en 1813, por primera vez en Sud América la independencia y la república federal, infiltrado en aquella tradición y rompiendo las connivencias extrañas, manifestó, ante todo, querer ser libre é independiente

La unión de todos los orientales dió por resultado la gloriosa solución, y vino á demostrar una vez más, para el juicio histórico, que Artigas no era el visionario ni el equivocado, sino los que trajeron las divisiones, los que influenciados por la intriga le abandonaron en los supremos momentos, en el instante decisivo, cuando en medio del dominio de la corona de Portugal, en 1817, él pudo asegurar que el triunfo era definitivo en la unión de los pueblos. Sólo él veía claro, «*que era un delirio pretender subyugar al pueblo.*» Y los hechos probaron en 1825, que no se equivocaba Por no creerlo algunos como él, no se evitaron los grandes males que sobrevinieron.

Por todo eso, si Sud América debe al gran ciudadano la adopción del sistema republicano, y debe ser su símbolo de virtudes y prácticas democráticas, para los uruguayos es, además, el alma de su nacionalidad y el indiscutible emblema de su union!

CARLOS A. AROCENA.

---

yor realce y organización de las fiestas á realizarse en la localidad, preparó también esta velada. Tomaron parte en ella los señores ingeniero Arturo V. Rodríguez, Presidente del Comité, los bachilleres Horacio O. Maldonado y Juan A. Buero. Correspondió al doctor Dardo Regules pronunciar las palabras de clausura. He aquí los discursos que nos ha sido posible obtener:

DISCURSO DEL BACHILLER HORACIO O. MALDONADO

Señores:

No es posible llegar á estos lugares sin esa emoción sublime que la Patria nos da en sus horas solemnes. No es posible estar aquí, en Las Piedras, sin retroceder hacia el pasado heroico, sin llenarnos del espíritu de otra época, sin sentir en la sangre á nuestro gran Artigas, sin besar su santa memoria, sin recordar con santa indignación los ultrajes de que fuera víctima, sin llenársenos los ojos de lágrimas pensando cómo la Historia pudo alguna vez ser injusta con ese luchador, con ese demócrata, con ese hombre tan bueno, tan puro, tan celoso defensor de la libertad!

¡Bendita ternura, que brota de lo hondo de nuestra alma, enalteciéndonos! ¡Bendita ternura, que hace brotar asambleas para glorificar al gran republicano! ¡Bendita ternura que se pierde en el infinito de una apoteosis!

A Artigas, señores, no se le describe con palabras altisonantes, con juegos de patriotismo acomodado á las circunstancias: á Artigas se le siente, se le siente con el alma encendida en amor y veneración, como se siente lo bueno, como se siente una cumbre, como se siente un astro! Artigas fué una magnífica claridad en el escenario rioplatense. Muchas cosas turbias, muchas cosas oscuras, muchas debilidades, muchas vacilaciones mancharon á los más encumbrados políticos de su época; y frente á esas cosas oscuras, y frente á esas vacilaciones, y frente á esos rudos golpes al patriotismo, se levantaba nuestro héroe, hermoso, sano, con el alma llena de luz, altivo, formidable, como un gran soplo de libertad, como un gran soplo de democracia, que barría, como mísero polvo, todo aquello; como una voz sublime, que creaba un pueblo, lo llenaba de ideas, le daba alas, y se lo llevaba luego, en éxodo altivo, cuando lo ultrajaban, cuando le cortaban las alas.

Nunca conductor de pueblos tuvo su hora tan divina como la de

ese hombre, cuando en marcha hacia el Ayuí, con todo su pueblo que él idolatraba, enseñaba á los políticos que traicionaban la santa causa de la libertad y de la democracia, á beber en las ansias populares, á hundirse en el alma de las muchedumbres, á comprenderlas, á no desoir el grito espontáneo de las masas, que claman por sus derechos, á no pisotear el fruto de tantos afanes, de tantos heroísmos y de tanta sangre derramada, para poder seguir la buena conducta, aquella que lleva, sin convencionalismos ni contemplaciones, sin desmayos ni caídas, á la conquista de lo que fuera soplo creador de la Revolución de Mayo, grito sublime en Asensio y magnífico sol de gloria en este cielo, en el campo de Las Piedras.

La Patria está siempre en una cumbre, señores, y para conquistarle hay que ascender siempre, y no arrastrarse por el suelo, porque entonces fácil le será al pie del invasor pisotearla, escarnecerla, hacerla añicos. Y la vida de Artigas fué toda una luminosa ascensión: ascendía en el campo de Las Piedras, cuando derrotaba al español; ascendía cuando protestaba contra la política absorbente de Buenos Aires; ascendía cuando despreciaba á sus enemigos y les respondía con el silencio y no dejaba que sus amigos lo defendieran; ascendía en el Ayuí, cuando, en los brazos de su pueblo, esperaba, en la noche negra en que se había sumergido la Patria, la aurora que iba á redimirla, que iba á darle lo que era suyo, lo que era su alma, lo que era su cerebro, lo que era su vida; ascendía en el Congreso del año XIII, dictando sus magníficas Instrucciones, como divino cincel con que se esculpe una Patria fuerte y libre; ascendía, señores, en el Paraguay, en el ocaso de su vida, cuando abría surcos en la tierra, como humilde labrador, después de haberlos abierto hondos y luminosos, con su espada y con su idea, en el seno de la democracia!

Esa fué la vida de Artigas. No hay sombras en ella: todo es luz. luz pura, luz magnífica, luz de altivez ciudadana, de fuerza democrática, de amor al pueblo. Digámoslo bien alto: ¡Artigas es cumbre de la historia nacional! Es primero entre todos nuestros héroes. Se lee su historia como se lee una maravillosa epopeya: no faltan en ella el encanto, ó la ternura, ó la sencillez del héroe; ni faltan la tragedia, las sombras de la amargura, el borrón de la ingratitud, la perfidia engendrada por la diplomacia, las noches eternas, el caos; ni falta un pueblo que vela, y que pende de una palabra, de un ademán, de una mirada del héroe, al cual se entrega porque sabe que con él se va hacia la luz...

¡Venga en buena hora el homérida para cantar tales hazañas!

Surja cuanto antes el grandioso poema épico, para que en cada hogar uruguayo, en horas plácidas, se comente esa vida, que fué toda una explosión de cosas buenas. O si se quiere, venga la página sencilla, modesta, capaz de entrar en todas las mentes, para que toda ignorancia se disipe y en todos los rincones de la República se pronuncie el nombre de Artigas como algo que nos es muy dulce, muy familiar...

Hay que glorificar ese nombre. No sólo cuando se decretan fiestas en su honor, sino en todos los momentos de nuestra vida ciudadana, porque nunca, nunca se estará más en armonía con la Patria, nunca se sentirá más con ella, que cuando se recuerde al que le consagró su vida entera, al que la cobijó siempre, al que la llevó siempre á cuestas, por caminos de luz y de gloria, por sendas de martirios, en las auroras, en las noches, con el alma lacerada, calumniado, traicionado, y siempre grande, y siempre astro!

Aprovechemos el Centenario de Las Piedras para decir á todo el mundo quién fué Artigas, cómo la democracia ardió en su alma, cómo su afán fué siempre ver libres á los pueblos del Plata, cómo propagó las ideas de libertad, su hermoso sueño de Confederación; cómo de él brotaron las magníficas Instrucciones del año XIII; cómo de sus labios brotó siempre enérgica protesta contra los enemigos de la Patria, y cómo, puesto fuera de la ley y á precio su cabeza, por el Directorio de Buenos Aires, no se desalentaba, llevando sobre su alma, como preciosa carga, á su pueblo amado, que revivía siempre, á pesar de todas las asechanzas...

Nunca Artigas se doblegó, señores; su cuello fué una cerviz á la cual unció el dulce yugo de la Patria. Vivía con su pueblo, vivía para su pueblo y reconocía siempre de éste, la presencia soberana. "Mi autoridad emana de vuestra presencia soberana". No hablaba sin recordar á la Patria, sin darle un beso con alguna palabra dulce. El sentimiento de la Patria en Artigas tenía toda la belleza de lo inefable: acaso, toda su actividad fuera como una canción de cuna, como una canción junto á la cuna de la Patria... Acaso, sus ojos, en los momentos íntimos, sintieran con frecuencia el escozor de las lágrimas, porque muchas espinas encontró en el camino, y nunca se detuvo á arrancárselas.

¡Ah, señores, nuestro Artigas fué grande!

¡Lamentable impotencia de la palabra que no puede expresar con exactitud lo que se ve, lo que se siente, lo que se ama! ¡Cómo expresar la grándeza de Artigas! ¡Cuántos vocablos se amontonan, cuán-

tos adjetivos se aplican, cuánto entusiasmo patriótico estalla en todos los discursos! Y sin embargo, ¡cuánto de Artigas queda sin expresarse! Ya lo veis, señores: esta pobre página mía, que os estoy leyendo, no dice, de mi visión de Artigas, sino una pequeñísima parte; no canta al héroe, como le canta mi alma; no sube, como sube mi alma, en íntima adoración, hasta sentir la luz que brota de aquel gran hombre; ni llora, como llora mi corazón recordando cómo la Historia pudo alguna vez ser injusta con él...

DISCURSO DEL BACHILLER JUAN A. BUERO

En nombre de la Federación de Estudiantes y de la Asociación "Osimani y Lerena" de estudiantes salteños que me han confiado su palabra en este acto, yo saludo á vosotros, ciudadanos de Las Piedras, en esta hora solemne.

Bien quisiera que estas frases mías fueran expresión límpida de cuanto hay de vivaz y de noble en el pensamiento nuevo; y ojalá adivinaseis en la intimidad de mis pláticas toda la unción de artistas, todo el fervor místico de enamorados que ponemos, como total homenaje, en esta rememoración de antiguas glorias patricias.

Vamos avante en la agria vía de los destinos, llevando en las pupilas el panorama de edades luminosas; vive en el pensamiento de los jóvenes una dolorosa inquietud, que ennoblece y que agosta. Los melodiosos días de la antigua edad plácida hacia donde revuelan las almas dilectas en procura de la quietud y de la gracia, añoran en nuestras visiones lejanas; y en el corazón que vió morir frágiles florescencias románticas, domina un insaciable anhelo de piadosa fraternidad y de inteligente benevolencia.

Y porque ya algo hemos columbrado de esos irreductibles dolores del mundo, habéis hecho bien, señores, en honrarnos con vuestro llamado á esta cita patriótica que se destina á celebrar al gran doloroso de nuestra historia. Bienhaya esta armonía entre los depositarios de la tradición artiguista y los que llenos de ansiedad, activan los músculos para la interminable acción cotidiana. Tenéis la gloria con vosotros en el solar doméstico: habéis escuchado la poesía familiar de las tradiciones, fluyendo con el prestigio de las lejanías desde los labios caducos; para vuestro recuerdo cada hondonada, el monte amigo, la cañada modesta, evocan poemáticas sugestiones. La Patria grande de Artigas en cuanto de más significativo ella tiene, vive aquí compendiada y presente, en esta altura castigada del viento que

prestigia las cabelleras audaces y que hace sollozar en doliente melodía la voz de las campanas solariegas,—vosotros sabéis el tono de los cantares de la tierra vieja, conocéis nimios detalles que encantan; casi recordáis que el Héroe pernoctó á escasa distancia de nuestra ciudad, que una lluvia ligera envolvió en gloria gris las campiñas desiertas y que hubo un sol vehemente sobre las cuchillas trepidantes en la hora augusta de la batalla.

Y para nosotros es Artigas algo más que el paladín robado á la ceremoniosa gallardía de un romance hispano arrogante. Con él nos vinculan su soñadora inquietud de patricio, que es nuestra misma inquietud, la pródiga actividad penserosa de su frente elegida, su afirmación triple y única de la Democracia, de la República y de la Federación, frente á las aristocracias monárquicas y á los regionalismos disolventes. Amamos á Artigas porque el martirologio, premio final de sus desvelos, es también el galardón postrero de los idealistas devotos que pasan por el mundo en un beato ensimismamiento, ajenos á la torpe malicia y fijos los ojos en la seducción de un progreso imposible ó en la realidad de una esperanza que se huye. Fuerza es confesar que á ciertos eximios espíritus les fué otorgado el don de las milagrosas adivinaciones sobre los juicios de las generaciones á venir. Así Artigas. Combativo, tenaz, omnipresente en la época gestatoria, se recluye en el Paraguay receloso, inmenso monasterio en silencio cuando el caudillismo irreverente inicia la desintegración del núcleo nacional.

Y cuando en pertinacias suicidas le llaman los bandos para que aporte á cada cual el decisivo peso de su fuerte prestigio, el Patriarca se niega y vuelve al silencio de las selvas. Hoy Artigas no puede venir hacia nosotros, pero nuestros espíritus pueden marchar á su encuentro, porque él es la unidad salvadora: porque es símbolo y fuerza, recuerdo, propósito, pensamiento y acción, ejemplo y enseñanza; porque así como en el año del éxodo unificó huestes dispersas acelerando el "rodar nervioso de la caravana exilante", en el año del centenario está presente para que depongamos ante esa efigie paternal y severa nuestras inconsecuencias de niños-viejos y nuestras impulsividades de pueblo-niño. En mi mente vagabundea la visión de la hora. Es una plena tarde de estío. Sol generoso. Llanura infinita. Hay en el ambiente serenidad de apoteosis, revuelo de aves proféticas. Marcha la multitud hacia el Oriente, la sombra á sus espaldas. En lejanía el Patriarca sobre la cumbre de granito legendario. Y marcha la multitud y genuflexa ante el Moisés majestuoso, gue-

rrero, legislador y Padre, y entona sus cánticos de gracia, himno de redención y de esperanza. Vida nueva, ansia de acción, deseo de gloria.

Fuerte y magnánimo, Artigas subyuga las voluntades—yo le admiro empero porque le sé doloroso.

El dolor es el elemento positivo necesario á la revelación de las almas supremas. Yo no sé de símil más dominante para expresar la excelsitud de la síntesis que realizan unidos lo doloroso y lo bello, que esas tenebrosas telas de Rembrandt donde hay claras figuras concretas y blancas que emergen con nitidez de ideas dominantes y decisivas. No nos fuera dado el concebir el brillo de la idea, el triunfo del blanco color de pureza, la victoria de las figuras insignes de mis cuadros, si no estuvieran allí para constraste oportuno esas tinieblas agoreras y propicias que Dante llevó á los Infiernos pero que son de la Tierra.

Dolor y sombra son hermanos.—Y el dolor es la sombra que da relieve á los ánimos altivos y fuertes.

Artigas está consagrado en la ciencia y en la leyenda. El Arte, el Hada primera le ha acariciado ya con su tirso floreciente. Ved aquí una tela que conocéis de seguro. El héroe victorioso en Las Piedras, inclinado sobre los estribos como el Coriolano de Shakespeare, saluda á la ciudad capital. La brisa del mar, como en la balada escocesa, acelera el ritmo de su sangre. Y frente al reducto colonial vencido, el Héroe sueña en las precarias conquistas y en los peligros traidores. Y fué aquello, como sabéis, una conquista precaria.

Sólo hoy Montevideo está vencida. El cariño de un pueblo ha bajado el puente receloso de la ciudadela y Artigas ha entrado entre palmas y cánticos. Victoria definitiva sin odio ni muerte, sin agravio ni negación.

Ciudadanos:

Si me fuera dado evocar la grandeza de Artigas para enseñanza de los hombres venideros, yo no representaría al Prócer en el inevitable caballo de bronce dominador del espacio en el braceo de sus manos nerviosas; no grabaría su efigie en mármoles impasibles ó en granitos ásperos. En los jardines, en parques amenos yo haría surgir, como genios gentiles ocultos en el follaje, aquellos bajorrelieves tumultuosos como el combate de las amazonas de Rubens, donde hay orgías de sangre joven é hipogrifos que relinchan á la gloria del sol



La concurrencia popular en la inauguración del monumento

(Además de las enseñas nacionales y de Artigas, la muchedumbre ostenta, como demostración de reconocimiento y entusiasmo, en los sombreros divisas que copian los colores del Héroe.

como en el alba roja de Cartago que Flaubert soñara; yo recordaría el grupo apresurado del éxodo bajo las lejanas estrellas glaciales; yo resucitaría á un anciano que se duele de una traición, á un jefe en derrota que impone como en los tiempos bíblicos sus manos proféticas sobre la temerosa multitud de las puebladas infelices; yo representaría á Artigas, señores, cultivando el huerto en Curuguaty, viviendo una vida última con aquella misantropía que dan el acre comercio de los hombres y el sentimiento de la propia superioridad. Yo recordaría momento á momento la agonía del Coloso en la paz de égloga que el inescrutable destino depara, por irónica despedida, á todos los grandes agitadores de pasiones rudas y fuertes. Muere Artigas al modo de aquellos blancos ancianos que nos dijera Virgilio, profundos en su sencillez y graves en su plácida indiferencia, cerca del infinito, lejos de los hombres y de sus querellas risibles.

Y como una cúpula total, resonante, suprema, yo colocaría en protección del monumento que sus idealidades forjaran, á aquel árbol augusto bajo cuya sombra leyera Artigas el ejemplar único de nuestra Constitución Nacional. El árbol de que os hablo es de milagrosa influencia. Nos alberga á todos y por prodigio inexplicado, desvanece rencillas, anula regresivos impulsos, propicia venturosa fraternidad, ahuyenta las Euménides porfiadas.

Yo os invito, conciudadanos, á la peregrinación hacia el augusto árbol sagrado.

He dicho.

EL 18 DE MAYO

Este era el gran día: aniversario secular de la Batalla de Las Piedras. El tiempo inclemente, lluvioso y huracanado desde días anteriores, y las agitaciones obreras, indujeron de consuno á los Poderes Públicos á la postergación de los homenajes para el 25 de Mayo, cosa que se hizo conocer por medio de un decreto. El pueblo, no obstante, encendido su entusiasmo patriótico por los homenajes anteriores, no quiso dejar pasar en silencio la gran fecha; y sin previo acuerdo ni citación convenida, demostró en una forma bien elocuente y entusiasta su reconocimiento á los grandes varones iniciadores de nuestra libertad. La crónica de los homenajes de este día es tal vez la más abultada y expresiva de cuantas se escribieron en aquellos

días de tan vibrantes efusiones patrióticas; y su mérito sube de punto cuando se considera la espontaneidad reiterada de esos actos. A pesar de haber sido suspendido el feriado por las circunstancias expuestas anteriormente, el pueblo todo de Montevideo se lanzó á las calles, organizándose durante todo el día manifestaciones nutridas y febriles que recorrieron distintos puntos de la ciudad. Por todas partes desfiló alguna columna cívica, entusiasmada por el homenaje y llevando á su frente las banderas uruguaya y de Artigas, mientras entre todos se coreaban las estrofas del Himno. Esto explica el gran número de oradores que esa forma de las manifestaciones populares suscitó, descollando entre todos, los doctores Juan Zorrilla de San Martín, Juan Andrés Ramírez (Director de "El Siglo"), Pablo De-María y bachiller Schinca, obligados á improvisar por los manifestantes. Por esta circunstancia, sólo nos ha sido posible obtener la versión de las palabras del doctor Zorrilla pronunciadas sobre una mesa en la Plaza de la Libertad.

Inmediatamente damos una noción ordenada, aunque somera, de las distintas solemnidades realizadas en este día.

Visita escolar á la tumba de Artigas

Las autoridades escolares habían preparado de antemano la visita de las Escuelas Públicas de Montevideo á la tumba del General Artigas, ubicada en la Rotunda de nuestro Cementerio Central. Este acto se realizó por la mañana y fué una de las ceremonias más hermosas y tocantes. Por ante el catafalco solemne desfilaron las escuelas formadas y los niños depositaron flores sobre la tumba del Precursor. Hicieron uso de la palabra el señor Horacio Dura, á nombre de la Comisión de Maestros, y el señor Eduardo Muñoz Jiménez, delegado por el Comité de la Juventud. Además, á instancias del numeroso público que presenciaba la ceremonia, pronunciaron también breves palabras los señores José Pedro Turena y Juan A. Páez Formoso. No podemos dar, sin embargo, ninguno de los discursos mencionados: del primero y los últimos, por no haber podido obtenerlos; y del señor Muñoz Jiménez, por haberlo traspapelado involuntariamente, por una fatalidad verdaderamente lamentable. Este discurso, á justo título, merecía bien figurar entre todos los que adornan este volumen de los ANALES.

El día anterior en las escuelas de toda la República se había repartido á los alumnos la siguiente alocución impresa, redactada por el Inspector Nacional de Instrucción Primaria:

ARTIGAS!

A LOS NIÑOS DEL URUGUAY

(1811—18 de Mayo—1911)

El 18 de Mayo de 1911 cumple una centuria de la batalla de Las Piedras ganada por José Artigas á las tropas españolas, que constituían una parte de la guarnición realista de Montevideo.

Fué un combate memorable, en que por primera vez se encontraron frente á frente, los heroicos soldados de la vieja España guerrera y conquistadora, con las milicias campesinas, formadas con aquellos gauchos errantes, héroes vagabundos y soberanos del desierto.

Y triunfaron los gauchos de aquellos soldados aguerridos; pero no pretendo evocaros aquí reminiscencias sangrientas ni glorias homicidas; quiero, sí, recordaros que aquel combate era algo más que un encuentro que derramó sangre humana para fertilizar palmas y laureles, pues fué la lucha primera de dos principios: el vasallaje y la independencia, el choque que inició el derrumbe del monumento secular del despotismo, legendario y poderoso, respetado y temido, para alzar en su reemplazo el hogar modesto, pero propio, el venerado hogar nacional, soberano y libre.

Desde entonces, Artigas fué la santa encarnación del nuevo pueblo, el símbolo de una aspiración ardiente á la libertad. Superior á su época por lo avanzado de sus ideas y superior á sus contemporáneos por la sincera lealtad de sus convicciones, se dió íntegramente á sus ideales: solo, en medio de las dilatadas llanuras, desafiando las iras de los poderosos políticos enemigos, combatió sin retroceder, centuplicó sus energías para mantener inalterable el culto de las libertades populares, y pudiendo alcanzarlo todo, á trueque de una apostasía, rehusó honores, fortuna y mando, para ser solamente el soldado proscrito de la democracia sin hogar y sin familia, el errante y altivo montonero, héroe inmaculado, grande, insuperable, en la epopeya de la emancipación sudamericana.

Fué en la guerra, el soldado convencido de la santidad de su causa, que ofrece su vida como primer holocausto á sus convicciones, y que lo hace sencillamente, porque así debe hacerlo, porque así le aconseja su patriotismo, porque no podría hacerlo de otro modo, pues identificado con su causa es la fórmula personal y tangible de sus ideales;

pero jamás por correr al asalto de los honores y las recompensas, siempre harto inferiores á la alteza de su pensamiento; fué en la paz, el primer ciudadano de un nuevo pueblo, antes que ese pueblo existiera; fué el primer republicano antes de saberse claramente lo que era una república; fué el primer constituyente, cuando nadie estaba aún familiarizado con la ciencia constitucional; y supo, á pesar de ello, dar la nota más alta y elocuente de su clara y exacta visión del porvenir y de su noble y fecunda tolerancia como expresión perfecta de la más elevada ciencia política.

Y fué tal su prestigio, que en los albores del siglo XIX, reprodujo en nuestro suelo aquellas emigraciones populares de las leyendas bíblicas, y el pueblo que lo seguía, ingenua, sinceramente, abandonando sus hogares y soportando las penalidades de la emigración con resignación inalterable, alzó sus nuevos hogares en torno de la tienda del caudillo, bajo el amparo del patriarca de las libertades públicas.

Y cuando la hora de la lucha volvió á sonar como un mensaje de batalla, y Artigas se preparó para el combate, todo aquel mismo pueblo errante se movió de nuevo detrás del heroico montonero, que siempre sereno y grande en su cruzada de gloria y de esperanza, marchaba imperturbable, sencillo y sereno, como el símbolo solemne del destino futuro de su pueblo.

Artigas es el emblema más puro del patriotismo; en él se confunden y equilibran su amor al suelo nativo y su desinterés jamás igualado; noble, valeroso y justo, nadie como él representa en su forma más perfecta el concepto tangible de la libertad; nadie ha superado su tranquila serenidad en el triunfo ni su grandeza en la adversidad.

Artigas fué el verdadero evocador de nuestra nacionalidad, el caballero gentil de la democracia platense, la personalidad más merecedora del aplauso y la veneración sincera y entusiasta del pueblo á que dió vida, porque es la más vigorosa y noble y grande entre las personalidades descollantes de la independencia sudamericana; pero ante todo, porque él fué el único que concibió en toda su grandeza la idea de la independencia absoluta, quien midió todo el alcance de la emancipación, quien identificándose con el concepto de la libertad sudamericana, tuvo como nadie la visión lejana y luminosa del porvenir.

. . . .

Un día los elementos combinados aliaron sus furias contra él y fué vencido; pero derrotado en el combate de los hombres, venció en la lucha de las ideas, que no fueron abatidas jamás.

En esas horas supremas, no flaqueó su fe ni desapareció su desinterés y su abnegación impecables; supo desprenderse de lo indispensable para amparar á sus hermanos de lucha, á sus hijos errantes ó prisioneros.

Después partió llevando al ostracismo sus recuerdos de soldado de la independencia americana y dejando á la Patria el germen fecundo de la libertad que generaría en el tiempo y en la historia su emancipación definitiva, consagrando con su ausencia la santidad del dogma democrático, como el patriota griego que buscaba en la muerte lejana y escondida la vigencia inalterable de la constitución de Esparta.

Las poéticas selvas paraguayas dieron sombra y abrigo al noble anciano, y cuando la serena muerte del justo cerró piadosamente sus ojos, las aves canoras, soberanas deidades legendarias de aquellas umbrías soledades, entonaron sus himnos envolviendo su cuerpo en un sudario de armonías, canto de amor, de respeto y de supremas esperanzas, que saludaba en la muerte del prócer el triunfo institucional de sus convicciones más queridas.

Niños de esta patria de Artigas:

Amad y respetad su memoria, consagradle un culto invariable, imitad su ejemplo y seguid sus rutas de acuerdo con las transformaciones de los tiempos nuevos. Aquel soldado de la democracia dió su vida entera para constituir nuestro hogar nacional. Cuidad ese hogar, embellecedlo, dadle los prestigios de los pueblos sanos que son los pueblos fuertes; trabajad sin descanso con el pensamiento fijo en su perfeccionamiento, y no olvidéis jamás que la mejor ofrenda que podéis consagrar á su recuerdo, pensando que aun en las agitaciones de su errante campamento, fué la ardiente preocupación del prócer la ilustración popular, es levantar vuestra mente y vuestros corazones á las cumbres del ideal, pues la libertad es tanto más bella cuanto mayor es la cultura y la virtud del pueblo que vincula á ella sus más grandes amores, sus más ardientes entusiasmos, sus más santas y fecundas creaciones.

ABEL J. PÉREZ,
Inspector Nacional de Instrucción Primaria.

La manifestación popular

DISCURSO DEL DOCTOR ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Por la tarde, el Comité de la Juventud, preparando la gran manifestación á que hicimos alusión más arriba, dirigió al pueblo la siguiente

EXHORTACIÓN

El *Comité de la Juventud* convoca al pueblo, á todo el pueblo, á los que han nacido en esta tierra, y á los que han venido á ella á compartir nuestra vida y nuestras grandes pasiones, á concurrir á la manifestación que el entusiasmo patrio la incita á promover en el día de hoy.

Hace hoy cien años se libró en Las Piedras la batalla...

Hoy, el 18 de Mayo de 1811. En este día debe vibrar en las almas orientales, y en las de todos los que aman las glorias de esta Patria, el eco solemne del Gran Combate en que nuestros héroes lucharon, y murieron, y triunfaron por la Patria Oriental, por la democracia republicana, por la emancipación de América.

Congreguémonos á aclamar el inmortal recuerdo.

A las 4 y 30 de la tarde, el pueblo se reunirá en la *Plaza de la Constitución* y emprenderá su marcha hacia la de *Cagancha;* en ésta se pedirá al doctor Zorrilla de San Martín que concentre en palabras de hombre la aclamación gloriosa de sus conciudadanos.

¡Que toda la ciudad se embandere y engalane!

¡Que todos y cada uno de los que la habitan sean otras tantas notas del cuadro ofrecido por un pueblo digno de sus heroicos progenitores!

¡Viva la Patria Oriental! ¡Viva Artigas!

Montevideo, 18 de Mayo de 1911.

CARLOS M. PRANDO, Presidente — *Dardo Regules—Ismael Cortinas—Francisco A. Schinca—Arístides Dellepiane,* Vicepresidentes.
Ricardo Casaravilla Sienra — Eduardo Terra Arocena—Alberto Reyes Thévenet—Jaime He-

rrera Lerena—Enrique Thode—Javier Alvarez Mouliá—Armando Acosta y Lara—Julio C. Barbot — Rafael Algorta Camuso — Rafael Quartino Herrera—Luis M. de Mula—Santín C. Rossi—Manuel Nieto Clavera—Abel Pérez Sánchez—Sebastián G. Martorell—Arturo Alvarez Mouliá—Martín Lasala Alvarez—Oscar Ferrando y Olaondo—Héctor A. Gerona—Andrés Pacheco—Juan C. Gómez Haedo—Abelardo Véscovi—Rodolfo Muñoz Oribe—Miguel Lasala—José Pedro Segundo—Alfredo Varzi—E. Muñoz Giménez.

Invitado, pues, á hablar en la *Plaza de Cagancha,* el doctor Zorrilla de San Martín improvisó un discurso ante una gran multitud allí congregada. Comenzó por dar lectura de algunos de los párrafos de la *Exhortación* de la Juventud.

Si es mi misión, agregó, la de hacer vibrar en las almas orientales, y en las de todos los que aman las glorias de esta Patria, el eco del Gran Combate, yo os invito, señores, á recordar la época ó el momento histórico en que se libró. Era el momento en que la Revolución de Mayo parecía languidecer y morir. Las expediciones auxiliares enviadas por la Junta de Buenos Aires, después de la deposición del virrey, hacia el Norte, desfallecieron; la de Belgrano al Paraguay, había sufrido su gran contraste en *Tacuarí;* la vencedora en *Suipacha* caminaba al desastre de *Huaqui;* el sol de Mayo daba destellos de desolación; moría la fe en las almas conturbadas de los próceres; la esperanza agonizaba....

Se oyó entonces, señores, la voz solemne de la batalla, de Artigas. Todo el antiguo virreinato miró anhelante hacia este lado del horizonte, y vió surgir de entre estas colinas orientales la Victoria, la divina Visión, que, despertando en el pueblo americano la conciencia de su vitalidad y de su fuerza, dió nuevo y definitivo resplandor al Sol de Mayo palideciente.

El orador traza el cuadro de la batalla en sus grandes líneas: las lluvias torrenciales que la precedieron é impedían la junción de los dos hermanos Artigas; la llegada de las caballerías de Manuel Francisco; la de las dos bizarras compañías de infantería con que concurrió Buenos Aires al éxito del combate; los hombres principales, futuros próceres de la Patria, que toman parte en él; el plan de la

batalla; su heroica ejecución; las grandes cargas de caballería, que estremecen las colinas en cuyos declives corre el arroyo de Las Piedras franjeado de bosque... la victoria, por fin.

Y, conducido por éste hacia las murallas de Montevideo, de donde ha jurado arriar el pabellón colonial, Artigas, el héroe sereno, pensativo; el vencedor humano y generoso que defiende personalmente á los rendidos, que envía á un sacerdote, á don Valentín Gómez, á recoger la espada de Posadas, el jefe enemigo prisionero, rindiendo así su tributo de respeto al leal caballero vencido, pero no deshonrado.

Fué aquello, señores, una gran mañana de la Patria; fué también una hora inicial de nuestra América. La sombra de Manuel Artigas, del otro Artigas, caído pocos días antes, muerto por la común independencia en el otro combate nuestro, en el de *San José,* debió asomarse al borde de una nube del poniente, al caer de aquella tarde del 18 de Mayo de 1811, á ver cómo florecía en una nueva y mayor victoria la sangre que él sembró el primero en nuestra tierra...

El orador termina dando consagrada para siempre la fecha de la *Batalla de Las Piedras,* y recogiendo las aclamaciones con que la multitud acoge sus palabras, para ofrecerlas, como el humo de los propicios holocaustos populares, al Genio de la Victoria que, hace cien años, puso su beso de fuego indeleble en la frente de la Patria recién nacida.

CUARTA CONFERENCIA PATRIÓTICA

Por la noche se realizó también en el Ateneo, la cuarta conferencia organizada por el Comité de la Juventud. El éxito de ésta no desmereció en lo más mínimo á las anteriores, realzándolo por el contrario la presencia en ella de la alta personalidad del doctor José Pedro Ramírez, uno de los primeros reivindicadores de Artigas, que se ofreció á abrir la velada con unas hermosas palabras. Además hablaron los doctores Joaquín Secco Illa y Santín Carlos Rossi. Clausuró la velada el bachiller Schinca.

Sólo nos ha sido posible obtener el discurso que va en seguida.

DISCURSO DEL DOCTOR SANTÍN CARLOS ROSSI

Señores:

Muchos han hecho ya, y otros harán todavía—en la prensa, en la tribuna, en el libro—la silueta histórica de Artigas: yo debo recoger

aquí una onda de esa vibración gigante que, bajo el numen superior de la justicia, agita toda la República en esta hora solemne de sanción y de apoteosis. Se diría que el alma inmensa del gran caudillo, tocando á gloria como hace cien años, vaga otra vez sobre la vieja Banda Oriental, poniendo un girón de noble entusiasmo en todos los hogares, inflamando de sagrado ardor todos los corazones, creando energías indominables y fanáticos votos de patriotismo, y haciendo grandes á todos los que la escuchan porque habla el lenguaje de la Libertad, y la Libertad es el verbo de todas las grandezas.

Verbo universal y eterno, que aparece inspirando á todos los selectos de la Humanidad en los momentos solemnes; aquel que sacrificó á Leónidas en el desfiladero de las Termópilas é hizo surgir á los Gracos de las cenizas de Mario; aquél que se estremeció de afán en el grito de Espartaco, y se estremeció de rabia en el puñal de Harmodio, y se estremeció de dolor en el gemido del último polaco; verbo sacrosanto y redentor, que santificó de heroísmo el crimen de Bruto y selló de inmortalidad los dramas de la Revolución francesa; verbo inmortal é irreductible, que resuena en todos los idiomas, que se trasmite á todas las generaciones, que hace germinar la rebelión en todos los oprimidos, que retempla en la lucha, y serena en la gloria, y fecunda en la muerte... verbo pródigo y creador, que después de haber bautizado la Democracia en la vieja Europa vino á encender uno de los fogones de la Revolución Americana, y á los resplandores del más querido de ellos dictó á un capitán de Blandengues aquel su grito gallardo: "yo quiero la independencia de mi tierra!"

Por eso, señores, porque advierto en este homenaje á la gloria de nuestro primer Jefe, un reflejo de esa alma universal y eterna que he evocado,—yo os pido que volvamos los ojos al pasado para saludar, no solamente una afortunada acción de guerra, sino el advenimiento meritísimo y sagrado de una patria, de una patria que será fatalmente grande porque tuvo por padrinos el alma de la Democracia y el genio de la República!

Aceptadme una imagen: es el 18 de Mayo de 1811.—Hay un lecho de dolor, salpicado de sangre, poblado de gemidos; pero, mirad bien, nadie muere allí: son los dolores de un parto, como en la imagen fuerte de San Pablo. Los gemidos son cubiertos por hurras de triunfo y sonidos de campanas; escuchad: no doblan á muerto, tocan alborozadas á gloria! Sobre el lecho hay un niño, en cuyo tierno organismo se adivina al atleta futuro; junto al lecho, un grupo de hombres

toscos y rudos, zahumados y ennegrecidos por la pólvora sus rostros, pero los ojos velados por lágrimas de alegría y de ternura. Sobre ellos se destaca un tipo varonil y fuerte, de recia musculatura, el más apuesto y gallardo, de mirada audaz y dominante, que avizora como un atalaya todos los horizontes, y luego se posa sobre el infante con una expresión hecha de amor y de piedad... Acaso no se le oculta la dificultad del porvenir que sueña para aquel niño, y tiende sobre él la cruz de su espada, como en un ademán de protección... Ya los habéis conocido: el niño es nuestra República naciente, y aquel soldado protector es su padre legítimo, don José Artigas.

¡Oh, las vicisitudes, los sacrificios, las angustias de la crianza!

En los diez primeros años de la vida de nuestro país—larga hora de prueba de su vitalidad—Artigas se aparece simbolizando el genio profético de nuestra raza: por la amplitud de su ensueño, por su carácter sin doblez, por su abnegación sin ejemplo, por su legalidad inconmovible y su fanático culto á la soberanía del pueblo, por su triple afán de trabajo, de progreso y de cultura, por su purísimo sentimentalismo, y hasta por esa misma huraña reserva, que los tiempos venideros confirmarían, á la amistad y la alianza de uno de los Gobiernos vecinos!

No invento, hago crónica. Las condiciones particularísimas de un discurso, venido después de otros, y singularmente después de libros incontrovertibles y perfectamente documentados, me autorizan á ser simplemente afirmativo. Pero yo quiero reforzar de hechos mis afirmaciones, y acaso no esté de más hacer desfilar de nuevo ante vuestros pensamientos algunos rasgos de aquella vida superior, ya que los libros redentores, (especialmente el más vasto y copioso de ellos —el del doctor Eduardo Acevedo)—no pueden ir desgraciadamente á manos de todos los orientales.

He evocado el sueño de Artigas... El es bello y luminoso, como la bóveda azul iluminada por el Sol, y como ella inmenso y protector: la Confederación de los pueblos libertados del antiguo Virreinato, teniendo por base la Libertad, y la República por forma de gobierno. Lo cristalizó decisivamente en aquel memorable Congreso de Peñarol, primera asamblea regular de diputados orientales. Se trataba de la incorporación del país naciente á la asamblea constituyente de Buenos Aires, y Artigas propone su pensamiento: "Será reconocida y garantida la confederación ofensiva y defensiva de esta Banda con el resto de las provincias unidas, renunciando cualquiera de ellas la subyugación á que se ha dado lugar por la

conducta del anterior gobierno. En consecuencia de dicha confederación, se dejará á esta Banda Oriental en la plena libertad que ha adquirido como provincia compuesta de pueblos libres; pero queda desde ahora sujeta á la constitución que emane y resulte del Soberano Congreso General de la Nación, y á sus disposiciones consiguientes, teniendo por base la libertad."

Artigas soñaba, pues, con una inmensa unión de pueblos,—quizá con Montevideo como cabeza ó corazón,—confederación que acaso en su mente se dibujaba como la acariciada entidad del porvenir, hermosa y colosal, fuerte por la unidad de miras, grande por la fusión de esfuerzos, firme por la majestad de sus leyes,—una entidad que atravesara el Uruguay y el Plata, enlazara á los pueblos de la otra Banda; atravesara la Cordillera milenaria para sacudir las alas del Cóndor; llegara más al centro y abrazara á los hermanos del Paraguay; lanzara, en los maravillosos bosques brasileños, el ¡Desperta ferro! de la Libertad, solicitara el lote de la legión de pueblos, que acaudillaba Bolívar; pasara más allá todavía, atravesara el istmo, levantara la adhesión y la simpatía de la tierra Azteca, y, transformada así en la matrona América Latina—depositaria y crisol de la noble Raza inmortal,—opulenta y rica, hercúleos los juveniles brazos y fecundo el vientre enorme, bañara su frente en las bocas mismas del Mississipí, y allí, erguida y perennemente de pie, alargara la mano á la Patria de Washington para vigilar el continente junto al águila prodigiosa!

No resultó así, y no sé si debemos entristecernos; pero no por eso deja de ser Artigas el fundador de hecho de la nacionalidad, porque —como lo dice el doctor Eduardo Acevedo en su libro magistral—él formó el espíritu de un pueblo que ya no podría vivir sin libertad.

Podéis imaginaros que un hombre así, con un mundo interior de maravilla, no podía poseer un espíritu vulgar. En efecto, no encontraréis en ningún biógrafo del gran caudillo—apologista ó detractor —uno solo que le niegue como virtud de su carácter la consecuencia desesperada á su ideal.

Recordemos dos anécdotas. Vigodet, gobernante español de Montevideo en 1812, intenta seducir al Jefe de los Orientales ofreciéndole hacerlo señor de la campaña si reconoce y acata su autoridad. Artigas recibe al comisionado con altivez, y escribe al margen de la nota devuelta: "Sirva para la vindicación del Jefe de los Orientales, que rechazó esto en las circunstancias más apuradas".—Pero dos años más tarde las circunstancias del jefe batallador serían más apura-

das todavía: descalificado y condenado á muerte por el Directorio de Buenos Aires, vencido su capitán Otorgués por una celada de Alvear; sin armas, sin ejército casi nuestro Artigas, solo con su sueño y con su pueblo,—el virrey de Lima le invita á unirse contra sus enemigos personales, sus perseguidores incansables. La ocasión era propicia para un alma chata, que obrara al impulso de sus pasiones personales, como pintan á Artigas los historiadores argentinos. Pero sigamos la respuesta del Protector: parece escrita sobre acero: "Han engañado á V. S. y ofendido mi carácter, cuando le han informado que yo defiendo á su rey... Yo no soy vendible, ni quiero más premio por mi empeño que ver libre á mi nación del poderío español; sólo cuando mis días terminen dejará mi brazo la espada que empuñó para defender á la Patria"...

Pero ¿á qué seguir recortando páginas de la Historia, si no he de decir más que una parte infinitesimal de las más brillantes? Para afirmar mis conceptos sobre esta figura patriarcal no tengo más que auscultar vuestros corazones, y traducir el consenso unánime de vuestra admiración á aquel soldado de una época brava, que dice al Congreso de Peñarol: "Mi autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana"; á aquel arbitrario y soberbio jefe que, cuando el Cabildo nombra á don Pedro Elizondo para ocupar un alto puesto y comunica á Artigas que no es adicto á su persona, da esta respuesta todavía no igualada por ningún Presidente constitucional: "Si halla V. S. en ese ciudadano las cualidades precisas para la administración de fondos públicos, es indiferente la adhesión á mi persona"; á aquel feroz domador de hombres de Purificación que repartía arados y semillas á sus prisioneros,—á aquel sombrío señor de hombres y haciendas que escribía á su madre política cartas sentidísimas, de un sentimentalismo y una melancolía infinitas, encargándole que vendiera todos sus bienes para atender la salud de su propia esposa herida de muerte!

Yo os juro, señores, que hasta en su retirada al Paraguay y en su ostracismo es grande, es admirable nuestro Artigas! Yo no puedo pensar en ese acto, en ese último acto de abnegación y de amargura, sin que un estremecimiento de respeto haga arrodillar mi alma... Es que allí aparece al desnudo y en su altísimo relieve el alma de Artigas, alma toda justicia, alma toda bondad, que se diera sin reservas á la República y á su pueblo, que vivió para su pueblo, que luchó para su pueblo, que lloró por él las derrotas y en el éxodo, pero al cual jamás abandonó hasta el día gris y mil veces desdichado



El pueblo y el ejército ante el Monumento secular

A ambos lados, los alumnos de la Escuela Militar; en el fondo, los Blandengues de Artigas. Aquí y allá, alternando, vense formadas tropas de los demás regimientos. Detrás y por el bajo se pierde abierto y limpio el camino del pueblo de Las Piedras.

en que el más fuerte de sus tenientes le infligiera la más grande de las derrotas... Como Jesús en la cruz, Artigas tragó su hiel, y años más tarde contaba á su hijo José María, en su albergue de la selva paraguaya, que "el dolor que le causaban los males de una guerra fratricida y prolongada por los infelices pueblos flagelados por ella tuvo tal poder en su corazón que lo decidió á abandonarlo todo"...

Hasta en eso es un símbolo nuestro viejo Padre! Para encontrarle un símil, debemos abandonar, por estéril, la plataforma de la Revolución Americana, pasar todavía el vasto escenario de la Revolución Francesa, mirar inútilmente todas las asambleas libertadoras; para encontrarle un símil, hay que remontar la cuesta de cuarenta siglos, asistir al pleito de las dos madres frente al trono de Salomón, escuchar la sentencia del rey sabio, y representarnos aquella madre legítima que, desgarrada de dolor el alma, prefería renunciar al hijo de sus entrañas antes que poseerlo en pedazos!

La labor del presente es honrar á ese hombre. El monumento más digno de su memoria no es ese oficial que se alzará en el campo de Las Piedras; no son tampoco estos otros, más espontáneos y populares, pero de ocasión al fin, en que una rememoración sonora y artística consigue aplausos al héroe: el monumento mejor que podamos ofrendarle á Artigas, y á todos los que con él y como él hicieron la historia, es uno más íntimo y perdurable, uno que tenga por pedestal el refugio del hogar y por estatua movible y llena de vida nuestra consagración al bien común... Ellos hicieron la patria: hagamos nosotros el pueblo! Por eso, si he sido feliz al provocaros la proximidad del Jefe de los Orientales, si he logrado traer á esta asamblea la figura subyugante y emotiva del gran héroe de la Revolución Americana, y os pude conmover á su favor, os ruego que prestéis coro íntimo y silencioso á una oración cívica.

Alma del Precursor, fuerte y serena, de estirpe combativa y patriarcal,—pues si supiste erguirte con altivez cuando la Libertad te exigió un tributo, supiste prodigarle amorosamente cuando el infortunio de tu pueblo te exigió piedad;

Vieja alma irreductible, que te ofreces perennemente á tu raza como una fuente plena de simbolismos,—con la energía inquebrantable de tus campañas militares, con el criterio amplísimo y civilista de las Instrucciones del año 13, y hasta con ese admirable, abnegado silencio de treinta años en tierra extraña:

Dadle inspiración á los orientales, en el centenario de tu primera acción libertadora, para que consagren tu obra de hacer patria—haciendo ciudadanos fuertes por la conciencia de sus derechos, rectos por el cumplimiento de sus deberes, nobles por el sacrificio de sus rencores;

Para que, aplicando á nuestro siglo tu lema sabio y fecundo, concedan más importancia á la ilustración que al valor;

Para que cultiven cuidadosamente su jardín interior, convenciéndose de que ningún pueblo se hará grande si no es por la suma de las grandezas aisladas de cada uno de sus habitantes:

Y para que aspiren á sobresalir, más que por brillantes posiciones sociales, por personalísimas cualidades de cultura, que les permitan hundir sus plantas en la tierra y bañar la frente en el Ideal...

He nombrado al Ideal, señores... ¿Hay nada más amorfo ni más indefinible? Bacon gustó simbolizarlo en un viajero, eterno trashumante de todos los climas, que desde los principios de la Humanidad partió hacia una montaña desde cuya cima se domina el misterio de la vida y de la muerte. Se encienden las auroras, se hunden los soles, tiemblan las estrellas, y el errante peregrino ve cada día más lejos la soñada meta. Es que esa cima artificial es el fruto de la inteligencia del hombre, y la fecundidad del pensamiento humano por suerte no se ha agotado todavía. Pero alguna vez que el caminante, fatigado y sediento, intenta desandar lo hecho para descansar en el fértil valle, mira con asombro que el camino recorrido es enorme, y que para volver á él fuera preciso un esfuerzo quizá más grande todavía.. Entonces emprende otra jornada, lleno de nuevos bríos y de nueva fe, saludando á las aves que vuelan como él, y como ellas tiene cantos de alegría, porque en cada jalón hace una conquista!

Pues bien, yo quiero aplicar este símbolo á mi pueblo.

Yo quisiera que en ese memorable campo de Las Piedras, punto de partida de la República, se levantara una torre altísima, que se perdiera en las nubes, y llevara en lo más alto una campana en perpetuo resonar, cuyo badajo, movido por la gloria de Artigas y prestigiado por la autoridad de los siglos, fuera una eterna advertencia á nuestro pueblo de que al partir, como el viajero de Bacon, rumbo á la cumbre que está cada vez más alta, ha contraído el solemne compromiso de ir dejando, como el viajero de Bacon, el valle cada vez más lejos!

Y ahora, de frente al porvenir! Yo no puedo abandonar esta tribuna, que he ocupado bajo la advocación de una selectísima juventud, sin manifestaros cuánto es mi optimismo del momento. En estas asambleas, donde el culto de la Patria y del pueblo hace fermentar tan generosos entusiasmos, yo siento renacer el viejo apostolado de la esperanza.

La juventud... El porvenir... La obra... nuestra obra pequeña y cotidiana! Yo quisiera contagiaros mi amor por estas cosas...

Acompañadme á consagrar un voto. Dicen los filósofos que nunca el sentimiento humano raya tanto en lo sublime, nunca, ni en el amor romántico y apasionado á la primera novia, ni en el tierno y afectuoso á la digna compañera, nunca, ni en el noble y sacrosanto á la dulce madre, como cuando el hombre es padre: el amor á los hijos, señores, está en la cumbre del sentimiento.

¿No adivináis el voto que os imploro? Vamos á emitirlo, amplio y solemne, para que todas las generaciones del presente, todas las que se miran melancólicas en el ocaso, las fuertes y robustas del mediodía y las inquietas del amanecer, todas, sin desoir la voz del pasado ni las solicitaciones del presente, consagren las mejores, las más sanas energías á la preparación del porvenir!

Yo tengo la alucinación de nuestro porvenir! Miradla: son dos conos opuestos por el vértice, que se buscan, y se juntan! El primero, glorioso y polvoriento al principio, agobia luego en convergencia sus líneas con revueltas inorgánicas, leyes caóticas, impulsos aciagos y odios en derrota: el otro, que sacude la herencia difícil y mira eternamente el sol, luce en sus líneas divergentes montes abiertos al pico y al hacha, ejércitos sudorosos luchando con el surco fecundo, leyes sabias y humanas que aseguran la victoria del esfuerzo, amores y alegrías de un pueblo respetuoso á la ley, que obedece por su justicia, no por temor;—todo en esas líneas canta la epopeya del trabajo—y de la fecundidad, y del amor: las colinas verdegueantes, los sembrados en flor, los talleres en perpetua convulsión.... Es un pueblo que triunfa, y se ensancha, y anda, anda, siempre desbordante de salud y de vida: ¿no os he dicho que mira eternamente al sol?

CONFERENCIA ESTUDIANTIL

Sábado 29 de Mayo de 1911

Los estudiantes de Historia Americana y Nacional de la Sección de Preparatorios no quisieron dejar sin un homenaje especial el día de Las Piedras y resolvieron organizar una conferencia. Esta se realizó en los salones del Ateneo y fué todo un éxito juvenil y atrayente.

Fueron encargados de hacer el elogio del Héroe los estudiantes Justino Menéndez, Benjamín Pereira (hijo) y Eduardo de Salterain. Es verdaderamene lamentable que los dos primeros no hayan conservado sus respectivos trabajos, razón por la cual sólo nos es posible ofrecer el del último.

DISCURSO DEL SEÑOR EDUARDO DE SALTERAIN

Señores:

Extraviado en un bosque inmenso, durante la noche, no tengo más que una débil luz para guiarme. Aparece un desconocido que me dice: "Apaga tu luz, para encontrar con más facilidad, tu camino". Este desconocido, es el patriotismo.

. . . .

Cuando el destino se digna escoger entre la multitud los varones preclaros que han de servir para cambiar la faz de los pueblos, les comunica, á la vez, el poder material y el poder inteligente de la humanidad, presentándolos, á raros intervalos, en la escena del mundo y en circunstancias que al efecto prepara, para la elevación de las sociedades existentes.

Los hombres extraordinarios, son como la montaña, y su sombra nos parece tanto más grande, cuanto más se alejan de nuestra vista, tanto más grande cuanto más aislados parecen en los confines del horizonte. Pero, esforcémonos en prescindir de esta ilusión de óptica falaz, y consideremos á Artigas, como los sabios de la posteridad.

Mas el propio entusiasmo me cohibe; la incapacidad ante la obra grande, genial, se demuestra por el silencio, triste, turbado por las melodías de los soliloquios, que perpetúan las excelsas grandezas. Las tortuosidades de la selva, son los diapasones que perfectamente interpretan, el murmullo de la naturaleza reunida.

Hablar sobre Artigas, es llegar al borde del abismo, donde se apodera el vértigo; el vértigo que significa la insuficiencia y que traduce la incapacidad. Los hombres como él, tienen el fallo del silencio, que es el acicate que redime á la posteridad, ante el epitafio sublime de su sepulcro, que más que un epitafio, parece una lluvia de flores, derramadas por las manos de un pueblo. La muerte de Artigas, más que á un final humano, se asemeja al estallido de una lira; la palabra es incapaz de recorrer la gama de esa explosión de sonidos.

Los ideales artiguistas, por todos vosotros son conocidos; el homenaje del recuerdo, consuela el espíritu con el veredicto de la justicia histórica.

Se ha admirado poco, á nuestro Precursor, cuya memoria deberá ser eternamente glorificada, en los talleres y en las cabañas, y cuyo nombre se confunde en mi imaginación, con todas las prosperidades y esperanzas de la Patria mía. Si el orgullo de "Las Piedras" llena de embriaguez mi corazón; si los rayos de su gloria han fascinado mis miradas juveniles, desde el momento en que se inundó mi alma de pura luz, ¡oh libertad de Artigas! á tí sola he seguido, y jamás se borrará de mi memoria el recuerdo de tu imagen santa, —porque no se puede servir, sino con desinterés,—porque no se puede amar, sino con furor,—y porque formas el primer latido del adolescente, cuyo corazón inflamas.

Artigas, con la fe del creyente, enamorado de un ideal, estampó en el altar sacrosanto de la Patria Uruguaya, el ósculo sagrado, puro y ardiente de la libertad, del amor, de la igualdad.

Y hoy, llegado el momento, en que la sombra del prócer surge de los abismos, como el personaje legendario de Shakespeare, llena el ambiente, como el perfume de Cervantes en el Convento de las Trinitarias, puebla el espacio, como la imagen de Napoleón en los Inválidos,—hoy, pues, es menester fundir en el potente crisol de la cultura y de la grandeza de los pueblos, los ideales colectivos del viejo luchador, los ideales de unión entre los uruguayos, aspiraciones que conducen á la juventud, sin diferenciación de clases, ni de tradiciones, por los derroteros que llegan á horizontes vastísimos, sin límites, inundados de mil aéreas visiones que la fantasía descubre, y que reflejan en las frecuentes cuestas enmarañadas de la historia, algún destello de la sublime grandeza, de la superioridad infinita.

Y aquí quedan las ambiciones de Artigas, para levantar el espíritu en los desalientos, la justicia sobre las pasiones, la virtud en

medio de los errores, la libertad á despecho de los que la reniegan, y la Patria, grande y unida, tal como él la anheló, tal como únicamente debe concebirse.

Pero, la posteridad, que es hidalguía, sabe ser noble; ella que es corazón, sabe latir; ella que aspira, sabe ascender hasta la cima, donde la atmósfera es pura y diáfana, sin brumas y sin nublados.

¿Por qué la desdicha de Artigas en el Paraguay no ha tenido nunca ni pintor ni poeta? Pero, ¿puede pintarse, puede cantarse? No, la naturaleza de los dolores que engendra, se opone al análisis y á los colores del Arte. Además, los tormentos de sus días aciagos, jamás los confió para buscar consuelo; hay que adivinarlos, porque aunque religiosamente sentidos, han sido en su alma, como una de esas avalanchas que allanan cuanto encuentran á su paso, antes de detenerse en el fondo del valle.

Los pueblos tienen sus crisis, como sus inviernos las montañas. Una palabra pronunciada en tono fuerte, causa á veces un alud. Por eso, ante el dilema patriótico de Artigas, el gobierno argentino fulmina con sentencia arbitraria los caracteres del hombre, á quien se le niega influencia sobre su época. Se negó, porque fué superior á ella, porque traspasó en muchos años, los días cruentos de su existencia. Las cabezas, como la de Artigas puestas á precio, son el punto de intersección de todas las facultades humanas.

. . . .

El sol, que á todos alumbra, muchas veces se oculta y vela, oscurecido por los espectros grises de esos viajeros errantes, que vagan por los espacios, enlutando la atmósfera con celajes tristes. ¡En cuántas ocasiones se oculta á nuestras miradas!

Pero hoy de nuevo brilla, para volver á iluminar las cumbres, las laderas y las llanuras. Es la aurora que señala el triunfo en los campos de "Las Piedras", para ensanchar los horizontes, y levantar el espíritu en el espectáculo de su esplendor. Ante el goce inefable de esa contemplación, el alma humana se extasía, admirando las tonalidades del ambiente y los entusiasmos del heroísmo.

Ojalá que la clarinada triunfante del fundador de la democracia sudamericana suene al unísono con los goces de las generaciones venideras, para que el tono de su melodía se repita, y retumbe con el eco de las bóvedas del santuario.

¡Loor á Artigas!

Plácemes á la juventud uruguaya, que en lugar de languidecer, robustece el entusiasmo por la gloria, y mirando adelante, siempre

adelante, allí donde la obsesión del escéptico no alcanza, acaricia la visión del porvenir, rindiendo caluroso homenaje al pasado heroico.

He dicho.

LA GRAN MANIFESTACIÓN DEL ATENEO

21 de Mayo de 1911

El *Ateneo*, después de prestar asiduamente su local para las conferencias patrióticas, quiso todavía contribuir en una forma más activa y ostensible á la conmemoración general. Con ese objeto, proyectó una gran manifestación popular á la cual se convocó para el domingo de la semana secular al pueblo todo de Montevideo, sin distinción de clases, nacionalidades ni creencias. El doctor Pablo De-María fué el encargado de redactar la convocatoria. El acto resultó una verdadera apoteosis, no recordándose en el Uruguay manifestación de ningún género que adquiriese proporciones más grandiosas. La columna cívica se extendía en un espacio mayor de doce á catorce cuadras. Fué un extraordinario homenaje. Al iniciarse la partida de la columna, tocó al doctor Abel J. Pérez dirigir la palabra á la multitud, desde uno de los balcones del Ateneo, institución á la que el orador representaba. Al disolverse en la Plaza Constitución hablaron los señores Julio M. Sosa, en nombre del Comité Central del Centenario, y el señor Guzmán Papini por el Comité de la Juventud.

He aquí los discursos:

DISCURSO DEL DOCTOR ABEL J. PÉREZ

Señores:

Aun perdida en las lejanías de la Historia, vive perdurablemente en nuestra memoria, aquella noche solitaria y silenciosa del prócer, que envolvió con sus sombras piadosas las amargas melancolías del proscripto.

Era en la selva guaranítica exuberante y bravía, espesa y fragante, como un sueño tropical, que Artigas había buscado un asilo para su

corazón dolorido y su atormentado pensamiento: el león altivo y soberano descansaba después del combate fecundo, del esfuerzo giganteo!

Allí, acariciado por las brisas perfumadas y por las armonías de los umbríos follajes, estaba solo, alejado de los hombres y de los pueblos, bajo la bóveda libre, como su alma, de un cielo intensamente azul á que presta, en el día, tonalidades deslumbrantes el cálido sol, y en la noche, mensajes misteriosos las estrellas luminosas.

La agreste grandeza de aquel sitio, formaba el escenario propio para esos eternos é íntimos diálogos con la conciencia, en que el hombre, y ante todo, el héroe, se contempla á sí mismo, se estudia, pesa ó mide sus propios actos y formula los juicios justos y severos de su acción pasada.

Desconocido ó calumniado, envidiado ó temido, destrozado, perseguido, debió abandonar el nativo suelo y buscar aquella soledad grandiosa, para devolver á su pensamiento la excelsa amplitud de sus vuelos, la paz á su alma lacerada, la serenidad á su juicio, el vigor á su conciencia soberana.

Él había sido primero el soldado del orden y de la justicia, fué después el protector de los humildes y el defensor sereno de la igualdad; cuando se planteó el problema de la emancipación, fué el adalid invulnerable de la independencia sin reatos ni apostasías, y cuando la existencia de los nuevos pueblos reclamó la atención de los estadistas para formular sus constituciones y sus leyes, él fué el primero y el único que tuvo la alta, clara y completa visión del porvenir, dando la forma institucional más científica y más pura para las nuevas nacionalidades, en la que sintetizó los principios de la más amplia y elevada ciencia política, que á través del tiempo y de la historia, demuestran hoy con los estruendosos triunfos de su aplicación tangible, la excelsa serenidad de su juicio y la suprema previsión de su pensamiento genial.

Identificado con un ideal que se alzaba sobre su época y sus contemporáneos, fué siempre el soldado caballeresco de la abnegación y de la libertad, y consagrado á sus principios, adorador entusiasta de la dignidad humana, fué, dentro de su justicia impecable, soberbiamente altivo con los poderosos, suave y compasivo con los débiles y los infortunados.

Cuando la posesión de la tierra recientemente conquistada despertaba en torno suyo ambiciones desenfrenadas, él, solo él, desdeñó las recompensas y la fortuna, aumentando sus energías y sus abnegaciones, á medida que se hacía más penosa su cruzada; cuando los

apetitos insaciables de mando, nublaban todas las conciencias y oscurecían las inteligencias más claras, él, solo él, se sustrajo á las influencias malsanas, porque su alma refractaria á las ambiciones mezquinas, buscaba en su apostolado algo más grande que el encumbramiento de su propia personalidad, y ese algo, era el triunfo de los principios republicanos.

Admira ese desinterés invariable del caudillo genial en el cuadro proteico de la emancipación sudamericana, porque no se ve en su personalidad descollante, ni un solo rastro fugitivo de esas ambiciones avasalladoras que parecen constituir la característica más visible de la especie humana; pero admira más aun, cuando se penetra en el alma del prócer, ese respeto santo á las libertades populares, ese culto invariable á los más fecundos principios en que reposa la verdad republicana. Y es que Artigas en las múltiples fases de su actividad, había vigorizado su cuerpo y engrandecido su alma en su existencia libre en la pradera dilatada, sin barreras que detuvieran su marcha, ni obstáculos que velaran su horizonte, y en ese íntimo contacto con la Naturaleza, su alma selecta se identificó con el único sistema de gobierno en que la libertad es realmente posible; y fué un demócrata sincero, convencido, demócrata por temperamento, por sus propósitos, por sus ideales y por su fervoroso culto de la igualdad que abre á todos los que quieren y pueden volar, un espacio libre, sin límites, infinito como la inteligencia y la voluntad.

Aquel prócer de las grandes abnegaciones que entregó su ser íntegro á sus convicciones arraigadas y á sus aspiraciones generosas, era un alma templada para las luchas heroicas, pues en sus combates de cada día, no sólo tuvo que combatir los obstáculos de todo orden que se le oponían para detener su marcha, sino que al fin vencido, pero no dominado, como el sublime titán de la leyenda, su obra debió ser vivificada por el martirio para vigorizarse y triunfar de la tradición infamante que la agobiaba.

Pero un día aquella nube sombría se desgarró mostrando un girón de cielo azul; fué primero una tenue claridad de aurora trémula y vacilante, más tarde la mañana luminosa bañó con su luz las altas cumbres, luego la ladera y el escondido valle, después fué un desborde de claridades avasalladoras é incontrastables en la explosión gloriosa del nuevo día.

Nada hay más sano y más bello que estos fallos estimulantes y justicieros de la Historia; cuanto más calumniado y perseguido, más grande resulta el héroe cuya gloriosa memoria se reivindica, más alto su pedestal, más pura y firme su gloria.

Ha sonado ha tiempo ya la hora de las grandes reparaciones, pero faltaba aún ese veredicto popular que representa á la distancia en el tiempo, la suprema consagración de los grandes hombres, y vosotros vais á pronunciar ese veredicto.

Id! Sois la ola arrolladora, incontrastable, que arrastra en su empuje la fórmula indiscutible de las grandes reparaciones históricas: representáis el símbolo vibrante, el fruto feliz de aquel ensueño del proscripto; sois una Patria libre, próspera y culta, como él la soñó; sois la solución de un problema planteado entre la realidad de un vasallaje y la promesa de una libertad serena y grande; sois el triunfo soñado de la igualdad racional, la apoteosis gloriosa del prócer en la realización luminosa y fecunda de la democracia sudamericana.

DISCURSO DEL SEÑOR JULIO MARÍA SOSA

Hay momentos, señores, en que la palabra—este maravilloso don de los hombres que pone nuestras inteligencias y nuestras voluntades en contacto—resulta insuficiente para expresar, para infundir vida exterior á las emociones que vibran, incoercibles y dominadoras, en la intimidad sentimental del corazón. Y acaso este es uno de esos momentos, porque yo no sabría deciros nada que no fuera inferior á lo que vosotros sentís, honda y solidariamente, en presencia de la celebración centenaria de la gloria artiguista, que es la gloria sin divisa de todos los orientales. Sois un pueblo que sin deteneros en vuestra jornada hacia el porvenir, sin dejar de mirar de frente al sol que ilumina el camino hacia adelante, sabéis evocar el pasado, sin desmedro, en la propia grandeza de vuestro soñado destino. Porque así son los pueblos que no necesitan olvidar para aprender, que arraigan, caracterizan y perfeccionan la raza sin echar en olvido á los que la crearon en su modalidad fundamental á través de la historia. Pueblos viriles y fuertes son los que tienen la tradición del tiempo y de los hombres incorporada al culto de su amor y su recuerdo. El futuro no es la negación del pasado, es su consecuencia: es el resultado del esfuerzo constructivo de las generaciones, condición original de su estabilidad, de su desarrollo y de su éxito. A nadie se le ocurriría negar á los padres el derecho de vivir eternamente en la memoria de los hijos. La vida de éstos es la prolongación triunfal, á través de la muerte, de la vida de aquéllos. Y así son los pueblos, que no mueren, porque desde un extremo á otro de su edad la vida es una sola, aunque los hombres se desplomen dentro de las tumbas entreabiertas á lo

largo del surco que se ahonda y se ensancha, sin embargo, para florecer en una incesante y magnífica eclosión de sus virtudes progresivas, inmortales.

Por eso, señores, yo sé que vosotros no olvidáis; por eso vosotros os habéis dado cita en esta ciudad natal de Artigas—privilegiada por la Naturaleza y por la Gloria—para traducir en un homenaje ostensible vuestro holocausto rememorador. Si nosotros olvidáramos á Artigas, se habría roto para siempre la pila bautismal en que, una divina unción, al abrir los ojos á la claridad auroral de nuestro cielo, nos consagra orientales: seríamos unos advenedizos aún dentro de los lindes retaceados del terruño en que nacimos. No habrá fundado la patria de esta actualidad llena de sol, ese prócer de América; pero creó, sin duda, el sentimiento singularísimo y potente, la intuición soñadora del hogar oriental. Podríamos llamarnos artiguistas sin blasfemar de la historia, porque nadie, como Artigas, personificó en una época todo el amor y toda la fuerza de nuestra vieja y puntillosa autonomía. Nadie, como él, supo infundir en el espíritu criollo la maravillosa adaptación á la libertad; nadie, como él, supo concretar las incoherencias instintivas de las almas libres en la unidad moral de una raza que en nosotros sobrevive victoriosa; nadie, como él, supo transformar nuestra provincia menospreciada y combatida por la rivalidad de los extraños, en una entidad capaz, por su altivez y sus ideas motrices, de imponer á los más vanidosos por su poder ó por su suerte, aún en trémulas horas de agostamiento y de derrota, las leyes constitucionales de su organización definitiva; nadie, como él, supo sufrir tanto, supo arrostrar tantas adversidades conjuradas sobre su vidente y blonda cabeza de apóstol, para ser fiel, hasta el sacrificio, á sus conceptos fundamentales de gobierno, y para ser fiel, hasta la abnegación, á sus postulados pujantes de redimido; nadie, como él, ha triunfado á despecho de todo, en su propia obra, que es la gesta fecunda de la independencia y de la democracia plasmadas en cuatro nacionalidades constituídas hoy bajo el auspicio histórico de su fe patricia; nadie, como él, forjó obra semejante con más bello altruismo, con impersonalidad mayor á la suya, que si supo ser héroe—aureolada su frente de robles y laureles—en las épicas aventuras de las batallas á través del hemisferio atlántico, supo ser mártir—ceñida su alma por nostalgias infinitas—en una proscripción que parece una leyenda de sencillez y de estoicismo, evocadora del rasgo más extraordinario de su vida, el de su desinterés definitivo, en medio de las angustias de la miseria y de los quebrantos de la

edad—frente al éxito que lo llamaba desde lo más alto de la meseta clásica de sus ensoñaciones generosas, poemizada por Fajardo, por Zorrilla y por Herrera, en un ritmo de versos y colores, para ofrendarle al Vencedor el digno "pedestal de su grandeza"; nadie, como él, en resumen, asoció más íntima, más armónica y más intensamente en su personalidad compleja y vasta de libertador, de estadista y de caudillo, dentro del ambiente geográfico y moral de su escenario histórico, los atributos geniales del precursor que atraviesa los sucesos y las épocas, en un vuelo de águila del pensamiento para llegar hasta el Destino!

Artigas, sin embargo, después de una centuria, no tiene todavía la estatua que corporice la epopeya de su nombre, identificada á la epopeya americana de 1810. Porque debemos decirlo, señores, sin amenguar por eso los méritos ajenos: la Revolución de Mayo no ha sido todavía rememorada en la realidad integral de la justicia histórica porque falta todavía la rememoración de Artigas, que es, á despecho de todos los prejuicios lugareños, la más alta cumbre moral de su democracia triunfante. La Revolución de Mayo, más que un patrimonio local y privativo, es el resultado y el epítome del esfuerzo continental que la hizo viable y definitiva; y á la par de Saavedra, de San Martín, de O'Higgins y hasta de Bolívar, está nuestro Artigas, de pie ante la posteridad, que no ha puesto aún gradas de mármol á su ascensión estatuaria porque le reserva á nuestro pueblo—al pueblo de las predilecciones íntimas del prócer, al emigrado del Ayuí y al vencido de Tacuarembó—el orgullo, el insuperable orgullo de vaciar toda su alma en el troquel donde se acuñe el perfil caudal del más calumniado, por ser el más grande, de los precursores de América!

No importa la demora centenaria de esa solemnización monumental cuando todo un pueblo la reemplaza, como sucede ahora, con sus almas alzadas al cielo en una oración de amor. ¿Acaso no existe, efectivamente, en el corazón de cada uno de vosotros, que integráis la posteridad de Artigas, un culto sentimentalmente más vivo que un relieve de mármol, patrióticamente más intenso que una silueta de bronce, moralmente tan representativo como la física cristalización de una estatua? Las mediocridades afortunadas reclaman la urgencia del monumento, como las piedras falsas la fugacidad de la visual, porque no resisten la intemperie de las críticas y de los años que desgastan la pátina de industria de la simulación. Pero los hombres superiores, los que se tallan en la verdad diamantina del carácter ó del genio, esos son más fuertes que el tiempo, son más fuertes que la muerte porque

la sobreviven en su obra y pueden esperar, sin impaciencias, que la justicia histórica altarice su memoria en el monolito más hondo de la cantera virgen, en el último, el más potente de todos, que ha de estremecerse al choque del cincel, transmutado por el Arte en una salmodia á la vida!

Y esto ocurre con Artigas, con nuestro bueno y patriarcal Artigas. No nos hagamos el reproche de haberlo olvidado cuando, precisamente, llega esta ocasión patriótica en que nos reunimos, bajo la influencia de su recuerdo para venerarle y quererle en clamorosa solidaridad nacional. En estos días, dedicados por la ley y por el sentimiento público, á la conmemoración centenaria de la primera victoria artiguista, todos debemos replegarnos en la tradición del héroe,—todos debemos, como los creyentes en sus templos, arrodillar el corazón en nuestros hogares cívicos, para rezarle el credo sin falsías de nuestra devoción filial... Nuestro único anhelo, nuestro único empeño debe ser en estos días—vestidos con todas las galas blancas y azules de la Patria, con toda la alegría de aquel mismo sol detenido en la "Calera de las Huérfanas" para alumbrar el camino hasta Las Piedras—rememorar y honrar á Artigas sobre todas las cosas, porque sobre todas las cosas, para los pueblos capaces de sentir, está la justicia del tributo á sus padres. Sintamos mucho á Artigas en esta fecha inicial del vasto centenario de su tiempo; sintámoslo como fué—soldado, pensador, visionario, constituyente, maestro de magnanimidad y de energía, cerebración y músculo, invulnerable, como el paladín de Homero, envuelto en su niñez en la piel de león de Nemea, á las inmensas injusticias que gravitaron sobre la huella de su paso á la inmortalidad; y sobre todo, sintámoslo como es, además, para nosotros: anterior y superior á nuestras anarquías y á nuestras lágrimas, á nuestros errores y á nuestras faltas; único con derecho indiscutible á la culminal apoteosis en el amor de todos!

Vayamos á Las Piedras, en peregrinaje patriótico, á sentirle y amarle en su viejo y augural escenario de pelea,—allá donde parece escucharse todavía—traído y llevado por el viento de tormenta,—el eco formidable de las voces de carga, de los gritos de libertad, de las cadenas al quebrarse, de las rachas de fuego en que ardían las almas viriles de una raza naciente; allá donde todavía parece asomar, por las cuatro balconadas del horizonte, la mirada angustiosa de los demás pueblos revolucionarios de Mayo, fija en la brega robusta del esfuerzo oriental, de que dependía, en esa hora solemne, la suerte de la causa común, por todos lados amenazada ó vencida;—allá donde apenas

velada por el humo de las salvas y por el centelleo de los aceros en faena de sangre, la figura de Artigas nace á la vida de la historia, iniciándose aquella soberbia parábola de su carrera que termina en el rancho lleno de melancolía del exilado de Curuguatí, después de haber consolidado el sentimiento de la libertad en todas partes, después de haber creado la fuerza moral de una estirpe democrática, después de haber soñado las fronteras más amplias para su heredad nativa, después de haber sido derrotado, traicionado y calumniado por defender la causa de la Independencia y de la República en el Río de la Plata, frente á todos los despotismos y cobardías, de adentro y de afuera, en Las Piedras, en Guayabos y en Corumbé—con una lealtad, con una rigidez de pensamiento y de carácter capaz de todas las abnegaciones, desde las que hacen héroes hasta las que hacen mártires!

Señores: ¡Viva la Patria! ¡Viva Artigas!

DISCURSO DEL SEÑOR GUZMÁN PAPINI

Señores:

Es el Comité de la Juventud pro Centenario de Las Piedras el que me ha designado para que os hable en nombre de su patriótica emoción. Y aunque ésta es inmensa, mi arenga será breve, sin que ello importe una infidelidad á la grandeza de la misión confiada, por cuanto es creencia mía que la oratoria de las calles no debe perturbar con prolongamientos verbales del decir, con derramamientos niagarescos de cascadas de la idea, la unción—toda alma, toda recuerdo,—de las multitudes en éxtasis ante la visión de sus héroes predilectos. En un acto como éste, ante esta procesión de un siglo, ante la resurrección, en una hora, de un siglo redentor que pasa centáurico, epopéyico, ante mis ojos y los ojos vuestros; frente á esta multitud que mira hacia el Cerrito, como hacia la colina religiosa donde algún día se elevará la estatua conmemorativa del Héroe Mayor de la República, deseo tener la brevedad de los grandes fogonazos de la frase, la rapidez cálida de las grandes explosiones del sentimiento enardecido. ¡Esta es hora de sentir; no es hora de pensar! En este momento están de más las tribunas convertidas en cátedras nacionales. A Artigas se le siente; no se le explica! A Artigas debe amarlo su pueblo con la sencillez espontánea con que se ama á los padres... Hay dos madres que nos enseñaron á amarlo: la que en el hogar, desde una ventana



Ante el monumento

LA FORMACIÓN MILITAR TOMADA POR EL FLANCO

El obelisco se alza hacia la izquierda del grabado; por ese lado rinden honores las banderas y piquetes de todas las unidades tácticas de la República. Preferentemente aparecen en la fotografía los alumnos de la Escuela Militar y Naval.

abierta al sol, cuando niños, nos hizo descubrir por primera vez ante una bandera blanca y celeste; y la otra, la Patria, la que nos enseñó quién era Artigas en la bravazón de su himno y en la gloria inmortal de sus leyendas! Bien hacéis en conmemorar al Consagrado, porque como ya lo he dicho:

¡Él fué un Germinador! ¡Fué la Simiente!
Con sagrada preñez preñó las almas;
Las almas maternales, las que fueron
Como surcos ó nidos ó crisálidas.
Aquellas almas de la plebe heroica,
Las de rústico olor á selva patria...
El irradiaba aureolas á las frentes
Y hasta un polvo de auroras levantaba...
Él fué como el barquero de un ensueño
Que hizo un mar de banderas á su barca.
Él fué como el barquero que á su proa
La hizo remolcar por la esperanza:
¡Y cuando diluvió la sangre criolla,
Él á su pueblo lo salvó en su barca!

Bella hermandad! la juventud jubilosa y vibrante como un clarín en una fiesta nacional, diáfana y fresca, como la naciente más límpida del gran río del Futuro; y el pueblo, el vigoroso pueblo, con una majestad severa, comparable á la de esos robles añosos, que saben del hachazo de los relámpagos pasados y saben de los instantes en que los aclaró el rocío como con una aureola madrugadora. Es que hoy el país tiene un solo cauce; su elemento humano va por un riel unánime: el homenaje á su acerado Blandengue, á su Primer General, al lucero del alba de la Patria; al que recogió con melancólico y profético heroísmo la ola del llanto que lloraba el país esclavo; la piloteó con mano auroral; le dió encrespamientos con reventazones de claridad y como con músicas de dianas; y, así, izada con ímpetu, incorporada en el propio dolor y en la propia fulguración de ella por el soplo rebelde que le imprimiera. Él, la convirtió en bofetadas de mar contra los murallones del Poder Extranjero; ola de llanto, señores, que, como el agua al toque de la luz prismática se deshace en colores de Iris, al ser rayada por el sol de Mayo soltó los primeros colores del Iris de la gloria nacional, soltó el blanco y el rojo y el azul de la bandera tricolor de Artigas!...

El blanco y el azul: colores de cumbre y de firmamento. ¡El Héroe, pues, se embanderó de cielo y de montaña!

En la Leyenda de los Siglos, en esa inmensa olimpiada del genio de Víctor Hugo, faltó una página en dedicación á este siglo americano, cuya hora final hoy conmemoramos en un epílogo de recuerdos y esperanzas; faltó la enorme epopeya, donde los caballeros de la homérica centuria debieron desfilar entre los penachos líricos y los clarines de oro de los versos del poeta, como héroes apoteósicos seguidos de cortejos de hierro y luz: faltó la página de la Revolución del Sud, que fué la Hermana Menor de la Revolución Francesa, porque si ésta emancipó á la Humanidad, aquélla emancipó á todo un continente: faltó la loa, la radiante salutación al siglo que en sus episodios redentores, presentó á San Martín, como el primer Cristo de los Andes, de pie sobre las montañas, tras un escalo colosal, rellenando de patrias nuevas los abismos de la vasta cordillera y despertando al vuelo y á la lucha, á la acción de las alas y la acción de las garras, los cóndores indígenas que en sus pupilas centenarias aún conservaban la visión incásica del martirio de Atahualpa; faltó la página consagrada á Belgrano que, como el primer hachero de la rebelión sagrada entró á las selvas paraguayas para buscar en ellas las maderas con que decían hacerse las cruces para el calvario de los tiranos, y los mástiles para la bandera argentina que él creó; para la bandera de aquel general que era un soñador, que era un poeta, que en un pareado de la gloria rimó el blanco y el azul de la bandera argentina: sí, señores, en la Leyenda de los Siglos, faltó la página de este siglo que hoy conmemoramos, de este siglo que á Miranda lo convirtió en un adalid de romance; á Bolívar en un peregrino de la democracia; y á José Gervasio Artigas, al Padre Nuestro, en el Patriarca del Éxodo, en el Centauro de Las Piedras, en el águila de la Meseta, y en el Sacrosanto Gaucho, que, con su poncho criollo convertido en épico pañal, envolvió, como padre y como protector, á un pueblo recién nacido á la vida de su conciencia nacional...

Me parece oir una voz superior, un mandato magnífico, acaso, señores, la voz de Artigas, que dice: ¡Sea la apoteosis completa! Recordad, glorificad también el valor humilde; ¡los gauchos de la materna epopeya! ¡Ellos fueron conmigo al Éxodo, como por una calle de la Amargura; ellos, los gauchos, allá, en la meseta, fueron mis "aiglons", mis aguiluchos invictos; ellos en la Batalla de Las Piedras dieron al viento sus melenas de Blandengues como banderas plebeyas de la democracia americana; ellos en el Cerrito formaron como un

nubarrón sagrado donde cada alma era como una tormenta y donde cada corvo era como un rayo fulminador; y ellos, los gauchos míos, para quienes os pido un minuto de homenaje, me dieron su sangre para que con esa sangre pintara la roja diagonal de la primer bandera de la Patria.

¡Rindamos ese homenaje! Y entonces esta Metrópoli, tan ubérrima y sana, tan sonora de talleres y tan aclarada de pensamiento; esta Metrópoli, que fué sencilla é infantil, que fué una aldea ingenua en la época de su ilustre Protector; esta ciudad podrá sentirse satisfecha en el sereno convencimiento de que el recuerdo nacional no maculó de olvido la impecabilidad de su justicia incorruptible. Y entonces... pero ¡no!... falta otra apoteosis: falta la comunión de los orientales en nuestra campaña, siempre convertida en el estrado sangriento de las frecuentes luchas fratricidas. Esa comunión es el complemento de la obra de Artigas; y esa comunión es la paloma inmaculada que, llena de un espíritu santo, debe abrir sus alas en este día de la gloria nacional. ¡Surjan en la campaña nuestra el evangelio de los surcos promisores: la preñez agrícola de la sementera fecunda; el trigal manso y consolador, como una oración cristiana; sobre los ríos el puente que desenvuelva en el aire la curva de hierro de su vuelo conquistador, como á un arco iris del progreso y de la paz; sea como un Angelus inmenso, á la hora del alba ó á la hora del último crepúsculo la égloga del campo risueño, fructuoso, opimo, donde el labrador ó el ganadero, como el griego antiguo en sus campos, bajo el cielo de su Península azul, evocaba al Dios Pan, fuente de todo bien, señor de las energías y delicias de la Naturaleza—en la heredad nuestra, en el solar campesino que nos tocó en suerte en el reparto de la hijuela colonial, ese ganadero y ese labrador vean, por milagro de las estupendas evocaciones, como al Dios íntimo de la Patria, como al Dios Pan de nuestra campaña, la imagen tutelar de Artigas, de un Artigas que llene nuestros corazones de amor al terruño; y, que, de consuno, como un elemento esencial de nuestro aire y de nuestro sol, fulgure á modo de alucinación bienhechora en la luz que chispee en las bayonetas que custodian la integridad del territorio sagrado: de este territorio que en un alegato heroico, en plenas batallas, lanza contra lanza, sangre contra sangre, en cien lugares, al borde de mil muertos, con la persistencia profética de las intuiciones obsesoras, y sofrenando siempre su potro de batalla en las mismas puertas de la Historia, nos conquistó, nos escrituró, nos legó ese Artigas, á quien permitidme que también lo proclame:

Aquel, cuyo caballo de victoria
Hastiado de vencer sobre este suelo
Se paraba en dos pies sobre la gloria,
¡Como para irse en un galope al cielo!

LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

LA MANIFESTACIÓN Á LAS PIEDRAS

Jueves 25 de Mayo de 1911

No obstante los inconvenientes de la huelga y el malestar general, la fiesta culminante de inauguración del monumento levantado en el propio campo de batalla, alcanzó las proporciones de una verdadera apoteosis nacional. Rodeado el obelisco por los destacamentos de todos los cuerpos militares de la República, con sus respectivas banderas; custodiado especialmente por la Academia Militar y por el Regimiento de Blandengues de Artigas (que recuerda el cuerpo del Prócer); atestada toda la vasta extensión por el público enorme llegado de Montevideo y de otros puntos del país en los varios expresos corridos en el día, el espectáculo que ofrecía á la hora de la ceremonia era verdaderamente grandioso y magnífico, y superior á todo cuanto pudo preverse dados los indicados inconvenientes. Además, desde el arco triunfal en que comienza la hermosa avenida hasta el propio sitio de la estatua, una muchedumbre inquieta y solemne iba y venía durante el día entero, poblando de una animación inusitada el bajo del camino y la loma en que se yergue la columna de granito. Cuando llegaron los representantes oficiales era materialmente imposible aproximarse hasta el sitio del monumento y fué necesario que abriese camino la tropa. Descubierta la columna, en momentos de ejecutarse el Himno Nacional por todas las bandas militares y que el público descubierto coreó religiosamente, mientras estallaban junto al campo augural las salvas de la artillería, llegó el turno de la oratoria. Habló primeramente el doctor Pedro Manini Ríos, Ministro del Interior, en representación del Poder Ejecutivo; el doctor Juan Zorrilla de San Martín, á nombre de la Comisión Nacional del Centenario de Las Piedras, y el ingeniero Arturo V. Rodríguez llevando la voz del Comité de la localidad. Este

último discurso no nos ha sido posible conseguirlo; pero ofrecemos una reseña lo más completa posible del de los otros dos oradores.

El Comité de la Juventud que desde la mañana concurrió al sitio del homenaje, para preparar las diversas manifestaciones que se realizaron y coadyuvar al mayor brillo de las fiestas, repartió profusamente entre los asistentes el siguiente artículo, impreso en forma de folleto y redactado á último momento por el doctor José Pedro Segundo, pues la persona designada con anticipación por el Comité no pudo dar cumplimiento á su cometido:

Comité de la Juventud.

La Batalla de las Piedras y la Revolución Sudamericana

Escrito redactado, según encargo especial, con ocasión del Centenario de Las Piedras, por JOSÉ PEDRO SEGUNDO

(Casi no tendría que advertir que esto es una improvisación apresurada y febril, destinada á hacer resaltar de inmediato la trascendencia del triunfo de Las Piedras en la Revolución Sudamericana. Alguna vez hasta he llegado á trascribir literalmente, amalgamándolos, la opinión de los historiadores que me han servido de fuente; pero sin citarlos jamás. La finalidad de este esbozo imponía, me parece, tal proceder, á fin de suprimir el engorro de las citas.

J. P. S.).

«Pueblos y conciudadanos de la Banda Oriental! La Patria os es deudora de los días de gloria que más la honran.»

Gaceta Extraordinaria de Buenos Aires de 27 de octubre de 1811, página 688.

Los territorios que hoy forman las Repúblicas del Uruguay, Paraguay, Argentina, Bolivia y parte del Brasil (Río Grande) constituían en los albores del siglo XIX un solo dominio español, conocido en la historia con el nombre de Virreinato del Río de la Plata. La cabeza y gobierno de tan vasto imperio colonial radicaron, por delegación del Monarca Católico, en Buenos Aires, viniendo á ser las demás provincias sus dependencias. La historia, pues, de estos países, en aquel tiempo, tiene por escenario tan dilatadas comarcas,

por manera que la narración particularizada de nuestros hechos coloniales comporta la exclusión de acontecimientos que, producidos originalmente en otra parte, tuvieron su repercusión esencial en nuestro medio, vinculándose á él por un enlace lógico. Esta ley es todavía más rigorosa en el momento en que los pueblos se alzan para demandar de consuno el derecho de ser libres.

Inaugurado, entre incertidumbres y tropiezos, el movimiento comunal del 25 de Mayo de 1810, por el exclusivo resorte de Buenos Aires, urgía de inmediato propagarlo á las demás provincias, á fin de evitar su esterilización por la reacción ó la indiferencia. Montevideo, ciudad rival de Buenos Aires; el Paraguay, caracterizado por robustas tendencias localistas; las provincias del interior que se arrastraban en una civilización rudimentaria; el Alto Perú (hoy Bolivia), reprimido y subyugado por los mandones españoles en días aciagos de exterminio: tales eran los pueblos que la capital invitaba á reconocer el hecho indeciso de la emancipación, y cuyo acatamiento necesitaba para reforzarse en su empresa.

No era el caso, sin embargo, de esperar que el platonismo de las adhesiones comunales, por otra parte morosas y dispersas, disipara una situación que se tornaba por días más delicada; y la Junta, emanada del sufragio popular, apenas constituída, se aplicó apresuradamente á la organización de un departamento militar. El antiguo régimen podía oponer al pensamiento de Mayo, vigorosos y abundantes elementos; y el ejército en ciernes se creaba á la vez que para prevenir la reacción, destinado á excitar por el estruendo de las armas el sentimiento dormido de los pueblos. Antes que se creyera, los acontecimientos vinieron á hacer precisas aquellas unidades guerreras, puesto que los Virreyes del Nuevo Continente, aleccionados por anteriores estallidos revolucionarios, tramaban, bajo la inspiración del fiscal de Potosí, una coligación que, si se frustró por los sucesos de 1810, enseñaba á las claras los propósitos del régimen para reprimir la revuelta.

No obstante la confiada algazara del primer arrebato, la realidad de la nueva situación resultaba bastante nebulosa y adversa. Descontado Chile que, aunque limítrofe, iba á tener de allí á poco su rebelión intestina, la resistencia amaga casi de súbito por todas partes, más terrible cuanto que frustraba la esperanza de dar con aliados. Vencida en sangre inútil la intentona de Córdoba, que daba un crimen á la revolución antes que hubiese desplegado su bandera, aparece en el Desaguadero el Virrey de Lima, incorporando el Río

de la Plata á su jurisdicción y arrogándose de esta manera el derecho de subyugarlo. Dispuesto á poner por obra su propósito, organiza apresuradamente un ejército en el límite de los dos Virreinatos; y el general que puso á su frente mostraba de sobra la saña con que entendía sofocar la insurrección. Al mismo tiempo, el Paraguay, antes indiferente y apático, se manifiesta en abierta oposición á Buenos Aires, y los realistas de Montevideo, declarados rebeldes por la Junta reciente, bloquean por represalia la capital del Virreinato. El peligro, como se ve, aparecía tenaz é inminente: importaba batir en detalle aquellos elementos aislados, pues la fusión de dos cualesquiera de ellos representaba la derrota argentina.

Planteada en el terreno de la acción la contienda, hacia aquellos tres puntos se dirige angustiada la expectativa porteña, pues que en breve las armas van á decidir sin apelación su destino. El primer cuerpo bélico que inicia la lucha, es el ejército conducido hasta el Alto Perú por Balcarce y Castelli, donde compensan un descalabro (Cotagaita) con una victoria (Suipacha). Aunque les esperaba para muy pronto el desastre de Huaqui, que entregó á los realistas todo el Virreinato hasta Salta, con aquellas acciones fracasaba por el momento la invasión española y el peligro inmediato aparecía contenido.

Por el lado del Paraguay, las cosas pasaban desgraciadamente de un modo distinto. No obstante los felices augurios que presidieron la salida para la Asunción de la expedición de Belgrano, esta campaña fué un desastre completo, agravando el contraste de Paraguarí con la capitulación de Tacuarí. Belgrano debió abandonar destrozado aquel pueblo, donde su triunfo había parecido tan fácil; y si es cierto que su acción preparó las conciencias para una emancipación próxima, es preciso decir que la consternación originada en Buenos Aires por aquella derrota no tuvo límites, no sólo por su adversidad inesperada, sino también porque era el primer desastre que empañaba las armas patriotas.

Todavía la opinión no se había repuesto de pruebas tan duras, cuando se anunció que el armamento naval de la Junta había sido deshecho por la escuadrilla de Elío en San Nicolás de los Arroyos. Una inquietud desalentada, en la que iba por mucho el presentimiento de nuevos reveses, minó todos los ánimos, concretándose de inmediato sobre la suerte de Belgrano, abandonado en el Paraguay, y para quien la flotilla argentina conducía refuerzos y víveres. Y mientras calamidades tan inmerecidas agotaban la fibra popular, ya

decaída por la desconfianza en un gobierno colegiado que llevaba en sí mismo el germen de la disolución y la anarquía, el triunfo de Romarate en el Paraná consagraba el dominio español sobre la zona fluvial de estos países, exacerbando las zozobras de la capital con el amago de un desembarco inmediato. Dueños indisputados del mar y sin peligros á la espalda, los elementos copiosos de Elío junto al apoyo de los 10,000 españoles avecindados en Buenos Aires, descontaban de antemano la caída de la Revolución, debelada en su foco inicial.

* * *

Es en este momento, el más apurado de la Revolución argentina, cuando se enciende en la Banda Oriental la revuelta y Artigas acaudilla las masas guerreras. Apenas proclamada la emancipación en Asencio, la agitación se difunde con una unanimidad tan espontánea por todo el territorio uruguayo, que aquel "alboroto de bandidos", según la calificación jactanciosa de Elío, se vuelve bien pronto una conflagración general. Ante objetivos tan inesperados y próximos, el Virrey es compelido, aunque á regañadientes, á abandonar su expedición contra Buenos Aires, ya en vías de realización; puesto que el Colla, San José y Paso del Rey paralizan de inmediato su acción ofensiva. La capital, á pesar de todo, no estaba todavía definitivamente salvada; pero la insurrección oriental traía á nuestro territorio la decisión de la contienda guerrera. De nuestro éxito dependía, pues, la subsistencia de Buenos Aires indemne; é inmediatamente de aquellos triunfos parciales, la batalla campal de Las Piedras, que ganó Artigas mismo, nos entrega el dominio de la campaña uruguaya colmando las aspiraciones del patriotismo ríoplatense, como confortación inesperada y desquite necesario. Elío pierde en esta memorable acción toda su fuerza movilizada, y reducido entre los muros de Montevideo á una defensiva tirante, le inhabilita decisivamente en su intento contra Buenos Aires, según era su plan, preludiando su asedio inmediato la ruina definitiva del régimen.

Esta fué la importancia inconcusa que la batalla de Las Piedras tiene como acción culminante de la Revolución Oriental, en la emancipación sudamericana. Batida y amenazada la insurrección en todas partes, quebrado el nervio de la resistencia y anarquizada la revolución en su seno, la victoria uruguaya restablece el equilibrio marcial, ya casi decidido en su contra por la conspiración de todos los elementos adversos. El pueblo y el gobierno de Buenos Aires, ante este desahogo tan necesario y eficiente, solemnizaron el éxito artiguista

como un triunfo común y el Himno Argentino más tarde glorificó, por inspiración de su bardo secular, aquella victoria americana. Esto conviene hacerlo constar; porque suelen los historiadores mencionar fugazmente hechos que, aunque trascendentales, pues en su tiempo reunieron la acción y la esperanza de la revolución decaída, desmerecen, para sus obras oportunistas, por animadversión hacia el brazo que los obró. ¡Después de esta acción, Buenos Aires, salvada de una ruina inminente y tonificada por el éxito, podrá lanzarse, libre de cuidados tan apremiantes, á la empresa gloriosa de su emancipación, independizando varias repúblicas, al tiempo en que Artigas, con una notoriedad recalcada singularmente por su esfuerzo guerrero, ratifica y ensancha su acción legislando y propagando los dogmas del federalismo ríoplatense que, como encarnaron después en todos los pueblos hispanos, le muestran como el más alto repúblico y el más genial político en los fastos del continente americano del Sud!

Juicio de los historiadores

"Estos triunfos sucesivos alcanzados en este teatro (la Banda Oriental) por las armas orientales, fueron de subida importancia para la causa común de los independientes, después del mal suceso que había tenido en el Paraguay la expedición de Belgrano.

"La victoria de Las Piedras fué celebrada con gran entusiasmo en Buenos Aires. En su mérito la Junta gubernativa elevó al rango de coronel á Artigas, decretándole una espada de honor, que poco después le fué presentada á nombre del Gobierno por el teniente coronel don Martín Tompson, *en reconocimiento de la principal parte que tuvo en la acción de Las Piedras.*"

(I. De-María *Compendio de la historia de la República O. del Uruguay*, tomo II, pág. 129).

"Los festejos del primer aniversario del 25 de Mayo hicieron resonar con estrépito el nombre de los orientales, porque sin la victoria de Las Piedras habría tenido la revolución que velar el clásico recuerdo de su gloria con el crespón de los recientes contrastes de Belgrano en la expedición al Paraguay... Un irresistible impulso de concordia acercaba entonces todos los corazones y nadie hubiera osado desconocer los títulos conquistados por la Banda Oriental ante el genio de la Revolución de Mayo."

(C. M. Ramírez, *Artigas*, pág. 190).

"En los primeros momentos, el grito de Asencio y la ocupación subsiguiente de Mercedes y Soriano, hizo suponer que los esfuerzos de Elío contra Buenos Aires quedarían paralizados, entonándose allí el espíritu público con esa conjetura. Pocos días después, el desastre naval de San Nicolás sumía en la consternación al pueblo porteño, de modo que las noticias paralelas sobre el progreso obtenido por la insurrección uruguaya, produjeron doble efecto, como triunfo propio y revancha necesaria. Más tarde, la derrota definitiva de Belgrano en Tacuarí y su completo abandono del Paraguay, tuvieron por compensación la seguridad de que la Banda Oriental se había alzado en masa, nulificando las ventajas de los españoles sobre Belgrano y la posible fusión de aquellos elementos con los de Elío."

(F. Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, tomo III, pág. 120).

"Con la batalla de Las Piedras se afirma definitivamente la Revolución de Mayo.

"Era la primera vez que las simples milicias se medían con las tropas de línea y las derrotaban. Como consecuencia de la victoria, el dominio realista quedó reducido al espacio que rodeaban las murallas de Montevideo, y ese resultado á raíz de las derrotas de Belgrano en el Paraguay, tenía que levantar y levantó poderosamente el espíritu y la moral de la Revolución en todas las provincias del extinguido virreinato de Buenos Aires."

(E. Acevedo, *Artigas, Alegato histórico*, tomo II, pág. 211).

"Así se explica el entusiasmo febril con que las principales poblaciones de la Provincia Oriental y el Pueblo de Buenos Aires recibieron la fausta nueva de esa victoria (Las Piedras), que retemplaba su espíritu atribulado después de los desastres de Belgrano y abría de par en par á las armas de la revolución los horizontes de la victoria.

"Se aclamó así el nombre de Artigas como el de un salvador de la Patria en peligro, y recibió de todas partes las más entusiastas y merecidas ovaciones.

. . . .

"El peligro real, práctico, inmediato, estaba aquí, en los campos de la Provincia Oriental, dominados por el elemento español, que tenía en Montevideo el segundo baluarte regio de Sud América, tres-

cientos cañones, un formidable apostadero, miles de soldados y marinos aguerridos para hacer morder el polvo á los insurgentes, dominar los ríos y bombardear los pueblos de las costas y aún la misma capital.

. . . .

"Sin la victoria de Las Piedras, la causa americana habría venido á ser una tristísima parodia de la rebelión del indio Tupac Amarú y ahogados en su germen, entre raudales de sangre, sus primeros generosos pronunciamientos.

"Cumple por lo mismo al historiador leal la grata misión de patentizar ante la gratitud de sus contemporáneos y la indiferencia de sus sucesores, que ese insigne hecho de armas de Las Piedras, en campal alarde, sin estrategia complicada ni mañosas emboscadas, á la luz del día, pecho á pecho, salvó y afirmó la revolución americana, consagrándola con su más espléndida victoria, permitiendo á la invicta hueste de Belgrano, consolidarla poco después en los gloriosos campos de Tucumán y de Salta."

(J. Maeso, *Artigas y su época*, tomo III, págs. 167 y 169.)

En el sitio del Monumento

DISCURSO DEL DOCTOR PEDRO MANINI RÍOS, MINISTRO DEL INTERIOR

Las circunstancias de la huelga general, que alcanzaba en estos momentos el período más álgido, con todo su cortejo de incertidumbres é inquietudes, no permitió precisamente al doctor Manini tomar la participación activa que hubiera deseado, en la solemnización de la gran fecha, no sólo como representante en ellas del Poder Ejecutivo sino también como Presidente de la Comisión Nacional del Centenario.

Por la naturaleza de sus cometidos ministeriales y por su intervención personal en aquellos sucesos,—el doctor Manini Ríos les había consagrado todas sus actividades y hasta sus instantes de reposo,—cuando llegó el momento de la solemnidad inaugural de Las Piedras, no pudo preparar de antemano un discurso meditado como era su propósito, dada la excepcional trascendencia histórica y patriótica del acto, viéndose en cambio obligado contra su voluntad á improvisar algunas frases alusivas.

Algo de todo esto dijo precisamente al público, desde la balaustrada de la estatua, agregando además que por esa razón se limitaba á trasmitir al pueblo las ideas que en ese momento flotaban en su cerebro.

Artigas, continuó, no es sólo el vencedor de Las Piedras; y lo que se conmemora es, además del hecho de armas, la consagración de su genial director. Si sólo fuera vencedor de Las Piedras, sería inferior á muchos prohombres de la Revolución. Completando su figura de militar con sus cualidades de estadista, de demócrata, se consagra al verdadero Artigas, superior á todas las figuras del escenario político de la época.

Concluyó, entregando al pueblo la custodia del monumento elevado al verdadero héroe nacional.

DISCURSO DEL DOCTOR J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Señores, dijo el doctor Zorrilla de San Martín: esta solemne inauguración del monumento con que el Pueblo Oriental señala el sitio en que sus héroes, conducidos por *el héroe,* lucharon y murieron por la independencia de América, debió haber tenido lugar hace algunos días: el 18 de Mayo; en el aniversario mismo de la gran batalla. Una voluntad ajena á la nuestra ha querido que lo realicemos hoy: el 25 de Mayo... ¡Que sea en buena hora, señores! El 25 de Mayo, aniversario de la deposición del virrey, en la Capital del antiguo virreinato, y de la creación de la primera Junta, es también nuestra cifra nacional. No en vano la ciudad de Montevideo la escribe en la primera de sus calles. El 25 y el 18 de Mayo,—la deposición del virrey en Buenos Aires realizada por la multitud anónima, y la batalla de Las Piedras librada por el gran caudillo de las multitudes platenses, son para nosotros, señores, una sola fecha, una cifra sola, un solo recuerdo de gloria y de alegría nacionales.

Fué el espíritu que el 25 de Mayo de 1810, animaba al pueblo anónimo de Buenos Aires, y lo llevaba, á pesar de los primaces de aquel movimiento urbano, á exigir la deposición del virrey y la creación de una Junta independiente; el que un año después de aquella fecha, el 18 de Mayo de 1811, recogió aquí, en estas sagradas colinas que se extienden á nuestros ojos, á orillas de ese arroyo de Las Piedras que corre allá abajo, la primera consagración del sacrificio y de la gloria; era ese espíritu, señores, el verdadero espíritu del 25 de Mayo, el que condujo á nuestro Artigas de la



El monumento y la concurrencia

La aglomeración popular vista á la distancia. A la izquierda, el palco para los invitados, que resultó insuficiente.

Colonia á *Buenos Aires*, de *Buenos Aires* á *Las Piedras* por la *Calera de las Huérfanas*, de *Las Piedras* á las puertas de *Montevideo*, de *Montevideo* al *Ayuí*, del *Ayuí*, por fin, á aquel *Congreso Oriental del Peñarol*, en que el héroe fuerte y magnánimo de la batalla se transforma en héroe iluminado del pensamiento, y da forma definitiva al de la Revolución de América, y promulga el decálogo republicano, en las memorables *Instrucciones* de 1813.

Artigas trajo á este campo de batalla, señores, esa su genial visión del porvenir; por ella lucharon y murieron aquí, hace cien años, en estas colinas que amojonamos con ese obelisco de piedra, los primeros soldados orientales, aquellos que, como las multitudes hebreas tras del Profeta, seguían instintivamente á Artigas, y lo reconocían en la nube de fuego que lo envolvía. Ellos eran una fe: la fe que transporta montañas y hace brotar del caos las nuevas patrias; eran un holocausto: la promesa, que se cumpliría, de morir por la Patria recién nacida, por la democracia germinal, por la independencia americana, que era, entonces, un astro nuevo, menos que un astro, una nebulosa aparecida en el cielo oscuro, y que sólo recibía la ferviente adoración de las almas oscuras, de las heroicas multitudes instintivas conducidas por el héroe de la visión de media noche.

El orador señala entonces el arco conmemorativo de triunfo que, frente á él, se levanta en el campo, y comenta sus inscripciones, redactadas por él, en las que se recuerdan las grandes efemérides de la historia del Uruguay.

Una, la de la clave del arco, decía:

HACE CIEN AÑOS
EN ESTE GLORIOSO CAMPO
QUE RIEGA EL ARROYO DE LAS PIEDRAS
LOS ORIENTALES
CONDUCIDOS POR EL HÉROE INMUNE
DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA
JOSÉ ARTIGAS
LUCHARON Y VENCIERON
POR LA PATRIA ORIENTAL
POR LA DEMOCRACIA REPUBLICANA EN EL PLATA
POR LA EMANCIPACIÓN DE AMÉRICA

En otra de las inscripciones se leían las primeras palabras de Artigas al inaugurar el Congreso de 1813: MI AUTORIDAD EMANA DE

VOSOTROS, Y ELLA CESA POR VUESTRA PRESENCIA SOBERANA; en otras, se transcribían las frases más lapidarias del héroe; en la final se leía: NO SE VENCEN LEONES SINO CON LEONES; Y NO SE LES ACAUDILLA SIN SERLO.

El orador recordó la misión desempeñada por la Banda Oriental, como baluarte inconmovible de la democracia, en la guerra de la independencia ríoplatense; hizo un parangón entre Washington, el héroe opulento del Norte, creyente, como Artigas, en el pueblo americano, y el héroe pobre del Uruguay, pobre y sin atributos exteriores, pero no menos grande que aquél, no menos firme en su fe, no menos vidente del porvenir, no menos grande en el sacrificio, en la perseverancia y en la gloria.

Aquí queda, señores, (terminó el orador) aquí queda, sobre esta colina, ese genio alado de bronce, que se ha posado en ese obelisco de piedra para marcar el sitio en que los orientales hicieron su primera ofrenda de sangre que se repetiría en otras cien colinas y bosques y llanuras de esta tierra, á la diosa de la libertad de América; la Comisión del Centenario de Las Piedras, en cuyo nombre y representación os hablo, hace entrega al pueblo de éste que debemos considerar como el patrio altar de los holocaustos. Como la savia por el árbol, subirá por esa piedra desde las profundidades de nuestra tierra el espíritu de la Patria Oriental, y allá arriba, proyectado sobre el cielo, en la forma alada del genio criollo que corona el obelisco, será luz y será grito, será recuerdo y será esperanza; será fuerza y será altivez y será gloria.

QUINTA CONFERENCIA PATRIÓTICA

Sábado 27 de Mayo de 1911

Con la solemne inauguración oficial del monumento conmemorativo, no decayó el entusiasmo popular. Esta circunstancia, unida al hecho de estar designadas con anterioridad algunas otras personas para tomar parte en las veladas del Comité, prolongó todavía algunos días aquellas hermosas reuniones, notándose más bien un recrudecimiento visible en los homenajes, como si la seguridad de su próxima terminación obligara á nuevos extremos de fervores cívicos. He ahí lo que explica el éxito de esta conferencia, como de las demás que la siguieron. Esta tuvo también por sede el Ateneo y tomaron

parte en ella el bachiller Eduardo Rodríguez Larreta, el sargento mayor doctor José Luciano Martínez, en representación del Centro Militar y Naval (invitado especialmente) y el poeta Angel Falco, miembro del Partido Socialista, y que no rehusó recitar los hermosos versos que trascribimos más abajo.

DISCURSO DEL BACHILLER EDUARDO RODRÍGUEZ LARRETA

Señores:

No voy á comenzar con la frase que alguien suponga impuesta por las circunstancias, de que en terreno tantas veces trillado y en tribuna por la cual han desfilado y desfilan oradores de todos los estilos, de todos los conocimientos y de todos los entusiasmos, poco ó nada queda por decir de las horas épicas que rememoramos. No. Pienso, por el contrario, que en la obra de reparación histórica en que estamos empeñados, falta un elemento ineludible, necesariamente impuesto para la comprensión cabal de acontecimintos que lentamente van cobrando relieves é irradiando claridades de entre la noche tenebrosa del pasado;—pienso que en la gloriosa apoteosis del apóstol, deslumbrados acaso por la magnificencia del tema, hemos olvidado levantar á un mismo tiempo y á igual altura, confundidos con él en la hora de la consagración definitiva, á quienes lo estuvieron invariablemente en las de la lucha despiadada, en el estrépito del triunfo y en las amarguras infinitas del desastre,—hemos olvidado vindicar su memoria de prevenciones y calumnias históricas tan enormes y falsas, como las que amenazaron empañar la grandeza de la epopeya artiguista.

Acostumbrados los que hemos pasado por las aulas universitarias á estudiar la historia en una forma que por demasiado sintética, es, las más de las veces, falsa; aficionados á cristalizar en una sola palabra la idea de una personalidad ó el sentimiento de una época; engolosinados en aquella vieja explicación de la guerra legendaria de los griegos y los persas, la guerra de Salamina y de Platea,—que colocaba á un lado, con todos sus atributos, la civilización, y al otro la barbarie con todos sus horrores, poco nos ha costado también admitir como verdad confesada, nuestra leyenda de civilización y barbarie;—de civilización en los focos urbanos, en los centros á donde llegaban los destellos del saber europeo, en las ciudades donde se cultivaba el intelectualismo de imitación;—de barbarie, en las

soledades agrestes, donde las muchedumbres abandonadas á sí mismas, se tejían su propio destino y se forjaban un carácter de recia envergadura en lucha diaria con la adversidad—mostrándolas, con tremenda inconsciencia, como á aquellos bárbaros de Atila de que nos habla Paul de Saint Victor, que iban á la carnicería humana como á la siembra, cuya crueldad toda bestial no se saciaba sino de destrucción, que después de haber despojado las ramas, arrancaban el árbol; que después de haber devastado la ciudad, la incendiaban.

Pues bien: he ahí, señores, una nueva leyenda á destruir, una nueva falsedad que la certidumbre histórica recién hecha está pidiendo á gritos sea desarraigada de cuajo. Los directores de la Revolución de Mayo conservaban, como un viejo resabio del coloniaje, un desprecio ingénito por la población de la campaña; muchos creían de buena fe en su barbarie, y es esa la razón fundamental de por qué se resistieron siempre á darle participación en el gobierno y trataron de imponerle autoritariamente su yugo. Cuando debieron ir á pulsar el corazón de las multitudes, á recoger las aspiraciones que flotaban en el ambiente é inspirarse en ellas para fijar las formas constitucionales del viejo Virreinato, prefirieron pedir prestado á la Europa el secreto de sus organizaciones enfermas y de su mecanismo enmohecido, cerrando el oído á todo lo que significara un ideal nuevo, una esperanza de mejora, un anhelo de renovación, un clamor de la soberanía popular!

La genialidad de Sarmiento nos dió en su "Facundo" los rasgos típicos del caudillo bárbaro y nos trazó el medio ambiente que lo produjera en su lucha de la civilización y la barbarie. Los historiadores siguieron su huella encantados con aquel cuadro de efecto, y hoy encontramos, con verdadero asombro, que la leyenda no es menos falaz que la que pesó sobre Artigas, que la instrucción pública estaba regularmente difundida entre los hacendados, que las poblaciones rurales, educadas en principios puros y sanos eran de una moralidad puritana, que si se profesaba una idolatría al valor, se profesaba al mismo tiempo un culto á la verdad, que en el pago y en la ranchería, en la estancia y en el villorrio, se vivía en una santa igualdad democrática, en un ambiente de respeto al anciano y al padre, que daba á todo aquello un aire patriarcal;—que quien aspirase á imponer su voluntad y á extender su prestigio, debía ser no sólo admirado por su audacia y celebrado por su coraje, sino también respetado por su lealtad invariable, obedecido por la propia justicia de sus decisiones, venerado por la altura de sus sentimientos!

Y esto era necesario, señores, para explicar definitivamente la figura austera del gran caudillo. Para las multitudes semibárbaras de la tradición, groseros centauros clavados en el lomo de sus caballos,el sanguinario Artigas podía ser su tipo representativo y su producto, pero para nuestro Artigas sereno, abnegado y valiente, visionario de las altas visiones y señor de los nativos pensamientos, la multitud que lo rodea tiene que ser y debe ser pura en sus ardores de libertad, consciente en la consumación de sus tremendos sacrificios, noble, generosa y audaz,—como el padre que la protegió, la cinceló en el mármol de la fraternidad estoica y la lanzó, con impulso todopoderoso, á la vida independiente!

Conjuntamente, pues, con la de Artigas, reivindiquemos la figura de aquellas heroicas multitudes anónimas que tiñeron con su sangre toda la extensión del territorio, desde India Muerta hasta Sipe-Sipe y desde Las Piedras hasta Tucumán, y rechacemos categóricamente la gratuita afirmación de que eran ineptas á la vida federal. Artigas había bebido en lo más hondo de sus corazones llanos y abiertos, había recogido sus anhelos confusos, oído sus quejas en la hora del dolor y sus clamores en la del éxito, sabía de sus ilusiones y de su capacidad para la vida libre, y cuando en su nombre golpeaba á las puertas de la logia tenebrosa, tenía conciencia de que sus principios hubieran cimentado el porvenir de la nacionalidad.—Pero, diréis, ¿cómo el federalismo en su verdadera acepción, no fué posible ni aún cincuenta años más tarde? ¡Ah! es que no en vano la saña centralista había minado todos los resortes políticos del gobierno sano, y había llevado el interés, la simulación y los rencores, donde sólo existía la abnegación y el patriotismo; no en vano había dividido para reinar; no en vano había segado en flor todas las fuentes de autonomía local con su despotismo terrorista; no en vano había hecho posible una tiranía y la había tolerado después año tras año, inclinando la cerviz de los pueblos que Artigas había dejado tan alto!

No podía ser, señores, que la sangre de Dorrego no clamara al cielo contra el despotismo brutal de la época y trajera á Rozas, no podía ser que la cabeza de Camila O'Gorman desde el patíbulo no quebrase las energías de una raza que había nacido para ser libre, y que más tarde en aquel soberbio renacimiento de Monte Caseros no pudo encontrar todas las virtudes ni todas las capacidades políticas que el absolutismo había dilacerado!

No nos ocultemos que á pesar de lo inmenso de la obra política

y libertadora de Artigas, no alcanzaron á cristalizar en hechos, los propósitos, las ambiciones y los sueños del ilustre jefe. Creyóse por un momento vencido y no quiso formar en la caravana miserable de las intrigas y las rivalidades. "Un lance funesto, había dicho, podrá arrancarme la vida, pero no envilecerme". Y lo cumplió. Lo cumplió con esa sorprendente voluntad de acción, con esa energía inflexible é inquebrantable que hace de él una de las figuras más maravillosas y armónicas de la historia humana. En las comarcas de Grecia donde el culto de Apolo era más ferviente, cuentan las narraciones mitológicas que cada ciudad elegía para su devoción particular una de las innumerables fases bienhechoras del dios;—ora se adoraba al padre de la inspiración poética que impregnaba las almas de santa unción y las elevaba á las regiones en que el estro era generoso;—ora se cantaba á la suave y promisora divinidad campestre que nutría ubérrimamente á las bestias salvajes y custodiaba en el monte Ida los rebaños de Laomedon; ora al mago de la adivinación que debelaba los secretos sepultos en el fondo de la tierra y hacía oir, por boca de sus oráculos, las realidades que el porvenir depararía:—pero había un día en la olimpiada, aquél en que el cielo estaba más azul y el aire más transparente, el más resplandeciente y próvido de belleza, en que toda la Grecia al unísono, desde la Atenas luminosa hasta la Arcadia lejana, se congregaba para hacer llegar hasta el sol su plegaria triunfal; hasta el sol que condensaba la multiplicidad de sus atributos y la infinita variedad de sus matices, hasta el Sol que era su viva encarnación, padre de Apolo y Apolo él mismo!

Así también nosotros, elijamos cada cual en la singular predilección de nuestro espíritu, ya al Artigas batallador y épico de las grandes cargas de la independencia; ya al Artigas eco y resonancia de la santa aspiración de los pueblos fijando en el mármol de un documento clásico la expresión más alta de la democracia federal: ya al Artigas padre, protector y patriarca de una raza, que abandona sus hogares y deja sus campos á la devastación extranjera, para seguirlo en la altivez de su soberbio grito de protesta; pero que haya un día que, como en el del culto al Apolo de mi leyenda, nos elevemos á la virtud madre, al foco de donde procedieron todas las facetas brillantes de su gran figura histórica, á la alta región donde residió el verdadero secreto de su grandeza: la formidable fortaleza de su carácter, la consecuencia invariable de sus principios y de sus convicciones, la tenacidad inflexible gracias á la cual pudo

cruzar, como el ave del poeta, á través del pantano, sin mancharse el plumaje!

Todo lo que digamos, señores, sobre el significado de esta reparación histórica será pálido al lado de la realidad, pero nos servirá para mostrarnos cómo al través de los años la justicia histórica triunfa á despecho de todas las confabulaciones y todos los errores. Dos historiadores cuyo talento era sólo comparable á su vanidad, concluían una polémica célebre con esta frase: "Los dos hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras é iguales repulsiones por bárbaros desorganizadores como Artigas, á quien hemos enterrado históricamente". Si hoy despertaran, ¡cuál no sería su asombro al ver que el Artigas que ellos dieron por enterrado históricamente, está sepultado, sí, pero en lo más hondo y lo más íntimo del corazón de su pueblo, y que no desmayaremos hasta que la América entera haya reconocido y aclamado á su más inmaculada figura histórica.

Cuenta una vieja historia medioeval, que la sabia fabricación de armas era considerada entonces como ilustre oficio. Encerrados en sus talleres humeantes, los artífices domaban como cíclopes el hierro tenaz y el fuego bravío; la pasión de la raza había pedido para su uso más noble, esos aceros únicos, instrumentos insignes del honor y la dominación. Sus dagas, sus rodelas, sus estoques y sus armaduras hicieron á Toledo tan célebre como sus concilios y sus autos de fe. Allí fué donde un artífice célebre descubrió que para que el acero cobrara todo su temple, su maravillosa y temible consistencia, era necesario no sólo hacerle sufrir todos los ardores del rojo vivo, en la fragua caliginosa, sino también sumergirlo bruscamente en el agua fría y lubrificadora de la cual salía la hoja en toda su flamígera potencia. Yo quiero, señores, que cuando vayamos á templar nuestro espíritu desfalleciente, en la leyenda inmortal del gran caudillo, cuando queramos fortificar nuestras almas poniéndolas en contacto con la de aquel estoico que nos diera patria, no nos detengamos sólo en la fragua candente de los combates, en el clamor ruidoso de los entreveros, entre las dianas de triunfo y los quejidos de desastre,— quiero que vayamos más lejos, junto á la mansa quietud de su retiro, al estero lejano donde el nuevo Cincinato cultiva la tierra y dialoga á solas con la Naturaleza, después de haber salvado á la República. Será allí, en aquella clara linfa de la vida campesina, clara como el agua cristalina que da al acero todo su temple, donde podremos, contemplando la augusta

serenidad del anciano, poner en nuestro espíritu los latidos que conmovieron al suyo, cobrar vigores y entusiasmos para seguir nuestra ruta sin desmayo, templar nuestra fibra ciudadana, y jurar ante su evangélica figura que hemos de llegar á ser la gran patria que él viera en sus ensueños de visionario!

DISCURSO DEL DOCTOR JOSÉ LUCIANO MARTÍNEZ

Señores: En momentos en que el Centro Militar y Naval festejaba el aniversario de su fundación; en momentos en que dicho Centro se hallaba honrado con la presencia del señor Ministro de la Guerra, general Bernassa y Jerez, y con la presencia del Ministro de los Estados Unidos de Norte América, el historiador señor Morgan; en momentos en que la tribuna del Centro se investía de grandeza porque los de espada al cinto recordaban intensamente al general José Gervasio Artigas, cuyo nombre era señalado con vítores y aplausos por el representante diplomático de la gran nación del Norte; esa nación que supo con un chispazo genial, decirle á la Europa: "La América para los americanos", alumbrando las estrellas de su pabellón hasta más allá del zenit de la Tierra del Fuego, un ilustrado ciudadano, elemento inteligente de la juventud nacional, el doctor Dardo Regules, de apellido con prosapias militaristas, llegaba á nuestro local, en representación de esa juventud, que es espíritu y es esperanza, que es ensueño y que es acción, la misma que no olvida que sin los de espada al cinto no hay Patria, á solicitar que nuestro Centro nombrara su delegado á este torneo distinguido de los que, en este instante, sienten vibrar su alma con estremecimientos supremos de verdadera justicia, en homenaje al General Uruguayo que, si para las masas ciudadanas es todo cumbre para el Ejército Nacional es astro cuya luz iluminó el camino del triunfo imperecedero de las generaciones que se fueron, y que iluminará la senda de la gloria á las razas uruguayas que vienen de quién sabe qué rumbos y que van á quién sabe qué Orientes.

Y desde esta tribuna—radiante como está todavía por la palabra de los tácticos de la frase que la acaban de ocupar,—yo saludo á esa juventud radiosa de mentalidad y energía y que avanza como un borbollón, con banderas desplegadas, á ocupar su puesto de vanguardia en el gran concierto de las actividades rumbeadoras para otros progresos y para otros horizontes; yo os saludo y os pido que no olvideis jamás, al "celebrar los grandes aniversarios que significa preparar los grandes acontecimientos", no olvidéis á nuestro soldado

compatriota que es humilde en sus horas serenas y que sabe bravear como un león en sus momentos de pelea; no olvidéis la tradición, la cual palpita toda entera, pedazo por pedazo en nuestra altiva raza; no olvidéis al ejército, porque el olvido, para él, en estas conmemoraciones que le pertenecen, es un desgarrón, es como esos golpes de hacha que penetran hasta el corazón del coronilla para jamás ser cubierto por la renovación de la cáscara que saltó al hachazo.

El Centro Militar y Naval no ha medido la responsabilidad moral á que ha expuesto á uno de sus asociados, al remitirlo á esta prueba tan difícil para los que carecemos de empujes mentales, para los que tenemos que levantar la voz en esta casa donde hace ya días están electrizando el ambiente, con su palabra autorizada, los compatriotas que llevan casi un cincuentenario de lucha intelectual en las guerrillas avanzadas de la polémica histórica, y ha dispuesto que yo venga aquí, cumpliendo un mandato, que, por ser militar, es indeclinable, á deciros dos palabras, á deciros que los militares lo sienten y lo admiran á Artigas como á su gran abuelo heroico; que los militares, desde sus puestos del honor y del deber, acompañan, con toda la efusión de su alma republicana, este movimiento patriótico de recuerdos justos y de recuerdos grandes para el hombre-montaña que, por estar colocado en el plano superior de la inmortalidad y en las mayores alturas de la Historia, hay que verlo á la distancia, al través de un siglo, para columbrarlo mejor, porque Artigas es una continua ascensión de victorias...

II

La generación actual no debe discutir la personalidad de Artigas; la generación actual no debe hacer el alegato de su obra; la generación actual no debe hacer otra cosa que glorificarlo, ya que en el segundo tercio del pasado siglo, fué tan discutida su obra, fué tan injuriada su memoria, no sólo por el encono extranjero sino también hasta por algunas de las primeras intelectualidades uruguayas que, olvidando el respeto que se les debe á los libertadores, lo saludaban, primero como el salvador de la democracia en América, y lo injuriaban, después, con el mote de "gaucho enchalecador erigido en Washington..."

"¡Esta es hora de sentir; no es hora de pensar!"

"En este momento están demás las tribunas convertidas en cátedras nacionales. A Artigas se le siente; no se le explica!..."

Tal es, lo que en la plaza Constitución, desde una de las tribunas de las más altas conmemoraciones, decíale al pueblo nuestro gran poeta Papini. Frases estas, señores, de una verdad incomparable, porque el estar exento de toda discusión es el privilegio de los grandes consagrados. Discutirlos es rebajarlos. Aceptar la polémica es creer que están aún en el período de la construcción del pedestal y no en la cima apoteósica de la elevación de la estatua.

Sí; de la estatua, señores, que fué decretada por un gobierno militar, por el gobierno del general Santos, hace cerca de treinta años, y que aún no se ha levantado por una injusticia marcada de sus conciudadanos que sigue tomando proporciones alarmantes de desidia incalificable; sí; su estatua que será la admiración del Presente y la enseñanza del Porvenir.

Es necesario, pues, que la República abra las entrañas de sus canteras, y que el granito y el bronce, que convierte en cosas definitivas las justas consagraciones del cariño popular, entregue la estatua del Indiscutible al respeto eterno de los tiempos...

. . . .

Al General Artigas, nacido en Las Piedras, en un hogar modesto, la ola de la suerte lo echa á las costas de Casupá; allí se dedica á las tareas del campo; doma potros; se hace jinete como un árabe, fuerte como un gimnasta, baqueano de la clase de que nos habla Sarmiento en su "Facundo", sufrido, sobrio; tipo excepcional imposible de medirlo en el cartabón de los demás luchadores; conquista el corazón del gaucho, lo estudia, lo entiende, lo domina, lo hace soldado, lo guía, lo lleva, le traza rumbos, le apunta para las vanguardias, le enseña que más allá de morir no puede pasarle nada, le muestra la victoria, y en aquella noche larga, sin otra luz que la de las estrellas ni otro rastro que el de las abnegaciones, aquella vida de lucha real con lo indomable, con su lanza y á caballo, empieza bajo la blusa de un Blandengue y termina bajo la blusa de un General haciendo Patria y haciendo Libertad...

III

No pretendo ni puedo, señores, cansar á este auditorio con crónica de hechos militares demasiado conocidos; no pretendo ni puedo en esta ráfaga de glorificación que pasa, dedicar un minuto á hacer filosofía de los acontecimientos que fueron; pero, ya que se le ha saludado Fundador de nuestra nacionalidad; ya que se le ha admi-

rado y se le ha cantado en su grandiosa obra civil, permítaseme que yo lo salude y lo admire en su gran obra de soldado y de General, con cuya obra se encariñó tanto aquel viejo ombú espeso que hoy extiende sus ramas hasta cubrir con su sombra cerca de un millón de Orientales...

La gloria de Artigas, señores, es primero que nada una gloria militar, porque antes de colocarse su levita sin arrugas de demócrata y repúblico, fué un soldado cultor de la disciplina en los aguerridos tercios españoles. Artigas, pues, antes de ser fundador fué soldado, porque todavía no conozco un fundador de patrias sin haber sido General de batallas primero...

Cuentan que un genio francés golpeaba con la mano la tumba que recién se abría de otro patriota de la misma nación, gritándole: "Ve y dile á Juan Jacobo, de mi parte, que la libertad del pensamiento no existe en Francia".

Ojalá, señores, que los orientales, "tan ilustrados como valientes", como Artigas los soñó, y con una idea completamente opuesta á la que cruzaba por el cerebro de luz del gran Francés, puedan, llevando toda el alma nacional en una correntada caudalosa, desfilar en columna de honor, por frente á la estatua del invicto, y golpeando sobre el bronce que represente su figura, puedan decirle: ¡Esta es tu obra! ¡Aquí tenéis tu Patria, inmensa como tus ansias inagotables, vigorosa como tu sable, altiva, como tu frente gloriosa y gigante como lo fuiste tú en la acción!...

IV

Hay algo más, señores: yo pido, yo ruego, yo exhorto á mis conciudadanos aquí presentes, donde veo la mujer oriental, orgullo y compañera de los vencedores y consuelo y compañera de los derrotados; donde veo los viejos veteranos de todas las épocas y las cerebraciones más sobresalientes de mi país en todos los órdenes de la cultura científica, yo pido que esta noche y de este auditorio, nazca la idea de formar un plebiscito público que se dirija á los altos Poderes del Estado, pidiendo sea destinado á campo de Mayo para las maniobras del Ejército de la República, aquel pedazo de suelo, donde tuvo lugar la gran hazaña heroica, para que el soldado, en aquellas laderas que son símbolos, se eduque y aprenda y sepa que allí, en Las Piedras y en dicho campo, fué donde se irguió Artigas, desde la más alta planicie moral de su tiempo y de su generación,

con un gesto que era una sentencia, rubricando con su espada el decreto del triunfo para las armas uruguayas.

Es necesario que así como en los demás pueblos tienen sus campos de maniobras para sus tropas y así como los argentinos tienen el suyo con el nombre de "Mayo", nosotros destinemos ese que tal vez lo señaló el predilecto de la aspiración nacional, el mismo 18 de Mayo, para que un día retoñara el recuerdo de su aventura, en la punta de cada bayoneta, en las vibraciones de las notas metálicas de cada clarín y en las dianas victoriosas de nuestros grandes amaneceres.

Quiera el destino, "ese acusado misterioso", como lo llamó Hugo, que si algún día llegara para esta digna Nación el instante de los sacrificios y de los heroísmos, volcando, al toque de "Generala" nuestras fuerzas regulares sobre cualquiera de las fronteras, frente al enemigo ya, á la hora de la sangre, con nuestro ejército en los puestos de vanguardia como lo estuvo siempre porque así lo dice su tradición de gloria que es necesario reconocerla en el pasado, hacerla vivir en el presente y hacerla crecer en el futuro, protegido por nuestro pueblo heroico que tanto sabe de honra y de altiveces—quiera el destino, repito, que en el corazón de cada veterano, en la voz de mando de cada táctico, en el cerebro de cada combatiente, no olviden la frase,—que puede ser un lema de bandera—la frase que pronunció el gran abuelo, octogenario ya, cuando el manco Paz, el estratega ilustre, le preguntaba en su última visita al proscripto histórico, allá, en el Paraguay y en el instante en que el asistente le arrimaba un petizo para que montara en él á fin de realizar su paseo habitual: "¿Todavía monta usted á caballo, General?"... Sí; le contestó. "Todavía. Y cuando estoy sobre mi caballo de guerra me acuerdo cuando arrollaba las huestes invasoras en la pelea"....

General Artigas: El Ejército de la República os presenta armas y sus bandas os saludan con el Himno Nacional.

He terminado.



El homenaje escolar ante el monumento

Una de las escuelas públicas, con banderas al frente, llegando al campo de batalla, donde se la recibe con los sombreros en la mano. Hacia el fondo el camino poblado de peatones, en cuyo término se divisa el arco triunfal. Detrás de todo, la agrupación del pueblo de Las Piedras á cuya izquierda, borrosas, se alzan las torres de la iglesia donde se rindió después de la batalla la última tropa colonial.

«La Leyenda del Patriarca»

(FRAGMENTOS LEIDOS POR EL AUTOR, SEÑOR ANGEL FALCO)

¡Niños! hermanos míos!
Los que gustáis de cuentos legendarios
Y amáis los prodigiosos extravíos,
Los sueños visionarios!
¡Niños, amados míos!
Los hermanos menores
En nuestra madre Libertad, uníos
De las manos, juntad vuestros añores
A la vera del lar iluminado!
¡Venid á mí! traedme muchas flores,
Muchas flores... Sentaos á mi lado
Y abrid de par en par sobre la Gloria
El balcón del ensueño alucinado,
Para que os entre luz en la memoria.
Abrid vuestra alma al viento del pasado,
Porque quiero contaros en ofrenda
Al sol que está en vosotros, una historia
Que parece más bien una leyenda!

¡Ancianos del terruño solariego,
Sobre cuyas cabezas ha caído
La ceniza del fuego
Del recuerdo que aún late en el olvido!
¡Ancianos, padres de la Estirpe mía,
Los que gustáis de la melancolía
Que tiene el vino en las dulces quejas,
Los que sabéis de fábulas lejanas,
De la oculta poesía
Que tiene el alma en las cosas viejas,
Los que tenéis la sien llena de canas
Y los labios repletos de consejas!
Oíd ancianos la leyenda mía;
Ella os podrá traer en sus lejanos
Acentos, la visión esclarecida
Que os poblará de auroras la memoria,
Para vivir conmigo aquella Gloria
Que fué toda la luz de vuestra Vida!
¡Viejos oíd! el canto tiene engaños
Sublimes: es el ala que en asombros
Eleva los delirios más extraños.
¡Oíd, y podréis creer que de los hombros
Os sacasteis el peso de cien años!

. . . .

Y vosotras, mujeres de mi tierra,
Las más bellas del mundo,
Las que encendéis el fuego de la guerra
Entre los hombres, al fulgor que encierra
Vuestro mirar profundo;
Mujeres ruiseñores
De mi Patria romántica y sonora,
De mi bosque de ensueños y de amores,
Las que dais la ternura y los enojos,
¡Todo el milagro que la vida enflora!
Mujeres de mis líricos cantares,
Las que en las tristes noches uruguayas
Custodiáis las leyendas tutelares;
Las que encendéis con los fulgores de Eros,
En el silencio de las horas quietas,
El delirio triunfal de los guerreros
Y el ensueño de luz de los poetas!
Escuchad este cuento legendario
En las fiestas pascuales
Que preside el solemne Centenario!
¡Sed las sacras vestales
Del fuego del valor, ante el santuario
En que la Santa Libertad se eleva
En gloriosa ascensión ¡dadme la prueba
De vuestra fe! iluminad los templos
Y hablad de esta leyenda sin ejemplos
A los nacidos en la Gloria nueva!

¡Jóvenes de la fuerza y del lirismo,
Custodias del Ideal, los de la herencia
Sagrada; los del épico bautismo
Del milagro en la fuente de heroísmo
De nuestra independencia!
Los que sabéis de todos los caminos
Que van al Sol, los que tenéis conciencia
Y fe de vuestros únicos destinos!
¡Jóvenes que guardáis espada al brazo
Vuestra heredad de amor, sobre el regazo
De la Madre de Oriente, en las fatigas
De las horas guerreras,
Frente á todas las furias enemigas,
Frente á todas las ansias extranjeras!
Los que pasáis la Vela de las Armas
Del Porvenir, en nuestra tierra libre
Prontos á dar las bélicas alarmas

A todas las bravuras redentoras,
En cuanto el grito de las sombras vibre
Junto al nido Oriental de las auroras!
¡Jóvenes! los valientes y gentiles,
Los que tenéis los músculos viriles
Como templados por la santa ira,
Que vibran en las gestas varoniles
Sin que haya brazo alguno que los tuerza,
Cuando sus nervios el valor estira
Como cuerdas sonantes de una lira
Que canta la epopeya de la fuerza!
¡Jóvenes de mi Raza! los mayores;
Dejad una hora la florida reja
De la Novia, en que estáis cantando amores
En harmoniosa queja
Y escuchad: ¡en mis cantos brota en flores
Todo el milagro de la Patria vieja!

. . . .

¡Sentaos á mi vera; daos las manos;
Avivad de las llamas los destellos,
Y oídme bien: era una vez, hermanos,
Un gran guerrero, pero no de aquellos
De los gestos crueles
Que en los tiempos salvajes y lejanos
Florecían en sangre sus laureles.
Este era un héroe cuya noble espada
No fué jamás un hacha de verdugo
Sino que estuvo siempre levantada
Como un rayo de luz de la alborada,
Contra toda tiniebla y todo yugo!
Porque en todo momento, á todas horas
Era su espada santa que tejía
Con las hebras de luz de las auroras
La clámide del día,
El manto de la sacra investidura
En el que augustamente se envolvía
La Libertad; por eso
Siempre su rayo en la tiniebla oscura
De las almas dejó su brillo impreso
Como óleo santo de la Edad Futura.
Cetro su espada fué, antorcha y tea,
En las llamas del Sol siempre encendida;
El aspa de un molino que voltea
Moliendo el rojo grano de la Idea

Que da la harina blanca de la Vida!
La espada forja el Porvenir; no hay nada
Más santo y más glorioso que una espada
Cuando es el regio cetro de victoria
Para la Libertad: ella es sagrada
Cuando es su luz radiante la mirada
Suprema de la Gloria.
Cuando es como la antorcha de Aladino
Que hechiza al genio con su llama ustoria
Y es vara de Moisés que abre un camino
Para el Sol en las sombras, y es divino
Espejo milagroso de la Historia
Que se mira más bella en su destino.
La espada deja el rojo surco abierto
Para la siembra de los nuevos soles;
Su brillo hace el miraje en el desierto
Y enflora en sus purpúreos arreboles
Las primaveras épicas del Huerto!

. . . .

¡Oh férrea lira mía! tú que has dado
Un compás á las fieras multitudes
Rimando su delirio amotinado,
Hoy ha venido la hora que saludes
La formidable Gloria del Cruzado
De América, que un día
Acaudilló al gauchaje sublevado
Que quería ser libre, que sabía
Cómo el destino de los pueblos traza
La Libertad con sagre, porque él era
El alma viva de la montonera,
Toda el alma vibrante de la raza!
Artigas fué en su homérica porfía
El noble General de las derrotas
Triunfantes; cada vez que se abatía
Sobre el terruño con las alas rotas,
Su heroísmo invencible se dijera
Que floreciese de más nobles galas
En un prodigio anteano: cual si fuera
Que al golpe luminoso de sus alas
El alma de la Patria resurgiera!
Cada vez que caía aún derrotado
Sabía enamorar á la Victoria.
Porque como era su divino amado,
Lo recogía al sucumbir postrado

En sus brazos magnánimos la Gloria!
Artigas era el bíblico patriarca
De la Estirpe; sus águilas guerreras
No hicieron sólo el nido en la comarca
De las patrias fronteras:
Volaron sobre todas las riberas,
Sobre todos los pueblos igualmente,
Pues fué su Genio que el destino abarca
La paloma del arca
Del Ensueño de América naciente.
Su alma fué el Sol; su soplo dió un latido
Universal, profundo,
Al generoso corazón herido
De la Patria, tan magno que un segundo
Todo el confín de la heredad rebasa
Para poner en movimiento al mundo
Con los grandes desbordes de la Raza!

Tan alto en su caballo parecía
Que alcanzar pudo con su frente el cielo,
Tanto que el mismo sol resplandecía
Sobre su sien, entre el nocturno duelo,
Mientras su poncho al aire se diría
Un huracán de cóndores en vuelo!

Adoraba la gente campesina
Con un culto romántico á ese hombre,
Con una adoración casi divina,
Exaltada al fervor de su renombre;
Las mujeres le daban sus cariños
Y en el sueño sonámbulo los niños
Pronunciaban su nombre!
Los montes patrios, los nativos ríos,
De verlo siempre en el bregar lo amaban
Y sabían sus ímpetus bravíos
Y en las horas de heroicos extravíos
Al clamor de su voz se amotinaban!

Todo era el reino de sus sueños grandes,
Toda la inmensidad que se dilata
Desde el lejano trópico hasta el Plata,
Desde el inmenso mar hasta los Andes!
Las selvas y los montes,
Las cumbres y los llanos,
Se agrandaban de nuevos horizontes
Al pasar sus delirios sobrehumanos!

Todos los nobles y altos desvaríos,
Todos por Él, se hicieron insurgentes:
Los montaraces gauchos de Entre Ríos,
Las indígenas lanzas de Corrientes,
El ardor de la fe santafecina,
Los heroísmos indios de Misiones
Y las mismas patrióticas visiones
De la sabia ciudad salamanquina!
Todos eran con Él, los federales
En las floridas márgenes platenses
Del viejo virreinato, los leales
Paisanos de los llanos riograndenses
Y las libres pujanzas orientales!
Todos eran con Él, las santas Ligas
Del Derecho, las épicas audacias,
Porque ellas bien sabían cómo Artigas
Encarnaba las nuevas Democracias
En las tierras del Sol; porque no en vano
Su grito, un nuevo y libre acorde estampa,
En el hondo concierto americano,
Él era todo el ímpetu del llano
Insurgente, era el trueno de la Pampa!

. . . .

¡Su espíritu gigante se extendía
Desde el océano insomne á la frontera
De Chile; y á la agreste toldería
Y á las montañas de la cordillera.
Él era el rey de toda la comarca
De las gentes indómitas! Él era
El anciano patriarca
De los pueblos libertos; el caudillo
De toda la bravura montonera.
El gauchaje seguía su bandera
Donde el indiano Sol puso su brillo.
Con él estaban Güemes y Sotelo
Y Ramírez y López y Andresillo.
Contra él estaba el reaccionario anhelo
De los odios monárquicos, la hispana
Conspiración, los vigilantes sueños
Del Brasil, la codicia lusitana
Y la sorda ambición de los porteños;
Todos los odios, todos los empeños
Contrarios á la fe republicana!

. . . .

Su formidable grito
De Libertad, en el Destino oscuro,
Resonó hasta las moles de granito
Y atrajo con la voz de su conjuro
Una ronda de auroras del Futuro
Para llenar de luz el Infinito!
No tuvieron sus sueños la fortuna
De tener á Los Andes
A manera de olímpica tribuna,
Para hechizar el Sol y ser más grandes.
Pero su voz lejana
Suena más honda cuanto más se aleja
Y aún más ha de vibrar cuando mañana,
Rotos los moldes de la Patria vieja
Formen el cielo de la Estirpe indiana,
Cuando junto á su Sol veinte naciones
Formen en haz con sus constelaciones,
La gran Federación Americana!
¡Ah, no es sólo una Patria la que canta
Un himno al viejo precursor: un coro
Que de todos los pueblos se levanta
Dice el salmo sonoro
A la grandeza de su gloria santa!
Son varias las naciones
Que entonan la canción alborozada;
Son las cinco Provincias, las Misiones,
Todas las hijas de la Pampa, aquellas
Que libertó su espada,
Rompiendo el Inca Sol en cien estrellas,
Para que fuese cada una de ellas
Un sol en plena fiesta de alborada!

. . . .

Era el silencio inmenso
De la opresión; era el silencio inerte
Sobre el suelo de América suspenso
Como un sueño de Muerte;
De pronto fué un clamor; era el pampero
Que en la solemne calma prisionero,
Con el empuje de sus alas grandes,
Rompía los silencios colombianos
Y amotinaba el ansia de los llanos
Y estrellaba su voz contra los Andes!
Hubo un asombro de estupores lleno
En las tierras del Sol; la voz de Mayo
Quebró el silencio en el azul sereno
Y un gran fragor le contestó que el trueno

Siempre sigue al relámpago del rayo!
Hubo entonces que un grito
Desde el campo uruguayo
Prolongó su clamor al infinito.
La voz de Mayo fué clamando Vida
Y al fragor de la Pampa conmovida,
Cuyo estruendo llenó toda la Historia,
Y despertó á la América dormida
De su lecho de sombras y de yedras,
Le contestó el gran trueno de la Gloria:
¡La carga de los libres en Las Piedras!
¡Ah, bien pudo decirse aquella hora
Que un vuelo inmenso de aves libres era
El poncho del Blandengue, onduladora
Ala de Libertad, roja bandera
Del gauchaje insurgente; parecía
Que en las chuzas indígenas viniera
Un reflejo de albor, porque ese día
Sobre las lanzas de la montonera
La sangre en albas rojas florecía!

Por la fe del Patriarca y la grandeza
De su Numen, por toda su locura
Vidente, el Uruguay es la cabeza
Y el corazón de América futura!
Porque sólo el empuje de la audacia
De la raza de Oriente
Salvó la americana democracia
En la tierra charrúa, renaciente
Cuna del Sol, en esta tierra mía
Que siempre supo hablar familiarmente
Con el Prodigio; bosque de poesía
Donde todas las alas hacen nido;
En esta Patria de la Valentía,
Que dice al Porvenir su prometido;
Porque cada segundo de su historia
Bien pudiera decirse que ha vivido
En estado de gracia de la Gloria!

Por la tarde de este mismo día se realizó una visita á la tumba del Prócer, organizada por el Comité de la Juventud del Partido Nacionalista. Esta ceremonia tuvo un éxito también muy brillante, habiendo estado la parte oratoria á cargo de los señores Miguel Páez Formoso, Pedro García Palma, Teodoro José Barboza y doctor Pedro Turena. Todos fueron muy aplaudidos.



El homenaje escolar en Las Piedras

El monumento poblado de banderas, que las niñas y niños, en una gala solemne, tremolan de pie. Por la gradería, palmas y coronas de flores, ofrenda igualmente infantil. Algunos alumnos visten en traje de Blandengues.

LAS ESCUELAS EN EL CAMPO DE LAS PIEDRAS

Lunes 20 de Mayo de 1911

Desde el principio se pensó que á las escuelas correspondía un puesto preferente en la inauguración del monumento secular; pero se acordó destinarles un día especial y distinto del de las ceremonias oficiales para evitar los lamentables accidentes infantiles tan comunes en estos casos, y particularmente en éste, dada la distancia de la Capital. Las autoridades escolares resolvieron acertadamente destinar el día 20 para una fiesta exclusivamente infantil; y si no hubieran estado brillantes las otras, ésta habría superado á las anteriores. Asistieron unos 5,000 niños de las escuelas próximas y de Montevideo. Toda esa masa enorme, bajo la dirección del maestro Stampanoni, cantó el Himno Nacional al pie del monumento.

Fué una apoteosis inolvidable. El Comité de Maestros había designado al señor Martín Echegoyen para que tomara en su nombre la palabra; pero su discurso, por inconvenientes inesperados, no pudo ser pronunciado. Este motivo no obsta á que se le incluya en los ANALES, tomándolo de la prensa de aquellos días en que se publicó.

DISCURSO DEL SEÑOR MARTÍN ECHEGOYEN

Señores:

Hay en el pueblo una clase humilde de buenos y fuertes, una legión sencilla que sabe de las purísimas bellezas del alma de los niños y sabe de las sentidas armonías del corazón.

En su nombre, señores, en nombre de los maestros de la República, que son los cofrades de esa clase humilde de los buenos y los fuertes, vengo á hablaros de la jornada homérica, himno triunfal de la Epopeya de Mayo, primera clarinada victoriosa de resonancias fecundas con que el esforzado Jefe de los Orientales aseguró la obra vacilante del patriciado de Buenos Aires.

Fué bajo este mismo cielo, bajo este mismo océano de éter, infinito y azul, en este mismo paisaje maravilloso, pletórico de salvaje hermosura, de brisas perfumadas, de aromas suaves, de aliento de praderas virginales. La luz pintaba y esculpía en el dorso de esmeralda de la cuchilla, las mismas admirables policromías que la engalanan en estos instantes; y vibraban en los aires de la comarca, mezclados al ritmo cadencioso de los pájaros cantores, roncos acentos, murmullos sordos, ecos vagos de tempestad que se acerca.

Las huestes de ceñudos montoneros, de rudos tupamaros, sintieron aletear en lo más hondo, instintos ancestrales, una fogosa comunión de pasiones charrúas y ardentías castellanas. Hubo un silencio sepulcral... ¡Santo silencio!... Habló el Blandengue de los fueros inmaculados de la heredad indígena, de la Provincia Oriental; habló de la libertad, del admirable ensueño que en las calmas imponentes del campamento, en las noches demasiado largas, envolvía con sus alas delicadas la frente de los gauchos visionarios, de los gauchos terribles en sus amores y en sus odios, los gauchos sencillos y buenos de alma de león y corazón de niño, los gauchos que habían acariciado ya la intuición de la democracia futura, de la autonomía fecunda y amplia de los huertos nativos.

Pero, perdonad... Vosotros conocéis el mágico episodio que ocurrió después. Vosotros sabéis que el crepúsculo de aquella tarde de Mayo, se vistió con sus galas predilectas; que hubo más luz, más aire en las colinas, santas armonías en los boscajes, y músicas alegres en los juncales, y más hondas palpitaciones en las entrañas de la Patria soñadora; que hasta la Cruz del Sud, la Cruz bendita, la que alumbraba los humildes cónclaves del paisanaje selvático, ofrendó á la tierra madre el divino lujo de sus claridades más intensas.

Henos aquí, señores, después de un siglo, de una centuria de labor constante, de amarguras profundas, de sacrificios y de triunfos.

Soñaba el abuelo patriarcal, el legendario abuelo, en sus horas de meditación y recogimiento, con la pródiga bienandanza de un porvenir luminoso que inundara de irisantes fulgores el cielo de su provincia; soñaba con la muchedumbre infantil, como sueñan los abuelos, con santa devoción y ternura incomparable, con el amor paternal de los viejos troncos por los retoños nacientes, pedazos del alma que renuevan la savia débil del ramaje añoso que se inclina humildemente bajo el cierzo helado de los otoños tristísimos. Soñaba con la turba alada de los tiempos nuevos, con la herencia fuerte de aquella raza gigante, educada en las rudas enseñanzas de la leyenda inmortal; con la multitud bulliciosa, eternamente dulce, eternamente virgen...

Por ella, por las generaciones de lo futuro, por la dichosa florescencia de la Patria de mañana, cruzaba, como el divino Rubí de Galilea, las campiñas y los pueblos, proclamando la evangélica doctrina de la democracia.

Y bien, señores, aquí está la herencia fuerte, la herencia noble, la aurora de la raza, desbordando su luz fecundante sobre el pródigo seno de la tierruca libre. Aquí está la bandada feliz que surge con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón; la juventud que ríe, con risa de cristal, la juventud que canta el salmo perennemente nuevo de la vida, los retoños del árbol secular, ¡santos retoños con que soñara el abuelo patriarcal, el legendario abuelo!

De los hondos surcos que trazó la espada del inmortal cruzado en aquella justa inolvidable del derecho, ha brotado el pueblo libérrimo que entona un himno á la República; la falange venturosa, toda esta patria joven, señores, dorada mies, fruto sagrado que cuaja después de una gestación centenaria.

Lloramos largos años la ausencia del caudillo; nos faltaba la suave poesía de sus ojos azules, de sus ojos claros, donde se pintaron radiantes las albas primeras de la independencia absoluta de las viejas colonias; sentíamos la nostalgia profunda de sus palabras queridas; no nos cobijaba ya, la altiva tricolor de los días de gloria. Era la noche impenetrable, noche invernal, poblada de pasiones y odios.

Los hombres habían levantado una torre inmensa, como aquella soberbia de Babel, de que nos habla la Sagrada Escritura; mole granítica que, desafiando al sol, proyectaba sobre la historia del solar nativo, una sombra intensa, una sombra amarga. Nombrábamos á Artigas, con el alma oprimida por acerba pena, con un nudo en la garganta, faltos de sentimiento, exhaustos de amor.

Pero triunfó la luz, se hundió la torre. La Patria tuvo también su sábado de gloria; el esforzado Patricio, su Pascua de Resurrección. Se irguieron de nuevo los ceibales, orgullosos de la roja diagonal de la vieja bandera que volvía á tremolar á los vientos del sud, sus pliegues santificados; festejaron los cielos la magistral belleza de las listas azules, y cantó la libertad á la pureza inmaculada de la franja blanca, y brilló la historia como en los días mejores, y el águila gigante, el águila que enseñaba á los pueblos el camino de las cumbres, regresó entre salmos de victoria, desconocida casi; ya no era la impulsiva, la montaraz, la de los bárbaros festines de sangre, no: volvía con las galas sacramentales del símbolo, como una imagen sagrada de la libertad republicana; volvía con las alas inmensas, cual si aquel rudo viaje al través de los abismos de la insensatez y el odio, las hubiera hecho ciclópeas; unas alas muy grandes, tan grandes, señores, que nos prestan á todos su calor de nido, sus caricias hondas, sus ternuras exquisitas.

Cuenta la leyenda bíblica que, una vez que Jesús hubo llegado al Gólgota, le arrancaron los judíos sus vestiduras, y, después de repartírselas, se adornaron con ellas.

Encuentro una semejanza muy íntima entre este pasaje de la tragedia cristiana y el atardecer doloroso de nuestro Héroe. Después de una travesía penosa por los abruptos desfiladeros de la adversidad; después de las horas amargas de Tacuarembó y Catalán, llegó para el sublime visionario, el instante tristísimo del despojo. Caudillos locales, políticos educados en la blanda doctrina del éxito, toda la famélica turba, se repartieron, gozosos, las sagradas vestiduras del caído. Y los elevados ideales encarnados en la independencia absoluta, en la confederación de las antiguas provincias, en las maravillosas Instrucciones del año XIII, fueron á manos de sus verdugos.

Y el Redentor, vencido, señores, postrado, en la agonía de su vida política, se acordó entonces de la tierra paraguaya; recordó que en los días lejanos de su apogeo y su gloria, había pretendido franquear las fronteras de aquella patria virgen, deseoso de reunirla, también, en el abrazo eterno de las comarcas del Río de la Plata. Y como el león que después de haber conmovido las campiñas con su majestad poderosa, cansada la altiva cabeza, va á ofrendar al misterio de las selvas sus confidencias postreras, así también el patriarca fué á ocultar su impotencia en la noche solitaria del boscaje, á confiar sus cuitas á la inmensidad de las sombras, lejos de la tierra madre, lejos de la Meseta orgullosa que arrulla mansamente el Uruguay, lejos de la Patria vieja... á dialogar con los nervudos árboles de base inconmovible, macizos y fuertes, como el árbol de la Libertad cuya simiente fecunda había caído en el surco, en medio de las cargas triunfales de Las Piedras.

En los dramas modernos, dice Mæterlinck, no se exageran tanto las pasiones; el heroísmo se ha hecho menos inflexible, y el valor menos material y fiero. Es más filosófico que pasional. Penetra friamente hasta lo más hondo del alma. Hay amores suaves, sufrimientos ocultos; se agoniza sin violentas sacudidas, ahogando las quejas; se muere sin que la sangre corra, en un crepúsculo tristemente pálido, como un derrumbe tristemente silencioso...

Así, dolorosamente tranquilo, sin brusquedades, va desarrollándose en su misticismo conmovedor, nuestro gran drama histórico; soberbio, imponente, desbordante de poesía exquisita, exótico en su época, superior á ella.

Así muere Artigas, señores, así se extingue el soñador, así termina el astro su carrera majestuosa, así se duerme dulcemente el sol. Elevemos la plegaria del bien, la divina oración de la bondad y el amor, en homenaje al Protector de los Pueblos Libres. Cantemos al pasado la sublime canción de la vida intensa que se extiende y se dilata, prodigando la belleza por doquiera; la vida elevada del altruismo, de que nos habla poéticamente Guyau. Honremos la memoria del insigne fundador del sentimiento patrio, de aquel soberbio manipulador de nacionalidades, en todos los lugares del terruño y en las manifestaciones todas de la labor constante; en los hogares que saben de la inagotable ternura de las madres, allí donde triunfa ruidosa, la alegría de los niños, y se aman los hombres santamente; en los campos, donde ríen los trigales, y los labriegos ingenuos y mansos rasgan las entrañas riquísimas del suelo; en los talleres, donde entona el músculo de acero el himno vencedor del trabajo; y en la escuela, señores, en la inmensa cuna florida, donde aletea la Patria luminosa que se renueva, incansable, al través de los tiempos, la Patria del porvenir, que marcha mirando eternamente al sol.

He dicho.

VELADA EN EL CLUB CATÓLICO

Lunes 29 de Mayo de 1911

El "Club Católico" no quiso dejar de rendir su homenaje al Héroe en ocasión del Centenario; y esto no hizo otra cosa que continuar una tradición antigua de ese Centro. A la velada organizada con ese objeto, asistió un público tan numeroso como selecto, superando las expectativas más halagüeñas. El Comité de la Juventud se hizo representar en la parte oratoria por el señor Abel Pérez Sánchez. Además pronunciaron discursos los señores presbítero Eduardo Dufrechou y Luis Torres Ginart. Todos fueron calurosamente aplaudidos.

DISCURSO DEL SEÑOR ABEL PÉREZ SÁNCHEZ

Señoras y Señores:

Hay una época en la mutable expresión de la Naturaleza, en que los árboles de los bosques, las plantas de los jardines y los oasis del desierto, enverdecen de hojas, se cuajan de flores, se colman de

dátiles... En que la vida, dejando el lecho en que adurmió al Invierno, conquista rayos de sol para derretir las nieves, extrae savia á las nieves para fertilizar los campos y brinda el ornato de los campos al risueño despertar de la creación.

La vida de los hombres también tiene primavera.

Cuando el eco se hace mudo á las frases de concordia, cuando el ideal se anubla ó la virtud se pierde, cuando la tradición se oculta entre el ropaje,—que fríos pasados dejaron á sus pies,—surge un hombre, una voz, ó un recuerdo, que como ángel tutelar de las conciencias errantes, las detiene al borde del abismo, y despejando el horizonte señala las glorias del pasado, que, arrodilladas ante el altar de la Patria, piden la luz potente, la atracción mágica, de la bíblica estrella de Belén.

El abolengo del Uruguay se esfumaba; varios lustros de días con crespones nos privaban de la luz; las almas buenas sentían la nostalgia de las expansiones puras, y así que la armonía olvidó sus leyes y la esperanza abandonó el hogar, reapareció Artigas, esa gigantesca figura americana, que cien años después de dejar en el campo de Las Piedras, y, dominando á los hijos como otrora dominó á los padres, los alista bajo el prestigio de su bandera sin mácula, para dejar con ellos en los surcos,—hoy reabiertos,—de las cargas de Blandengues, la ofrenda de sus odios y rencores. Gentil promesa á una vida que se sueña, sin discordias en su seno, sin sangre, sin maldad...

El legado que los pueblos exigen de la historia, para erigir por base de su pila bautismal, es el valor heroico de los que honró el destino en la custodia de la primer bandera. Es el genio, reemplazando al oráculo de la leyenda antigua, escalando años y dominando siglos, para levantar su voz en medio de los tiempos que sin cesar nos llegan y sin cesar nos dejan. Es la virtud en el ejemplo del que dirigió sus primeros pasos en la vida. Es el amor á todos, haciendo nido en el corazón de la humanidad.

Pues bien, señoras y señores:

Al nacer Artigas en la oportunidad más noble del suelo americano, nos legó abolengo y nos llenó la historia. Héroe en la batalla de Las Piedras, genio en su vislumbre republicana, virtuoso en su desdén á los honores, Artigas se elevó sobre el nivel de la época, convencido de que la humanidad, siempre avanzando, llegaría un día á recoger en los dinteles de su tumba, la rama de olivo que, como postrer mirada hacia el terruño, debió crecer regada por sus lágrimas bajo el frondoso árbol que lo veló en el Paraguay.

Hoy, los años han pasado abrumadores; el Uruguay, iniciado en la vida sin tutela, ha tenido que aquilatar los méritos de sus grandes hombres. Hoy la historia se ha depurado, y la memoria del Jefe de los Orientales alcanza en la alta cumbre su consagración definitiva.

El Artigas guerrero, en esas nerviosas manifestaciones populares, tan desordenadas como espontáneas, que expresan en el más elocuente de los himnos, la admiración de las muchedumbres ante la fuerza victoriosa del derecho.

El Artigas genial, más elevado aún que el guerrero, si es que la medida alcanza á dominar la inmensidad, ocupa también un puesto de honor en la expansión de sus hijos. El homenaje intelectual con que viejos y jóvenes se adhieren á este resurgimiento de fechas y recuerdos, descubre rasgos ignorados que la savia tumultuosa de nuestro primer siglo no quiso evidenciar.

Ofrece á la posteridad, siempre en acecho, el recuerdo de la asistencia á estas fiestas del doctor José Pedro Ramírez, cuya venerable personalidad no me atrevo á elogiar, porque quien ha vinculado su voz á todos los llamados á la concordia que han tenido por escenario el suelo de la Patria, tiene derecho al mayor de los homenajes, al silencioso homenaje del respeto.

Deja para la historia,—en cuyo concepto de belleza se antepone la soberbia majestad de una pampa de granito, al romántico verdor de una pradera, el alegato histórico del doctor Acevedo, monumento que se perfila hacia el mañana para suplir con éxito el escepticismo de estos tiempos.

Para las almas que sienten, para los que elegimos la vida en que vamos, con sus risas y llantos de placer ó dolor, antes que la vida de las regiones heladas en que hasta las lágrimas se congelan al caer; para los que no dudamos de Artigas, porque vimos en él al verdadero padre, que abandonado en el antro de la selva esperó hasta morir la vuelta de sus hijos pródigos; para todos, en fin, para la humanidad entera, ahí queda el Artigas de Zorrilla, la palabra cálida, el acento vibrante, la prédica generosa, del más grande orador del habla castellana.

. . . .

La evolución iniciada ha sido armoniosamente bella. Falta ahora, robustecer el plumaje de sus alas para que ella se imponga á los huracanes del futuro. Falta recordar al proscrito voluntario; al que hace noventa años, dominó con su mirada de águila los hechos que

vendrían, y lloró en las costas uruguayas el dolor de sus hijos. Falta realizar la unión de nuestro pueblo en forma duradera, que lleve á todos los ámbitos de la República un mensaje de intenso amor.

El hacer tangible esa suprema aspiración de los espíritus selectos, es obra que se aleja de la gestión de los hombres, demasiado sometidos á las corrientes malsanas de las épocas, para contrarrestar el avance de las muchedumbres desorbitadas.

Es á vosotras, señoras y niñas, á quienes se os confía el olivo de la paz. Es á vosotras que tenéis á vuestro alcance el único cincel capaz de desprender las asperezas que acumula la lucha por la vida en el campo del hogar. Es á vosotras, dignísimas herederas de aquellas viejas generaciones de mujeres estoicas, que con el corazón destrozado por la pena y los ojos velados por las lágrimas, ofrendaban á las guerras de la independencia, sus más caros afectos: sus padres, sus maridos y sus hijos.

En vuestras manos queda la suerte de la Patria.

DISCURSO DEL PRESBÍTERO EDUARDO DUFRECHOU

El clero su y mancomunidad con los próceres de la Independencia

He leído la historia de América; y al recorrer sus páginas salpicadas de luz y perfumadas con un aliento de virgen gloria, he sentido en el alma una ebullición de afectos; y algo así como una explosión de emociones suavísimas.

Como sacerdote, he experimentado una sensación de orgullo y un soplo lisonjero que sabía á satisfacción, y, hasta envanecimiento de mi nobilísimo estado, ha venido á refrescar mi frente, tantas veces azorada por el dicterio, tantas veces mancillada por el fango de la befa, de esa befa desapiadada que brota de los labios escarnecedores de las burlas callejeras.

América es muy grande. Sus glorias son colosales como la mole de sus montañas, y deslumbradoras como los soles que se pasean por sus dos hemisferios.

Pero la grandeza moral de este Continente de hechizos estriba en la roca granítica de la fe evangélica. La Cruz de Cristo es, al mismo tiempo, base y remate de su magnificencia prodigiosa. Cuando América se levanta del seno de sus inviolados soledades, para salirle al encuentro de un marino visionario que sueña con las Indias Orientales; yo veo que son los misioneros evangélicos los que infiltran en su corazón salvaje un hábito de vida nueva, robusta y generadora: el aliento fecundo de la civilización cristiana.

América nace á la vida de la regeneración del progreso, en manos del Sacerdocio católico. El Sacerdote la acompaña como un ayo solícito, durante una jornada de tres centurias. Se encuentra siempre á su lado en los momentos de crisis supremas, y es El, también El quien prepara el despertar de sus horas solemnes.

Vamos á verlo.

Después de su hallazgo afortunado, no encontraréis, en la Historia de América, un hecho más trascendental, un fenómeno social más culminante y capital que su emancipación política del tutelaje de la Madre España. Pues bien: ese acontecimiento extraordinario, cuyo recuerdo glorioso despierta en todos los americanos una tempestad de frenesíes y delirios patrióticos, emerge como un astro; se desarrolla suavemente como un germen latente, á la sombra de la Cruz, y, en ese madero de Cristo que es el símbolo de la civilización, y, como la síntesis de todos los principios de libertad, de orden y de justicia, encuentra la fuente de sus más briosas energías.

Levantad, sino, vuestras miradas hacia el norte, hacia esas regiones pobladas de ruinas y leyendas, donde aún repercuten los ecos de una elegía que llora la desaparición de muchos imperios imposibles; y allí, en ese vasto territorio de Méjico, os encontraréis, con tres figuras incomparables: Miguel Hidalgo, José María Morelos y José Antonio Torres.

¿Los reconocéis? Estos han sido los primeros que tocaron á rebato, concitando á las muchedumbres esclavizadas para romper sus ominosas cadenas. La libertad no ha tenido, en el estado mejicano, apóstoles más fervientes ni campeones más esforzados.

Con la Cruz en la mano; y, enarbolando majestuosamente el estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe, ellos se presentan al pobre pueblo, á las muchedumbres desharrapadas, para quienes sólo eran los yugos y vejaciones; y, son ellos, los improvisados bardos que, con las divinas inspiraciones que se desprenden de las páginas evangélicas, cantaron los himnos de la verdadera, de la legítima, de la olvidada democracia.

Sin la acción avasalladora y potente de estos tres hombres, Méjico no hubiera despertado de su modorra; ni las multitudes oprimidas hubieran esgrimido los flamígeros aceros con que se abaten las desalmadas injusticias y se reconquistan los derechos conculcados.

Pero, dejemos esas melancólicas comarcas, extranguladas, un día, por la mano férrea de Hernán Cortés, para acrecentar la grandeza de la nación que, entonces, no viera ponerse el sol en sus dominios;

dejemos esa patria de los grandes recuerdos y de los hermosos triunfos de una civilización precolombiana: y concretémonos á estudiar analíticamente los sucesos que tienen por teatro el vasto territorio que riegan con sus aguas el Paraná, el Uruguay y el Plata.

Y bien: la Revolución de Mayo no tiene explicación alguna sin los anhelos de libertad, sin los principios democráticos fomentados y predicados por el sacerdocio católico.

Liniers, el valiente reconquistador de Buenos Aires, será la prueba más luminosa de mi aserto. Ese pundonoroso militar pronunciara un día una verdad muy grande, como un templo.

Escribiéndole á Sarratea acerca de la revolución que cundía por todas partes, como un torrente desatado, preguntábale con despecho: "¿Quiénes son los autores de esta novedad?" En seguida, él mismo, perfecto conocedor de los acontecimientos y de las cosas, se daba la contestación en estos términos: "Frailes fanáticos, etc.". El fidelísimo general francés llamaba novedad á la causa gloriosa de nuestra querida, necesaria é imperiosa independencia; á los dogmas de un Credo político y social forjado en el silencio meditabundo y sugestivo de los claustros.

Y era, realmente, todo aquello una verdadera novedad; y era, al parecer, algo más que esto, todavía: era una utopía irrealizable, una solemne locura.

Pero, este frenesí de patria y emancipación política, entre sus víctimas sublimes, tuvo, ante todo y sobre todo, á las personalidades más salientes del clero platense.

"Altísima como fué la temperatura de Mayo,—dice Guillermo
" Achával,—á ella contribuyó en parte el elemento religioso, y es
" porque en aquel entonces había en cada sacerdote no sólo un
" ministro de Dios, sino un tribuno...

"Cuando despunta el día histórico de la histórica semana, el sa-
" cerdote medita un instante y pregunta á su conciencia dónde está
" el camino de la verdad y del bien. Una lucha terrible entre el
" fraile y el patriota debió hacer presa en él. La violencia de los
" golpes de los contendientes lo aturdió, y en la hesitación que
" caracterizó al primer momento se van nítidamente las dos tenden-
" cias en lucha. El religioso pide paz, dulzura, tranquilidad y per-
" dón; pide que los hechos no se fuercen ni que se extremen las co-
" sas, y siguiendo lo que *según parece* flotó en el ambiente de la
" hora sublime, impetró desde el púlpito á los buenos "fidelidad, ho-
" nor y amor al Rey". "No esperéis, señores, que desde este lugar

" santo, os hable yo otro lenguaje que el de la verdad. Sois demasiado católicos y piadosos para que no censuréis justamente mi conducta si tuviera el sacrílego atrevimiento de prostituir mi sagrado carácter. Un orador profano podrá tomar á su cargo elogiar desde una tribuna la sublimidad de vuestros leales, patrióticos pensamientos y empresas, pero á un orador sagrado sólo le corresponde instruiros y excitaros á la piedad". ¿Qué más podía decir el doctor Zaraleta el 30 de Mayo de 1810?

"Esa doble faz del patriota que se siente arrastrar y del sacerdote que recuerda su deber, duró sólo un momento. Y cuando los primeros golpes de la Revolución—golpes que jamás se vieron ni más rápidos ni más audaces—nos brindaron el primer laurel de la jornada, dejando entrever una muy dulce esperanza; la idea de la emancipación comenzó á deslindarse por rasgos inequívocos y el sacerdote colgó su vieja vestidura de conservador. El alma del patriota vibró bajo la sobrepelliz del orador, y dejándose llevar por el torbellino que lo embargaba á él también—porque al fin y al cabo era un hombre—exaltó al grado de santo el amor á la Libertad". (El Clero Argentino. Prólogo. Tomo 5. Páginas XIX, XX).

El sacerdote, debemos reconocerlo, en esa época caótica, de incubación de peregrinas ideas, fué, por decirlo así, el visionario que entrevió una tierra de promisión.

Desde la cumbre de sus especulaciones sociológicas, observó la marcha de las multitudes, conscientes de la pujanza de sus fuerzas; y pudo leer con claridad en el libro del futuro.

Fray Cayetano Rodríguez, aquel fraile de largas miradas, que supo formar hombres de la talla de Belgrano, Moreno, Eguio, Bárcena y cien más, desde la cátedra donde enseñaba como maestro, los principios más altos de una sana filosofía, pronunció en cierta ocasión estas palabras sibilinas que sus alumnos recogieron atónitos, como un versículo incomprensible del evangelio de la patria: "No sé qué presagios advierto de libertad; pero es necesario formar hombres".

Después de esto, no os extrañéis, si apenas estalla el movimiento emancipador, véis que el hijo de San Francisco abandona su humilde celda para agruparse, con el pueblo, en torno de una bandera: la de Mayo; y que es la encarnación de los más soberanos principios de la justicia y del derecho. No os extrañéis tampoco, si véis, igualmente al docto y elocuente domínico consagrar todos los caudales de su ciencia á la defensa y apología de un anhelo, calificado de utopía;

y de una causa santísima, estigmatizada con los nombre de rebelión y novedad de unos frailes fanáticos.

Yo veo ahora que las ideas encontradas violentamente, se chocan, y que la división de los espíritus, flamea por todas partes un lábaro de muerte.

No es posible la calma en esa efervescencia de odio. La vetustez, la preocupación y el absolutismo se yerguen amenazantes, dispuestos á no ceder el campo á la nueva doctrina que, avanza á tambor batiente, ensordeciendo el aire con sus rumores de alborotadora marca.

La sangre ha sido, siempre, el humus fecundante, el abono incomparable para el desarrollo y evolución de los principios sublimes. El dogma de Mayo era una filosofía avanzada: para hacerse carne, en el seno de las masas, y vencer todas las resistencias que se opusieran á su creciente incremento, tuvo que recibir su bautismo de sangre, ese tributo supremo del corazón humano.

Los que se llaman súbditos fieles de Fernando VII esgrimen las cortadoras espadas; y hacen aullar á los cañones, desde lo alto de los fuertes.

Pero el Dios de Sabaoth está con el pueblo; se ha puesto, como siempre, del lado de los humildes; y, debido á esto, es que los patriotas pueden arrollar, audazmente, á los aguerridos ejércitos realistas. En esas jornadas homéricas, buscad, ahora al poeta inspirado, al cantor de voz electrizadora y subyugante. Lo hallaréis, bajo las arcadas y bóvedas del templo católico.

Cuando el triunfo coronaba los esfuerzos y sacrificios de las armas patriotas, el sacerdote católico convocaba á las muchedumbres devotas; las impelía á postrarse de hinojos; y, delante de ellas, en las moradas del Dios vivo, cantaba un Te Deum; ofrecía el Santo Sacrificio, bendiciendo al Dios de las batallas que segaba laureles para ornar con ellos las sienes de los hijos de la patria.

No sólo esto: aquella voz, anunciadora de la doctrina evangélica sabía también, entonces, modular sublimes cantos de alabanza y tejer el panegírico de los que habían sucumbido á la sombra de la bandera de Mayo.

Dos volúmenes se han formado, en la vecina orilla, con esas piezas de oratoria; y, ahí andan por esos mundos de Dios, para atestiguar el patriotismo del clero platense y su adhesión profunda á la causa de la independencia. Allí, en esas páginas felizmente arrebatadas al olvido, se encuentra un reflejo de las ideas que dominaban al clero

platense. Allí, se hallan la defensa más decidida y entusiasta del espíritu democrático y la apología sincera de la causa de nuestra emancipación política.

Las piezas, allí coleccionadas, están suscritas por las principales eminencias del clero de aquella época: por el doctor Domingo Victorio de Achega, aquel que en 1813, hablando de la Revolución de Mayo, exclamaba: "¡Revolución verdaderamente grande, empeño heroico y magnánimo! La razón lo justifica; los derechos lo autorizan; y la religión lo ampara"; por el Deán Funes, quien un año más tarde proclamaba que "la libertad es el primer derecho del hombre"; por Castro Barros, el enemigo más acérrimo que el absolutismo español contara en América; por Castañeda, Agüero, Pacheco, Pantaleón García, y cien más, cuyos nombres la gratitud póstuma debe recoger con amor y guardar con veneración en los archivos de nuestra gloriosa Historia Americana.

Hubo un período de ofuscación y desaliento. Los principios de 1810 recibían acometidas mortales.

La democracia plegaba sus banderas triunfadoras. Las multitudes descarriadas y claudicantes, iban á abandonar sus templos legítimos, para ir á postrarse ante las aras de falsas y exóticas deidades.

Rivadavia y Belgrano, García y Sarratea, erraban, como fantasmas, por las cortes del Brasil, Inglaterra y España, en demanda de un amo que viniera á entronizarse en estos dominios del Plata.

El 9 de Julio de 1816 se efectúa el Congreso de Tucumán. Allí, reina el espíritu directorial. Pueyrredón, desde Buenos Aires, maneja todas esas voluntades. Todos los que forman parte de esa Asamblea son empecinados partidarios de la forma monárquica. Ninguno comprende las necesidades del momento; ninguno ha sabido descender hasta el alma del pueblo, para conocer sus instintos é interpretar sus anhelos. El Congreso de Tucumán fué una verdadera apostasía. En sus sesiones, la entidad popular, la suficiencia y poderío de las turbas magnetizadas por los hechizos del dogma de Mayo, son cosas de poca monta; son nada más que unas cuestiones baladíes. Por esto se las desprecia y se las descarta, como se desprecia y descarta todo lo que no se comprende, todo lo que se odia.

En medio de esa oscuridad hiperbórea, entre esa subversión de principios, sólo se halla un hombre de pensamiento altivo, independiente, enemigo de las viejas formas. Es Fray Justo Santa María de Oro. En su corazón no se ha extinguido la llama del patriotismo, y en su espíritu han hallado profunda resonancia los clamores del

pago, los gritos de una tierra nacida para la libertad, y preparada ya para entrar sola, sin andadores, por la senda de la civilización, independencia y engrandecimiento social.

Cuando, en una de las reuniones de ese Congreso de Tucumán, todo parecía conspirar contra el objeto de las aspiraciones populares, y la democracia arriaba sus banderas, para marchar, vencida, al ostracismo, aniquilada por las intrigas de una falsa política, ese humilde hijo de Santo Domingo levanta su voz enérgica y vibrante, como un clarín de combate, y pronuncia estas palabras que retumbaron, como un trueno, en el recinto de aquella sala de Sesiones: "Señores, yo no he venido aquí para uncir el pueblo al yugo de otro soberano, quiero un pueblo completamente libre. Y si no es así, protesto y me retiro". Esto lo decía un religioso domínico en pleno Congreso de Tucumán.

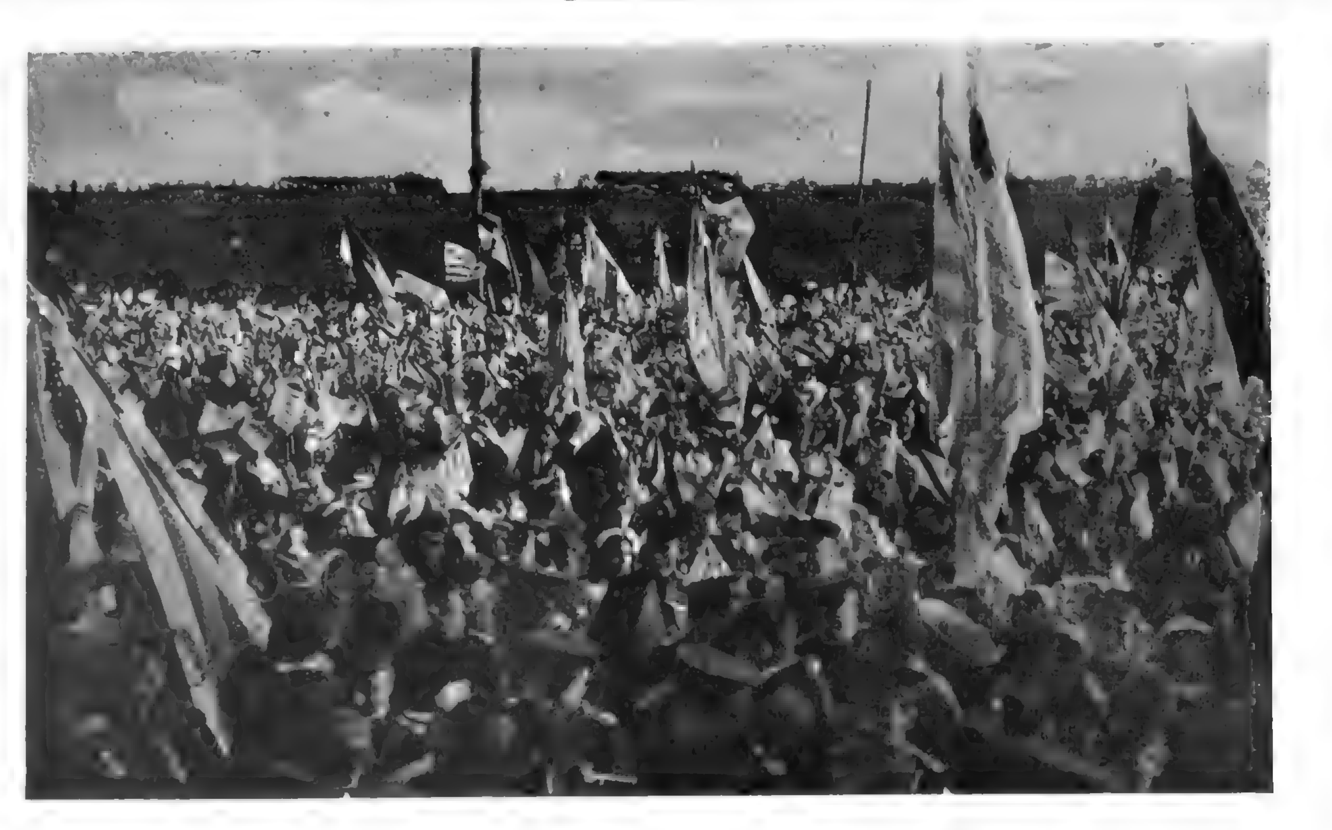
Y mientras su voz se perdía por las soledades del aire, ya preparaba su plano, Fray Francisco de Paula Castañeda para redactar sus notas lapidarias, pidiendo al mundo el reconocimiento de la nacionalidad argentina, y Fray Pedro Luis Pacheco se dirigía al viejo mundo para perorar en el Congreso de Verona por la causa de nuestra independencia y suplicar á las naciones europeas, en nombre de la religión y de la justicia, no se despojase á los pueblos del Plata de una libertad que habían conquistado con el sacrificio y heroísmo de sus hijos.

Pero desviemos, ahora, nuestros ojos, de ese vasto campo de acción, de donde surgió á fuerza de tenacidades y luchas la gloriosa nación Argentina.

Contemplemos todo lo que pasa en el seno de nuestra patria Ahondemos profundamente, con los barrenos del pensamiento, en ese cúmulo de acontecimientos, cuyos resultados, á la larga, fueron la Constitución del Estado Oriental, la independencia de este Uruguay querido, sueño de nuestros sueños, amor de nuestros amores, cuna de la democracia americana y palestra de inconcebibles heroismos.

Cuando el sol de Mayo derramaba por todas las comarcas del Río de la Plata sus irradiaciones benéficas, en nuestra patria, palpitaba un corazón con bríos de titán; y fulguraba una mente que parecía una estrella, destinada á convertir, en claro día, una noche lo más lóbrega y destemplada.

Ese hombre que se yergue, en estos confines de la América meridional, como una encina centenaria, apercibida para resistir, triunfalmente, al huracanado soplo de los vientos, es el capitán de Blanden-



La concurrencia infantil

Desde el monumento, una parte de la asistencia escolar, predominantemente femenil. En primer término, la banda de los Talleres de "Don Bosco", que asistía al homenaje.

gues, terror de las indiadas y matreraje, bendición y auxilio de los siempre amagados pobladores y hacendados de la campaña uruguaya.

Artigas es el ungido que se presenta al pueblo con su mensaje en los labios y una visión en la frente.

El pueblo le reconoce como á un enviado de lo alto, y espera que el brillo de su espada, le trace rumbos certeros, para trepar á las cumbres adonde anida el águila, y donde se bebe el agua pura y tonificante de las glorias eternas.

Empero, no nos deslumbra tanto la grandeza de este héroe incomparable, que nos impida estudiar su naturaleza excepcional, y explicarnos el misterio de sus glorias seculares.

Artigas... ¿quién se atreverá á negarlo?... fué, lo que llamamos ahora, un hombre chapado á la antigua; fué un hombre de fe. Hay en su vida algo que le asemeja á aquellos héroes castellanos que sabían blandir muy reciamente las espadas, porque también sabían mirar hacia arriba y clavar muy alta la pupila, al sentir los primeros arponazos del abatimiento y del desmayo.

No fué, por cierto, allá, en el secreto pavoroso de las logias de Lautaro, donde Artigas concibió sus grandes pensamientos; ni mucho menos tuvo que inspirarse en los principios de la Revolución francesa para agigantar su espíritu cuando la obsesión de una patria autónoma atormentara su conciencia, como una pesadilla de gloria. Artigas, todo lo que es, se lo debe tan sólo á su educación, netamente cristiana.

Las ideas que un día despuntaron por su mente como una floración primaveral, fueron rosas purpurinas que entreabrieron sus capullos á la sombra de la cruz, fueron—permitidme que con este nombre las bautice—fueron flores del claustro.

¿Quien podrá negar que ese convento de San Francisco donde brillaban hombres de la talla de Fray Benito Lamas y Fray José Monterroso, fué el yunque donde se forjaron las armas de la patria, esos aceros invencibles que debían dilacerar las entrañas de los leones de Iberia?

En esos claustros de San Francisco, Artigas, cuando niño, había aprendido los primeros rudimentos del saber.

La fe cristiana, rico patrimonio que recibiera de sus padres, allí, con el aprendizaje de las letras, se desarrolló á maravilla; como un germen potente que halla á la mano todo lo necesario para sus evolutivas expansiones.

Estalla en 1811 el movimiento revolucionario. El grito de Asencio provoca por todas las comarcas de la patria una impetuosa conflagración de bélicos entusiasmos.

El clero aparece, entonces, al lado de los pendones libertadores.

En Paysandú, son los Presbíteros Martínez y Maestre los primeros que recogen en su alma la misiva de la patria, convidando á sus hijos para escalar el cielo en una empresa titánica.

Santiago Figueredo, Cura de la Florida, Valentín Gómez, Cura de Guadalupe, Tomás Gomensoro, Cura de Soriano, Gregorio Gómez, Cura de San José, Juan José Giménez, Cura de Minas y Enrique Peña, Cura de Colonia, siguen las huellas de aquellos patriotas colegas, y consagran todo su ser á la causa de la revolución no bien los clarines de la guerra expanden por los campos sus marciales vibraciones.

Al lado de estos nombres, deben figurar los de Gadea y Martínez, capellanes del ejército de los Andes; los de Manuel Antonio Fernández, Pérez Castellano, Manuel Barreiro, y cien más que no cesaron un punto de atizar el fuego sagrado para que sus llamaradas ardientes, envolvieran á la patria en un nimbo de libertad omnímoda y perfecta.

En Montevideo, decidme ¿no fueron acaso los Franciscanos, esos hijos del pueblo, los más entusiastas voluntarios que en 1811 corrieron á enrolarse en el ejército del pueblo, de ese pueblo uruguayo que habían comenzado á sentir hambre y sed por la conquista de sus derechos?

Sí; fueron ellos los instigadores de esa fiera dormida que, aún, no había ensordecido los aires con los rugidos del heroismo.

El gobernador Elío los atisba; teme que esa fuerza moral que representan los hijos del claustro derribe al suelo todos los diques con que él pretende atajar la desbordada corriente de las nuevas ideas.

Los pone en el compromiso de firmar un documento que es la abdicación de sus más caros principios y el holocausto de todas las aspiraciones y esperanzas que han alimentado en su corazón de patriotas. Más, aquellas voluntades de hierro no se dejan vencer ni por los halagos de una promesa ni por los terrores de una amenaza.

A las doce de la noche son arrancados por la brutalidad de la fuerza de aquel dulce y sosegado retiro, donde predican el verbo de una nueva era, y donde, con la mirada hundida en las inmensidades del cielo, ruegan por los destinos del mundo americano y por el progreso evolutivo de una patria en gestación.

"Váyanse con sus matreros", es el grito de muerte que esas víctimas del patriotismo sienten repercutir por sus tímpanos, al verse fuera de las puertas de Montevideo, solos, sin más compañeros que el breviario, y condenados á vagar sin techo y sin recursos de ninguna clase, por la peligrosa soledad de los campos uruguayos.

Esos hombres, en esa coyuntura suprema, no tuvieron un momento de perplegidad é indecisión, marcharon á pie por el territorio de la patria, y no detuvieron su paso hasta no dar con la falange de los patriotas, aquellos indomables montoneros de Artigas, estigmatizados por Elío con el denigrante epíteto de matreros.

Desde aquel momento, el patriarca de nuestras edades primitivas, vése rodeado siempre por la sombra benéfica del sacerdote católico.

Parece que, como él, hubiera celebrado una alianza, un tratado de mutuo amor y de recíprocas inspiraciones.

Su secretario es el Padre José Monterroso. Larrañaga y Lamas son los ángeles que reconfortan su espíritu, en las crísis de la lucha. Valentín Gómez, aquel que en Las Piedras recibiera la espada del rendido Posadas, y Santiago Figueredo, aquella alma con rejos de león, son sus soldados más intrépidos, son su pensamiento guerrero cristalizado en hazañas homéricas.

Siempre, siempre, en las circunstancias más difíciles é imponentes, en las horas de la amargura y en los éxtasis del triunfo, junto á la patriarcal figura del vencedor de Las Piedras, se destaca el pardo sayal del franciscano ó la negra vestimenta de los ministros del Santuario.

Después de todo esto, decidme ¿no podríamos nosotros, los que formamos parte del clero uruguayo, aplicar al precursor de nuestra independencia aquellas palabras con que, León XIII también, reclaclamaba á Cristóbal Colón, como una gloria de la Iglesia: "Columbus noster est?".

¡Artigas también es nuestro! Nos pertenece por un sin número de razones.

Nos pertenece por su fe cristiana. Incólumne, la conservó en su seno, como un tesoro preciado.

Las logias de Lautaro no conocieron nunca un enemigo más encarnizado.

Las máximas y principios de la Revolución francesa no ejercieron el mínimo influjo sobre su espíritu robustecido con la savia de la doctrina evangélica.

Su maestro fué Washington, el hombre de las grandes afirmacio-

nes, de la fe en el pueblo, de la fe en todo lo que es eterno: la religión, la justicia, la razón y el derecho.

Nos pertenece por las influencias que modelaron su temple y determinaron los caracteres idiosincráticos de su personalidad de apóstol y defensor acérrimo de la causa popular.

Nos pertenece por las orientaciones, completamente sacerdotales, que recibió su pensamiento pujante, al sentirse embestido, por el ejército de las ofuscadoras sombras.

Nos pertenece porque durante su vida toda, el sacerdote fué su más fiel compañero y también porque al exhalar su último aliento, allá en el silencio nemoroso de las lejanías paraguayas, fué un sacerdote quien se encargó de guardar, como una reliquia, los mortales despojos de ese hombre celoso, para que un día el Uruguay pudiera arrodillarse ante ellos; y besarlos con esa veneración con que se besan las cenizas de un mártir sublime.

Si ahora, en los grandes días de la patria, podemos desfilar reverentemente ante la Rotunda de nuestro Cementerio Central, y besar una urna que guarda unos huesos sagrados, esto sólo debemos al cura de la Recoleta, á nadie más que á ese sacerdote de la Asunción.

Otra vez lo repito: Artigas, también á nosotros nos pertenece.

Muy justo es, por lo tanto, que la voz del sacerdote, se haga oir en estos momentos de embriaguez patriótica.

Todo el mundo ha tomado parte en los alborozos provocados por el glorioso centenario de la batalla de Las Piedras. Nadie ha dejado de entonar un himno de loor al héroe de esa jornada.

El clero uruguayo ha sabido portarse á la altura de sus antecedentes.

Hoy, como ayer, se ha acercado al patriarca de nuestras edades primitivas, no ya para enjugar el sudor de su agitado rostro ó allanar las arrugas de su pensadora frente, sino para estampar en sus mejillas el ósculo del amor y del recuerdo perdurables.

Yo, me he constituído intérprete de todos los sentimientos que se albergan en el corazón de mis hermanos en el sacerdocio, y por esto, he arrancado de los vergeles de mi alma las flores más fragantes y lozanas y con ellas he tejido una modesta corona que, placenteramente coloco sobre la cabeza del héroe, para quien siempre he tenido: en el alma, un cúmulo de afectos; y, en mi pobre lira, un himno de resonancias perpetuas.

DISCURSO DEL SEÑOR LUIS TORRES GINART

Señoras; Señores:

He llegado hasta aquí, conducido por esa ráfaga, sonora como voz de una epopeya, que hoy nos trae vibraciones del pasado y que deja, al cruzar, un toque de luz de aurora en cada frente y en cada labio un beso de esperanza.

Es un viento amigo ese que pasa, armonizándolo todo, perfumándolo todo; viento que esparce esas solemnes melodías que propician las grandes explosiones ó los grandes recogimientos del espíritu.

Este Centro, por su tradición y por su carácter, debía sentir también en su ambiente el aleteo de las glorias que hoy cruzan en tropel resonante y luminoso, como una bandada de aves, por el cielo azulado de la Patria.

Ellas aquí se han detenido hoy porque han visto mucha luz en esta fiesta. Han volado á ella como alondras en busca del astro matinal.

Oh, vedlas, sentidlas, sobre todo.

Pero no, señores; mi misión no es recogerlas en esta mi palabra que apenas toca en vuestros oídos y se aleja, quizá, sin dejar huella en ellos y sin sonar en vuestro espíritu, porque es muy débil, por ser mía.

El verbo se estremece en mis labios, como próximo á estallar, al solo contacto de la visión que flota intraducible en mi alma.

Por eso, no sin cierta vacilación acepté el honor que la Junta del Club Católico me discernía al abrirme las puertas de esta tribuna prestigiosa.

Miré esta fiesta para mí como una página en blanco donde no sabía mi espíritu qué palabras escribir que fuesen dignas de vosotros y dignas también de la fiesta misma.

Pero recordé una alada leyenda que acaso se desprendió de mi propia fantasía al choque de la sugestión de aquella duda, como la flor que una ráfaga arranca de su cuna de hojas marchitas.

Y vi á la princesa deseada sobre el dosel al que en pos de los ojos todas las almas se dirigían. Ante sus plantas había dejado el guerrero la espada que simbolizaba sus conquistas; el genio, el lau-

rel que era el emblema de su gloria; el noble, el blasón que era la riqueza de su sangre; el opulento, el oro que era el blasón de su riqueza. Como un torrente de sol brillaba el homenaje á los pies de la princesa en cuyas pupilas tanta luz no había logrado disipar, sin embargo, la sombra de la indiferencia.

Pero uno faltaba todavía; uno que no había depositado aún su ofrenda. Y entre el tropel de las miradas tendidas como dardos de ironía desdeñosa, se vió al trovador llegarse hasta el dosel resplandeciente, llegarse y dejar tímidamente en él la lira que era todo su tesoro, la lira que era la historia y el símbolo de su corazón. Miró al trovador la niña con mirada transparente como la de un astro en una noche calma y azul. Y la multitud vió entonces reflejada en los ojos de la princesa una lira, y temblar entre sus manos un corazón que ella, entregó sonriendo á quien con el solo poder del suyo acababa de conquistarlo...

Yo vengo aquí trayendo también una lira que es mi corazón. Pero con ella no pretendo conquistaros.

Para llenar la página en blanco me bastaría con solo pronunciar un nombre. El de aquél que está en estos momentos en vuestras almas: El que están pronunciando ahora en silencio vuestros labios.

Cuando veo la sombra de Artigas desfilar ante mi mirada, siento que mi alma se desborda musicalmente dentro de mí mismo. ¿Quién, nacido en este suelo, no se siente poeta en ese instante visionario?

Recordad, señores, á aquel adolescente que para la posteridad es el Correggio, y que, bajo el influjo de una emoción sugeridora, exclamó un día ante un cuadro de Rafael: *Anch'io sono pittore.* También yo soy pintor... Señores, ante la visión de Artigas, yo también soy poeta.

Dejad, pues, que haciendo hoy abstracción de especulaciones históricas y filosóficas, dé á mis palabras el tono amable que imprime á esta fiesta ritmo familiar.

Yo no veo con más intensidad al héroe ni lo siento más cerca de mi espíritu, que cuando lo miro á la luz de la estrella que alumbró su paso declinante sobre la tierra. Tiene entonces la grandeza del silencio y de la soledad de los crepúsculos. Tiene sobre todo la grandeza del dolor. Las grandes tristezas son á veces la cuna de las grandes esperanzas. Las que envolvieron aquella hora desierta que acompañó al caudillo á su destierro, hoy sabemos que redimieron el alma de la libertad futura.

Dejad que mi espíritu se vuelva á aquella hora vacía de luz y

llena de insomnios y de noche, que sonó en el Uruguay cuando el profeta que trepaba su monte Nebo para morir sin alcanzar la tierra prometida, abandonó para siempre el suelo que él roturó con su espada y regó con la sangre de su pueblo para sembrar el germen de la Patria.

Nunca brilló con más intensidad que en aquella hora vestida de luto, la franja diagonal de la bandera inmune en que se tendieron para morir, sangrando como el corazón del héroe, sus últimos sueños y sus últimas esperanzas.

Buscad y no encontraréis una hora más grande y más solemne en la vida de los caudillos americanos; una hora que más intensifique el quilate y la grandeza de aquel espíritu sin mengua que, al morir solitario como un sol, proyectaba en pos de sí el resplandor generoso que había de iluminar en su ausencia la marcha de los patrios destinos vacilantes.

Y aún dura aquella luz y aún los nuevos astros y las nuevas auroras se encienden en el resplandor de aquel crepúsculo.

¡Oh, si la sombra dejó alguna vez su huella en aquella vida y manchó en una hora fatal su transparencia, el dolor, el exilio, la expiación secular á que lo condenaron la calumnia y el olvido, fueron el crisol depurador, el oriente en que las brumas se volcaron, para dejar más blanca su figura y más luminoso y más azul el cielo de su prestigio y de su gloria!

El héroe mensajero de la Patria, que según nuestro gran poeta, recibió una revelación de lo alto, oyó y cumplió un decreto de Dios, había terminado su misión.

Artigas bajó por fin de su caballo. Era un centauro mutilado. Pero, señores, Grecia no se sintió más grande que cuando habló al mundo con la voz de las ruinas de sus monumentos.

Herido por la ingratitud y perseguido por el encono, la adversidad no logró deformar la armoniosa contextura de aquella alma que tanto luchó contra la derrota porfiada, ni pudo abatir su carácter, rasgo saliente en que culmina la figura cumbresca del caudillo.

Todas las pasiones se habían concitado contra él. Pero la serenidad de sus pensamientos y de sus actos no se sintió turbada. Acaso no ignoraba el héroe que así como "toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución", la que había llegado hasta él con ímpetu de racha, estaba también destinada á morir sin que, al pasar, abatiera el tronco ni lo despojara de sus frutos.

Dice un proverbio que los árboles impiden ver el bosque. Fueron sus glorias, señores, las que impidieron á sus enemigos ver á Artigas.

Pero él, como la ola de los mares, se agigantaba en la tempestad. Nunca fué más grande que en la desgracia. Necesitaba de ella para triunfar, para dominar á la Gloria, como aquel Carlos XII, rey de Suecia, que necesitaba para vivir, el ruido del cañón y el olor acre de la pólvora.

Un día dijo Luis XI al duque de Borgoña: "Mi padre tenía un gran árbol cerca de su palacio, en el que hacían nido pájaros graznadores. Le fastidiaban las aves siniestras é hizo quitar los nidos una y dos veces. Al cabo del año los pájaros negros volvían á anidar otra vez. Mi padre entonces hizo cortar el árbol y durmió mejor."

Eso han pretendido hacer con Artigas sus detractores. Deprimir, hasta arrancarla de la historia y aún de las entrañas del pueblo, su personalidad en que anidan las grandezas que turban el sueño de los que no han sabido elevarse como él á la altura de los héroes y los genios.

Bien puede decirse de Artigas lo que, refiriéndose al Rey sabio español, dijo un pensador ilustre: "Estos son reyes que de veras fueron, no en el simple sentido político, sino en el amplio sentido de la civilización, caudillos de su gente".

Artigas lo era de su pueblo que lo amaba y lo seguía. Nació con el resplandor del profeta en la frente; con el fuego del apóstol en el corazón.

Así como, según Bernardo el Trevisano, *para hacer oro, es menester oro,* para ser caudillo es necesario tener aptitudes de caudillo.

¿Y quién, entre los héroes de América que la Gloria sienta á su lado, las ha poseído no ya en mayor, pero ni aún siquiera en igual número, que el fundador de nuestra nacionalidad?

Artigas pertenece al número de los hombres representativos de que nos habla Emerson, amplificador del concepto que daba representación á las cosas de Behmen y de Swedenborg.

Decía Paul de Saint Víctor que "la vida de Atila debía escribirse no en una historia, sino en una epopeya, en idioma bárbaro."

Para la de Artigas que no es un Atila, yo no pido sino que sea escrita en el idioma de la verdad por el cerebro de los que no han nacido en la tierra de nuestro gran Patriarca; y por el corazón de todos sus conciudadanos en el lenguaje del amor y de la gratitud.

¡Y qué menos pedir, señores, que ese natural tributo de los hijos á los padres, para quien llegó á legarnos el patrimonio sagrado de su corazón y de su nombre y la herencia invalorable de la Patria que hoy poseemos, con sus ríos y sus colinas y sus flores y su cielo;

con todas sus tradiciones y sus glorias; con todo su pasado y su futuro; con nuestros padres y con nuestros hijos?

Porque la Patria, señores, es algo más que ese girón de cielo azul que nos cubre y ese pedazo de tierra fértil y hermosa que pisamos. Es algo más que los astros que nos prestan su luz, y los árboles que nos dan sus frutos, y las flores que nos brindan su perfume, y las aves que nos recrean con sus cantos. La Patria no es sólo el aire melodioso que envuelve las colinas, y las cumbres que se arropan en la luz de los diáfanos horizontes, y las aguas que se mecen en la cuna de los ríos, y el sol que enciende las alturas y fecunda los gérmenes del suelo. La Patria es todo eso, señores, y algo más; es mucho más. Somos nosotros elementos componentes de ese núcleo que determina la constitución del patrio organismo colectivo, de la entidad personal que entra sin descomponerse y sin confundirse en la agrupación de las entidades internacionales; son los héroes que recortan sus siluetas en el escenario de la historia; es la historia que devela el misterio de los hechos desentrañándolos del secreto del pasado; es la vida intelectual y afectiva de la sociedad; es la bandera que confunde sus colores y su luz con la luz y los colores del espacio; es el flotante espíritu invisible que circunda de resplandores armoniosos los seres y las cosas; es la lira resonante en que cantan las estrofas del poema homérico; son los laureles que forman el bosque sagrado de nuestras glorias; es la sangre del martirio; las lágrimas del infortunio y la derrota; los sacrificios fecundos y los triunfantes heroísmos; es, por fin, señores, para nosotros, el viejo precursor de nuestra epopeya emancipadora, el anciano gigante, el vidente enorme, el mensajero de la Patria, el padre Artigas....

¡Ah, es verdad, señores! Preciso era que nos detuviéramos en ese nombre que rueda como un trueno por sobre nuestras cabezas y suena hoy como una diana triunfal en nuestro pensamiento. Pero mi lira no tiene la cuerda épica para cantarlo! Yo me siento desfallecer bajo el peso abrumador de esa visión inmensa y fulgurante que baja á posarse sobre mi espíritu desde el solio triunfal de su eterna apoteosis con que se aureola el cielo azul de nuestras glorias. Mi alma está poblada, señores, en este instante, de sensaciones sin nombre. La frase musical que ha de encerrarlas, se apaga sin nacer en la garganta. Y mis labios callan y se estremecen...

Escuchad, sin embargo, por un instante la voz de esa ráfaga armoniosa que llega del pasado. Recojamos en nuestras almas ese aliento impregnado de epopeya; abramos nuestros espíritus á las

caricias de ese resplandor que baja á hacer luz en nuestras conciencias, á encender los leños del hogar de los recuerdos que son ejemplos y enseñanza, que son llama inextinguible, en que se templan las horas del desaliento, cuando pasa silbando por las frentes el cierzo doloroso en la negra noche invernal de la derrota.

Recorramos una vez más la página de Las Piedras. Leámosla una vez más con la mano sobre el corazón. Hay tantos latidos en las notas de aquel canto! Escuchad el último acorde. En los coros de las tragedias de Sófocles no suena voz tan augusta como la del vencedor al imponer misericordia para el vencido, en aquella tarde en que á la victoria de las armas siguió el triunfo del corazón...

La apoteosis del héroe, en la rotación centenaria de aquella jornada homérica, si virtualiza ante la historia el fallo reparador de la justicia irrevocable, afirma también ante el mundo la soberanía y la grandeza del pueblo que la consagra.

Se han descorrido á nuestros ojos los últimos secretos en que, como al través de una niebla, se velaba todavía la gloria del genio tutelar de nuestros destinos inviolables. La sombra, acumulada en las almas y en el tiempo, por el olvido y la leyenda, se ha abierto al fin, como nube vencida por el sol, en explosiones de luz inmaculada. Sentimos ya la proyección de nuevas irradiaciones sobre el presente y vemos encenderse en una nueva claridad los horizontes del porvenir.

La hora que pasa suena para nosotros solemnemente.

Recojámonos por un instante dentro de nosotros mismos. Apartemos un punto nuestra mirada de ese brillo exterior con que se colora el homenaje y fijémosla en nuestra alma, y veamos si se refleja en ella la imagen del caudillo burilada por nuestra veneración y por nuestro afecto y sobre todo por la luz de sus enseñanzas difundidas en nuestra conciencia.

Seamos dignos de él.

¿Tu amada es muy alta?—pregunta un enamorado en un drama de Shakespeare, á su compañero de aventuras. Y éste le responde: llega al nivel de mi corazón.

Señores: que al presentarse Artigas al Tribunal de la posteridad y ser interrogado por su amada, la Patria, pueda responder lo que el personaje del drama del gran bardo inglés.

Tratemos de llegar al nivel del corazón de Artigas.

Sólo así complementaremos dignamente el homenaje de este Centenario y daremos su verdadera proyección, su verdadero carácter,

su verdadera realidad á esta sonora apoteosis que nos permite decir que si la vida del gran caudillo fué un largo silencio pensativo, su muerte es un eterno silencio resonante.

En la propia localidad de Las Piedras, se celebró por la noche una interesante velada á la cual asistió todo lo que tiene el pueblo de más distinguido y gran número de personas de Montevideo, que quedaron allí con ese objeto. Hicieron uso de la palabra los señores Víctor Escardó y Anaya, Juan José Sáenz Rivero y el doctor Juan Zorrilla de San Martín. No nos ha sido posible obtener ninguno de estos discursos. El éxito inusitado de la velada hace, por otra parte, el mejor elogio de los tres oradores.

LA VELADA DEL TEATRO SOLIS

Miércoles 30 de Mayo de 1911

Esta fué la fiesta de clausura; y en verdad que no pudo tener un desenlace más adecuado el ciclo memorable de homenajes con que las generaciones de 1911 rindieron holocausto á sus antepasados de 1811. El Comité de la Juventud, en su afán de conmemorar dignamente la gran fecha secular, había convocado con anticipación á todos los artistas del Uruguay para una serie de concursos literarios, musicales y escultóricos, y se escogió esta gran fiesta social para hacer conocer el nombre de los concursantes premiados. Todo Montevideo conocido estaba presente en nuestro primer Coliseo, en un espectáculo de gran gala cuyo recuerdo perdura todavía. Adornada artísticamente la sala, con el gran cuadro de Carlos M. de Herrera, representando á Artigas en el Hervidero, colocado en el fondo del escenario, se supo combinar un agradable programa, alternando la parte oratoria con hermosos números musicales ejecutados por el profesor Luis Sambucettti dirigiendo la Orquesta Nacional.

El Comité ocupaba el amplio escenario, acompañado por los más altas personalidades nacionales, invitadas especialmente. Varios días antes de la fiesta, ya no quedaba una localidad disponible. El resultado de los concursos fué el siguiente:

"Silueta de Artigas" premio único al trabajo presentado por el

doctor Héctor Miranda; "Cuento histórico", premio único al trabajo de los señores Ismael Cortinas y Washington Beltrán; "Marcha Artigas" (música), dos primeros premios á los trabajos de los señores Pílades Stampanoni y César Cortinas; "Maquete" (escultura), premio único al trabajo del señor Oliva.

Ambas marchas fueron ejecutadas esa noche por la orquesta y los trabajos en prosa fueron leídos por sus autores, mereciendo todos unánimes plácemes. Correspondió abrir el acto, á nombre del Comité, al bachiller Arístides L. Dellepiane, que fué justicieramente aplaudido, clausurándolo al final, en igual carácter, el doctor José Pedro Segundo. El doctor Zorrilla de San Martín pronunció también una alocución, saludando hermosamente á los artistas premiados y al pintor Herrera que contribuía también con su obra al brillo de la fiesta.

DISCURSO DEL BACHILLER ARÍSTIDES L. DELLEPIANE

Señoras, Señores:

Voy á decir del Héroe.

Del Héroe sí: y en la más noble acepción del término, porque su legendaria personalidad es una soberbia síntesis de todos los elementos de lo heroico!

Quiero evocar con vosotros recuerdos gloriosos. Son escenas luminosas y triunfales y horríficas jornadas de desolación y exterminio. Pero, en todas ellas, una figura dominante se eleva sobre los hechos, supera al triunfo con su grandeza, vence á la derrota con el soberbio temple de su alma; y resulta siempre superior á sus propios destinos. Voy á hablaros de Artigas y de los tiempos heroicos del Uruguay.

Era el despertar de la pasada centuria.

Sangraba el flanco de la vieja Europa, herida por las guerras.

Los Estados Unidos, inconmovible ya su independencia, iniciaban su estupenda carrera de pueblo cíclope; y pródromos de tragedia agitaban el continente entero. La invasión de la metrópoli por las armas napoleónicas, provoca la explosión.

El mismo ideal de libertad estremeció las colonias, irguiéndolas frente al poder hasta entonces omnímodo del dominador.

Surgieron los caudillos: Bolívar, Páez, Morelos, en el Norte; San Martín en los Andes... y surgió Artigas.



El homenaje de las Escuelas en Las Piedras

Otro punto de vista que muestra el número de la muchedumbre infantil. En el centro, las niñas; por la izquierda y al fondo, casi únicamente varones.

Fueron aquellos, en verdad, esforzados capitanes; bravos conductores de multitudes, pero no todos verdaderos héroes.—El héroe es mucho más.

Un siglo desvanece muchos espejismos; empaña el oropel. A su acción sólo resiste lo bueno, lo verdadero; lo forjado en metal noble.

Es de los grandes hombres lo que de esos bronces antiguos, que lucha victoriosos contra el tiempo y los agentes destructores, cuya acción sólo logra darles la pátina que los hace más bellos. Del mismo modo, son impotentes contra el héroe: el transcurso del tiempo, que no borra su recuerdo, y la calumnia ó el paralogismo del pseudo historiador, que lejos de alcanzarle, contribuyen en último término á su glorificación, en cuanto provocan la réplica justa y la búsqueda imparcial del investigador de buena fe.

Y Artigas surgió:

En torno suyo estrecharon filas las masas autóctonas.

El instinto de los pueblos adivinó al héroe y le confió sus destinos.

A la unción popular responde Artigas tronzando en Piedras al poder hispano y salvando con su victoria la revolución en las regiones del Plata.

Las Piedras!...

Se ha pretendido aminorar su importancia, pequeño combate, se ha dicho, choque insignificante de pocos hombres.

¡Como si el heroísmo se apreciase por cifras!

Pero ¿qué puede interesarnos la materialidad del combate?

¿No retempló acaso la victoria la fibra revolucionaria, abatida por los desastres del Paraguay?

¿No trocó, allende el Plata, el pánico en esperanza; no dió aliento para nuevas empresas y redujo al poder español á los muros de Montevideo?

¿No tuvo, en una palabra, una repercusión salvadora en los destinos de la Revolución entera?

Es esto tan evidente que el más acerbo enemigo de Artigas, el doctor López se expresa así: "Ante la suprema importancia de estos hechos, los contrastes del Paraguay habían quedado reducidos á un recuerdo insignificante y desnudos de todo influjo sobre los sucesos, que parecían prontos á dar una solución definitiva al éxito de la Revolución de Mayo".

Bastarían estas magnas proyecciones continentales para dar al triunfo la misma, si no mayor entidad que Chacabuco, Junín ó Ayacucho.

Mas para nosotros, orientales, hay en "Piedras" algo más interesante.

No lo dudéis, es aquí, que en hondo surco abierto por la lanza y por la espada, sembró el vencedor el germen de la nacionalidad, fecundándolo con el vivo y humeante bermellón de la sangre gaucha y de la no menos generosa sangre castellana!

La ciudadela del Plata era el trofeo precioso y obligado de Las Piedras.

En su demanda vuela el vencedor; pero le es imposible trasmitir el fuego sagrado de los victoriosos al jefe auxiliar. En vez del asalto que era el triunfo, se establece un asedio que hace la plaza inexpugnable.

¿Por qué esta extraña pasividad?

Hoy lo sabemos.

Ya se inicia la conjuración de los nocturnos que odian y temen las claridades democráticas.

Los uruguayos quedan librados á sí mismos—todo les faltaba; todo, menos Artigas.

Y entonces se vió, ejemplo formidable y único en la historia, el éxodo de todo un pueblo.

Artigas, no es ya el jefe, es el profeta, es el símbolo vivo que congrega al pueblo desterrado, manteniendo su unidad amparándolo en la proscripción.

Y así fué la dantesca caravana al través del enemigo, hasta posar su cruz y su heroismo en tierra de Entre Ríos.

Desde allí, hierático, la azulada pupila vuelta al oriente, el precursor sólo espera el momento propicio para guiar el regreso á la Patria. Y mientras llega el ansiado día, toda la costa está poblada de orientales que sufren infinitas penurias "con tanta conformidad y gusto, se ha dicho, que causa admiración y da ejemplo".

Cuando un pueblo puede inscribir en sus fastos, hazañas semejantes, hay derecho á esperarlo todo de su energía y de sus dotes morales.

Han pasado ya los nostálgicos días del Ayuí.

Las lanzas de la Patria circundan de nuevo la capital.

En el ambiente poblado de rumores bélicos, vibra con serenidades augurales la voz del caudillo.

Escuchadle.

Es su verbo de paz. Es su profesión de fe democrática; el acatamiento incondicional á la soberanía de los pueblos: "Mi autoridad

emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana". Es la proclamación de la independencia nacional, en su geniales Instrucciones del año trece.

Allí está el dogma de libertad, anticipándose á la declaratoria de la Florida, superándola en autoridad, valentía y precisión de ideas! Con más autoridad, me atrevo á afirmarlo, porque jamás asamblea alguna recibió su investidura de sufragios tan unánimes y espontáneos como los que confirieran á Artigas sus poderes.

Con más valentía y precisión, puedo decirlo, porque ello resulta de la simple comparación de textos.

La caída de Montevideo no marcó el fin de la lucha.

Fué preciso guerrear; vencer aún en Guayabos; imponer el derecho por la fuerza.

He aquí la guerra concluída.

1816 alborea para Artigas con destellos de esperanza:

"Acaso la fortuna no nos desampare, y el año 1816 sea la época " feliz de los orientales".

Noble ingenuidad.

Jamás tu pensamiento, ¡oh, padre de la Patria! pudo detenerse ni un instante en la posiblidad de que los vencidos por tu genio y por tu brazo, urdieran en revancha la más ominosa traición á la causa americana.

Fuiste mal agorero:

1816 no trae felicidad: trae el martirio.

Los nocturnos han encontrado ya el brazo ejecutor: á él te librarán.

Tu obra de civilización será derribada por el hierro y por el fuego: la estirpe oriental aniquilada.

De nuevo las colinas del terruño trepidarán bajo el casco de los corceles; y en los valles resonará el clamor apocalíptico de la guerra á muerte.

La invasión es formidable: esos veteranos de tez curtida y hosco mirar, son los mismos que con "el duque de hierro" han vencido en Badajoz y Torres Vedras, Talavera y Victoria, á los mejores soldados del mundo. Los mandan los mismos jefes que antes les guiaron, están armados de las mejores armas.

No importa. Artigas ha sentido el rumor de los tercios, que violan las fronteras, y reune sus huestes, sereno, confiando en su genio y en el valor de sus centauros.

Y la heroica cabalgata cerró contra el lusitano yendo á morir sobre los cañones: lanceando á los artilleros sobre las mismas piezas.

¡Cuánto heroísmo!

En India Muerta, Catalán, Santa María, Tacuarembó y cien combates más, la sangre uruguaya corrió á raudales, sin que el más leve soplo de desaliento agitara las filas patriotas.

Cuando un ejército es diezmado, puede afirmarse que se ha batido muy bravamente.

¿Qué decir de soldados, que de un efectivo inferior á dos mil hombres, dejan ochocientos muertos y quinientos heridos en las márgenes del Tacuarembó?

¡Ah! mientras exista sobre la tierra un corazón oriental, el recuerdo de esas sublimes abnegaciones provocará estremecimientos de patriótica admiración, y un piadoso tributo será rendido á los ocho mil héroes, que dieron su vida á la más justa de las causas!

En medio á aquel rudísimo batallar, lució una postrera vez el sol de "Las Piedras". A su lumbre el viejo león sintió renacer la esperanza y desde el campo de Santa María rugió sus agravios al Congreso:

"Merezca ó no Vuestra Soberanía la confianza de los pueblos que
" representa, es al menos indudable que Vuestra Soberanía debe celar
" los intereses de la nación."

"La sangre americana en cuatro años, ha corrido sin consideración, al presente Vuestra Soberanía debe economizarla si no quiere ser responsable ante la soberanía de los pueblos".

El soberbio mensaje no tuvo eco; no podía tenerlo.

La inmolación estaba decretada.

Tacuarembó consuma la conquista.

Las campiñas tornáronse bermejas y yace en ellas toda la población viril del Uruguay.

Artigas vive aún.

Derrotado, mas no abatido, pasa á Entre Ríos con el gesto imperioso del jefe obedecido. Su obsesión era la reconquista.

Y era tal su prestigio, que un nuevo ejército se agrupa bajo el oriflama tricolor. Pero está en tierra extraña;—y si los pueblos lo saludan como protector—los caudillos lo envidian y lo traicionan.

Ramírez, su antiguo teniente, es hoy el enemigo más encarnizado.

Ramírez ha vencido.

Es ahora que la grandeza del héroe alcanza su apogeo.

Portugal le ofrece una posición opulenta; la patria de Washington un retiro honorable; los caudillos del Chaco le brindan un refugio, se ponen á sus órdenes.

Todo lo rehusa. Lo que á su persona se refiere le es indiferente. Quiere morir: para ello va á pedir asilo al dictador Francia.

A su paso por Misiones y Corrientes los pobladores salían á pedirle la bendición y seguían sus huellas con sus familias é hijos, abandonando sus hogares.

Con un grupo de fieles cruzó el yermo chaqueño. Se detuvo en las fronteras del Gran Claustro y, antes de entrar para siempre en aquel país del silencio, tuvo un gesto de ternura infinita.

Recordó á sus leales compañeros que sufría en la Isla das Cobras, y desprendiéndose de toda su fortuna, la envió á Lavalleja para que con ella mitigara las penurias del cautiverio. Sin más riqueza que su gloria, entró en el Paraguay.

Para hacer sentir á todo aquel que tenga un alma, la sublimidad de la etapa final de la vida del héroe, han sido escritos los párrafos que voy á repetiros:

"¿Qué quiere decir ese abandono del mundo?

Yo lo encuentro menos indescifrable que su voto de pobreza. Creo penetrar en la conciencia del héroe. No existe, para mí, un momento más grande ni tan grande en esta vida que examinamos. El héroe ha comprendido lo que muy pocos comprenden en su caso: que su misión está cumplida. Desde el punto de vista americano, Artigas, como lo han reconocido sus propios enemigos, ha salvado la democracia, sinónimo de independencia.

. . . .

Del punto de vista oriental, Artigas ha amasado la Patria con el limo de la tierra, con el sagrado fango, y le ha infundido su espíritu. Las masas campesinas de la Banda Oriental ya no son células dispersas; son un organismo personalísimo, con carácter, con conciencia colectiva. Artigas había agrupado esos hombres, esas familias; las había acaudillado y engreído: les había hecho concebir una fe absoluta en sí mismos. El ser oriental se consideraba como el supremo título de honor entre los pueblos ríoplatenses. El rencor inagotable contra el usurpador extranjero estaba hundido en aquella alma colectiva; y, con él, el orgullo, la altivez y la gloria. Se había condensado una historia, una tradición secular, en diez años; se hablaba

entonces, tanto como hoy, de la Patria Oriental como de algo preciso, simple, homogéneo, definitivamente consagrado.

Desde ese momento, Artigas tiene la intuición de que su persona sólo puede ser perjudicial á la Patria que engendró; él comprende que ésta como todos los pueblos americanos, necesita de la alianza con sus hermanos occidentales, para imponer su independencia, y que su persona haría imposible esa alianza natural. Retirarse para siempre, hacerse olvidar, era el último servicio que la Patria le exigía. Artigas se lo prestó.

"Sobre tales sacrificios, los dioses mismos echan incienso".

La videncia del héroe en esa resolución, produce en el ánimo el escalofrío del contacto con lo extraordinario.

Artigas ve los hechos futuros, como si ellos pasaran ante su vista. Dentro de cinco años, veréis resucitada su bandera, y realizada la alianza".

Las sentidísimas frases son del doctor Zorrilla de San Martín. Eran indispensables, porque lo que ellas explican ha sido con frecuencia incomprendido hasta por talentos tan selectos como el de Francisco Bauzá.

Treinta años pasó el vencido en la umbra paraguaya. Treinta años de vida ascética é ignorada.

Indigente, agobiado por los años y el martirio, halla, no obstante, el medio de expandir las generosidades de su alma, haciendo el bien á los humildes.

Sus brazos roturan la tierra tropical y el fruto de esta labor sagrada, es distribuído á los pobres.

Como acudiera otrora la muchedumbre de los humildes á ampararse del protector, corren ahora los desvalidos de Curuguatí á besar las manos del Padre de los Pobres.

Y Artigas se extinguió.

Se extinguió á la sombra de un frondoso ubiripitá; del árbol de Artigas.

Humildísima fosa del cementerio colonial de la Asunción nos ha guardado sus cenizas.

Gracias os sean dadas, hermanos paraguayos. La muerte de Artigas... ella está evocada en el libro del doctor Zorrilla de San Martín, tal como debió ser. Todos debemos conocer esas páginas y las que se refieren á la visita de José María Artigas.

Hacen llorar. ¡Un libro que hace llorar!

¿Qué mejor apología del héroe y qué mejor elogio del autor?

Señoras, señores:

He intentado trazar á grandes rasgos la imponente silueta y rememorar brevemente algún episodio.

La grandiosidad del tópico requeriría más extensa labor y más hábil obrero; pero, aún así, el tema quedaría apenas esbozado. El gesto épico se expresa en una frase; y se impone de inmediato.

Los aspectos no guerreros, los más interesantes, son casi siempre imposibles de exponer y explicar en un discurso.

Su exégesis requiere el libro y la meditación. Insistiré, no obstante, sobre un punto capital:

De los múltiples elementos que constituyen la personalidad, hay uno que hace de Artigas la primera figura moral de la Revolución Americana: la elevación de ideas y sentimientos.

La misma clemencia de Las Piedras lo acompañó durante toda su larga carrera.

El Sol de Mayo pudo eclipsarse, pero la generosidad que él alumbrara nunca se eclipsó.

Jamás el oro ni la sangre macularon sus manos.

Yo diría que fué un santo, si no prefiriese considerarlo, llanamente, como el hombre austero y bueno; como el justo que según Platón realiza en su alma una armonía superior á la de los mundos.

Caudillo férreo é indómito; pero no hallaremos en él la potencia ultrahumana y la voluntad destructora gratas á Nietzsche, sino la expansión verdaderamente humana y creadora, de un alma que pudo decir de sí misma:

"Es en mí el pensamiento amplio como el amor".

Señoras:

Pues que tengo el honor de hablar á un auditorio constelado por vosotras, no desechéis una exhortación que vuestra presencia me inspira. Sed artiguistas. Cultivad en vuestros lares el recuerdo del prócer.

Hacedlo, señoras: el culto de Artigas es el culto de la Patria.

Por espontáneo y vivaz que sea el sentimiento patrio, necesita, como todos los afectos, de una cultura continua y delicada.

Vosotras podéis ser el factor más eficiente de esa cultura, poniendo á su servicio la legítima influencia que tenéis sobre el sentimiento y la voluntad de vuestros padres, esposos, hijos y hermanos.

Y no es este un asunto de puro sentimentalismo; no. En nuestra época, la idea de Patria es la que puede ser aceptada por todos los

partidos y tendencias; es la única que puede dar á las distintas fracciones de una sociedad, la cohesión indispensable para constituir una nación.

¡Guay de los pueblos en que el amor á la Patria perece ó se debilita! Como la historia lo demuestra, son las fáciles presas de los conquistadores de todas las épocas.

"La sociabilidad creciente, ha dicho Augusto Conte, se extiende de la familia á la Patria, y de la Patria á la humanidad. Cada forma de unión modifica la precedente sin destruirla."

Esa es la posición exacta.

La religión de la Patria y la religión de la humanidad no sólo son compatibles, sino que no pueden subsistir aisladamente.

Hay que empezar por ser buen patriota para ser buen ciudadano de la humanidad.

Así como en el seno de la familia nacen afinidades é inclinaciones idiosincrásicas que unen desigualmente á sus diversos miembros, sin perderse por eso el fundamental afecto común, así también, en la vida colectiva nacen afinidades, simpatías, intereses comunes que intensifican la solidaridad entre los individuos que forman una nación sin separarlos por esto de la gran familia humana.

Se puede ser intensamente patriota y al mismo tiempo, intensamente humano.

Señoras, señores:

En la glorificación de Artigas han sonado dos notas altamente simpáticas: la adhesión de los antiguos enemigos del héroe y el homenaje de sus viejos amigos.

A nadie que conozca la hidalguía castellana puede asombrar que los españoles de hoy rindan acatamiento á las virtudes del hombre que con tanta nobleza los combatiera.

En cuanto á los Estados Unidos, su amistad por el gran caudillo es de antigua data.

Fué la Patria de Washington la que en 1820 ofreció un retiro honroso al bravo y caballeresco general Artigas, como le llamara Adams.

El distinguido representante de la gran República, señor Morgan, ha sabido confirmar esas tradiciones amistosas en forma superior á todo elogio.

En nombre del Comité de la Juventud agradezco íntimamente á

su noble país, y á él personalmente, su entusiasta cooperación á nuestra obra.

Gracias igualmente á la Madre Patria y sus dignos hijos por la gallardía de su actitud.

Los esclarecidos ciudadanos que presiden esta velada han actuado con nosotros, han estimulado nuestra obra y aportádole el invalorable concurso de sus prestigios.

Sus nombres quedarán indisolublemente asociados á la glorificación de Artigas como quedará el del eximio Carlos María Ramírez y el del doctor Eduardo Acevedo. Doctor Ramírez, doctor Zorrilla de San Martín, aceptad la respetuosa expresión de nuestra gratitud.

Una añoranza final para el Presidente del Comité de la Juventud, doctor Carlos María Prando, á quien una pérdida irreparable aleja de esta fiesta.

Justiciero antes que amistoso es el recuerdo que va al amigo ausente, pues á él se debe en parte principal el éxito alcanzado.

Señoras, señores:

Que sea Artigas el sagrado *palladium* de la tierra uruguaya: que su espíritu sea con los orientales y llevarán este riquísimo pedazo de suelo, á los altos destinos que le están deparados.

EL PROTECTOR

(*Silueta premiada*)

LEMA. «*El primero en el tiempo, en el pensamiento y en la gloria*».

Sin el aspecto adusto de los gerifaltes de antaño, era, empero, airoso y marcial como un guerrero de raza. (1)

De estatura mediana y formas regulares, delgado y vigoroso, ágil á pie é infatigable á caballo,—tenía la figura simpática que algunos expertos en psicología colectiva, anotan en los fascinadores de muchedumbres.

---

(1) El autor advierte que todos los datos acerca de la fisonomía, de la vida y de la psicología de Artigas, son de la más rigurosa autenticidad histórica. Se excusa de probar, en cada caso, la exactitud de las afirmaciones del texto, teniendo en cuenta la índole esencialmente literaria del presente trabajo.

Gran jinete de mozo, conservaba la misma intrepidez física en la edad adulta, y ya viejo, con muchos inviernos sobre los hombros, araba la tierra como un labriego de veinte años, la mano firme y el torso desnudo.

Bello de alma y de cuerpo, su cabeza caucásica, iluminada por un mirar noble y una sonrisa inteligente,—realizaba ese tipo ideal de que habla Hegel, en que el espíritu domina mediante no sé qué majestad de la línea.

Negros ó claros, pardos ó azules, sus ojos,—cuyo color no ha fijado aún para siempre la iconografía,—reflejaban perpetuamente la vida interior, y el "olhar scintillante", que vió en ellos un joven oficial brasileño, es la misma mirada profética que percibieron las puebladas del Éxodo.—No es el fuego sombrío que Voltaire nota en los ojos bajos de Francisco I, sino esa luz íntima, clara y pensativa, que aprecian los pintores y que hacen brotar de la tela en los cuadros de Palas Athenea.

La boca,—de labios finos, arqueados armónicamente,—correspondía á esa que, perteneciendo á los planos más altos de la civilización, está hecha, según los estetas, "no para morder ó para masticar, sino para hablar y para sonreir".

Tenía nariz aquilina, como los hidalgos de Valle Inclán. Frente amplia,—de curva serena,—levemente inclinada hacia atrás. Cabello negro y cutis blanco.

Vestía sin entorchados y sin alamares. Ni el oro del mando, ni la púrpura de los césares. No hubieran armonizado de otro modo, la sencillez interna y la pompa exterior.

En el apogeo de su poder, cuando su cancillería desbordaba de notas y sus ejércitos de soldados, cuando su campamento era el punto de mira de todos los pueblos platenses y partía de él la marca de una vasta política,—Artigas encontraba excesivo el discreto lujo de su uniforme de blandengue.

Chaqueta azul, sin vivos ni vueltas; pantalón sencillo; zapato rústico y media de algodón; capote de bayeta y sombrero redondo; era el indumento pobre y viejo de este fuerte soldado, vencedor de la muerte, en la gloria de su Meseta.

Tres sillas modestas y una mesa de pino, era todo el mobiliario de su despacho. Dos ó tres platos de loza, una fuente de bordes despegados, una taza y cuatro cucharas de hierro,—ni vasos de vidrio, ni tenedores, ni cuchillos,—era el boato de su comedor. Asado, caldo, guiso, vino y pan negro, era el "menu".

No sabía de galas este formidable sembrador de virtudes. Le bastaban su sable corvo y su caballo piafante. Y en la hora última una mano desnuda para dar ó para bendecir.

Por lo demás era un perfecto caballero el ogro irascible de las mentidas historias trasplatinas,—y la más exquisita urbanidad se hermanaba con la impresionante sencillez de sus maneras. *Brave and galant*, como se dijo de él en el Congreso de Washington.

Hospitalario á la antigua usanza castellana, sabía compartir cordialmente su pan y su vino.

Hablaba en voz queda y pausada,—pero esta discreción en el decir, no conseguía velar su carácter abierto, accesible y jovial.

Enemigo de los razonamientos largos para las cosas breves, y amo de la lógica, en los actos y en las ideas, gustaba reducir á pocas palabras las más difíciles cuestiones.

Escribía como hablaba, concretando los temas, con frases precisas y seguras,—y si alguna vez pagó tributo al gusto literario de la época, no cayó nunca, sin embargo, en la esterilidad de los retóricos.

Hizo frases grandes y bellas, sin quererlo ni pensarlo. Más grandes y más bellas cuanto más simples y espontáneas.

Fué artista por la fuerza de la idea más que por el cuidado del estilo, y sus arengas y sus notas pudieran figurar, á buen derecho, en las antologías.

Tenía sobre todo, la rara facultad de hacerse comprender sin esfuerzo, y su lenguaje llegaba con soltura al corazón de todos: primera condición de caudillo.

Indio ó blandengue, gaucho ó ciudadano, todos penetraban su idioma. Su prestigio era un culto. Por allí pasó el espíritu de las mitologías.

Como fué artista instintivo fué estadista práctico,—sin libros ni academias.

A solas consigo mismo y á la luz de su "tino extraordinario", concibió su Política.

Lejos de la utopía, fuera de las ciudades irreales de antiguos visionarios, plasmó sus Instrucciones, al calor de los soles nativos.

Su arte de gobernar, como su estrategia y su literatura,—nacieron en la acción, en labor de epopeya. "El hombre como el hierro, —dice Clemenceau—tiene que ser forjado".

Segura de sí misma, consciente de su misión y de su camino,—su mentalidad poderosa, extraña y genial, tiene un rasgo que la individualiza en la Historia: es la continuidad de su psicología.

Y ese carácter primario de su espíritu, es lo que simplifica la comprensión de un papel histórico, ya que, vislumbrados los conceptos orientadores de su acción inicial, se comprende el desarrollo futuro de sus pensamientos exteriorizados en actos.

La lógica más absoluta, en todas las manifestaciones de su vida,—por grandes que fueran las diferencias de espacio y de tiempo,—preside la evolución de sus ideas y la marcha concomitante de su actuación privada ó pública.

Es fácil así seguir el hilo histórico,—la *serie* como diría Xénopol, que lleva desde el brioso teniente de Blandengues, protector de vidas y haciendas en la vastedad de las primitivas estancias, azote de cuatreros y de foragidos, hasta el caudillo regional, protector de los derechos individuales y políticos de su pueblo rebelde; desde el pastor de muchedumbres, patriarca federal y republicano, protector de provincias autónomas,—hasta el viejo derrotado por el tiempo y la guerra, protector de los pobres, padre de los desheredados, providencia en forma de hombre, que hace crecer las mieses para distribuirlas entre los desvalidos, y de cuyas manos cansinas, que portaron la espada del héroe, llueve la piedad consolante y la limosna reparadora.

En el campo emotivo, es el mismo espíritu el que lamenta el año XI el desgarramiento del exilio; el que evoca el año XV la defección de sus amigos y mitiga la desgracia de sus enemigos; el que se duele de la pobreza de sus coterráneos, de la indigencia de su padre, de la noche mental de su esposa; y el que el año XX, "al hundirse en la sombra", remite un puñado de oro á sus soldados prisioneros en una isla fatal, del otro lado del continente, separados de él por el espacio y el silencio, por selvas intactas y montañas hostiles, pero unidos á él por el ideal, por el sacrificio y por la esperanza....

En el orden de las ideas, el que insinúa la autonomía regional y la consiguiente federación de pueblos, desde el Ayuí, es el que la manifiesta categóricamente en el Congreso de Abril, en el fracasado convenio de Paysandú, en la Asamblea del Uruguay, ante los farsaicos tratados del Pilar, y el que en los últimos años de su vida las ratifica ante los enviados de Rosas y ante el manco glorioso de la Defensa.

Esta persistencia en los sentimientos, en las ideas y hasta en las pasiones, en el alma de Artigas,—esta identidad individual que diría Tarde,—puede concretarse en una afirmación que muestra el eje primario del carácter del Héroe: Artigas fué siempre igual á sí mismo.

No sé si D'Annunzio, que exhumó como norma vital el "renuévate"

de Marco Aurelio,—quizás sin saberlo,—en su divisa "renovarse ó morir", ó José Enrique Rodó, que hizo de una proposición parecida algo así como la idea culminante de su último libro, encontrarán contrario á la vida, que es mudanza y es cambio, ese rasgo director que yo descubro tras las pupilas del gran perseguido.

Pero yo sé decir que nada tendría de hermoso, de augural, ni de futurista,—en el sentido que da al término Gabriel Alomar,—ese concepto de renovación perpetua, si no hiciera excepción en el caso de las formas superiores del espíritu, de las modalidades exquisitas que marcan la etapa final del altruismo sistematizado.

Ser constante en la piedad, en la sobriedad, en el desprendimiento, en la honradez, en la justicia, en la verdad y en el heroísmo,—ser inadaptado, inactual, indócil á las solicitaciones del ambiente, sordo al instinto de la propia conservación, inflexible ante la flexibilidad coetánea,—tener una caparazón de hosquedad y de desdén, para lo que cambia pero no se mejora,—quedar intacto en la desnudez de sus virtudes, como un joven apólida en la pulcridad de su plinto,—es ser sencillamente un super-espíritu, haber caminado muchos siglos hacia el hombre futuro, y, rebelde á la fluctuación de los tiempos, no perder ni un minuto su lugar en la gloria.

Sobriedad, piedad, desprendimiento, honradez, justicia, verdad y heroísmo, han sido, en efecto, las virtudes cardinales de este gran capitán, guía de muchedumbres, salvador y profeta, buen caminante que marcó con laurel cada jornada, como otrora marcaran los abuelos argonautas la angustia de cada singladura.

Artigas no fué un general victorioso, de la estirpe de Alejandro Magno, ni un político afortunado de la escuela de Bismarck. El final de sus campañas fué la derrota y de su política la irremediable caída.

Sus ideas son más grandes que sus batallas,—y sus virtudes son más grandes que sus ideas. El triunfo póstumo es más amplio que lo que hubiera sido el éxito inmediato; más amplio y más definitivo.

Artigas no necesita para su consagración en el tiempo, la suntuosidad de estatuas marmóreas, cinceladas por manos mercenarias, que no lo comprendan ni lo sientan.

No le fuera, en cambio, ingrato el recuerdo consciente de las nuevas generaciones, levantadas á la inquietud de la vida por el esfuerzo de sus soldados muertos.

Pero lo que, con seguridad, fuera halagador á su espíritu,—si pudiera estar presente en la hora de las apoteosis,—sería el saber que se mira en él, más que al general, más que al político, más que al

jefe de pueblos y conductor de leones,—al hombre pleno, padrón de héroes, tipo de raza, resumen de virtudes, superior á los tiempos, como aquel clásico Catón, majestuoso é inmóvil en el desplazamiento de los siglos.

La obra política de Artigas,—obra de sabio innato y de instintivo estadista,—profética y fecunda, como que engendró cuatro repúblicas, —es, con todo, inferior á su ejemplo moral, á su enseñanza humana, á la inflexible virtud de su vida de apóstol.

Pacificador, Fundador, Protector,—fué siempre, ante todo y por encima de todo, Padre de los pobres y Providencia de los desamparados.

Vida de virtud y de protección es la vida de Artigas.

El clamor de los campesinos, en la época prerrevolucionaria, pidiendo la ayuda del teniente Artigas contra el malón gaucho ó charrúa, —es idéntico al ulular de las muchedumbres junto á la carpa del caudillo, en la angustia del Éxodo,—el grito anhelante de las Provincias solicitando amparo contra la dictadura bonaerense, frente al campamento del Hervidero,—al musitar de los indios, á lo largo de los caminos, implorando la bendición del Artigas vencido,—y es el mismo rumor mendicante que rodeara treinta años al patriarca exilado, fuera del mundo pero cerca de los hombres.

La muerte ha de haberlo sorprendido en su habitual actitud laboriosa, abriendo el surco, como antiguo sembrador.

Artigas, como los viejos emperadores, ha de haber muerto de pie.

Dios lar de su comarca, su sombra augusta moró, sin duda, largamente entre las frondas.

Su vida,—como las fablas de Castilla,—tiene piedad, y nostalgia, y sabor arcaico y "aroma de leyenda".

HÉCTOR MIRANDA.

DE LA RAZA

EPISODIO DE LA INDEPENDENCIA

(*Cuento premiado*)

LEMA: 1911

I

La casa de don Valentín Peña, situada en las cercanías del Portón Mayor y frente al baluarte del Sur, tenía el aspecto de una vivienda



"¡Libertad! ¡Libertad! ¡Orientales!..."

Desde las gradas del Monumento, el Maestro Stampanoni dirige el coro escolar. Y á los cien años de su triunfo, en el propio sitio de la hazaña augural, 5,000 voces infantiles cantan el Himno de la Patria, como tributo de las generaciones del presente á la gloria del Precursor.

campesina, sin más lujo que el techo de teja, los gruesos y salientes barrotes de las ventanas y un farol con candileja para aceite, adherido al muro.

El largo zaguán conducía hasta un amplio patio, donde se divisaba un gran pozo con brocal de piedra, rodeado de saúcos, laurel rosa y madreselvas. Después, una empalizada á modo de guarda patio y luego un rústico galpón que servía de albergue al "Ñato" y al "Cigüeña", dos rocines criollos, traídos por sus dueños de la estancia del Canelón Grande y que constituían el orgullo de la familia. Sobre el cerco, grandes mantas de carne cubiertas de sal, recibían las caricias del sol, en aquella tarde de Marzo de 1811, en que la mayor parte de los escasos habitantes de Montevideo se entregaban al placer de la siesta. Hasta la vieja esclava Cantalicia, dormitaba en la cocina, cerca del fogón, donde ardía un grueso *trashoguero* de espinillo casi cubierto por las cenizas.

Sólo interrumpía la calma apacible, un sordo murmullo que surgía de las habitaciones que daban hacia la calle. Allí, en una modesta salita—con escasos muebles y sin más adornos que dos grandes vasos con flores de Santa Rita y una rinconera conteniendo grandes cáscaras de huevos de *ñandú* con dibujos dorados—se había constituído el consejo de familia. Don Valentín, sentado en un sillón de baqueta, presidía el cónclave con su aspecto patriarcal, en el que se confundían los rasgos del paisano bonachón criado en las recias lides del campo, con los del hombre ya avecindado en el *pueblo,* donde se refugiaba para pasar una vida tranquila y disfrutar de las onzas y patacones amontonados con tesonero afán. Aun no tenía sesenta años y se conservaba ágil y robusto, á pesar de la apariencia senil que le daban la barba y los cabellos blancos. Su mujer—doña Prudencia,—gruesa matrona ya entrada en años,—sentada al lado de don Valentín, sollozaba compungida, secándose las lágrimas con un gran pañuelo de algodón de colores vivos y llamativos.

—Pobre m'hijita,—repetía, como único estribillo, frente al silencio reconcentrado de su marido.

Otro personaje integraba aquella trilogía criolla: el compadre Pachiquín. Oriundo de la respetable rama de los Pachecos, había venido á menos y aceptaba sin enojos la nueva designación patronímica, satisfecho en sus funciones de trenzador de lonjas y sempiterno mentor de hazañas y refranes. Viejo amigo de la casa—en la cual residía desde mucho tiempo,—intervenía siempre en los asuntos de familia. Por eso, interrumpiendo aquel silencio, dijo:

—*Güeno,* el caso no es *pa* tanto. El que la hace la paga y *ande* ha de *dir* mandinga sin toparse con la cruz. Ya encontrará el capitán quien le baje la...

—Corsario...! replicó el viejo en sordo rujido.

Otra vez nuestros personajes quedaron callados largo rato, hasta que un ruido de rodajas en el patio, llamóles la atención.

—*Dejuro* que es Braulio, dijo Pachiquín.

Efectivamente, abrióse la puerta y el hijo de don Valentín se acercó á éste sombrero en mano, murmurando: "la bendición, tatita"; abrazó á su madre y saludó al amigo de la casa, quedando un instante silencioso en disimulada reserva.

Era un mocetón de diez y ocho años, alto y fornido, de rostro simpático y aspecto bonachón.

—¿Venís de la estancia?

—Sí; salí al amanecer.

—¿Qué hay po'allá?

—... ¡Hum...! Las cosas no andan muy bien.

Después de muchos interrogatorios, el muchacho acabó por hacer una larga relación, refiriendo que en la estancia había matreros, que la peonada *juía* de las casas, que había visto partidas con chuzas, que se hablaba mucho de la llegada de Otorguez y que él venía á avisarles que iba á ganar el monte....

—Vos también?

—¡Pobres hijos míos!...

Estas fueron las exclamaciones de sus padres, quienes quedaron nuevamente acongojados y pesarosos, provocando un gesto de sorpresa de Braulio, quien no comprendía los motivos de aquella desolación. De pronto, preguntó:

—¿Y Felicia?

—Tu hermana es una...

—Calláte, Valentín. ¿Qué culpa tiene la pobrecita?

El muchacho cada vez más asombrado, interrogaba ansioso con la vista, hasta que dijo resueltamente:

—Pero diga, Tata, ¿qué es lo que hay?

—Cuéntele, compadre.

—Que quiere amigo, las cosas de la vida, murmuró Pachiquín. Se ven caras pero no corazones, y hay algunos que lo tienen más duro que cinquiño e'pulpería. ¡Quien había de decir! ¿Te acordás del famoso capitán español con más cruces que camposanto y más galones que el rey? Aquel mentao don Luis de Aguilar?...

—¿El novio de Felicia?

—El *mesmo*. Había resultao con el alma más negra que cueva e'ñacurutú. Fijate que tu pobrecita hermana, le creyó al muy ladino, le aflojó la rienda y... y no te digo más.

—¿Qué?

—Nada. Lo del cuervo: comer y volar.

—Pero diga, pues...

—Date cuenta del final... Tenés un sobrino...*guacho*, el pobrecito, pero lindo que dá gusto.

—¿Es cierto, tata?

—Es cierto, m'hijo, respondió el viejo incorporándose. Pero yo le garanto que ese extranjero se casa con su hermana, ó no me llamo Valentín Peña... *Tese* quieto: que *v'aser?* Dele ese cuchillo á su mama y no salga de las casas hasta que yo vuelva. El muchacho obedeció sin replicar. Don Valentín se abrochó su flamante blusa de merino, calzóse unas zapatillas de cuero que usaba para ir á misa, y calándose el ancho sombrero, dirigióse hacia la puerta, exclamando:

—Vamos, compadre.

—Si señor, cuando guste... Y los dos hombres salieron por el largo zaguán, rumbo á la calle, mientras la gruesa matrona y el rudo mocetón quedaban silenciosos, con gran pesadumbre en el alma y crueles congojas en el corazón.

Pocos viandantes transitaban por la callejuela y solo se escuchaba uno que otro grito hacia el lado de las fortificaciones donde algunos centinelas presenciaban el trabajo de los penados que construían un profundo fozo. Los dos viejos se dirigieron primero hacia la Ciudadela, que á pocos pasos destacaba su pesada mole, como una gran estrella caída desde lo alto sobre la cuchilla Grande para grabar en tierra americana el blasón castellano de Fernando VII. Cruzaron primero frente al baluarte de San Felipe y la plaza de armas, siguiendo luego por la calle San Carlos, después de haber atravesado bajo la puerta de San Pedro. Pasaron frente al Cabildo y la Catedral, tomando hasta la Casa de Gobierno situada en los límites de la ciudad y muy cerca de la bahía. Don Valentín tenía el firme propósito de hablar al Gobernador Elío, interponiendo queja contra el capitán de su guardia, por haber mancillado el honor de la familia Peña, negándose luego á reparar la falta por medio del matrimonio.

—¿Y si no nos reciben?

—Pierda cuidado, respondió Pachiquín, soy amigazo del mayor Lezama y él nos va á endilgar derecho. Hubo llamadas, apartes y secreteos, hasta que un apuesto oficial se adelantó hasta el viejo con

quien cambió algunas palabras. Poco después, los *compadres* trasponían gruesa verja y eran introducidos en ancho patio circular, donde un piquete de infantería con las armas en descanso esperaba el turno para relevar la guardia. Allí estuvieron largo rato sin cambiar una sola frase, aguardando una palabra ó un gesto que les indicara el momento de la audiencia. La voz y el ademán de Lezama interrumpieron la expectativa.

Siguiéronlo por estrecho y largo corredor y después de subir varias escaleras y cruzar distintas habitaciones, fueron introducidos en una amplia sala. El mueblaje era macizo y severo y las colgaduras y tapices de espesa sedería. Al frente lucía un escudo de armas, con dos pendones reales á sus lados. Bajo el trofeo y sentado frente á un escritorio, un hombre escribía apresuradamente.

Era Elío. De rostro severo y gesto sañudo, imponía terror con su presencia. Los anchos hombros y el recio cuello, evidenciaban su constitución de atleta. Después de un instante levantó la vista y fijando la mirada con insistencia en la silueta de los criollos murmuró sordamente:

—¿Qué hacen ustedes? Pronto, respondan.

—Venimos...

—¿Quién es usted?

—El compadre de... Don Valentín.

—Valentín Peña, nó?

—Mesmo.

—Está bueno... También de los de Artigas, verdad?... ¡Bandoleros! Ya sé que andan alzados por sus pagos. Pero cuidado, eh?... mucho cuidado.

—Yo!...

—Bueno, ¿qué quiere?

Don Valentín hosco y reconcentrado no atinaba á articular palabra. El compadre más resuelto, dijo de un tirón:

—Él viene por la hija... pobrecita... Sucedió que el capitán Aguilar la conoció, y después de hacerse querer, ahora... ahora... no va más.

—¿Y eso?

—... no es por ella, es que...

—Vamos, pronto.

—... sucede que ha habido fruto... y la pobre madrecita llora... llora... llora...

—¿Y qué es lo que quiere?

Don Valentín que hasta entonces había permanecido callado, expresó resueltamente:

—Que se case, como hacen los hombres...

—Basta, gritó Elío. No tengo tiempo para ocuparme de esas cosas. Aguilar está en campaña, persiguiendo esos foragidos de Otorgués. Búsquenlo si quieren.

—Es que...

—Que lo busquen, he dicho.

Don Valentín, sollozando y en actitud suplicante, murmuró:

—Por Dios, señor... No es por mí, es por mi hija.

—Basta, basta. Los hombres no lloran. Fuera de aquí...

Los dos viejos titubearon un instante. Después dieron vuelta en silencio y salieron de la habitación dirigiéndose al patio. Como dos sombras fugitivas abandonaron el amplio caserón, encaminándose por el mismo camino antes recorrido. Marchaban con rapidez, sin mirarse uno al otro. Don Valentín estaba transfigurado; parecía más joven, más ágil, más fuerte. Sus miradas tenían relampagueos febriles y las arrugas de su rostro mayor severidad. El paisano manso y bonachón se había convertido en el gaucho de indomable altivez.

—Apure, compadre, que es tarde y van á cerrar los portones.

—¿Y qué importa?

—Ya verá, apure el paso.

Siguieron un rato en silencio hasta llegar frente á la casa. Antes de entrar al zaguán, don Valentín encarándose con su amigo, dijo en voz baja y temblorosa;

—Compadre, le encargo la familia. Tengo que dir pa fuera... ¿Comprende?

—Comprendo, sí, vaya tranquilo, murmuró el otro, mientras dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

—Acuérdese que los hombres no lloran.

—Está bien, amigo.

Entraron á la casa. Madre é hijo estaban en la cocina y el mate pasaba de unas manos á otras. Don Valentín se dirigió hacia ellos y expresó resueltamente:

—Braulio, ensille pronto que vamos pa la estancia. Y usted, patrona, prepare las maletas.

La orden no se discutió ni un momento, y mientras el muchacho se dirigía hacia el galpón, la buena mujer entraba á sus habitaciones dispuesta á arreglarlo todo sin preguntar por qué. Durante un rato

reinó en la casa extraordinaria animación. Idas y venidas de unos y otros, denunciaban el apresuramiento de los aprestos. Don Valentín, con poncho, botas y cargando un trabuco al cinto, salió al patio en momentos en que Braulio exclamaba:

—Tata, cuando quiera.

La despedida fué breve. El viejo abrazó á su mujer, besó con ternura á su hija, y después de despedirse del compadre, murmuró, mientras saltaba á la grupa del caballo:

—Hasta la vista.

Varias voces respondieron:

—Adiós.

—Hasta la vuelta.

Y los jinetes se alejaron rumbo al portón cercano.

Pasaron los médanos, y apresuraron de inmediato el paso de las cabalgaduras hasta perderse en las lejanías del horizonte, mientras los resplandores rojizos del sol que declinaba, envolvían en tintes sombríos á la ciudad circuida de murallas, donde los centinelas con el arma al brazo hacían guardia de honor á la vieja ciudadela, símbolo de la conquistadora arrogancia castellana.

II

El azul del cielo nativo hace cuatro días que no resplandece con su claror de ensueño, cubierto con nubes opacas, inmóviles y sombrías, empeñadas en lanzar sobre la tierra, fría llovizna. Las aguas del arroyo ruedan con vehemencia, formando coro en su murmullo, el quejido de los bosques heridos por el viento, en tanto que la calvicie de los cerros parece más grisácea, sombría la hondonada, los caminos llenos de fango, cortados de trecho en trecho, por zanjas profundas, plenas de agua, que, al ser rizadas por la brisa, brillan como pupilas en acecho.

Ansia interrogante se advierte en el rancho y en la estancia; en el rancho, sombrío con su alero de paja brava, triste con su pared de terrón; sombrío y triste bajo el cielo sin sol, bajo las nubes grises de un cielo de tormenta. La criolla madre y sus hijas mujeres, atada la cabellera con pañuelo cuya punta cae al descuido sobre la espalda, los labios encendidos, tostada la piel, recios los pechos, los oídos atentos, asomadas en estrecha ventana, hunden á lo lejos mirada escrutadora. Ni un hombre se advierte en los hogares. Nota altiva

vibra en los campos, como badajo que toca á somatén. El niño abandona sus juegos, abraza á la madre que oculta la cabeza para no descubrir sus lloros y parte; el anciano, cuyo corazón no ha logrado secar la racha helada de ochenta inviernos, acude solícito á la cita del deber, y en pequeña partida, el abuelo y el nieto, el hijo y el hermano, se presentan á las huestes del Libertador.

Por toda la parte Sur del país, vibra una palabra, adivinada por instinto, proclamada ahora por el gran caudillo: Patria! Suena en los labios paisanos con acentos de himno, sacude corazones con impulsos de tempestad, enardece las miradas con llamaradas de incendio, agita pechos, tranquilos ante el cañón, altivos, serenos, inmutables ante la muerte.

El 17 de Mayo del año aquel, la lluvia continúa cayendo pertinaz sobre los campos. A la tarde, en el campamento de Artigas, próximo al Sauce, se oye resonar confuso en la tierra, un estrépito que se hace cada vez más distinto. Son 304 hombres los llegados y la misma luz brilla en sus ojos, la misma fortaleza de ñandubay confiesan sus omoplatos. Los héroes necesitan por jefe á otro héroe: Manuel Francisco Artigas los comanda! Todos los esfuerzos de Posadas para impedir la incorporación de esta fuerza al grueso del Ejército del Libertador, han fracasado. En vano su marcha al Canelón Chico: la intuición gaucha, rápida como el pensamiento, audaz como el torbellino, adivina misterios, esclarece secretos, desbarata planes.

La noche cae sobre el campamento patriota; ni siquiera brilla la luz de mortecino fogón; no hay risas, ni charlas en voz alta, ni vibra la guitarra, ni cuentos de almas en pena. Convertidos en ovillo, sobre el duro suelo por lecho, por almohada el brazo, la lanza ó la escopeta en el otro, el trabuco al cinto, así duermen los cruzados con sueños de esperanza. Un sonámbulo, quizá un fantasma, tal vez un poseído, recorre toda la noche el campamento, desgarrando con su mirar fascinador, la sombra impenetrable. Camina quedamente, como si alado fuera su paso; mas si un paisano avizor lo descubre, frase cariñosa le prodiga con ternura de padre. Y el poseído, de ojos azules, nariz aguileña, fuerte el mentón, augusto el rostro, alto y erguido, severo con su uniforme de Jefe de Blandengues, continúa la marcha como patriarca que vigila el sueño de su pueblo.

Llega, por fin, la aurora del día 18. El sol asoma en el horizonte y el cielo se viste de púrpura, advirtiéndose encendidas nubes superpuestas, como cimitarras de bronce enrojecidas. Los realistas de Po-

sadas, en número de mil, ocupan soberbia posición en lo alto de la loma. Artigas distribuye sus fuerzas patriotas: la escasa artillería, dos piezas de á dos, en el centro, al mando de Juan Santiago Walcalde; allá, en el extremo, las caballerías de los capitanes Antonio Pérez y Juan de León: 296 paisanos, con pocas escopetas y lanzas improvisadas, de cuchillos reatados al extremo de tacuaras; la terrible caballería de Manuel Francisco; en el otro extremo, los infantes del capitán Benito Alvarez, en número de 250, 96 blandengues desmontados, 56 patricios al mando del bravo Francisco Tejada; los presbíteros José Valentín Gómez, de Canelones, y Santiago Figueredo, de Florida, en el Estado Mayor; Tomás García de Zúñiga al frente de las reservas encargadas de la guardia de las municiones.

Artigas monta soberbio alazán. Clava su mirada profunda hacia el lado de la loma, y mira tenazmente un punto, con extraña fijeza. La suerte de la Patria pesa sobre él, y el tremendo peso lo soporta erguido, bien firme en los estribos, el cuerpo derecho, la cabeza arrogante de patriarca echada hacia atrás. Una breve orden y la caballería del capitán Antonio Pérez, avanza hacia la loma, en busca del español. La estratagema surte el efecto esperado. Posadas, soñando con copar la escasa caballería patriota, abandona la loma, dejando así su brillante posición estratégica. Ha llegado el momento supremo en que se juega la suerte de la dominación española en el Río de la Plata. Todo el ejército criollo, obedeciendo á la voz de Artigas, avanza en carga general. Los infantes se mueven como arietes de bronce. Acuchillan, muerden, hieren, matan, vivan á la Patria nueva, aclaman al caudillo inmortal, avasallan á los realistas con empuje semejante al alud despeñado del picacho al abismo.

Allá, en el extremo izquierdo del ejército de Posadas, entona la epopeya su canción de gloria. Doce criollos, adelantados de sus compañeros, han llegado junto á la boca del cañón español. Se oyen gritos, imprecaciones, blasfemias, rugidos de furor, cuchillos que chispean al chocar con el sable, la voz del trabuco, el resonar del mosquete que trágico dialoga con la muerte. De pronto, un jinete apocalíptico en su corcel de guerra, se arroja sobre el grupo que combate. Su cuerpo y el caballo forman una sola entidad; descalzo, lleva enorme nazarena que se clava nerviosa sangrando los ijares del animal; el chiripá, de lienzo listado, mal prendido, deja ver músculos que se distienden como cuerdas de acero; la camisa abierta y remangada, descubre pecho de bronce y nervudos brazos; una vincha que rodea la frente, atada en la parte posterior de la cabeza, con-

tiene las guedejas de vigorosa cabellera que se desborda en juguetones rizos. El paisano revolea un lazo, que, después de describir trayectoria en el espacio, con el silbo del aire que se mueve, cae sobre el cañón y lo aprisiona con su trenzado cuero. El caballo, azuzado por el jinete, clava sus cascos en la tierra, respira con resoplido de titán, salta frenético aquí y allá, pisa cuerpos, destroza cráneos, y en esfuerzo de cíclope, se mueve arrastrando el cañón. Ahí ya nadie viva al Rey; sólo se oye, altivo, persistente, dominante como voz sin desmayo, un viva á Artigas, que repiten al unísono las bocas.

Al mismo tiempo, se escuchan los retumbos de la caballería de Manuel Francisco. En hábil semicírculo avanza al galope tomando por la retaguardia la fuerza de Posadas. Es el momento supremo de la batalla. Trescientos jinetes echados sobre el caballo, centelleantes los ojos, espléndidos en la transfiguración de la faz, magníficos de grandeza al mirar sin pestañar á la Muerte, sentados firmemente en los estribos, suelta la brida, esgrimiendo á manera de lanza, tacuaras con hojas de cuchillo, desbordan por la loma y amenazan rodear al español, que ante el peligro intenso, en orden se retira hacia Las Piedras.

Frente á unas pitas de la suave hondonada, próximas á derruído montón de grises piedras, enmohecidas y vetustas, una partida patriota y un grupo castellano, luchan con crudo afán. Se entreveran ardientes y ruje el naranjero que con sus recortados abre boquete recio; y chispea en torbellinos de luz, la daga que cimbra como culebra metálica; y sordo, se oye en el espacio, como silbo de muerte, la vibración de larga media luna; y labios que blasfeman, que vivan y que imprecan y cuerpos que se abrazan y bocas que furiosas muerden.

Al frente de los españoles, se presencia figura arrogante, de ojos negros como la noche, reluciente bigote, escueta barba que parece un girón de azabache colgado en el mentón, elegante y recio: recio, con su cuerpo de roble; elegante, bajo el propio desaliño de la brega, bajo el helado soplo de la muerte.

Comanda á los patriotas viejo teniente de blanca cabellera y luenga barba; en sus ojos, hay luz de ensueño, y brilla en la pupila sugestiva la esperanza; la faz tiene, aún en medio del combate, junto al gesto de bravura, el rasgo sereno predilecto de lo augusto; el viejo se mantiene así, tranquilo, inmutable, dominante ante la Muerte que cabalga en la grupa de su corcel de guerra. A su lado, mancebo

de diez y ocho años, lindo y fuerte, tostado por el sol de la Patria, cuyos ojos miran también con fuego de esperanza, revolea terribles boleadoras que certeras envuelven el cuerpo del capitán español. Luis de Aguilar se agita y se estremece. Los brazos están aprisionados como si serpiente de hierro paralizara todo movimiento; su propia cabeza vacila, la vista se nubla, hay el desfallecimiento de la vida que se acaba...

La piedra de la bola arrojada por Braulio ha chocado terrible en la cabeza de Aguilar, quitándole el sentido momentáneamente. Los últimos realistas abandonan el campo en desbande y queda allí, casi en desmayo y pálido, aprisionado por las boleadoras, el bravo capitán castellano. Toda esta escena venidera pasa velozmente, con el raudo desplazar de fugitivo meteoro. De las filas patriotas, sobre el capitán ya prisionero, avanza imponente como tromba, un negro alto, inmenso, retinto. En el fondo de las órbitas profundas, que se abren siniestras bajo la frente en fuga, brillan con luz de tragedia, los blancos ojos del hombre negro. Y su brazo, blande escueta y larga media luna, que amenaza clavarse en el vientre del indefenso y ya prisionero capitán.

—Alto! grita don Valentín Peña, al frente de la partida patriota, con voz imperiosa, que retumba dominando la escena.

Nada detiene al hombre negro. Sigue su avance, siniestro y trágico, para ultimar al vencido.

—Alto! respetá la vida de ese prisionero! ruje el patriota...

El hombre negro sigue en su misión fatídica. Ya la lanza va á tocar el cuerpo de Aguilar, traspasar su pecho, arrancar la vida, consumarse el crimen, manchar la pura causa de la Patria, cuando el eco potente de un estampido hiende el espacio. El negro vacila y se desploma como árbol fulminado por el rayo. Don Valentín ante los admirados ojos de sus soldados, guarda el trabuco humeante, cuyo certero disparo acaba de salvar la vida al prisionero capitán de Aguilar...

III

Es medianoche. Rendido de cansancio por la fatiga de la batalla, el ejército vencedor duerme, en las proximidades del pueblo de Las Piedras, con sueño de victoria. Algo inenarrable flota sobre el campo de Artigas: visión, aurora, mañana de grandeza, Patria á nacer. La columna realista de mil hombres fué deshecha; 152 españoles fuera

de combate, muertos ó heridos en defensa del Rey; 5 cañones tomados y junto con ellos 482 hombres, con sus jefes y oficiales prisioneros; el poder de Elío socavado en sus cimientos; el nervio de la Revolución de Mayo retemplado; la Junta de Buenos Aires vigorizada en el desaliento causado por la derrota de sus armas en el Paraguay.

Por entre los cuerpos de criollos dormidos, se desliza silencioso, con quedo paso, tan suave que parece el choque de la hoja que cae, augusto y sereno, dominador en su grandeza, el viejo de blanca cabellera y luenga barba, de ojos que tienen luz de ensueño y brillos de esperanza. Don Valentín llega á donde se halla prisionero el capitán de Aguilar. Nube sombría cubre el rostro del anciano, al pensar en el honor arrancado por la seducción á la inocente niña.

—Soy el padre de Felicia, le dice al español; quiero que allá abajo, en la costa del arroyo, donde nadie nos vea, arreglemos ahora nuestras cuentas. Tome esta espada, que es la suya, y vamos... vamos pronto!

Aguilar, anonadado, obedeció sin réplica el imperioso mandato del anciano. Guardando el mismo cuidado en no ser sentidos, ora en cuclillas, ora arrastrándose, se deslizaron por el campamento, bajando la hondonada. En esos instantes flotaba sobre el campo la melancolía impresa por una luna que no brilla, oculta tras opaco cortinaje de nubes.

Adelante marchaba don Valentín; á pocos pasos seguíalo el capitán.

Llegaron á la costa del arroyo. Sólo se oía resonar como canto de muerte, el rodar de los guijarros que la corriente arrastra; el soplo suave de la brisa que besa el ramaje, lo acaricia y lo mece con dulzura.

Allí se detuvo el viejo y con un gesto señaló al de Aguilar la llegada del momento grave.

—Su crimen sólo se paga con la muerte, refunfuñó el anciano... Voy á clavarle la daga en el corazón, pero como lo hacen los criollos, de frente, en pelea leal con el enemigo... Defiéndase, pues....

En el mismo momento, oyóse el requebrajar de ramas apartadas nerviosamente por un cuerpo que se abre paso á través de la arboleda, y pisadas resonantes al hundir su pie sobre la alfombra de hojarasca. Los adversarios se detuvieron. El rostro del anciano se inmutó. Braulio, que había tenido el mismo pensamiento de su padre, en vez de entregarse al sueño, vigilaba despierto, y advertido de la

desaparición del capitán y de don Valentín, acudía también á la cita. Impresionante lucha se traba entre el padre y el hijo por exponer la vida, en defensa del honor de la raza.

—Déjeme á mí, tata; usted está viejo...

—Que salgás, te digo.

Nada logra convencer al mancebo. Aquella terquedad parecía no tener fin. El viejo, entonces, con su voz más severa que nunca, dominando la emoción, grita al muchacho:

—Basta ya! Si no sabés obedecer como hijo, obedecé como soldado. Hágase á un lado y si yo muero tome lugar *pa* vengar el honor de los Peña...

En seguida cayó infernal sobre don Luis de Aguilar. El duelo comenzó con furor de tempestad. El anciano aquél, parecía dotado de agilidad de gato. Ora avanzaba; ora saltaba atrás; ya paraba los golpes de la espada adversaria con el poncho de apala envuelto en el antebrazo izquierdo; amagaba fintas; lanzaba relámpagos con su mirada inteligente, hasta caer en salto de pantera, por espacio descubierto en engañoso ataque, sobre el capitán que, sin lanzar leve quejido, cayó de espalda, rígido, ensangrentado, muerto.

El viejo, sañudo, arrancó la daga enrojecida y limpiándola en las propias ropas de Aguilar, sin dirigirle una última mirada, la envainó en el cinto. Padre é hijo, abrazados y mudos, emprendieron camino de retorno al campamento. En esos instantes la luna, oculta entre las nubes, rompió el cortinaje que empañaba su fulgor. El valle y la cuesta se vistieron de plata.

—Esto es de buen agüero, m'hijo, murmuró sentenciosamente el anciano, cuyo rostro parecía agitado por luz de juventud. Me dice el corazón, que el sol de esta tarde y la luna que ahora aparece, algo bueno anuncian. Creeme, Braulio: desde arriba nos avisan que la Patria acaba de nacer.

Ismael Cortinas.
Washington Beltrán.

DISCURSO DEL DOCTOR JOSÉ PEDRO SEGUNDO

Señoras, señores:

En la voz que hoy clausura tímidamente esta fiesta postrera con que hemos querido rematar la apoteosis centenaria de Artigas, muere también el eco persistente de la oratoria nacional que ha concitado, en mil formas diversas, todos los tonos preclaros del lenguaje para cantar en un himno sin ejemplo la alabanza del Héroe á los cien años de su triunfo. Yo debo resumir, pues, en una sola frase á la par expresiva y pujante, el sentido único y grande de ese coro rememorador en el momento en que las palabras aladas, prestas á morir por el viento, van á trocarse, no sé por qué prodigioso ensalmo inaudito, en el bronce imperecedero é incólume, con que el genio arrebata á la inanidad inexorable las glorias perecederas de la vida.

Y bien, señores: no obstante todo lo que yo debo esperar del pensamiento creador que ha de ofrecernos el Artigas eterno para el arrobo de la plaza pública,—ningún pincel, ninguna voz, ningún troquel, ninguna forma, por excelsa y dominadora que sea, aún animada por el fuego ideal, será capaz de darnos, me parece, hoy por hoy, la efigie exacta y resaltante del héroe en su complejidad insuperable y exclusiva. Entre toda la selva frondosa y pululante de figuras humanas que la Revolución del Nuevo Mundo sacó á primera línea en el turbión arrebatado de su iniciación y desarrollo, apenas si dos cumbres, Washington y Bolívar, pueden parangonarse á nuestro soldado de Las Piedras. Puesto que si el primero le es superior en la armonía equilibrada de su vida y su acción consagradas, sin desentono, al bien de su pueblo, y el segundo le excede en aquel arrebato genial que calcinó, exacerbándolos, todas sus calidades y defectos, ninguno le sobrepasará jamás en el fervor sagrado de su profesión republicana y el tesón irreductible con que la propagó, á despecho de la adversidad y la calumnia, templado en la desgracia, inaccesible á la seducción, dulce y magnánimo en el triunfo y capaz de sentarse, caduco y sin soldados, ya mudo para siempre, á esperar el veredicto de la historia, bajo la unción del "ubirapitá" sacerdotal, que en las tardes del Paraguay, recogió el sueño henchido de congoja que el Blandengue preclaro no alcanzó á realizar, por la traición de los hombres, en la tierra! Todo esto es excesivo para un cuadro, para un poema ó para una estatua; y ni el bronce por demasiado dulce,

ni el mármol por demasiado frío, serán aptos para reproducir la formidable contextura de este cuerpo de hierro que tenía la cabeza luminosa!

Si no fuera una tarea engorrosa y, para el auditorio, especialmente desprovista de todo particular interés, sería curioso seguir, á través de autores y de libros, las etapas de la rehabilitación artiguista desde la leyenda adversaria hasta la gloria primiceria de hoy. Destruída para siempre, en el pasado, la invención calumniosa de Mitre, de López y de Berra, deleznable impostura, destinada á quedar como un mísero ejemplo de la procacidad erigida en historia,—le veríamos salir, reivindicando palmo á palmo en la sombra, el lugar sin segundo que le cupo servir en la distribución de los destinos y los hombres. Le veríamos, por ejemplo, en Carlos María Ramírez, héroe digno de láurea, pero todavía contrabandista y antipatriota en el abandono del segundo sitio de Montevideo; en Francisco Bauzá, y acaso por efecto de la persecución lautarina, personal é impulsivo en extremo, pero sobre todo inferior, puesto que no supo morir, al designio de contrarrestar la invasión portuguesa; en Lorenzo Barbagelata, limpio de toda mancha en su juventud, que era el período más tenebroso; en Eduardo Acevedo, moral é históricamente superior á todos los prohombres de Mayo; en Héctor Miranda, redactor personal de las famosas Instrucciones; para llegar á la Epopeya de Zorrilla de San Martín, donde el guerrero alcanza las alturas del "Héroe" de Carlyle, motor del mundo, y necesario en la historia para la revelación del secreto desconocido de su pueblo!

Cuando llegue el gran día en que la historia de los hombres sea precisamente, no la insensata glorificación de los Atilas y los Alejandros, rémoras lamentables para un pequeño bien involuntario, sino la cátedra eminente de donde se distribuya á los benefactores y á los sabios la emérita justicia que aún les es debida, sólo las frentes empeñadas en mejorar nuestro destino soportarán sin menoscabo tan radical trasmutación de los valores de la vida. Y mientras se extingan irrevocablemente las espadas fatales en la sombra, la cabeza profética del caudillo militar y civil del partido federal ríoplatense brillará junto al nombre de los grandes reformadores ó videntes políticos del mundo: Moisés, Sakia Muni, Washington, Juan Jacobo...

En un libro inmortal en que su autor ha escrito las cosas más trascendentales y sutiles sobre los mundos y las almas, yo he encontrado la imagen que mejor se pueda aplicar á la ratificación de nuestra esperanza en la gloria imperecedera de nuestro general. Cuando

ascendemos por la tarde caduca—escribe—hacia una elevada montaña, veremos disminuir paso á paso, perderse finalmente en la sombra invasora, los árboles, las casas, el campanario, los prados, los plantíos, el camino y hasta el arroyo murmurante. Pero los pequeños puntos luminosos que uno encuentra, desde el fondo de las más oscuras noches, en los sitios habitados por el hombre, no se debilitarán á medida que nos elevamos. Por el contrario, á cada paso enderezado hacia la cúspide, descubriréis un mayor número de luces en los villorrios á vuestros pies adormecidos. Sólo la luz, por frágil é insignificante que sea, es tal vez la única cosa que no pierde un ápice de su valor comparada á la inmensidad". Pues bien, señores: Sólo el fulgor humano que de hoy irradia primoroso en la frente de Artigas, perdurará sin mengua y sin eclipse á través de todos los cambios venideros de la Filosofía y de la Historia!

Con esto, finalmente, la conquista oriental está ya terminada. Hemos llegado á la apoteosis. Pero la tricolor republicana de Artigas, igual que la de los revolucionarios franceses, espera en nuestros brazos dar un día la vuelta al mundo.

He dicho.

ÍNDICE

ÍNDICE

